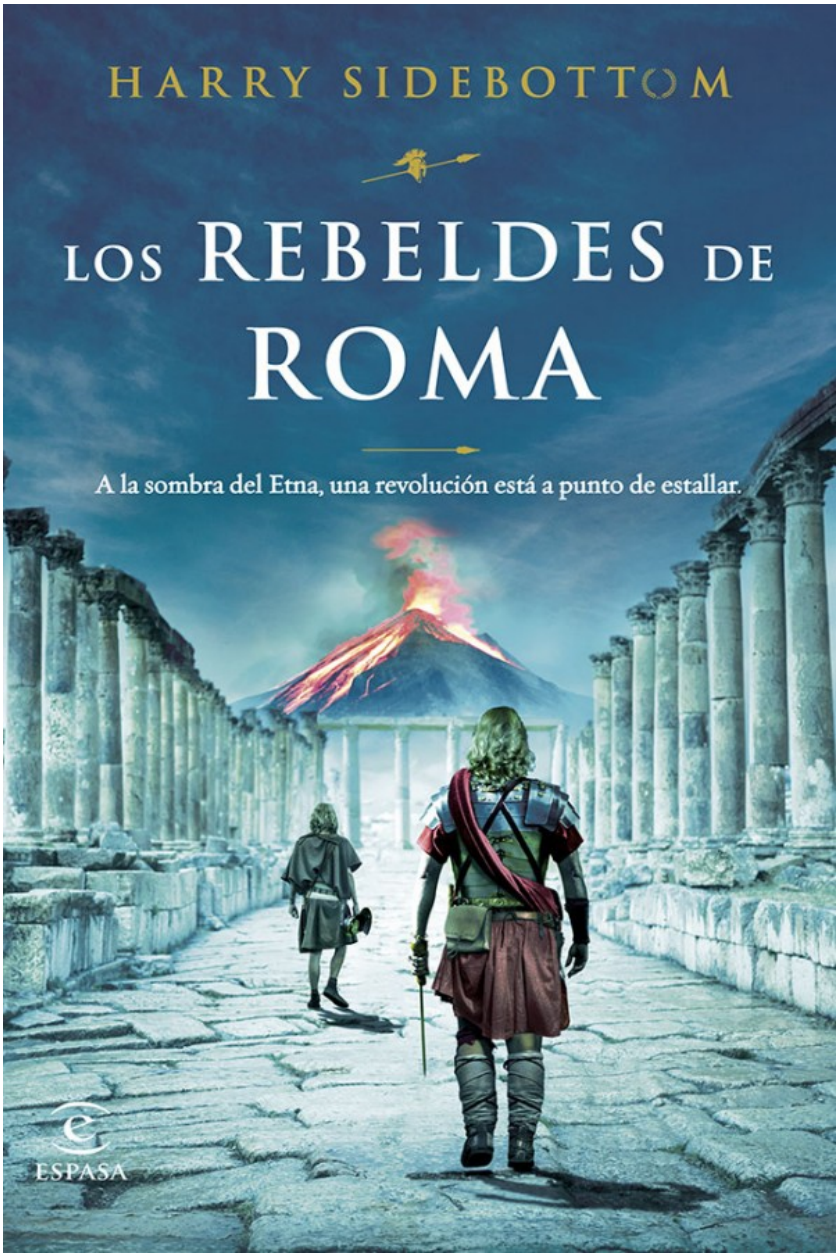
HARRY SIDEBOTTOM

LOS REBELDES DE ROMA

A la sombra del Etna, una revolución está a punto de estallar.



ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

Epílogo
Posfacio
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Sicilia, 265 a. C. A la sombra del Monte Etna, los esclavos se rebelan. Mientras los líderes de la revuelta declaran Sicilia la nueva tierra de la libertad, hombres y mujeres son masacrados, los pueblos y aldeas de la isla saqueadas e incendiadas. Cuando un barco naufraga frente a la costa occidental, solo dos supervivientes logran escapar de la furia de los rebeldes. Ballista, un soldado romano veterano conocido por su amistad con el emperador y que luce en su mano el anillo ecuestre, siempre ha encontrado la manera de hacer frente al peligro y la adversidad. Sin embargo, ahora le acompaña su hijo Marco, al que apenas conoce, todavía muy joven y poco experimentado.

Obligados a luchar juntos, ambos deberán abrirse camino a través de una Sicilia devastada, en una carrera contra el tiempo para salvar al resto de la familia y poner fin a la revuelta antes de que toda la isla arda en el fuego de la guerra.

Los rebeldes de Roma

Harry Sidebottom

Traducción de Albert Vitó i Godina

Para Lisa, con amor

Cada esclavo es un enemigo.

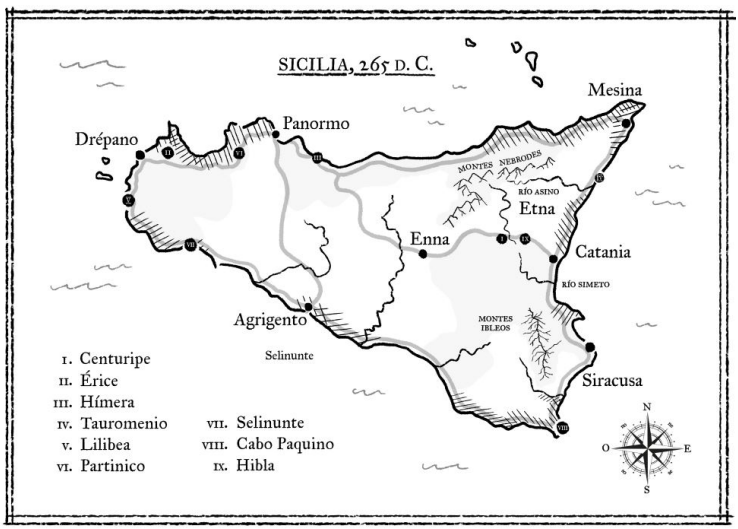
SÉNECA, *Cartas a Lucilio*, 47

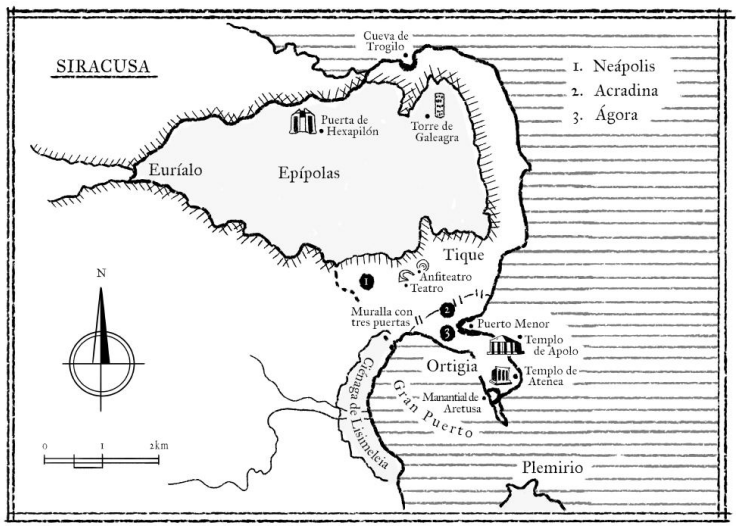
La servidumbre es una constitución del derecho de Gentes en fuerza de la cual se sujeta alguno al dominio ageno [sic] contra la naturaleza.

JUSTINIANO, *Digesto*, 1.5

Los hombres desean ser libres más que ninguna otra cosa. Y dicen que la libertad es el mayor de los bienes, como la esclavitud es el más vergonzoso y desdichado de los males. Sin embargo, no saben exactamente en qué consiste ser libre o ser esclavo.

DION CRISÓSTOMO, *Oración*, 14


SICILIA, 265 D. C.
Mesina
Panormo
Drépano
MONTES NEBRODES
RÍO ASINO
Etna
Enna
Catania
RÍO SIMETO
Agrigento
MONTES IBLEOS
Selinunte
Siracusa
I. Centuripe
II. Érice
III. Hímera
IV. Tauromenio
V. Lilibea
VI. Partinico
VII. Selinunte
VIII. Cabo Paquino
IX. Hibla
N
O
E
S


SIRACUSA
Cueva de Trogilo
1. Neápolis
2. Acradina
3. Ágora
Puerta de Hexapilón
Torre de Galeagra
Eurífalo
Epípolas
Tique
Anfiteatro
Teatro
Muralla con tres puertas
Puerto Menor
Templo de Apolo
Templo de Atenea
Ortigia
Manantial de Aretusa
Gran Puerto
Canale di Lisimelia
Plemirio
N
0
1
2 km

Prólogo

5 DE NOVIEMBRE DEL 265 D. C.

La venganza era dulce. Y no tenía por qué servirse fría, sabía mejor caliente, candente. Había disfrutado catándola, pero no le había bastado. Quería más, mucho más. Por encima de todo, quería la libertad, y en esos momentos, con una espada en la mano, no podía imaginar un número de personas que no fuera capaz de matar para conseguirla.

Esperando en la cálida oscuridad de la noche siciliana, Croco pensaba en aquellos cinco largos años de esclavitud, los cinco años que habían transcurrido desde que los alamanes habían sido derrotados en la batalla que había tenido lugar frente a Milán: los cinco años amargos que habían pasado desde que los romanos lo habían convertido en su esclavo. Se lo habían llevado a aquella isla encadenado, junto con otros miembros de la tribu, en la apestosa bodega de un navío. Ya en el muelle, los habían obligado a esperar desnudos. Al principio, su amo, un hombre llamado Biconte, lo había destinado al trabajo en los campos. Días interminables bajo un sol mucho más tórrido de lo que pudiera haber imaginado en su tierra natal, al norte del Rin. Cuando había intentado huir, lo habían marcado con un hierro candente como a una res, con una F de *fugitivus*. La herida de la frente todavía le dolía y olía a carne quemada cuando le afeitaron la larga melena, el orgullo de

cualquier guerrero nórdico, antes de confinarlo al molino.

Había pasado tres años trabajando junto a otros esclavos con grilletes en los tobillos, vestido con harapos que dejaban entrever las cicatrices que le habían dejado las palizas, dando vueltas y más vueltas en el molino, empujando el peso tremendo de la piedra como lo habría hecho una mula o un asno. Con el polvo incrustado en la piel y con la tez amarillenta por el encierro, los esclavos del molino tenían los ojos tan hinchados que apenas veían nada. No todos habían sobrevivido a aquellos tres años. Los que habían muerto simplemente habían sido reemplazados. Cuatro de los nuevos eran pastores alamanes a los que habían acusado de hurto. Ninguno de ellos, ni los alamanes ni los demás, habían sido liberados.

Esa misma noche la justicia divina se había impuesto en el molino. En medio de la confusión, Croco había utilizado sus propias cadenas para estrangular al primer supervisor. Luego le había quitado la espada y había liquidado a dos más. El rojo intenso de la sangre había manchado el suelo blanqueado por la harina. El recuerdo de ese instante no le proporcionaba más que placer.

—Sóter está esperando —le dijo una voz desde la oscuridad —. Ha llegado el momento.

En silencio, subieron la empinada cuesta que conducía a la ciudad de Érice. Eran cuarenta hombres: los doce del molino, unos cuantos pastores de las colinas circundantes y los miembros del servicio de una villa cercana, a quienes habían liberado. La mitad eran alamanes como él, mientras que los demás eran esclavos del imperio, verdaderos cagalindes sin coraje que, aun así, también habían conseguido armarse de un modo u otro, aunque fuera solo con una guadaña o una horqueta.

Por supuesto, nada de eso habría sido posible sin Sóter, el salvador. Al principio, Croco no lo había reconocido. No era el único hombre con el pelo largo y blanco y al que le faltaba un ojo. Fue cuando habló en la oscuridad, durante uno de esos breves momentos de descanso, cuando se había dado cuenta de quién era. Sóter conocía varios idiomas, los necesarios para hablar con todos

y cada uno de los hombres encadenados en sus lenguas maternas, ya fuera latín, griego, la incomprensible jerga del Lejano Oriente o, en el caso de Croco, el habla de los bosques de Germania.

A Croco le había extrañado su pronunciación, le había parecido similar a la que exhibían los que llevaban tiempo entre extranjeros. Sin embargo, no tuvo la menor duda sobre el significado de sus palabras cuando el salvador le habló de mundos tan peligrosos como fantásticos, de insurrección y de valor, de dignidad y de honor, y sobre todo cuando le describió que se acercaba un nuevo amanecer, una edad dorada nacida de la brutalidad y de la matanza, así como del doloroso renacimiento de la libertad.

En plena noche, unas figuras sombrías habían aparecido para susurrarle algo a Sóter a través de los barrotes de la ventana: los pastores estaban en camino, y los esclavos de la villa también estaban listos. Ya faltaba muy poco. Los hombres del molino pronto estarían preparados para correr cualquier riesgo.

Y entonces, en esa miserable prisión, Sóter había obrado el milagro. Se había levantado, había chasqueado los dedos y sus cadenas habían caído al suelo de inmediato. Tras recogerlas, se cerraron de nuevo alrededor de sus tobillos y de sus muñecas. Cuando pronunciaba sus profecías, su respiración se volvía más áspera y su voz parecía proceder de un lugar muy lejano, y a oscuras era como si unas llamas danzaran dentro de su boca.

En esos instantes, los esclavos del imperio creían que la diosa del amor había bajado del templo que tenía en Érice para poseerlo. Tomándolo por sirio, lo llamaban Epafrodito, el amado de Afrodita, aunque Croco conocía la verdad. Sabía que desde hacía tiempo el Señor del Patíbulo disfrutaba paseándose entre los mortales disfrazado como uno de ellos. La Parca podía adoptar cualquier forma y cualquier estado, por humilde que fuera, y Croco sabía que estaba en presencia de Woden, el Padre de Todos y rey de los dioses del Norte.

En lo alto de la colina encontraron las puertas de la ciudad abiertas. Sóter se ocultó en la sombra que proyectaban y los guio por las calles vacías mientras los habitantes de la ciudad dormían

tras las ventanas cerradas sin sospechar nada. El techo elevado del templo de Afrodita se alzaba imponente frente a ellos. No ladró ni un solo perro guardián.

Llegaron a los barracones en los que dormían los únicos soldados de toda la isla. Una tropa ceremonial seleccionada entre los jóvenes más nobles de Sicilia para guardar el templo de Afrodita, la diosa que los había traicionado.

Croco volvió a notar aquella tensión en los músculos y en el pecho que siempre aparecía antes de cada batalla. En Milán se había adelantado a las tropas para bailar de forma frenética y reclamar así a los dioses que le concedieran la ferocidad de un lobo. Pero esa noche no sería necesario. El Padre de Todos los acompañaba.

La puerta exterior no estaba cerrada con llave. Los jóvenes de buena cuna habían demostrado su autocomplacencia ignorando el peligro que los acechaba. El vigilante de la puerta roncaba dentro de su caseta. Sóter lo degolló con destreza, como si estuviera ofreciendo un sacrificio.

Croco siguió a Sóter por el patio, bañado por la luz de la luna. Cuando llegó frente a los barracones, Sóter se detuvo para dirigirse a sus discípulos.

—Están dormidos y no van armados. No mostréis piedad alguna. Ellos no la han tenido con vosotros.

Un grave murmullo de odio demostró lo innecesaria que había sido la arenga.

Croco fue el primero en cruzar la puerta. Un dormitorio alargado en el que había al menos cincuenta lechos. Las figuras tapadas con las mantas se revolvieron al oír el ruido de la intrusión. Una puerta al fondo de la estancia conducía a otros dormitorios, y Croco corrió hacia ella directamente. Los primeros gritos empezaron a sonar a su espalda.

En el otro extremo de la siguiente sala, una pareja de jóvenes, alarmados por los alaridos de la primera habitación, se habían levantado de la cama. No se movieron al ver que Croco se les acercaba, estaban demasiado sorprendidos. No acertaban a comprender qué había sucedido. Seguían paralizados por el

asombro, incapaces de creer lo que revelaban sus sentidos, cuando Croco los mató con sendas estocadas.

Una escalera: los otros dos dormitorios se encontraban en el piso superior, donde los soldados ya se habían despertado con el alboroto. Media docena de ellos estaban recogiendo las armas de la pila en la que las habían dejado, en el centro de la habitación.

Se volvieron para enfrentarse a Croco y a los guerreros que llegaban tras él. El pasillo entre los camastros era lo suficientemente ancho para dos hombres hombro con hombro. Croco esquivó al de la derecha. Cuando este saltó hacia atrás, Croco apoyó una rodilla en el suelo y le abrió en canal el muslo izquierdo al otro soldado. Acto seguido se levantó y asestó un corte de revés al que intentaba recuperar el equilibrio. Falló. La hoja que llevaba Croco no era una espada tan larga como la que estaba acostumbrado a utilizar, sino un arma corta romana. Otro alamán se encargó de derribar al joven de la izquierda de un solo golpe.

Croco se dio la vuelta para bloquear un ataque débil, burló la guardia de su contrincante y le hundió la punta de la espada en la barriga. A medida que iba recuperando la memoria muscular, Croco se dio cuenta de lo efectiva que era en las estocadas aquella vieja arma romana.

Y a partir de ahí se desató una verdadera masacre.

Cuando por fin salieron de nuevo, Croco no notaba el más mínimo cansancio, tan solo pura euforia.

Sóter levantó las manos manchadas de sangre hacia el cielo nocturno.

—Esta noche habéis dado vuestro primer golpe para conseguir la libertad. Al amanecer, la ciudad entera será nuestra. Dentro de unos días, la isla arderá en llamas. En cada ciudad y en cada pueblo, en cada granja y en cada villa, los oprimidos ansían librarse de sus cadenas. No estamos solos. Ha llegado el momento... ¡Venganza y libertad!

¡Venganza y libertad!

1

8 DE NOVIEMBRE DEL 265 D. C.

Una línea oscura cerca del horizonte.

El buque mercante estaba a un día de viaje de Ostia, el puerto de Roma, y se dirigía a Sicilia. Ligeramente ladeado, impulsado por un viento tan leve como constante procedente del oeste, el navío surcaba las aguas cortando las olas y dejando una estela de espuma a su paso.

El viaje había empezado bien, pero a Ballista le preocupaba la franja oscura de la que surgía ese viento. Faltaban cinco días para los idus de noviembre, de manera que solo les quedaban dos jornadas antes de que los mares permanecieran cerrados durante el invierno. El Fortuna Redux era el último navío que había zarpado rumbo a Tauromenio. En esos momentos no estaba ni mucho menos seguro de que el nombre de la nave augurara una travesía segura.

A pesar de haber partido tan tarde en la temporada de navegación, los demás pasajeros que vagaban por la cubierta no parecían demasiado preocupados. Formaban una camarilla dispar: una compañía de mimos que se había propuesto pasar el invierno actuando en las ciudades de la isla, un équite que regresaba a sus tierras acompañado de unos cuantos esclavos, y algunos personajes más, de aspecto sospechoso, que no habían querido revelar el

motivo de su viaje. Los moralistas a menudo condenaban las malas compañías que encontraban en los navíos.

Ballista miró a su hijo. El chico estaba cerca de la proa, charlando educadamente con el terrateniente équite. Aunque en realidad ya no era un chico, puesto que ese sería su decimocuarto invierno y al año siguiente recibiría la toga que lo reconocería como adulto. Isangrim ya exhibía una estatura considerable, era ancho de espaldas y cada vez más fuerte. Tenía el pelo rubio por la herencia nórdica de su padre, y no la complexión oscura típicamente italiana de su madre. El vello que le crecía sobre el labio superior ya era apreciable y empezaba a teñir de color dorado sus mejillas. Asintiendo con atención, Isangrim seguía la conversación sin fijarse en el horizonte en ningún momento. Seguro que no sabía absolutamente nada sobre el mar.

De repente, Ballista se sorprendió al constatar lo poco que conocía a su primogénito. La élite romana consideraba que una buena vida implicaba un equilibrio adecuado entre el *negotium*, el servicio al Estado, y el *otium*, el aprovechamiento cultivado del tiempo libre. Sin duda le parecía una buena premisa, pero también era consciente de que, siendo amigo del emperador y comandante militar de confianza, no podía permitirse el lujo de elegir entre esas dos opciones. Durante los últimos diez años, Ballista había servido en el extranjero, en las fronteras, y a menudo más allá. En ocasiones, entre campaña y campaña, había pasado tiempo con su familia en Oriente. Sin embargo, aparte de una breve reunión en Roma esa misma primavera, no había estado con los suyos durante los últimos tres años. La última vez que había visto a su hijo mayor tenía diez años, y entretanto había cumplido ya los trece. Habían sido tres años realmente largos. Isangrim había cambiado muchísimo durante ese tiempo.

Aun así, había llegado el momento de arreglarlo. El emperador por fin había accedido a su petición de retirarse a la vida privada. Galieno se lo debía, tras casi una vida de servicio, aunque tratándose de un emperador esa clase de asuntos nunca podían darse por supuestos. Cuando estuvieran a salvo en su villa en Tauromenio, Ballista podría ponerse al día y conocer al fin no

solo a Isangrim, sino también a su hijo menor, Dernhelm. En aquella tranquila isla a la que los habitantes se referían como «la casa del sol» podría rehacer su vida con la madre de sus hijos. Su relación con Julia había sido mejor que la mayoría de los matrimonios. Al principio había sido muy agradable, pero habían pasado demasiado tiempo separados. Pronto llegaría el momento de compensarlo con creces.

Echando un vistazo hacia las oscuras nubes de tormenta que se extendían por el este, Ballista se alegró de haber podido anunciar su llegada a Roma con antelación. Eso había permitido que el resto de su familia pudiera adelantar el viaje. Debían de haber llegado a Tauromenio el mes anterior. Isangrim habría viajado con ellos si no hubiera sido necesario negociar su marcha de la escuela imperial palatina. Ballista había tenido que recurrir a toda su influencia y a una verborrea considerable para conseguir que dejaran salir al chico. En su momento, Ballista también había asistido a esa escuela. Nadie era más consciente que él de la función tácita que ejercía. Con ella, el emperador esperaba asegurarse la siempre incierta lealtad de los hombres importantes: de sus generales y gobernadores en el imperio, pero también de los caudillos más allá de las fronteras. Educar a los hijos de esos hombres clave en el palacio contribuía a consolidar esa esperanza. Allí los chicos quedaban sometidos a una vigilancia constante. Posteriormente, si las familias seguían libres de toda sospecha, tal vez podrían optar a ostentar cargos importantes, de manera que en ningún momento era necesario referirse a los chicos como rehenes.

La tormenta estaba cada vez más cerca, aunque por lo visto los demás pasajeros no se habían dado cuenta. Sin embargo, Ballista no era el único consciente de que el tiempo estaba a punto de cambiar. Había visto cómo uno de los marineros de cubierta ponía el pulgar entre el índice y el corazón intentando ahuyentar la mala fortuna. Para evitar que los pasajeros se alarmaran, el capitán cortó de raíz ese comportamiento con una orden discreta pero tajante. Ballista dejó de apoyarse en la barandilla de barlovento y se dirigió hacia la popa. El cabeceo de la cubierta era suave, por lo que pudo avanzar sin demasiados problemas.

El capitán estaba de pie sobre la cubierta que quedaba sobre la cabina de popa, donde el timonero accionaba los remos que servían para virar la nave. Cuando Ballista subió los escalones, el capitán, una figura poderosa a pesar de su corta estatura, lo saludó con la deferencia debida a quien exhibía el anillo dorado de los équites y solo estaba un peldaño por debajo de los senadores. Por si fuera poco, era bien sabido que Ballista era amigo del emperador. Sin embargo, los ojos del capitán se detuvieron apenas un instante en el recién llegado antes de volver a controlar el estado del navío, del mar y del cielo. Solo echó algún que otro vistazo hacia el este muy de vez en cuando y con discreción. Ballista admiró que el capitán fuera capaz de mantener esa atención contenida para no alertar a los pasajeros de la potencial amenaza que se cernía sobre ellos. No obstante, a pesar del tacto que se había esmerado en demostrar, le pareció evidente que el capitán no recibiría de buena gana la intrusión de aquel protegido del imperio que tenía origen bárbaro.

—¿Se avecina tormenta? —preguntó Ballista en voz baja, de manera que su voz no llegara hasta la cubierta principal. Eligió formular sus palabras a modo de pregunta por una mera cuestión de cortesía.

—Nada de lo que debamos preocuparnos, *domine*.

—Fui comandante de navíos de guerra en Oriente.

Al oírlo, el capitán miró a Ballista directamente a los ojos y asintió. Fue un gesto de reconocimiento, de marino a marino.

—Nos caerá encima dentro de una hora, más o menos. Pero el Fortuna Redux es una embarcación muy estable, la tripulación conoce bien su oficio y estamos lo bastante alejados de Sardinia. Mientras el viento no cambie hacia el norte, no tenemos de qué preocuparnos.

—Va bien cargada —constató Ballista.

La bodega estaba repleta de ánforas de vino, bien sujetas y cuidadosamente colocadas.

—Así se afianzará más en el mar. Rebotaría como un corcho si no llevara más carga que su propio peso.

Ballista sonrió al ver la experiencia que exhibía el capitán.

—Si necesita una mano, quedo a sus órdenes.

—Gracias.

Ballista se volvió para marcharse.

—*Domine?*

Ballista se detuvo.

—Sería mejor que no les dijera nada al resto de los pasajeros.

—Están en buenas manos —opinó Ballista—. No se me ocurriría hacer algo semejante.

Las palabras del capitán estaban bien fundamentadas. El Fortuna Redux era un navío de tamaño medio, de unos veinticinco pies de manga y menos de cien pies de eslora, desde la proa hasta la popa redondeada que quedaba bajo el grácil codaste tallado en forma de cabeza y cuello de ganso. Era de casco trincado, con buen calado, un palo mayor alto y centrado y un bauprés más adelante. Tanto su estructura como sus aparejos estaban en buenas condiciones y la tripulación demostraba la eficiencia casi lánguida de las manos que el tiempo ha convertido en expertas. En aguas bravas, un navío mercante era infinitamente más apto para navegar que una galera de guerra. Con espacio de sobra y bien comandado, podía afrontar casi cualquier tormenta.

Ballista se acercó a la proa e intercambió unas palabras con el otro équite. El terrateniente se mostró cortés pero reservado. Consideraba que su dignidad había quedado ofendida por tener que compartir el camarote principal con Ballista y su hijo. Sin duda alguna, cuando regresara a su villa seguiría quejándose de ello durante mucho tiempo. ¿Qué deriva había tomado el mundo para que un emperador otorgara el anillo dorado de équite a cualquier caudillo insignificante nacido en las regiones salvajes del norte, elevándolo así hasta el segundo rango de la sociedad romana? Menudo panorama si un bárbaro se consideraba demasiado bueno para aceptar una litera bajo la cubierta principal, junto a los mimos y otros pasajeros humildes. Lo mejor habría sido que compartiese espacio con el equipaje o con las aguas residuales.

Desterrando esos pensamientos de su rostro y cumpliendo con su compromiso con las buenas formas, Ballista se dirigió a su hijo.

—Isangrim.

Al oír su nombre, un destello de ira apareció en los ojos del chico.

—Aunque todavía es temprano —dijo el padre, puesto que no había pasado ni la cuarta hora de luz diurna—, deberíamos comer algo.

Demasiado bien educado para protestar en público ante su padre, Isangrim se despidió del terrateniente y siguió a Ballista.

La cocina se encontraba bajo la cubierta, justo delante del palo mayor. Sorprendentemente espaciosa, ocupaba toda la anchura del barco. Unas trampillas proporcionaban luz y ventilación. Minimizar el riesgo de incendio había sido una prioridad clara en su construcción. El hogar tenía una reja de barras de hierro apoyada sobre una estructura de barro que quedaba a unos pies de altura por encima de un suelo de baldosas, mientras que el techo también estaba alicatado. En una embarcación de madera, nada era más peligroso que el fuego.

Ballista cogió un jarro de agua y se lavó las manos. Luego encontró una sartén en uno de los armarios, atizó un poco el fuego y se puso a freír un poco de panceta salada.

—¿Podrías ir a buscar algo de pan? Y unos huevos...

Los utensilios se compartían, pero cada pasajero llevaba sus propias provisiones.

Isangrim obedeció, aunque con una expresión obstinada en el rostro.

—Todavía no entiendo por qué no nos hemos llevado a unos cuantos esclavos para que se ocupen de nuestras necesidades. Uno de tus guardaespaldas bárbaros habría bastado.

Ballista había enviado a todos los miembros de la casa por adelantado, y solo había dejado en Roma a dos sirvientes de la familia de Julia, para que se ocuparan de la casa en su ausencia.

—Deberías alegrarte, viendo cómo cocinan Máximo y Tarcón. Y los otros guardaespaldas, Rikiar y Grim, todavía lo hacen peor.

Isangrim no sonrió ante el comentario.

—Todo hombre debe aprender a cocinar.

Una vez más, su hijo no respondió.

—Míralo de este modo —prosiguió Ballista—. Si un hombre

no puede valerse por sí mismo, se convierte en esclavo de sus sirvientes. Podrías necesitarlo en el campo si haces el servicio militar.

—Sabes que no tengo la más mínima opción, ahora que me has sacado de la escuela palatina —replicó Isangrim en un tono mordaz.

—No es cierto. Cuando seas mayor de edad, si ese es tu deseo, yo no me opondré a que vuelvas.

—Mis perspectivas habrían sido mejores si me hubiera quedado.

—Ya veremos.

El asunto se había convertido en un elemento de discordia, por lo que se sumieron de nuevo en el silencio.

Mientras la panceta chisporroteaba sobre la sartén, Ballista percibió cómo el balanceo de la nave iba en aumento. No tenía ningún sentido contarle a su hijo que se avecinaba una tormenta. Rompió los huevos y los vertió sobre la sartén. Mientras se freían, abrió dos piezas de pan sin levadura del día anterior. Cuando la comida estuvo preparada, Ballista rompió las yemas de los huevos y las hizo resbalar junto con la panceta dentro de las vainas creadas con el pan. Comieron de pie, sin decir nada.

De vuelta en la cubierta, el aspecto del día había cambiado por completo. El sol seguía brillando, pero con menos intensidad, mientras que las primeras nubes dispersas ya habían aparecido en el cielo. El viento empezaba a soplar en ráfagas. La vela colgaba lacia, pero de repente se hinchaba con un crujido. El oleaje se volvió más alto y empezó a chapotear contra el flanco de la nave, levantando neblinas de espuma por el baluarte. Los demás pasajeros, siguiendo una especie de precepto tácito, se habían reunido alrededor del palo mayor. Estaban agazapados: húmedos, penitentes y angustiados.

Ballista observó cómo el capitán tomaba el mando de los remos que servían de timón. Dio unas cuantas órdenes y el Fortuna Redux cambió de rumbo para dirigirse hacia el sur-suroeste. Sin que fueran necesarias más indicaciones, los marineros de cubierta ajustaron la inclinación de la verga mayor y tensaron los brioles de

la vela. Con el oleaje ya a cuarenta y cinco grados, la nave empezó a navegar de forma más estable y a mayor velocidad.

Una vez completada la maniobra, el capitán fue relevado de nuevo por el timonel, lo que le permitió dirigirse a los pasajeros.

—Se está levantando viento. Seguramente estarán más cómodos en sus literas.

Los viajeros de aspecto sospechoso se escabulleron enseguida. Los actores murmuraron algo entre ellos y decidieron seguirlos.

—Si no os importa, yo me quedaré en cubierta —dijo Ballista.

—Por supuesto.

—Yo también me quedo —anunció el équite. Quedó claro que consideraba indigno buscar refugio mientras Ballista permanecía en el exterior.

—Si así lo deseáis...

Pareció como si el capitán deseara añadir algo más, posiblemente algo como «siempre que intenten no caer por la borda ni estorbar a la tripulación», pero al final se contuvo.

Ballista se volvió hacia su hijo.

—Deberías ir al camarote. Es importante que te asegures de que no se mueva el equipaje, podría romperse algo.

Con aquella instrucción solo quería guardar las apariencias, puesto que Ballista comprobaba cada mañana que sus posesiones siguieran bien afianzadas. El chico obedeció y se metió en el camarote a regañadientes. Isangrim no era marinero, y lo más prudente era apartarlo de la cubierta. Al menos de momento.

Ballista retrocedió para instalarse en el lado de babor, a la altura de las dos anclas que había a ambos lados de la popa. Apuntaló una bota contra una de las boyas de corcho de la cadena del ancla. Había otro par de anclas en la proa, mientras que la de emergencia, el ancla sagrada que servía solo como último recurso, estaba en la sección media de la nave. A pesar de la incertidumbre de la situación, le pareció tranquilizador que el Fortuna Redux estuviese bien equipado.

Después de comprobar que podría moverse a voluntad, el équite lo siguió. Era un buen lugar. Tenían la baranda para aferrarse, y allí no estorbarían las maniobras de la tripulación.

—¿Habéis hecho esta travesía muchas otras veces? —preguntó Ballista, lanzándole una mirada al équite.

—Y en condiciones mucho peores —respondió este, que a pesar de sus valientes palabras parecía absolutamente aterrorizado.

Un muro de tinieblas avanzaba inexorable hacia ellos arrastrando zarcillos de lluvia.

—¡Apagad el fuego de la cocina y todas las lámparas! ¡Cerrad las escotillas y la puerta del camarote!

La voz del capitán resonó por encima del ruido de los cordajes y del chirrido que salía de los centenares de tablas y clavijas de madera que formaban la cubierta. Para Isangrim debía de ser en verdad desagradable encontrarse dentro de ese camarote oscuro y tambaleante, pero todavía lo tenían peor los que estaban en la bodega.

Las nubes se acabaron tragando el sol y las primeras gotas cayeron sobre la cubierta. El bajel se bamboleó con la llegada de la tormenta, fue como si el Fortuna Redux hubiera encajado el puñetazo de un coloso. Quedó muy ladeado y se desvió de su rumbo. Ballista agarró al équite por el brazo al ver que perdía el equilibrio.

—¡Virad por delante del viento!

Aunque las palabras del capitán se perdieron con el temporal, su tripulación ya las había estado esperando. Su confianza no estaba exenta de fundamento, puesto que aquellos hombres demostraban saber a la perfección lo que tenían que hacer. De un bandazo, la proa viró hacia el oeste.

—¡Bajad la verga un tercio de lo que queda de mástil! ¡Tensad los brioles centrales!

Cuando el viento quedó recogido solamente en el extremo de la vela y buena parte de la presión sobre el mástil remitió, el Fortuna Redux recuperó el rumbo al oeste.

La lluvia, fría y pesada, empapaba el barco de arriba abajo.

—Creo que me retiraré a descansar un poco —declaró el équite, que sin esperar respuesta se puso en marcha.

No había dado ni tres pasos cuando la cubierta desapareció bajo sus pies. Perdiendo el equilibrio, se precipitó hacia delante.

Antes de que terminara de caer, sin embargo, un miembro de la tripulación apareció de la nada y lo agarró para luego acompañarlo con cortesía hasta el camarote.

Al menos le haría compañía a Isangrim.

Ballista oteó la tormenta. El tiempo se había vuelto plomizo y las olas se alzaban cada vez más rizadas y blancas en la cresta. Sin embargo, el Fortuna Redux se había adelantado al temporal y sus movimientos eran más regulares. La popa quedaba levantada cuando surcaba una ola, y luego, cuando esta sobrepasaba la embarcación, era la popa la que quedaba en levadizo. La secuencia se repetía una y otra vez; las olas eran cada vez mayores, pero el movimiento seguía siendo el mismo.

Lanzando una mirada hacia el castillo de popa, Ballista se fijó en el capitán. Su rostro resplandecía de placer. Ballista se dio cuenta entonces de que él también estaba sonriendo como un idiota. Sí, estaban en peligro, pero eso era justo lo que le parecía tan estimulante. No había nada comparable.

Estuvieron navegando hacia el oeste durante el resto del día, surcando las aguas a gran velocidad, huyendo del poder de Euro, el dios del viento del este. Todavía avanzaban a buen ritmo cuando por fin cayó la noche.

El capitán despachó a la mitad de la tripulación para darles un descanso. Tras haber pedido permiso para abandonar la cubierta, Ballista se dirigió al camarote. Gracias a la tenue luz que proporcionó la puerta abierta, encontró una toalla. Luego cerró la puerta de nuevo, se desnudó y se secó a oscuras. Buscó el camino hasta su lecho a tientas y sin hacer ruido, para no despertar ni al équite ni a Isangrim, aunque por otro lado sabía que no debían de estar durmiendo. Cuando por fin se acostó, notó que el viento había virado unos cuantos grados. Nada del otro mundo, no tenía de qué preocuparse, de momento. A menos que empezara a soplar hacia el norte. Pero enseguida se quedó dormido.

2

Ballista se despertó sin la más mínima transición entre el sueño y la plena conciencia. Todavía era de noche. El Fortuna Redux se bamboleaba sobre el agua. El viento había amainado, aunque no pasó mucho tiempo hasta que la embarcación viró bruscamente al quedar atrapada de nuevo por la tormenta. Arriba, se oyeron órdenes proferidas a gritos y los pasos de la tripulación, que iba descalza. Ballista apartó las mantas, se puso en pie y buscó a tientas su ropa.

—¿Qué ocurre? —preguntó el équite con un gemido temeroso.

Ballista notó que Isangrim también estaba despierto.

—Quedaos aquí —ordenó, dirigiéndose a los dos—. Iré a comprobarlo.

Una vez que encontró la ropa, Ballista se enfundó en su túnica. Estaba fría y mojada, por lo que le quedó pegada al cuerpo. También tenía las botas empapadas. Tiritando, se abrochó el cinturón antes de abrir la puerta, salir y cerrarla de nuevo tras él.

El ruido lo sorprendió como un bofetón inesperado: una verdadera cacofonía de viento y de agua, el aullido de los cordajes y el chirrido de la madera. Una vez cerrada la puerta, se mantuvo aferrado al pomo, puesto que temía resbalarse por la acusada inclinación que describían las tablas. Por delante de él, entre la oscuridad que se cernía más allá de la proa, la noche era un caos

de agua blanca. El viento se había desviado hacia el norte y había levantado un violento mar cruzado. La embarcación giraba, retrocedía y se encabritaba como un caballo aún por domar.

—¡Bajad la verga a la mitad! —rugió el capitán desde lo alto del castillo de popa.

Todos los hombres de la tripulación estaban en la cubierta, pero el agua dificultaba sus movimientos. Uno de ellos perdió el equilibrio y rodó por el suelo hasta chocar contra la borda de estribor. Se quedó allí un momento antes de arrastrarse con empecinamiento hasta el lugar que debía ocupar. Centímetro a centímetro, se pelearon con los recalcitrantes cabrestantes y con las poleas para hacer descender la gran verga de madera de pino, que se mecía y se doblaba como si intentara liberarse desesperadamente. Si caía de forma descontrolada y su peso no partía la embarcación por la mitad, sin duda sobrecargaría de todos modos la estructura y anularía la capacidad de manejar el navío. A merced de las aguas, el mar se encargaría del resto.

—¡Hasta ahí! —gritó el capitán.

El descenso de la inmensa viga de madera se detuvo al instante, y los marineros aseguraron los cabos.

—¡Izad la vela unos pies, lo justo para mantener la dirección!

Gracias a los dioses, solo estaba izada la vela mayor, puesto que las otras estaban de más. Ya resultaba lo bastante difícil para la tripulación mantener los brioles tensados sobre la pista de patinaje en la que se había convertido la cubierta.

Cuando la siguiente racha de viento quedó atrapada en la vela de la parte baja del mástil, que estaba en parte desplegada, las hojas del timón de cola mordieron la superficie del agua una vez más. Aunque seguía dando bandazos por culpa de las olas que golpeaban primero un flanco y luego el otro, el Fortuna Redux quedó bajo control y empezó a surcar de nuevo las aguas revueltas.

Agarrado al marco con una mano, Ballista abrió de nuevo la puerta y dirigió unas palabras hacia la oscuridad del camarote.

—El viento ha cambiado de dirección y el navío ha tenido que cambiar de rumbo —explicó con la voz calmada. Le habría gustado dejarle claro a Isangrim que no tenía de qué preocuparse, pero

tampoco quería mentirle—. Puede que las cosas se pongan feas, por lo que mejor quedaos dentro —ordenó antes de cerrar la puerta de nuevo, sin esperar la más mínima réplica.

Los escalones que conducían al castillo de popa eran resbaladizos y traicioneros. Ballista los subió con cautela. El capitán, con el rostro ceniciento por la falta de sueño, asintió en señal de bienvenida.

—¿Cuál es la latitud?

El capitán respondió sin hacer uso de las palabras, simplemente con un gesto hacia el cielo encapotado. Las nubes no se habían disipado durante la noche y no había sido posible divisar las estrellas, así que no había manera alguna de conocer su posición ni de saber cuánto se habían desviado hacia el sur. Respecto a la longitud, siempre era un dato estimado. Tras un día y una noche, resultaba imposible determinar hasta qué punto se habían desviado hacia el oeste. En cualquier caso, no había sido suficiente para alcanzar una posición segura.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

—Dos horas, tal vez tres.

Los dos hombres se miraron. No fue necesario mediar palabra.

Ballista sabía que estaban pensando lo mismo. «¿Llegaremos a la costa de Sicilia antes del amanecer?» Hallarse en el ojo de una tormenta a oscuras podía significar el fin para cualquier embarcación y todos los que estuvieran a bordo.

Dando una palmada sobre la borda, intentando seguir el cabeceo de la agitada embarcación, Ballista oteó el horizonte cegado por la lluvia y la espuma, y se dio cuenta de que estaban remolcando un cabo. Las boyas de corcho relucían entre la oscuridad.

Habían perdido el esquife, deberían haberlo izado nada más empezar la tormenta. Sin embargo, cualquier recriminación sería tan fútil como injustificada. En esas circunstancias pasaban demasiadas cosas por la mente de un capitán. Ballista tampoco había pensado en ello en ningún momento.

Sin embargo, corrían el riesgo de que el cabo que había quedado suelto dañara los remos del timón, y sin este el Fortuna

Redux podía quedar ladeado respecto a la dirección del mar y terminar volcando. Ballista bajó los escalones a toda prisa. A sus pies, esperó a que terminara el cabeceo de la cubierta y luego pasó a la borda de babor. El aire no podía estar más cargado de humedad, y algunas olas llegaban a rebasar el flanco de la nave. Aferrándose a los galones, fue avanzando poco a poco hasta llegar a la popa. El cabo estaba cubierto de limo y costaba agarrarlo, por no hablar de que las turbulencias del mar tiraban de él con fuerza. Apoyando las botas en la parte inferior de la borda y la espalda en el palo mayor, Ballista fue recogiendo aquel cabo suelto y deshilachado y lo fue enrollando en su soporte. Cuando por fin hubo terminado, lo aseguró con un nudo y, reuniendo fuerzas de nuevo, se abrazó al cuello de ganso del codaste como un esclavo buscando refugio o un devoto desesperado rezando a un culto degradado.

Ballista descartó los pensamientos de mal agüero que le vinieron a la mente. Con un cuidado infinito, puesto que un solo paso en falso podía lanzarlo por los suelos si las olas no se lo tragaban antes, recorrió el camino de vuelta hasta el timón.

El capitán tenía a dos hombres dedicados únicamente a las bombas. Los dos marinos bregaban con las palancas que las accionaban cerca de la proa, haciendo girar el tornillo de Arquímedes oculto bajo la cubierta para bombear el agua de las sentinas. Salía de las cañerías con un flujo débil pero constante, cesaba un momento y luego se perdía en el agua levantada por la tempestad. El trabajo era agotador. El primer par de marinos tuvo que ser relevado al cabo de poco tiempo.

—¡Gracias! —gritó el capitán cerca del oído de Ballista—. ¡Debería haberme ocupado del cabo suelto y del esquife que hemos perdido mucho antes!

—¡Ya tenéis suficientes preocupaciones! ¡Nos habéis mantenido a flote!

El capitán se rio al oír el comentario.

—¡Hasta el momento, sí!

El Fortuna Redux viró hacia el sur. Ya no tenían mar cruzado, pero el vendaval se había vuelto más intenso. Hacía aullar con

furia los cordajes, doblando peligrosamente mástil y verga. Olas como montañas arremetían con fuerza contra la popa, rizándose y estallando como avalanchas de agua blanca. Levantaban con peligrosidad la popa y, en el punto más bajo de la depresión, la proa y el bauprés quedaban sumergidos unos instantes, y después volvían a emerger chorreando por los cuatro costados. Cortinas de agua cegadoras recorrían la cubierta, mientras que los embornales estaban por completo inundados.

Y entre todo eso, entre la fatiga y el terror, la tripulación seguía relevándose para ocuparse de la nave: accionando las bombas, tensando las drizas, luchando por imponer el timón al viento.

Ballista se aferró a la borda con las manos heladas, parpadeando por la lluvia que le escocía en los ojos, con la larga melena rubia azotándole el rostro. Se habría puesto a rezar, pero sabía que no serviría para nada. Los dioses romanos, Neptuno o los divinos mellizos Cástor y Pólux, tal vez responderían a las súplicas de los marineros y calmarían el océano rabioso, pero no los adustos dioses de la infancia de Ballista, los del lejano norte. Puedes renegar de ellos, pero los dioses de la juventud no te abandonan jamás del todo. Incluso en esos momentos, Ballista sintió la presencia de Ran, la diosa del mar, abriendo sus pálidos ojos y extendiendo su red para atrapar a los ahogados. «Llévame contigo, pero perdónale la vida al chico —pensó—. Perdónale la vida al chico.»

—¡Tierra a la vista! ¡Justo enfrente!

Ante el grito del timonel, el capitán y Ballista se inclinaron hacia delante, intentando penetrar con la mirada aquella noche tan salvaje.

Al principio no detectaron más que un caos de oscuridad y agua, pero al cabo de un momento apareció algo, un destello blanco que duró apenas un instante. Y luego, otra vez, en esa ocasión de un modo más perceptible. Una línea de agua blanca perpendicular al rumbo de la embarcación. Resultaba imposible juzgar la distancia a la que se encontraba, pero sin duda estaba demasiado cerca. Se extendía tanto que se perdía por ambos lados

más allá de donde alcanzaba la vista. En medio de la tempestad no había ninguna posibilidad de detener el navío, ni tampoco esperanzas de poder sortear la costa siciliana.

Una densa cortina de lluvia ocultaba aquel panorama tan terrible.

—¡Toda la tripulación! —rugió el capitán por encima de la tormenta—. ¡Primera guardia, soltad las anclas de popa! ¡Segunda guardia, atentos a los brioles!

Ballista observó cómo los hombres se lanzaban a sus obligaciones a pesar de las dificultades. En la proa, la espuma de dos impactos de ola quedó disipada de inmediato por el mar cuando las cadenas de las anclas se hundieron del todo. El Fortuna Redux seguía avanzando sin que nada pudiera detener su progreso. Luego sufrió una sacudida y aminoró la marcha cuando una de las anclas encontró un lugar en el fondo para afianzarse.

—¡Preparados con los brioles! —aulló el capitán.

Sin embargo, el ancla perdió su agarre enseguida y el barco retomó aquella implacable trayectoria fatal.

—¡Atención!

Con un crujido terrible y el quejido de mil encajes de madera torturados, el Fortuna Redux tembló hasta detenerse del todo.

El impacto dejó a Ballista y al capitán arrodillados en el suelo. Todavía no había terminado de caer cuando el capitán gritó que arrollaran la vela.

El mástil se dobló peligrosamente hacia proa y popa, amenazando con desprenderse de su base. La verga, vibrando debido a las tensiones, quedó curvada como un arco.

Los hombres de cubierta se levantaron de nuevo como pudieron y siguieron tirando de los brioles colgando todo su peso en ellos. Centímetro a centímetro, la vela empezó a izarse.

—¡Vamos, con todas las fuerzas! ¡Antes de que el mástil se rompa o de que el ancla pierda agarre!

Al final, consiguieron izar la vela. El vendaval ya no podía aferrarse más que a la lona recogida y a los palos desnudos.

Ballista se puso en pie con dificultad. Ahora que el navío se había detenido (¿por el efecto de un ancla o de las dos?), su

balanceo se convirtió en un movimiento mucho más violento. Se inclinaba de un modo extremo, levantando hacia el cielo primero la proa, luego la popa.

—¡Soltad el ancla sagrada! —ordenó el capitán en dirección a Ballista—. ¡Toda la tripulación!

Juntos bajaron los escalones a trompicones y culebrearon por la sección media de la nave hasta llegar al mástil.

El ancla sagrada era un artilugio monstruoso. Un collar de plomo mantenía unidos los brazos a la caña. Esta última parte debía de tener unos ocho pies de longitud. Los cepos, también de plomo, proyectaban ángulos rectos respecto a los brazos y medían al menos cuatro pies. Solo los dioses sabían cuánto debía de pesar aquella ancla.

—*Domine* —le dijo uno de los miembros de la tripulación al capitán—. Jamás seremos capaces de controlar el cabeceo de la cubierta. Si soltamos el ancla sagrada, acabará perforando la proa o la popa y nos hundiremos con ella.

—No, no tenemos elección. Tenemos que lanzarla por la borda —afirmó el capitán, que parecía intentar convencerse a sí mismo tanto como a la tripulación—. Estamos en una orilla a sotavento, y las anclas menores no soportarán mucho tiempo más estas ráfagas tan violentas.

Todos estaban calados hasta los huesos y terriblemente preocupados.

El capitán se armó de valor para dar la orden.

—Todos atentos. Voy a cortar los amarres del ancla.

Eran nueve hombres: todas las dotaciones del navío más el capitán, el timonel y Ballista, que se preparó agarrando uno de los brazos con punta de acero.

—Llevadla hasta la popa, junto al timón de estribor —ordenó el capitán, que de repente tenía un hacha en la mano—. ¿Listos?

Los tripulantes murmuraron una respuesta vaga.

—¡Agarraos!

Dicho esto descargó el hacha y, bajo la inmensa tensión a la que estaba sometido, el cabo que asía el ancla cedió al segundo golpe.

—¡Aguantad!

El ancla comenzó a deslizarse hacia la popa, aunque las puntas de acero que remataban los brazos se hundían en la madera de la cubierta. Gruñendo debido al esfuerzo, consiguieron detenerla antes de que recorriera toda la longitud de la cubierta y chocara contra la cabina.

—¡Ahora! ¡Levantadla!

Fue como intentar alzar una roca mojada, resbaladiza y llena de cantos agudos. La embarcación se inclinó hacia delante cuando una ola pasó por debajo de la popa. El peso los lanzó hacia la proa, un hombre estuvo a punto de quedar aplastado contra el cabrestante. Luego fue la proa la que se izó sobre el agua y todos se tambalearon hacia el lado opuesto de la nave.

—¡Tenemos que aprovechar el cabeceo de las olas!

De algún modo consiguieron dar unos cuantos pasos. Sin embargo, la siguiente ola los obligó a retroceder de nuevo. A Ballista ya le temblaban los brazos debido al esfuerzo, y su respiración se había convertido en un resuello ronco. Tenía la espalda hinchada debido al dolor. Por mucho que se esforzaran, la operación avanzaba con una lentitud agónica. Como máximo conseguían dar cuatro o cinco pasos cortos y laboriosos cada vez que la popa descendía por el efecto de las olas, y luego se veían obligados a retroceder uno o dos pasos cada vez que se levantaba de nuevo. Tambaleándose como borrachos, se sobrepusieron al dolor y siguieron recorriendo ese trayecto incierto hacia la popa.

Hasta que sucedió el desastre. Estaban a punto de llegar al camarote cuando una ola cruzada impactó con violencia contra la nave.

Sorprendidos con la guardia baja, los hombres cayeron por la cubierta inundada de agua. Dos de los tripulantes perdieron pie y, al desequilibrarse, soltaron el ancla. Se oyó un grito agudo y agónico cuando el peso del ancla cayó de lleno sobre las piernas de uno de los marineros.

—¡Alzadla! —gritó el capitán, aferrándose a la barra—. ¡Controladla!

Gruñendo debido al esfuerzo, levantaron aquel objeto

abominable.

El hombre herido no paraba de chillar.

Sin prestarle la más mínima atención, el resto de los hombres siguieron transportando el ancla hasta más allá del camarote. Desesperados por terminar de una vez con aquella tarea ingrata, empezaron a actuar con precipitación, desatendiendo su propia seguridad.

—¡Sujetadla, desgraciados! ¡Sujetadla!

El capitán desbloqueó la portezuela de la borda y la abrió. Estaba diseñada para que el ancla sagrada pasara. Había un surco en la regala para alojar la cadena.

—¡Casi lo tenemos! ¡No os relajéis ahora!

—¡Por todos los dioses, daos prisa! —jadeó un hombre junto a Ballista.

—A la de tres: uno, dos y... ¡lanzadla!

Un último esfuerzo devastador y el ancla desapareció de la cubierta.

—¡Cuidado con el cabo!

Los hombres, agotados, mareados y aturdidos por el alivio, se habían movido con lentitud, pero enseguida se apartaron como pudieron.

El grueso cabo desapareció muy deprisa.

Ballista acompañó al capitán a examinar cómo se encontraba el herido. Ya no gritaba, y aunque tenía los ojos abiertos como platos, no veía nada. La blancura de los huesos asomaba por las piernas arruinadas. No había nada que hacer. El capitán ordenó que lo ataran a un puntal de la borda para apartarlo del paso. Cuando lo movieron, empezó a gritar de nuevo.

La lluvia les dio un respiro que les permitió divisar la línea blanca que las olas creaban al romper con la costa, tal vez a un tiro de flecha. Unos ciento cincuenta pasos, no más de doscientos.

Un retrueno grave se dejó oír por encima del ruido de la tempestad. Aquella temida revelación pareció acabar con toda la determinación que tanto el capitán como la tripulación habían demostrado hasta el momento.

El mástil se estaba partiendo. Lo anunciaron unos crujidos

terribles, como de árboles jóvenes quebrados implacablemente. Ballista comprobó la burda con la mano y se dio cuenta de que estaba tan tensa que tamborileaba en un tono más agudo con cada nueva ráfaga de viento.

—¡Tenemos que cortar el palo mayor!

El capitán negó con la cabeza.

—¡Eso nos haría volcar antes de que pudiéramos echarlo por la borda!

—¡Es un riesgo que debemos asumir! —afirmó Ballista con la voz ronca de tanto gritar—. ¡Mientras siga en pie nos arrastrará y no podremos anclar el barco!

—A los hombres ya no les quedan fuerzas para ello —lo contradijo el capitán con tristeza, hablándole cerca del oído—. No se les puede pedir tanto —añadió antes de elevar el tono de nuevo —. ¡Estamos en manos de los dioses! ¡Haced subir a los pasajeros a cubierta!

Un tripulante bajó a la bodega, y Ballista acudió al camarote.

La oscura sala apestaba a vómito. El hedor le revolvió el estómago. Isangrim estaba sentado junto al équite, que tenía la túnica manchada. Estaban agarrados a donde podían para sobrellevar el intenso cabeceo de la nave.

—El capitán quiere a todo el mundo en cubierta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Isangrim controlando el tono de voz. Ballista de repente sintió admiración y cariño por el chico.

—Estamos fondeados a un tiro de flecha de la costa.

—¿Qué costa? —quiso saber el équite.

—Sicilia.

—Entonces prácticamente hemos llegado a casa —constató el terrateniente con una sonrisa ridícula—. El capitán puede encallar el barco en la orilla y estaremos salvados.

—No es tan sencillo.

—¡Tonterías!

El équite se puso en pie enseguida y fue hacia la puerta llamando a sus esclavos.

—¿La situación es muy grave? —preguntó Isangrim.

—Bastante —respondió Ballista.

El chico ya estaba vestido. Ballista le preguntó si tenía alguna pequeña posesión que quisiera conservar.

Isangrim miró a su alrededor, se tocó la *bulla* que llevaba colgada del cuello a modo de amuleto y respondió que no.

Ballista comprobó lo que llevaba en el cinturón: el cuchillo, un monedero con dinero y llaves y una bolsa con pedernal y acero. Él también le echó una ojeada al oscuro camarote. Le parecía extraño no llevarse una espada, pero al mismo tiempo decidió que sería una carga y un estorbo. Además, había mandado su mejor espada junto con la familia, de manera que allí no había nada que le importara realmente, aparte del chico.

Fuera ya casi había amanecido, aunque el navío seguía rodeado de tinieblas debido a la tempestad. El marinero herido empezó a quejarse de nuevo, profiriendo gritos agudos como los de un animal. El viento parecía estar soplando todavía con más fuerza. A su alrededor se alzaban figuras indiscernibles, apáticas o resignadas, que intentaban aferrarse a lo que podían. Aquella escena apocalíptica, por supuesto, había silenciado el falso optimismo del équite. Entre el cabeceo salvaje de la maltrecha embarcación, Ballista percibió un movimiento distinto. Un desplazamiento casi imperceptible.

—Ven conmigo.

Ballista e Isangrim se dirigieron a la popa. Con cada paso que daban, las aguas negras explotaban en un estallido de espuma a su alrededor. Ballista empezó a sufrir por su hijo. Luchando para mantener el equilibrio, se hizo con dos de las boyas que estaban asidas al cabo que mantenía sujeto el esquife.

—¿Sabes nadar?

—Sí —respondió Isangrim.

—¿Bien?

—Bastante bien.

—Toma. Esto te ayudará.

Ballista se puso una de las boyas de corcho por el cuello y se ajustó el cinturón. Luego sujetó a Isangrim con fuerza mientras el chico hacía lo mismo.

Isangrim echó un vistazo por encima de la popa hacia las

fauces de la tormenta.

—¿Vamos a saltar?

—Solo si es necesario.

Mientras intentaban volver sobre sus pasos por la cubierta del barco, Ballista notó cómo la nave se movía de nuevo hacia delante. Se desplazó un poco, y luego se detuvo otra vez con una sacudida. Fue un movimiento insignificante, pero le bastó para saber que las anclas de popa se habían soltado. El ancla sagrada era lo único que mantenía al Fortuna Redux a salvo de un destino fatal.

De nuevo en la cubierta principal, los actores, empapados, tanto hombres como mujeres, estaban aferrados al mástil, cantándole una plegaria inadvertida a alguna deidad poco receptiva, a juzgar por los resultados. El équite se había retirado al camarote. Entre la tripulación ya no reinaba ningún tipo de orden. Habían abierto el cargamento y, agazapados en grupos de dos o tres hombres, se refugiaban del viento junto al camarote y otras zonas que ofrecían una mínima protección para trasegar el contenido de las ánforas que habían hurtado. El vino no estaba mezclado, por lo que no tardarían en perder el conocimiento, que era justo lo que se proponían. Muchos de ellos ni siquiera debían de saber nadar, y el resto debió de pensar que intentar llegar a la orilla solo les serviría para prolongar aún más la agonía.

El capitán se quedó desolado en lo alto del castillo de popa, junto a los remos del timón, que ya no comandaba nadie. En un buque de guerra, solo estaba permitido romper la disciplina cuando la embarcación quedaba encallada. En esas circunstancias, las órdenes no tenían ningún sentido y cada hombre velaba por su propio pellejo. El Fortuna Redux todavía no se había hundido, pero era un buque mercante, y sus marineros no habían hecho ningún juramento militar. Gozaban de más libertad para abandonarse a la desesperación, y en las circunstancias en las que se encontraban no se les podía acusar de hacerlo.

A pesar de la oscuridad de la tormenta, la luz bastaba para divisar las olas de la costa a unos cien pasos de distancia. Chocaban con una fuerza malévola e inhumana contra la cuesta de la orilla. Más allá se alzaba la fúnebre silueta de un acantilado.

Desde el camarote llegó el sonido del équite reprendiendo a sus esclavos, como si de algún modo los considerara responsables del aprieto en el que se hallaba.

—¡Igual que en el viejo chiste! —le dijo Ballista a Isangrim a voz en grito—. Un necio rico se ve atrapado en una tormenta y sus esclavos empiezan a lamentarse, pero él les dice que deberían estar contentos, puesto que en su testamento les concede la libertad a todos.

El chico se quedó mirando a su padre como si estuviera loco.

El Fortuna Redux pegó una fuerte sacudida hacia delante y luego empezó a avanzar de forma inexorable. La fuerza de las olas y la presión que el viento ejercía contra los mástiles, las vergas y la estructura consiguieron arrancar el ancla sagrada del suelo marino. Los actores soltaron un lamento desesperado.

Desde arriba, el capitán estaba luchando por controlar los remos del timón, intentando evitar con desesperación que el barco se cruzara y perdiera la trayectoria. Era mejor encallar de frente; de lo contrario, la nave volcaría y terminaría destruida en pedazos en un abrir y cerrar de ojos.

Nadie acudió a ayudar al capitán. Mientras el navío se precipitaba hacia su destino, la tripulación seguía sumida en un desánimo ebrio.

—¡Aquí! —le gritó Ballista a Isangrim, junto al puntal—. ¡Agárrate fuerte!

Todos los que estaban de pie salieron volando cuando el Fortuna Redux encalló en la orilla. A Ballista se le escurrió el cabo resbaladizo de las manos y cayó dando tumbos por la cubierta inundada. Isangrim también resbaló con él y ambos se estrellaron con fuerza contra el pique de proa.

—Levántate, rápido —le ordenó Ballista a su hijo mientras le estiraba del brazo para ayudarlo a incorporarse.

Un chirrido grave resonó por debajo del casco. Con cada ola, el Fortuna Redux quedaba más y más encallado pese a estar todavía a unos cincuenta pasos de la orilla. Seguramente habían dado con un montón de rocas o con un banco de arena periférico, y en esas circunstancias la fuerza del mar no tardaría en reducir la

nave a un montón de astillas inservibles.

La tripulación se levantó para cumplir con su deber de un modo casi paródico, puesto que, embriagados por el alcohol, empezaron a romper los accesorios más ligeros para echarlos por la borda. Armarios, tablas, la puerta del camarote, incluso las planchas que recubrían la cubierta que lograban arrancar. El objetivo era lanzar cualquier cosa que pudiera flotar en ese mar embravecido.

—Sígueme.

Ballista corrió hacia el lugar en el que el marinero de las piernas destrozadas seguía atado a un puntal, olvidado por sus compañeros. Acabaría muriendo de todos modos, pero no le pareció bien dejarlo allí atado y desamparado, hasta que terminara ahogándose. Ballista le cortó las ataduras. El hombre, apenas consciente, ni siquiera le dio las gracias.

Algo pesado se desplomó sobre la cubierta a menos de cinco pasos de donde estaban: un bloque de cordaje. Cuando Ballista levantó la mirada se dio cuenta de que los cabos que habían sujetado el bloque en el aire por el otro lado, una vez liberados de la terrible tensión que los había mantenido tirantes, estaban a punto de azotar la cubierta como un látigo. Uno de ellos acertó en todo el pecho a un marinero que desapareció de repente, tragado por la tempestad.

—¡Al suelo!

Ballista derribó a Isangrim sobre la cubierta. El mástil estaba cayendo por la borda. El obenque de estribor quedó arrancado de cuajo de su base. Igual que el cordaje posterior, la energía liberada de golpe lo mandó por los aires, silbando como un flagelo y dejando caer el mástil por el lado de babor. El peso del palo mayor volcó la embarcación, sumergiéndola por babor y levantando en el aire la borda opuesta. Incluso si los marineros lo hubieran intentado, no habría dado tiempo de cortar el resto de los cordajes que seguían asiendo el mástil por uno de los lados. El barco se hundiría sin remedio.

—¡A estribor! —gritó Ballista—. ¡Aléjate del mástil!

Treparon como monos por la cubierta y se apiñaron juntos

sobre la borda, que había quedado prácticamente en horizontal.

No hubo tiempo ni para unas tiernas palabras de despedida.

—¡Salta!

Ballista esperó un instante, para asegurarse de que el chico no perdía los nervios, y entonces él también saltó.

El agua se cerró sobre él, negra como el Hades. Fue a parar muy abajo, hasta el fondo, donde sus botas tocaron algo firme y aprovecharon para impulsarse hacia arriba de nuevo. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar la tenue luz de la superficie, otra ola lo devolvió al fondo dando tumbos, incapaz de discernir dónde estaba arriba y dónde estaba abajo. El pecho le dolía, se estaba quedando sin aire. En cualquier momento sabía que el cuerpo le exigiría respirar, o al menos intentarlo, pero no encontraría más que agua salada y se ahogaría.

Ballista salió a la superficie. Tomó una bocanada de aire desesperada y miró a su alrededor. Había restos de la embarcación por todas partes. Y luego divisó a su hijo. Le gritó, pero entonces algo sólido golpeó a Ballista en la cabeza. Tuvo el tiempo justo de preguntarse si debía de haber sido alguna parte del barco antes de que la oscuridad se lo tragara.

3

Notó un dolor horroroso en el pecho. Algo que se lo oprimía una y otra vez, de forma repetida, rítmica y agonizante. Y luego le sobrevino una fuerte arcada.

Isangrim le estaba presionando el pecho.

Ballista rodó sobre un costado y vomitó. El agua salada y la bilis le resquemaron la garganta. A continuación se quedó tendido, resollando como un pez fuera del agua, y luego vomitó otra vez.

El chico se quedó sentado sobre los talones con una expresión de alivio en el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Ballista con una voz que sonó como un graznido.

—Sí.

Isangrim parecía sorprendido por la pregunta. Los jóvenes se creen inmortales. Las cosas realmente malas, la muerte, las desfiguraciones, los ahogamientos, eran cosas que les pasaban a los demás, a los viejos.

Ballista se incorporó hasta quedar sentado. Por todos los dioses, cómo le dolía la cabeza. Era evidente que algo le había golpeado cuando estaba en el agua. Con cuidado, se palpó la coronilla y notó el lugar dolorido y el pelo apelmazado, pero no se manchó la mano de sangre.

Ya estaban en la playa y había salido el sol. Los nubarrones oscuros todavía cubrían buena parte del cielo. El oleaje seguía

golpeando la orilla a unos pasos de donde se encontraban, pero la tormenta había amainado. Había restos del naufragio esparcidos a lo largo de más de un kilómetro de arena. Palos, planchas, cabos e incontables ánforas, muchas de ellas intactas: aquello era todo lo que había quedado del Fortuna Redux.

Y también cadáveres, algunos todavía en el agua y otros tirados en la orilla. Había personas que todavía se movían. Un par de ellas, a su derecha, se habían puesto en pie.

—Pásame una de esas ánforas —le pidió Ballista, señalándoselas con un gesto.

Isangrim se puso en pie y se la tendió. A pesar del calvario que acababa de superar, se movió con el vigor propio de la juventud.

Ballista tenía la boca reseca. Todavía llevaba el cuchillo en el cinturón, y también el monedero y la bolsa con el pedernal y el acero. Destapó el ánfora, enfundó el cuchillo de nuevo, se enjuagó la boca y escupió. Luego bebió un poco de ese vino fuerte y al mismo tiempo ligero. Se atragantó un poco, farfulló algo y luego bebió un poco más. Era un vino dulce, un buen vino italiano, tal vez albano, o sabino.

—¿Dónde estamos? —preguntó Isangrim.

Ballista miró a su alrededor. Al fondo de la playa, a unos treinta pasos de distancia, había un camino sin pavimentar. Más allá del sendero se veía una ladera repleta de olivos dispuestos en terrazas y detrás se alzaba un muro de roca gris con la parte superior escarpada y dentada. El sol se había alzado ya por encima del acantilado. La playa estaba orientada al oeste.

—No tengo ni la más remota idea.

Ballista se levantó con dificultad. La cabeza le daba vueltas. Se tambaleó un poco al notar que le sobrevenía otra náusea.

—Jinetes —constató su hijo.

Ballista siguió la mirada de Isangrim y vio una docena aproximada de hombres a caballo que se acercaban por el camino procedente del norte. Iban al medio galope, pero avanzaban con determinación. El líder montaba un ejemplar magnífico de manto castaño. El caballo no habría desentonado en absoluto en el Circo

Máximo o en el establo de un noble. Su jinete, en cambio, vestía ropa de trabajo. El resto de la comitiva también llevaba buenas monturas y vestiduras harapientas. Todos bien armados, con espadas al cinto.

—¡Corre! —gritó Ballista, y al ver que Isangrim no se movía le dio un tirón en el brazo.

—¿Qué ocurre?

—No hay tiempo. ¡Corre!

Cuando empezaron a avanzar por la playa, el primero de los jinetes se desvió hacia la arena. Los dos supervivientes que estaban de pie ni siquiera pudieron reaccionar. Tal vez no se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo. El acero relució con la luz del sol y cayeron liquidados al instante.

Los cuatro jinetes restantes no se apartaron del camino, siguieron avanzando al medio galope con determinación. La intención era clara: no dejar a ninguno de los supervivientes del naufragio con vida.

—¡Más rápido!

No costaba correr sobre la arena, puesto que las olas la habían apelmazado y la superficie había quedado suave y dura. Sin embargo, a Ballista le costaba respirar, la cabeza le daba vueltas y le flaqueaban las piernas. Tenía la sensación de no estar acercándose al camino.

Isangrim se había adelantado y, al llegar a lo más alto de la playa, aminoró la marcha y miró hacia atrás, buscando a su padre.

—¡No te detengas! ¡Sigue tan rápido como puedas!

Isangrim se dio la vuelta de nuevo y salió corriendo como una exhalación. Ballista intentó seguirlo, a pesar de las dificultades. Cuando llegaron al camino, pudo percibir de reojo la terrible presencia del jinete que iba al frente y que casi lo había alcanzado ya. Ballista oyó el retronar de los cascos y notó el repiqueteo contra la tierra compacta que pisaba. Obligando a su cuerpo maltrecho a realizar un último esfuerzo, echó a correr por el camino y buscó refugio entre los árboles.

El terreno empezó a ascender. El suelo había quedado blando y lodoso tras la tormenta, y la lluvia había oscurecido los troncos

de los olivos. Ballista luchó por avanzar cuesta arriba con las botas cargadas de barro, zigzagueando entre los árboles y agachándose continuamente para esquivar las ramas bajas. Tras él, oyó cómo los jinetes se detenían para adentrarse en la arboleda con el objetivo de atraparlo. Siguió subiendo con desesperación hasta que por delante vio el muro de piedra seca de una terraza. Isangrim ya había llegado hasta allí.

—¡Trepa!

Ballista resbaló y cayó de bruces al suelo, pero se aferró a lo que pudo para levantarse de nuevo y continuar huyendo cuesta arriba. Isangrim estaba escalando el muro y casi había llegado hasta arriba del todo.

Miró hacia atrás. El primer jinete estaba a menos de un tiro de piedra, obligando a su montura a avanzar, aunque con prudencia debido al estado del suelo y a la cantidad de ramas bajas que dificultaban el paso.

Cuando llegó al muro de la terraza, Ballista no se vio capaz de continuar. Era un hombre alto, pero el muro lo era mucho más. Las piedras con las que estaba construido eran resbaladizas, se quebraban con facilidad, y a él apenas le quedaban fuerzas para escalarlo.

Un grito triunfal demasiado cerca de él lo hizo reaccionar. Empezó a trepar aferrándose a las grietas, escarbando la piedra con las botas, ignorando los desgarrones de la ropa, las uñas destrozadas y las heridas en la carne, avanzando centímetro a centímetro. Resbaló unas cuantas veces y en una ocasión estuvo a punto de caer al suelo. Iba demasiado lento. Ya le llegaba el olor caliente y dulzón del caballo. Esperaba que en cualquier momento se produjera la agonía blanca del instante en el que una espada se hundiera en su espalda, bien expuesta.

Logró poner un brazo sobre el muro, encontró una raíz en la terraza y se impulsó hasta salvar la pared del todo. Resoplando y haciendo tintinear los arreos, el caballo se detuvo. Ballista se dio la vuelta, se puso en pie y desenfundó el cuchillo.

Los dos hombres se miraron fijamente. El muro era demasiado alto para que el caballo pudiera subirlo de un salto. El jinete no era

joven. Tras una barba rubia, una tez oscura y castigada por el sol. El pelo rubio, trenzado y muy sucio, le llegaba hasta los hombros. En la frente tenía una marca, una letra F de color blanco que contrastaba de un modo asombroso con el bronceado excesivo del resto de la piel.

—Otra vez será —dijo el jinete—. Nos volveremos a encontrar.

Ballista no respondió nada.

Sin usar las riendas, el jinete hizo girar su montura recurriendo únicamente a la presión de sus muslos, sosteniendo la espada de forma relajada sobre los cuernos de la silla, y se reunió con sus compañeros en el camino que había más allá de los árboles. La manera en que manejaba tanto la montura como el arma demostraba una gran práctica.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Isangrim, saliendo de detrás del tronco retorcido de un olivo.

Fue entonces cuando Ballista se dio cuenta de que el jinete no le había hablado ni en latín ni en griego, sino en el idioma de su juventud, la lengua que se hablaba en Germania más allá del Rin.

—Nada.

—Algo ha dicho.

—Nada importante. Solo una amenaza.

El chico echó un vistazo entre las ramas de los árboles.

Más abajo, en la playa, los jinetes estaban muy ocupados bajo la pálida luz del sol. Tras haber desmontado y maneado a sus caballos, se dedicaron a degollar metódicamente a todos los supervivientes del naufragio que todavía no habían muerto. Y luego vino el saqueo. Nadie profirió ninguna orden, fue como si ya lo hubieran hecho con anterioridad. Algunos registraban los cadáveres, mientras que otros se dedicaban a recoger los objetos entre las olas que pudieran tener algo de valor. Cuando hubieron terminado, se apoderaron también de las ánforas que habían quedado intactas. Una vez abierto el vino, vertieron libaciones en honor de los dioses, tras lo que se sentaron en círculo sobre la

arena, brindaron y empezaron a beber.

—¿Estás preparado, Isangrim?

¿Por qué tenía que llamarlo de ese modo? Su madre, sus amigos, sus maestros, todos lo llamaban por su *praenomen*, Marco. Odiaba que lo llamaran Isangrim, ese *cognomen* bárbaro tan ridículo que le había puesto su padre.

—Tenemos que movernos —dijo su padre.

—¿Hacia dónde?

—Hacia cualquier lugar que no sea este.

Bajar hasta el camino no era una opción, por lo que tendrían que escalar el acantilado. No era muy alto, unos doce o quince metros, a lo sumo. Además, las rocas que se habían desprendido y habían quedado en la base formaban una especie de ladera que redujo la distancia hasta los nueve metros. La pared de roca era de piedra caliza, llena de fisuras y de salientes. Sin embargo, la superficie estaba todavía mojada debido a la tormenta que había caído la noche anterior, y las piedras parecían quebradizas y poco estables. A Marco se le cayó el alma a los pies al verlo, pero tampoco quería demostrar debilidad ante Ballista. Por mucho que lo considerara casi un extraño, de todos modos era su padre.

—Deberíamos librarnos de las boyas —dijo Ballista.

Marco se había olvidado de la boya de corcho que su padre le había metido dentro de la túnica. Siguiendo su ejemplo, se despojó de ella hasta quedar en taparrabos. Cuando ya estaban casi desnudos, se dio cuenta de lo clara que tenía la piel su padre. A la sombra de los árboles, su palidez más allá del rostro, el cuello y los antebrazos, tan oscuros como la madera de teca, le pareció impresionante. Era el cuerpo de un hombre que ya había dejado atrás la juventud, pesado alrededor de la barriga, aunque también inmensamente poderoso. Los músculos y la carne de las extremidades estaban unidos por una verdadera red de cicatrices.

Eso hizo que Marco tomara conciencia de su propio cuerpo. Él también era pálido, pero todavía no tenía cicatrices. Sabía que era alto y bien proporcionado, que su físico se había desarrollado bien tras largas horas de entrenamiento con armas en el gimnasio palatino. Era el cuerpo de un joven que prácticamente se había

convertido ya en un hombre. Justo el tipo de cuerpo que solía gustar a los viejos. Ya había recibido demasiadas muestras de atención para su gusto en los baños de Roma.

Volver a vestirse fue desagradable, puesto que tanto la túnica como los calzones estaban por completo empapados y apelmazados por la sal y la arena. Marco lo sacudió todo para intentar limpiarlo, pero no le sirvió de gran cosa. Mientras se abrochaba las botas caladas de agua, vio que su padre comprobaba los utensilios que colgaban de su cinturón. Marco lo imitó y vio que todavía tenía tanto el cuchillo como el monedero. Total, para lo que le servirían... Por infantil que pudiera parecer, Marco comprobó también que todavía llevaba la bula colgada bajo la túnica y se alegró de que la tormenta no le hubiera arrebatado el amuleto.

Su padre se puso en pie y examinó el acantilado durante un rato. Luego se movió un poco hacia la derecha instando a su hijo a hacer lo mismo.

—¿Te dan miedo las alturas?

—No —respondió Marco.

—Sígueme, pues —replicó su padre con un gruñido.

Al principio treparon por el glacis de rocas desprendidas. Requería cierta atención, pero no les costó demasiado, ya que había matorrales a los que pudieron agarrarse para ir subiendo.

Ballista guio a su hijo hasta la base del acantilado propiamente dicho, donde una estrecha chimenea que algún desprendimiento debía de haber abierto llegaba hasta arriba del todo. En el interior, las rocas formaban franjas que servirían como puntos de apoyo para las manos y los pies.

—Espera aquí —le ordenó Ballista—, pero algo apartado por si hago caer alguna roca. Fíjate bien en los lugares en los que pongo las manos y los pies. Cuando llegue arriba del todo, te avisaré y empiezas a escalar tú también.

Sin añadir nada más, Ballista se metió en la grieta e inició el ascenso. No había subido mucho cuando algo se movió bajo una de sus botas y la primera lluvia de piedras se precipitó hacia el suelo. Parpadeando para evitar que el polvo se le metiera en los ojos, Marco se apartó hacia un lado enseguida. A partir de ahí, su padre

empezó a subir más despacio.

De joven, Ballista había ganado la corona mural que lo distinguía como el primer soldado que había escalado un muro enemigo. «Esto —pensó Marco— será pan comido para mi padre.»

Ballista no tardó mucho en llegar a la cima. En cuanto hubo pasado los brazos por encima del borde, sus piernas y sus botas desaparecieron enseguida de la vista.

Marco esperó. Si aquellas piedras habían soportado el peso de su padre, sin duda podrían aguantar también el suyo, al fin y al cabo era mucho más delgado. No obstante, ¿y si las había debilitado durante el ascenso? En realidad, sí le asustaban bastante las alturas.

La cabeza y los hombros de Ballista reaparecieron recortados contra el cielo despejado.

—Arriba. Acuérdate de apoyarte en los mismos lugares que yo.

De repente, el pánico se apoderó de Marco. Debido a la ansiedad que le provocaba la situación, se había olvidado de prestar atención y no sabía dónde había metido los pies y las manos su padre. Pero era demasiado tarde, y no estaba dispuesto a decepcionarle. De todos modos, tampoco tenía elección. Marco se colocó en la abertura vertical y empezó a escalar.

Las rocas resbalaban y se desmenuzaban bajo las puntas de sus dedos, pero procedió con suma cautela. Al principio no le pareció muy difícil. La fisura no era vertical, sino que describía un ligero ángulo respecto al suelo. No era mucho más difícil que trepar por una escala mojada. Sin embargo, a partir de un cierto punto ascendía en vertical. Marco miró hacia arriba. Su padre se había tendido en el suelo dejando parte del cuerpo en voladizo sobre el vacío del acantilado. No estaba muy lejos, tal vez a unos tres metros y medio.

Una piedra cedió bajo la mano derecha de Marco y cayó hacia abajo rebotando. Rápidamente empezó a arañar la pared en busca de otro punto donde agarrarse mientras notaba que una de las botas comenzaba a resbalarle. Sin ver nada, con la cara aplastada contra la piedra caliza, sus dedos buscaron con desesperación otra

grieta o saliente. La primera que encontró también se desprendió cuando intentó aferrarse, y la mano izquierda amenazaba con perder agarre en cualquier instante. Sintió un gran alivio cuando por fin pudo asirse a algo sólido.

Con los brazos y las piernas extendidos dentro de la fisura, de momento se sintió más seguro. Lanzó una mirada fugaz hacia abajo y las piedras escarpadas del suelo le parecieron increíblemente lejanas. De repente se sintió incapaz de moverse de aquel refugio temporal.

—No mires hacia abajo, Isangrim.

Ese nombre tan odioso, una vez más.

—Mírame —insistió su padre.

El chico obedeció.

—Ya casi estás arriba —lo animó.

En realidad no le faltaba mucho para poder asir la mano que su padre le tendía, pero de todos modos se sentía incapaz de moverse. Los brazos y las piernas le temblaban debido a la tensión acumulada. Cerró los ojos.

—Quédate donde estás, tranquilo.

Sin proponérselo, abrió los ojos de nuevo al notar que algo le rozaba el dorso de la mano. Una tira de cuero. Era el cinturón de su padre.

—Agárrate al cinturón. Enróllate la mano con él.

Marco tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para soltar la roca. Atrapó el cinturón y se lo enredó en la mano.

—Escala con la otra mano. Agárrate bien al cinturón y no te caerás.

Se sentía absolutamente incapaz de responder.

—Vamos, puedes hacerlo. No queda mucho.

Marco seguía con la voz atrapada en el pecho.

—Te tengo, pero tendrás que ayudarme.

Marco tiró del cinturón y notó cómo su padre asumía la tensión.

Antes de poder pensar en nada más, antes de que el terror se impusiera, retomó la marcha. Medio escalando, medio arrastrado, por fin consiguió recorrer la distancia que le quedaba. Notó cómo

se le rasgaban los calzones a la altura de una de las rodillas y un dolor agudo. Luego una mano que lo agarraba por el cuello de la túnica y tiraba de él hacia arriba con fuerza, izándolo hasta la cima del acantilado.

Se quedaron los dos tumbados, uno junto al otro, jadeando.

Marco hizo ademán de levantarse, pero su padre lo impidió extendiendo una mano.

—Aquí nos verán. Será mejor que los hombres de la playa no nos descubran.

Marco lanzó una mirada hacia atrás para comprobar desde dónde habían partido. El mar era de color verde, azul y púrpura bajo la luz del sol. Los hombres seguían formando un corro en la playa. Un ánfora pasaba de mano en mano. De vez en cuando, la brisa transportaba hasta los oídos de Marco un fragmento de canción en esa misma lengua bárbara que había utilizado el jinete. Se habían alejado un poco, pero todavía no lo suficiente.

Marco y Ballista retrocedieron arrastrándose como gusanos. Cuando quedaron lo bastante alejados de la cresta del acantilado, se incorporaron hasta quedar sentados. Estaban en una repisa de piedra ligeramente inclinada que bajaba unos treinta pasos hasta los árboles. Por el otro lado, el acantilado descendía ligeramente hacia un amplio valle arbolado. Más allá, cordilleras montañosas se sucedían en el horizonte una tras otra, hacia el centro de la isla.

—¿Cómo tienes la rodilla?

Marco apartó la tela rasgada. Le escocía, pero no era más que un rasguño.

—Bien.

—La lavaremos bien cuando encontremos agua.

Permanecieron sentados un momento para recuperar fuerzas.

—Si estás preparado, deberíamos ponernos en marcha.

Bajaron caminando hacia los árboles. Todavía había hojas otoñales en las ramas de los robles y de los castaños, y tuvieron la sensación de no quedar tan expuestos gracias al cobijo que les proporcionaban.

Ballista decidió que no descenderían hasta el fondo del valle, puesto que allí el camino era más visible entre los troncos de los

árboles. En lugar de eso, optó por recorrer la cuesta lateralmente hacia el sureste. Avanzaron agachados para evitar las ramas, pero al mismo tiempo intentando no tropezar con las raíces.

—Iríamos más deprisa por abajo —comentó Marco, y Ballista se detuvo para pensar en silencio con la cabeza ladeada—. No hay nadie en el camino.

—Pero lo normal sería que hubiera alguien —objetó Ballista—. Todavía es temprano, los campesinos deben de estar camino de los campos, mientras que los pastores acudirán a comprobar los rediles y los pastos de invierno.

Marco echó un vistazo entre los árboles. El panorama estaba desierto.

—Ese camino debe de rodear la montaña para conectar de nuevo con el sendero de la costa —infirió Ballista.

Marco sintió una punzada de inquietud en el estómago.

—¿Esos hombres nos perseguirán?

—Probablemente no, están bebiendo. Pero puede que haya más como ellos. Hasta que lo veamos claro, intentaremos mantenernos por la parte alta. Es noviembre, los pastores habrán descendido con los rebaños para pasar el invierno. Las montañas estarán desiertas.

«Excepto por los bandidos», pensó Marco. Todo el mundo sabía que los bandidos a los que se les negaba el fuego y el agua se refugiaban en las montañas. No tenían ningún otro lugar al que acudir, fuera cual fuera la estación del año.

Al cabo de un rato, el terreno empezó a ascender y se encontraron andando entre enebros y pinos. Ballista caminaba despacio, como si estuviera preocupado o como si buscara algo. De vez en cuando se detenía, y en una de esas ocasiones se apoyó contra un árbol y vomitó.

Llegaron a un arroyo y bebieron de él como animales, tendidos bocabajo y echándose el agua a la boca con las manos ahuecadas. No sin vacilación, puesto que el agua estaba helada, se lavaron las heridas y las magulladuras que habían sufrido.

—¿Sabes dónde estamos?

Ballista se estaba escurriendo el agua de la melena.

—Por el aspecto de las montañas, diría que estamos en la costa noroeste. Probablemente más allá de Panormo.

Marco quería hacer más preguntas, pero la superstición lo disuadió de ello. Mencionar de nuevo a los hombres de la playa podía invocar su presencia.

Continuaron caminando en silencio. Marco estaba cansado, le dolía la rodilla y tenía un hambre atroz.

Cuando el sol hubo superado con creces su cenit, encontraron una cabaña de pastores aislada en un claro, junto a otro pequeño arroyo. A pesar de haberse mostrado seguro de que las montañas estarían vacías, Ballista decidió que sería buena idea buscar refugio. Pasaron al menos una hora vigilando la cabaña y el redil de ovejas que había al lado, y así y todo Ballista se dedicó a escudriñar los alrededores cuchillo en mano antes de acercarse desde el otro lado.

No había nadie en la cabaña. Las cenizas de la chimenea estaban frías como las piedras. Ballista registró a conciencia el diminuto refugio, en el que de todos modos había poco por inspeccionar: una cacerola de hierro y una piedra de molino, objetos demasiado pesados para llevarlos a cuestas hasta los pastos de las tierras bajas, y también unos cuencos de madera sin valor. Había un contenedor de grano de terracota en el suelo, aunque a Marco le pareció que no contenía más que unas cuantas cáscaras vacías. De todos modos, Ballista las revolvió con paciencia y acabó encontrando algunos granos de trigo que guardó en uno de los cuencos.

Tal vez apaciguado por la seguridad ilusoria que ofrecían aquellos bastos muros de troncos, Marco reunió el coraje necesario para preguntar algo que no se había atrevido a mencionar hasta el momento.

—¿Quiénes eran?

—¿Viste la marca que tenía en la frente el jinete?

—La letra F.

—Es la F de *fugitivus*, la marca que, una vez capturado, se le hace a un esclavo que ha intentado fugarse.

Marco quería preguntar algo más, algo realmente delicado.

—Cuando ha hablado..., lo ha hecho en tu lengua —constató con un desdén incontestable.

—Sí, por el acento me ha parecido que era alamán.

—¿Un miembro de la tribu esclavizada por el emperador tras la batalla de Milán?

—Varios miles de ellos fueron enviados a Sicilia para trabajar como campesinos o pastores en las fincas del imperio. Llevan cinco años en la isla. No ha pasado el tiempo suficiente para que hayan olvidado que en algún momento fueron guerreros libres.

Una sublevación de esclavos era el gran temor inconfesable de cualquier terrateniente, pero también de cualquier ciudadano libre.

—¿Y si se rebelan todos? —preguntó. Durante generaciones, la familia senatorial de la madre de Marco había sido propietaria de grandes extensiones de tierra alrededor de Tauromenio, al este de la isla—. Otros esclavos se unirán a ellos. Será como lo de Espartaco.

—Eso sucedió hace mucho tiempo —replicó Ballista—. No ha vuelto a ocurrir nada semejante desde entonces. La última guerra servil en Sicilia incluso fue anterior, hace cuatro siglos, más o menos. Deben de ser unos cuantos hombres desesperados, es probable que los que vimos fueran todos los que hay. Panormo y las demás ciudades avisarán a la milicia y no tardarán en atraparlos.

Aunque todavía brillaba el sol, en lo alto de las montañas seguía haciendo frío. Salieron para recoger leña y encender un fuego. Marco se fijó en que su padre se detenía a menudo, examinaba el bosque y aguzaba el oído.

Ballista todavía conservaba el pedernal y el acero que llevaba en la bolsa del cinto, pero las ramas estaban empapadas por la tormenta y tardaron mucho en prender. Cuando por fin estuvo encendido el fuego, al humo le costaba salir por el agujero del techo.

Cuando se hubieron calentado un poco, Ballista utilizó el pomo de su daga para moler los granos en la piedra de molino y, añadiendo un poco de agua del riachuelo, se las arregló para preparar una especie de tortas que cocinó con la cacerola.

—¿Adónde iremos? —preguntó Marco.

—Si estamos donde creo que estamos, mañana nos dirigiremos hacia el suroeste, hacia Érice.

—¿Donde está el templo de Venus?

Ballista se rio de un modo desagradable.

—No estaba pensando precisamente en las sagradas prostitutas del templo.

Marco se sonrojó.

—Las ciudades de Sicilia tienen una guardia de doscientos hombres armados allí. Son las únicas tropas que hay en toda la isla. No hay lugar más seguro que ese.

Las precarias tortas que preparó quedaron sosas y grumosas, chamuscadas por fuera y algo crudas por dentro, pero Marco estaba tan hambriento que se terminó su ración.

Cuando el sol se hundió detrás de los picos del oeste, cortaron unas ramas de pino para improvisar unos camastros. Ballista anunció que montaría guardia durante la noche, y, a pesar de lo rendido que estaba, Marco le pidió a su padre que lo despertara para relevarlo al cabo de unas horas. Ballista prometió hacerlo.

Aunque estaba absolutamente agotado y se encontraba en un lugar bastante cálido y nada incómodo, Marco fue incapaz de conciliar el sueño. El aire en la cabaña estaba muy cargado y el olor a pino le resultaba empalagoso. Con la luz de las llamas pudo ver a su padre sentado junto a la puerta. De vez en cuando, Ballista se levantaba y salía con discreción, pero la corriente de aire frío y el parpadeo del fuego arruinaban sus intentos por pasar desapercibido. Pasaba un rato fuera y luego volvía a entrar para retomar la guardia.

Todo aquello era culpa de su padre. A Marco le habían ido bien las cosas en la escuela palatina. Aunque todavía tenía trece años, ya no estudiaba poesía bajo la tutela de un *grammaticus*, sino oratoria pública impartida por un *rhetor*. Había estado aprendiendo las habilidades necesarias para seguir la carrera senatorial. El *rhetor* había afirmado que algunos de sus discursos ya demostraban unas dotes excepcionalmente prometedoras. El lugar que le correspondía era la seguridad de Roma, y no aquella cabaña de

pastores que les servía de refugio tras ser perseguidos y amedrentados como esclavos fugitivos. Todo aquello era culpa de su padre.

4

Ballista se despertó poco a poco, emergiendo de forma gradual y a regañadientes al estado de plena conciencia. El fuego se había extinguido, y una débil franja de luz grisácea había aparecido bajo la puerta de la cabaña. Aunque se había propuesto lo contrario, se había quedado dormido. Debía de ser cosa de la edad, ya llevaba cuarenta y tres inviernos en la Tierra. Cuando era joven, montar guardia durante toda la noche jamás había supuesto un inconveniente para él. En las horas muertas de oscuridad se había planteado despertar a Isangrim, pero al final no se había atrevido, al ver lo plácidamente que dormía el chico. Ballista se había sentado a contemplar a su hijo a la luz del fuego: la delicada línea que formaba la mandíbula con el pómulo, el revoloteo de los ojos tras los párpados cerrados y cada una de sus preciadas respiraciones. Había sido casi como observarse a sí mismo de joven. Casi, pero no del todo, ya que también reconocía a su madre en él. Había algo milagroso en esa juventud, y sintió una lástima increíble cuando pensó que en realidad apenas lo conocía.

Poniéndose en pie con el máximo sigilo del que fue capaz, salió de la cabaña. Faltaba una hora o más para que saliera el sol, esa hora del día que los romanos solían llamar *conticinium*, cuando los gallos dejan de cacarear pero la gente sigue durmiendo. Aprovechando la suave luz grisácea del ambiente, miró a su alrededor. El día anterior había explorado el claro, sabía en qué

tenía que fijarse y los lugares en los que podría ocultarse un vigía. Oyó el trinar de unas pequeñas aves y divisó algunos gorriones y un par de pinzones. No le pareció ver nada preocupante. Olfateó el aire, pero no encontró más que el olor de las hojas caídas y del humo de la leña. Encender un fuego había sido un riesgo necesario. Habían llegado hasta allí atormentados por el frío, el cansancio y el hambre. Ni siquiera con un techo sobre sus cabezas habrían podido sobrellevar una noche de otoño en la montaña sin calentarse, y aparte de calor, un fuego ofrecía un consuelo casi primitivo.

Ballista recorrió el curso del arroyo. Se arrodilló con rigidez en el suelo y luego se tendió bocabajo. Le dolían todas las articulaciones. Se lavó la cara para librarse con el agua helada de los últimos rastros de sueño, bebió un poco y notó el vacío que tenía en el estómago. El día anterior había sido duro. El golpe en la cabeza que había recibido en el mar lo había dejado mareado y le había provocado náuseas. La caminata tierra adentro había sido ardua, y en todo momento se había esforzado en ocultarle al chico la debilidad que sentía.

Demasiado agotado para levantarse, se quedó tendido junto al riachuelo, escuchando el sonido del agua sobre los guijarros y las notas claras y perfectas que entonaba un mirlo. Pronto llegarían a Érice. Allí estarían seguros, en lo alto de una colina y escoltados por las tropas. Por supuesto, no se trataba de verdaderos soldados, sino solamente de una milicia apenas entrenada, pero de todos modos bastarían para someter a una turba de esclavos. Y aun así, una duda se inmiscuyó en su mente. Cinco años de servidumbre no bastaban para arrebatarle a ningún guerrero alamán la habilidad de luchar. Máximo, su mejor amigo y su guardaespaldas, había sido esclavo. Pero ello no había mermado en absoluto su eficacia letal en combate. La milicia estaba formada por sicilianos, hombres tan blandos y amantes del lujo como los griegos de Oriente, aunque todavía más debilitados por varios siglos de paz romana.

Ballista intentó descartar aquellas dudas que tanto lo acuciaban. Los muros de Érice estaban erigidos sobre un precipicio. Tras ellos, incluso las mujeres y los niños serían capaces de desafiar a un ejército. No debía de haber más que unas cuantas

docenas de esclavos dispuestos a arriesgarlo todo. Alamanes o no, la mayoría de ellos eran conscientes de que cualquier alzamiento estaba destinado al fracaso. El castigo en tal caso era inevitable: uñas arrancadas, dedos aplastados y la agonía prolongada de la crucifixión. Roma no tenía piedad, era lógico que no hubiera habido ni una sola guerra de servidumbre durante siglos. Aquello no podía ser más que un brote aislado por parte de un puñado de hombres desesperados. Ballista estaba convencido de que todo lo que le había contado a su hijo el día anterior era cierto, y aun así le habría gustado tener a sus cuatro guardaespaldas cerca. Por encima de todo, deseó tener a Máximo cerca. Juntos habían sobrevivido a todo tipo de dificultades. Junto al hiberno, se sentía seguro para afrontar cualquier peligro. Podrían haber compartido la responsabilidad de proteger al chico.

Una paloma revoloteó desde un árbol que quedaba más abajo. Había muchas como esa en el templo de Venus en Érice. La población local afirmaba que en invierno, cuando la diosa se retiraba a climas más cálidos como el de África, las aves la acompañaban cruzando el amplio mar hasta llegar al santuario de Sicca. Tiempo atrás, Ballista había visitado aquella polvorienta ciudad del norte de África. Había llegado en pleno verano y había encontrado un cielo repleto de palomas. Los designios de los dioses eran incognoscibles, pero la gente es capaz de creer cualquier cosa.

Dos palomas más alzaron el vuelo. Al instante, Ballista se puso en guardia. No obstante, se tomó su tiempo para levantarse sin llamar la atención. Se estiró con languidez, miró a su alrededor, actuando como un hombre seguro de sí mismo, aunque no vio nada fuera de lo común. Las aves estaban a cierta distancia y más abajo, pero volaban en círculos, claramente inquietas. Controlando el impulso de echar a correr, Ballista regresó a la cabaña caminando.

Isangrim seguía durmiendo. Con cuidado, Ballista le pasó un dedo por detrás de la oreja. El chico se despertó con un respingo y estuvo a punto de soltar un grito, pero su padre le tapó la boca con la mano.

—¡Silencio! Puede que tengamos compañía.

Isangrim, sin moverse, abrió unos ojos como platos debido al miedo.

—Puede que no sea nada —comentó Ballista, intentando infundirle confianza a su hijo—. Pero levántate, por si acaso.

El chico obedeció la orden enseguida.

—Quédate aquí. Saldré a echar un vistazo.

Isangrim le agarró el brazo a su padre.

—No te preocupes, no me alejaré mucho.

De nuevo en el claro, Ballista intentó transmitir la impresión de ser un hombre despreocupado que simplemente esperaba con placidez a que saliera el sol. El vuelo de las aves le hizo sospechar que había al menos un hombre más abajo, en la pendiente norte. Esperando que su comportamiento pareciera natural y bostezando para ocultar su mirada escrutadora, examinó el bosque hacia el este. El cielo era de un azul imponente, mientras que las nubes aisladas, iluminadas por debajo, presentaban una coloración rosada y dorada. No faltaba mucho para que el sol asomara por el horizonte, pero de momento la ladera estaba sumida en las sombras y la neblina envolvía los árboles. Aunque no tenía ninguna certeza, en una ocasión creía haber detectado un movimiento. No había escapatoria por el este, pues. Cubriendo con calma los pocos pasos que lo separaban del redil, echó un vistazo hacia el sur. Los árboles no quedaban muy lejos. El terreno que se extendía más allá era duro, pura roca. No veía ningún refugio posible en esa dirección. Tendrían que ir hacia el oeste. Dio media vuelta y regresó andando hasta la entrada de la cabaña.

«Maldita sea, esta vez no hay la menor duda.»

Una figura furtiva, revoloteando entre los troncos de los pinos, a unos cincuenta pasos de distancia. No tenían más remedio que subir montaña arriba y rezar para que no pudiera alcanzarlos. O eso, o encontrar alguna cueva en la que pudieran esconderse.

—¡Rápido! —gritó Ballista desde la puerta—. Tenemos que huir corriendo.

Isangrim salió de la cabaña.

Ya era demasiado tarde. Cinco hombres que formaban un renglón, bien espaciados como cazadores, subían por la cuesta. Dos

más se aproximaban, uno por cada lado. Ballista miró a su alrededor.

«Padre de Todos, hay dos más bajando por la ladera.»

—Vuelve adentro —dijo Ballista—. Intentaré hablar con ellos.

No había la menor duda de que eran esclavos. Iban ataviados con ropas de trabajo harapientas, llevaban el pelo alborotado y las barbas negras descuidadas. Algunos cargaban con lanzas de caza, mientras que los demás iban armados con cayados o garrotes. Debían de ser pastores. No eran alamanes, su pelo oscuro revelaba que habían nacido a orillas del Mediterráneo. Fuera cual fuera su origen, eran hombres que vivían al margen de la sociedad, acostumbrados a la violencia en lugares remotos. Sería precisa la astucia de Loki, el dios del engaño, para salir de esa sin recurrir a la violencia. Incluso el astuto Odiseo tendría problemas para encontrar las palabras precisas en esa situación.

—Hasta aquí —ordenó Ballista en latín, intentando sonar como si tuviera un ejército a sus espaldas.

Se detuvieron a unos diez pasos de él. De un modo nada sorprendente, no se mostraron amedrentados en absoluto. Eran seis contra uno, y lo único que Ballista y su hijo tenían eran sus dagas.

—Vaya, vaya, otros dos alamanes fugitivos —dijo con antipatía el tipo. Era evidente que incluso entre los esclavos rebeldes debían de prevalecer las animadversiones étnicas—. Uno que habla latín, y ese chico guapo.

Ballista advirtió que Isangrim había salido de la cabaña y se había colocado justo detrás de él. El padre tenía una mano sobre la empuñadura del cuchillo. De repente pensó que tendría tiempo de desenfundarlo y acabar con el sufrimiento de su hijo antes de que aquellos brutos se le echaran encima. Sin embargo, dudaba si sería capaz de cometer aquel acto tan terrible.

—Tenemos cuerdas —constató el portavoz, riendo de un modo desagradable—. Pero, antes de atarlos, creo que podríamos pasar un buen rato con tu catamito.

—¡Esperad!

Ballista levantó la mano izquierda como si pudiera mantenerlos a raya físicamente. Necesitaba tiempo para reunir el

valor necesario y atacar. Una estocada rápida, sin humillación, sin sufrimiento. Cuando hubiera acabado con Isangrim, podría dirigir la hoja hacia sí mismo o luchar hasta que lo mataran. Fuera como fuera, evitaría que su hijo sufriera.

—¿Y dónde has robado ese anillo?

Ballista había olvidado que llevaba el anillo de équite en el tercer dedo de la mano izquierda.

—¿Le cortaste el dedo a tu amo para quitárselo después de asesinarlo?

No tenía ningún sentido seguir con los subterfugios.

—Me llamo Marco Clodio Ballista, équite de Roma, compañero del emperador. El chico es mi hijo, y no nos atraparéis a ninguno de los dos con vida.

Los esclavos se miraron entre ellos, de repente no sabían qué hacer.

—Podría estar diciendo la verdad —dijo uno de ellos.

—Pues a mí me parece germano —añadió el esclavo que había proferido las amenazas—. Los dos me lo parecen.

—Nací más allá del Rin —aclaró Ballista.

—Deberíamos esperar —opinó el otro esclavo— hasta que llegue el *dominus*.

Un atisbo de esperanza apareció en el corazón de Ballista. ¿O acaso *dominus* no era más que el título que le habían otorgado al líder de la banda?

—¿Dónde está vuestro amo?

—Llegará pronto.

Se quedaron donde estaban, esperando en silencio. Los pastores mantuvieron una actitud vigilante y recelosa propia de la naturaleza de su oficio. La amenaza de la violencia seguía estando presente, pero al menos su inminencia se había esfumado.

Al cabo de poco rato, el rumor de unas ramas y de unos pesados pasos anunció que se acercaban los *domini*.

—¿Habéis atrapado a alguno de esos malnacidos? —preguntó un joven pesado y rubicundo, vestido con ropa de caza de calidad y seguido por media docena de esclavos más.

—Tal vez, *domine*.

—¿Qué quieres decir con «tal vez»?

—Este afirma ser un équite —respondió el primero, señalando con el pulgar a los dos fugitivos.

—Me llamo Marco Clodio Ballista, y este es mi hijo.

—Es ridículo, mi padre conoce a la familia de su esposa —exclamó el joven—. El general lleva años sin pisar la isla.

—Han pasado diez años desde que visité las propiedades de mi esposa por última vez.

Una mirada cargada de perspicacia apareció en el rostro redondo del *dominus*.

—¿Y cómo se llama vuestra esposa?

—Julia Paula, hija del difunto Gayo Julio Volcacio Galicano.

—Podrían ser esclavos de la familia —replicó el pastor que había propuesto atarlos con la soga.

El joven ignoró la interrupción.

—¿Y dónde se encuentran sus propiedades?

—En el este, alrededor de Tauromenio —respondió Ballista.

—¿Es él? —preguntó el pastor en un tono que claramente esperaba una respuesta negativa para poder proceder con el linchamiento.

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —le espetó el joven—. Era solo un niño la única vez que vi a Ballista.

—¿Dónde me visteis?

—En Siracusa, en la casa de Flavio Vopisco —dijo el joven, recuperando la mirada astuta—. ¿Dónde servisteis a las órdenes del senador?

—En el asedio de Aquilea —contestó Ballista—. Cuando asesinaron al emperador Maximino el Tracio.

La actitud del joven *dominus* cambió en cuestión de un instante.

—Perdonad a mis hombres. Estábamos patrullando los límites de la propiedad. Me llamo Quinto Cecilio Ticiano, hijo de Publio. Os ruego que aceptéis la hospitalidad de mi padre. Estaréis bastante más seguros en nuestra villa.

Por supuesto, se trataba de una propiedad muy extensa, de manera que la ruta fue larga. No salieron de los bosques, caminando por la sombra y pasando entre delicados arbustos de un color azul grisáceo que olían a tomillo. Las melodías de las aves cantoras los acompañaron en todo momento.

Marco notó que los hombres mantenían una actitud tensa. Su padre y Quinto apenas hablaron, y los cazadores guardaron un silencio absoluto. Al parecer no estaban tan al oeste como su padre había pensado, y se habían visto a muchos fugitivos por esas colinas del interior. Marco pensó que la cautela de los mayores era excesiva. Ninguna banda de esclavos dispar y desarrapada sería capaz de vencer a un grupo de veinte hombres armados. Los esclavos eran unos cobardes, sin duda buscarían objetivos más sencillos. Fuera cual fuera la realidad de la amenaza, unas horas más tarde, cuando el grupo llegó a su destino, el alivio general fue más que evidente.

La villa de la familia de Cecilio era la típica residencia de campo de un hombre rico. La casa enlucida y con baldosas rojas y blancas tenía dos alas dispuestas en forma de letra U. Muy cerca había una casa de baños. Un muro bajo separaba la residencia de la familia de los graneros, los establos y los aposentos para los esclavos, mientras que otro muro rodeaba todo el complejo. La villa estaba construida en un recodo resguardado de las colinas que quedaba dominado por un saliente rocoso sobre el que crecía un roble enorme. Estaba rodeada de huertos, y un arroyo fluía por la finca.

A Marco y a su padre les asignaron dos habitaciones contiguas en la primera planta. Un balcón conectaba todos los dormitorios, y las escaleras que había en cada extremo permitían acceder directamente al patio. Después de los dos últimos días, las cosas más mundanas, como un baño, un masaje, ropa limpia o disponer de sirvientes, les parecieron casi algo ajeno. Agradecieron muchísimo aquellos lujos cotidianos, aunque también los aceptaron con la sensación de que podían perderlos de nuevo en cualquier momento.

El comedor estaba preparado para seis personas. Ballista se

sentó en el diván principal con el propietario y su hijo. De ese modo tan relajado que solía imperar en el campo, la esposa y la hija de Publio Cecilio se recostaron en el segundo diván. Marco se sentó entre ellas dos. La familia al completo estaba bien aposentada. La hija debía de ser más o menos de la edad de Marco y tenía un rostro agradable, si bien algo anodino.

Demostrando su modestia, las mujeres habían hablado poco mientras los comensales se lavaban las manos, y en esos momentos, mientras les servían el primer plato, todos escuchaban con respeto cómo el propietario exponía el desastre que estaba aconteciendo en la parte occidental de Sicilia.

—La raíz del problema son los alamanes. Tras la derrota que sufrieron en Milán, miles de los...

A Marco no le pasó desapercibido el tacto que demostró Cecilio al recordar de repente el origen de Ballista, tras lo que evitó referirse a ellos con la palabra «bárbaros».

—... cautivos fueron enviados a la isla. La mayoría de ellos se destinaron al trabajo en las fincas del imperio, pero a algunos los vendieron como esclavos a propietarios privados. Siempre supone un peligro mantener a un gran número de prisioneros de guerra en un mismo lugar. Todavía no se han resignado a la esclavitud, y hablan una lengua que sus amos desconocen. Resulta fácil conspirar en esas circunstancias. Fue una insensatez destinar a tantos de esos hombres al pastoreo. De ese modo podían rondar armados con libertad.

Aunque sus rescatadores les habían ofrecido pan y queso esa misma mañana, Marco seguía teniendo mucha hambre. Le costó no engullir como un loco los huevos duros y las salchichas. En cambio, apenas probó la ensalada y la malva con salsa de pimienta. Para controlarse, se dedicó a beber sorbos de vino aguado y a mordisquear un poco de pan.

—Aunque muchos de mis amigos no estarían de acuerdo, en mi opinión cualquier sublevación de esclavos en el fondo está provocada por la brutalidad de sus amos. En este caso, una pareja rica de Érice. En realidad, Biconte era hijo de un esclavo, y su esposa Selicia era una liberta. Y claro, ella se comportaba como es

de esperar en alguien de su clase, siempre azotando a sus criadas. En una ocasión, su peluquera le arruinó el peinado y ella reaccionó apuñalándola con unas tijeras. Y por lo que respecta a Biconte, rara vez esperaba a asir el látigo. Simplemente agarraba lo que tuviera a mano o incluso recurría a los puños. No tenía el más mínimo autocontrol. Hace unos años fue necesario ocultar un incidente en el que golpeó a su portero en la cabeza con una espada. La hoja no llegó a salir de la vaina, pero el filo atravesó el cuero y mató al esclavo. Era una pareja muy cruel, no tenían compasión por nadie.

Cecilio hizo una pausa en su explicación para asentir en dirección a sus sirvientes para indicarles que recogieran las mesas y trajeran el plato principal. Al ver la pata de venado y los pollos asados, Marco notó un abismo sin fondo en el estómago. Observó con verdadera avidez cómo el sirviente que se encargaba de trinchar la carne empuñaba un cuchillo afiladísimo con precisión y soltura.

—Un día Biconte echó en falta algunas de sus ovejas en las colinas que hay cerca de Segesta. Acusó a sus pastores alamanes de haberlas vendido. Estos lo negaron, incluso mientras los azotaban. Puede que estuvieran diciendo la verdad; al fin y al cabo, las colinas están infestadas de ladrones de ganado. Biconte los condenó a trabajar en los molinos que tenía a las afueras de Érice. Es un destino lúgubre, pocos consiguen sobrevivir mucho tiempo.

Marco empezaba a sentirse lleno, pero el venado estaba delicioso y decidió servirse un poco más.

—Aun así, lo más probable es que no hubiera llegado a ocurrir nada. Quien realmente provocó la revuelta fue otro de los esclavos de Biconte, un sirio llamado Comazón, actor y mago, que se dedicaba a entretener a su amo y a los invitados durante las comidas. Consentido y mimado por su amo, Comazón gozaba de demasiada libertad. Se convirtió en una especie de sacerdote para los esclavos que lo rodeaban. Recurriendo a toda clase de trucos y juegos de manos, los convenció de que los dioses hablaban con él y empezó a clamar profecías y a adivinar el futuro para ellos. Algunas de las cosas que predijo llegaron a cumplirse, y las que no quedaron olvidadas enseguida. Jugando con la naturaleza simple

de los alamanes, puesto que de algún modo llegó a aprender su lengua, consiguió que creyeran en él sin reservas.

Marco había parado de comer. El esclavo jovencito que esperaba en silencio a los pies del diván le lavó las manos y se las secó.

—Luego Comazón se pasó de la raya y lo mandaron a los molinos. Una vez allí, les dijo a los alamanes que su dios les había prometido la libertad y que gobernarían sobre toda Sicilia si conseguían que todos los esclavos de la isla se unieran y lo aclamaran como su rey. Una noche se sublevaron, tomaron Érice por la fuerza y masacraron tanto a la milicia como a los ciudadanos. Biconte y Selicia murieron torturados en el templo de Venus, y hasta ahora el sacrilegio todavía no ha recibido castigo alguno. La sublevación se ha extendido como un fuego descontrolado: hacia el sur, hasta Lilibea, y hacia el noreste, hasta Partinico. Comazón ahora se hace llamar el rey Sóter, el salvador.

Cecilio hizo un gesto y los esclavos retiraron los restos del plato principal para sustituirlos por bandejas de fruta y frutos secos.

Ballista dejó el cáliz sobre la mesa y empezó a hablar con aire meditabundo.

—Alamán significa «todos los hombres». Siempre han recibido bien a los forasteros.

—Los esclavos se unen a ellos a puñados —confirmó Cecilio—. Se rumorea que hay más de cuatro mil hombres dispuestos a combatir.

—¿Estáis seguros aquí? —preguntó Ballista.

Por primera vez, Marco se fijó de forma consciente en las silenciosas figuras que les servían la cena. Pensó en el hombre que había trinchado la carne con el cuchillo y le vino a la cabeza el esclavo cazador que había pretendido lincharlos a él y a su padre.

—Todo lo seguro que se puede estar —respondió Cecilio, dirigiendo una sonrisa al criado que le servía el vino, quien asintió en señal de reconocimiento—. La mayoría de los esclavos de esta casa se han criado aquí. Y los comprados eran bebés a los que habían abandonado en montañas de estiércol y que fueron criados

por los comerciantes, no han conocido más que el servilismo. Solo los necios compran esclavos capturados en una guerra. Y otras procedencias también son dudosas. A menudo son forajidos que afirman haber sido esclavizados por error.

Mirando a su alrededor, Marco no detectó el más mínimo atisbo de animadversión por parte del personal que esperaba pacientemente alrededor de las mesas. Aliviado, tomó otro sorbo. Arrullado por el vino, la comida y el intenso perfume que impregnaba el ambiente, se quedó mirando a su padre. Recostado, vestido con una túnica inmaculada y con una corona de rosas en la cabeza, Marco Clodio Ballista irradiaba la dignidad que era de esperar en un équite romano. Ojalá su padre no hubiera estado ausente durante tanto tiempo. La ambición era un arma de doble filo, tal como le había enseñado uno de sus tutores en la escuela palatina. Al servicio de Roma y motivada por el amor al honor, constituía una virtud. Sin embargo, si se perseguía en beneficio personal, la *ambitio* era un mal vicio. Su padre había sido un gran mandatario, había ejercido altas funciones de Estado, en ocasiones tan elevadas que habían supuesto un gran peligro para toda la familia. Era algo de lo que nunca se hablaba en casa. La madre de Marco le había advertido que lo mejor era no recordarlo siquiera.

—Habéis dicho que los rebeldes han alcanzado Lilibea y Partinico —constató Ballista.

—Sí. Han dividido sus efectivos. Comazón está liderando una horda hacia Panormo y la costa norte. El resto se está moviendo por el camino de la costa sur que lleva hasta Selinunte. Si los dioses quieren, pasarán de largo sin atacarnos.

—¿Se sabe cuál será su próximo destino? —preguntó Ballista, sentándose más erguido.

—Han proclamado que se reunirán en el este de la isla, en Tauromenio o Siracusa.

La autocomplacencia adormilada de Marco se esfumó de repente. Su madre estaba en Tauromenio, igual que su hermano y el resto de los miembros de la casa.

Al ver la preocupación que se había apoderado de su invitado, Cecilio reaccionó con una carcajada.

—No os preocupéis, no llegarán tan lejos. En cuanto las noticias lleguen a oídos del emperador, enviará tropas. Ostia solo está a dos días en barco.

A Marco no le pareció que esa información tranquilizara lo más mínimo a su padre.

—Sea como sea —prosiguió Cecilio—, mañana saldréis a caballo hacia allí, armados y bien equipados, con dos de mis mejores cazadores. Cabalgando por el interior, os reuniréis con vuestra familia en Tauromenio mucho antes de que pueda llegar hasta allí cualquier turba de esclavos que pueda estar viajando a pie por los caminos de la costa.

5

Ballista estaba tendido a oscuras, incapaz de conciliar el sueño.

«No os preocupéis, Ostia solo está a dos días en barco.»

Cecilio era un estúpido. Esa noche faltaban tres días para los idus de noviembre, el día en el que terminaba la temporada de navegación. Aunque tal vez, más que estúpido, la seguridad que había demostrado no era más que un acto dirigido a apaciguar cualquier posible inquietud entre sus sirvientes, un intento desesperado para mantener la paz en su finca.

En cualquier caso, Cecilio se equivocaba. Incluso si no se llegaban a cerrar las vías marítimas, apenas había tropas en Roma. Aparte de unos efectivos irrisorios en la capital, la Guardia Pretoriana, la Caballería y la Segunda Legión de Partia estaban en el norte. Se encontraban en Milán con el emperador Galieno, vigilando que se cumpliera la tregua con Póstumo, el general que aspiraba a ostentar el poder más allá de los Alpes, en la Galia. Los únicos soldados que quedaban en la capital eran las cohortes urbanas y los *vigiles*. Cumplían con su cometido ante posibles sublevaciones en la ciudad, pero no eran tropas de combate, no estaban preparados para una batalla de verdad, y mucho menos para una campaña fuera de Roma.

Por supuesto, algunas embarcaciones eran capaces de surcar los mares incluso en invierno. Las noticias tarde o temprano llegarían a Milán, pero de todos modos la reacción se haría

esperar. Aun cuando Galieno se enterara del alzamiento, la respuesta imperial no sería inmediata. Las tropas que llenaban los cuarteles de invierno no estaban preparadas para desplazarse de manera instantánea. Cuando consiguieran reunirlas, todavía tendrían que recorrer un largo camino para llegar a Ostia. La flota de Rávena estaba más cerca, pero eso significaba aventurarse por el Adriático, además del Mediterráneo.

Una brisa fresca entraba desde el patio. Ballista siempre dormía con la ventana abierta. Decidió dejar de calcular distancias y tiempos. Al fin y al cabo, aquella sublevación estaba destinada al fracaso, igual que cualquier otra insurrección de esclavos. Las dos grandes guerras serviles habían tenido lugar en Sicilia, mientras que la de Espartaco había sucedido en Italia, pero en todos los casos habían terminado sofocadas, aunque no antes de que miles de hombres y mujeres libres fueran masacrados. Las fuerzas imperiales acabarían llegando y aplastarían la rebelión con una severidad ejemplar, una verdadera matanza que llenaría los caminos de cruces. Pero no sucedería pronto. De momento, Sicilia estaba aislada y sus habitantes tendrían que enfrentarse solos a ese caos.

Los rebeldes ya se dirigían a Tauromenio. Ballista pensó en la villa ubicada bajo el teatro, en los jardines con vistas al Etna y al mar reluciente. Pensó en su esposa paseando entre las últimas rosas de la temporada, en su hijo menor correteando por los largos pasillos que olían a madera de cedro pulida, en los viejos sirvientes que llevaban una vida ordenada. Le resultaba imposible imaginarlos rebelándose contra la familia. Ellos no suponían ningún peligro. Estaba seguro de que Cecilio tenía razón: con una buena montura, él e Isangrim llegarían a Tauromenio mucho antes que los rebeldes. No obstante, en las campañas había aprendido que los rumores solían adelantarse al más veloz de los mensajeros. No todos los hogares eran tan benévolos con los esclavos como el suyo. Si se producía un alzamiento en la ciudad, sus guardaespaldas lucharían hasta la muerte para proteger a la familia, pero solo eran tres: Máximo, Tarconte y Rikiar. Cuatro, contando también a Grim, pero el viejo headobardo estaba casi

paralítico. Ya puestos, Rikiar también era cojo, y a Tarconte le faltaban dos dedos en la mano que utilizaba para asir la espada. Ballista decidió descartar las imágenes que le venían a la mente de una última defensa desesperada.

Julia era una mujer práctica y sensata, y no le faltaba el dinero. El estrecho de Mesina era traicionero, pero al fin y al cabo no era muy extenso, de manera que Italia quedaba solo a pocas millas de allí. Incluso en pleno invierno, por el precio adecuado, siempre podrían hacer llegar hasta allí una embarcación y su tripulación. Ante los primeros indicios de problemas, sin duda Julia se llevaría a Dernhelm al continente.

Sin embargo, también era una mujer orgullosa. Hija de una larga saga de senadores, quizá no se mostraría partidaria de huir ante una horda de sirvientes sublevados. La villa pertenecía a su familia desde hacía generaciones. No estaría dispuesta a abandonar su hogar ancestral tan fácilmente.

Orgullo y sensatez, esas habían sido las cualidades que Ballista había admirado en ella desde el principio. El amor no había jugado ningún papel en el compromiso. Como todo matrimonio selecto en Roma, había sido una unión acordada. Ella procedía de una familia senatorial en declive, mientras que él era un oficial équite en auge que gozaba del favor del emperador Galo. Este último hecho había bastado para que el padre de ella pasara por alto su origen bárbaro. Al principio no había habido amor, pero había terminado llegando. Se esperaba que una matrona romana fuera modesta y casta, pero Julia no había sido ni una cosa ni la otra. Tras la noche de bodas, lo normal era que ningún marido romano volviera a ver a su esposa desnuda. A Julia, en cambio, le gustaba dejar encendida la luz mientras hacían el amor, puesto que disfrutaba viendo el suave lustre de su piel aceitunada y el juego de las sombras sobre sus cuerpos entrelazados. Aunque más allá del dormitorio también había rechazado siempre las convenciones. No solo se había encargado de gobernar la casa como cualquier esposa, sino que sus consejos lo habían guiado también a él a través del laberinto de la política imperial. Otras personas, tanto mujeres como hombres, se habían sorprendido al

comprobar la confianza que él depositaba en ella respecto a los asuntos públicos, pero a Ballista jamás le había importado lo más mínimo lo que pudieran opinar los demás.

Durante una década había sido un matrimonio de lo más feliz, a pesar de las campañas, que habían supuesto separaciones prolongadas. Luego, tal vez hacía cinco años de ello, mientras estaban juntos en Oriente, algo había cambiado y de algún modo se habían distanciado. A veces, Ballista creía que la culpa había sido suya. Por pura necesidad, había dado un paso que había situado a su familia en un grave peligro, un paso que no se podía mencionar. Las tropas lo habían aclamado como emperador y, al cabo de unos días, tan pronto como había podido, había renunciado al color púrpura. Galieno lo exoneró y les perdonó la vida a su esposa y a sus hijos. Quizá Julia no le había perdonado a su marido que expusiera a la familia a los peligros de un cargo tan imponente. En cualquier caso, la distancia entre ellos había aparecido antes de esos días tan terribles. En esos momentos, mientras estaba tendido solo en medio de la oscuridad, se preguntaba si aquellos años tan placenteros no habían sido solo fruto de su imaginación. Sin duda había sido feliz, pero ¿acaso Julia también lo había sido?

Unos ruidos le llegaron desde fuera. Unas voces susurradas y urgentes. No en el balcón, sino algo más lejos, tal vez en el patio. Era plena noche, Cecilio tenía guardas en las puertas, pero no debería haber nadie rondando por la villa.

Ballista apartó la manta y se puso en pie. Se tambaleó un poco, todavía algo mareado. Los efectos del golpe en la cabeza no habían desaparecido del todo. Una vez superado ese vértigo inicial, se vistió enseguida, se pasó por encima de la cabeza el tahalí con la espada que Cecilio le había dado para el viaje y se lo abrochó al cinturón.

Echó un vistazo por la ventana, aguzando el oído. El balcón estaba vacío. La luz de la luna se filtraba entre los pilares y caía proyectando franjas alternadas con sombras en el suelo. No alcanzaba a ver el patio ni logró oír nada más.

Incluso si aquellas voces no habían sido fruto de su

imaginación, existía la posibilidad de que no significaran nada. Tal vez unos sirvientes de la casa cometiendo alguna travesura furtiva pero inocente, tomando una copa intempestiva, jugando una partida de dados, alguien visitando a una chica. Sin embargo, eran tiempos agitados. Isangrim dormía en la habitación contigua. No podía dejar nada al azar.

Abriendo la puerta con cuidado, salió al balcón a hurtadillas. Se situó en un lugar que quedaba a oscuras, tras la columna más cercana, y observó la situación. Medio patio estaba bañado por la luz de la luna, mientras que la otra mitad quedaba en penumbra. No detectó ni el más mínimo movimiento.

Ballista esperó. En el ejército había aprendido a tener paciencia durante las largas guardias nocturnas. La villa entera dormía con aparente placidez. Por la altura de la luna, debían de faltar al menos tres horas para el amanecer.

Otro ruido, demasiado débil para identificarlo. Le pareció que procedía del ala opuesta, en la que estaba la cocina. Y una vez más, unos pasos apresurados por el interior del edificio. No era un solo hombre, sino varios, e intentaban moverse de forma discreta, aunque no lo habían logrado.

Algo iba mal, muy mal. Ballista comprobó la puerta de la habitación de Isangrim y constató que no estaba cerrada con llave. El chico estaba durmiendo de lado, con un brazo extendido. Por unos instantes, Ballista creyó que ya estaba muerto.

Una vez más, el chico se despertó sobresaltado cuando Ballista le pasó un dedo por detrás de la oreja, y de nuevo tuvo que cerrarle la boca con la mano. En algún momento tendría que enseñarle cómo debía comportarse en esas situaciones, decirle que no debía hacer ruido cuando alguien lo despertaba, puesto que eso solo conseguía atraer la atención y aumentar el riesgo.

—Vístete —le susurró Ballista.

Isangrim obedeció sin hacer preguntas. Él también se armó con la espada que le habían dado. El chico iba aprendiendo. La guerra era una escuela dura, pero un alzamiento de la servidumbre era todavía peor. No había ningún lugar seguro, no se podía confiar en nadie.

—Tenemos que descubrir lo que está ocurriendo —dijo Ballista—. Puede que no sea nada, pero debemos asegurarnos.

Los dos salieron al balcón y, manteniéndose en la sombra, se agazaparon junto a la barandilla. No se oía ningún movimiento. A lo lejos, en las colinas, aulló un perro. Luego, pareció como si el silencio se volviera más profundo todavía. Si no ocurría nada, Isangrim pensaría que su padre era un cobarde, pero a Ballista le pareció mejor eso que exponerse al riesgo de que los degollaran mientras estaban tendidos en sus camas.

De repente toda aquella paz quedó hecha pedazos. El estallido de una puerta abierta de un golpe, gritos y chillidos, objetos cayendo al suelo y rompiéndose. Las luces se encendieron en el edificio principal de la casa.

—Deberíamos dar la voz de alarma —exclamó Isangrim.

—No tiene sentido —replicó Ballista—. Hay seis personas libres en la villa y un número quizá diez veces mayor de esclavos.

Dos hombres entraron como un vendaval por la puerta de la residencia principal. En el momento justo, como si estuvieran en el teatro, una docena o más de esclavos salieron del ala opuesta. Iban armados con cuchillos de carnicero y otros utensilios de cocina. Unos cuantos más salieron de la casa y rodearon a los que intentaban huir.

Habían reducido a Publio Cecilio Ticiano, el propietario de la villa y de varios kilómetros de terreno alrededor. El sirviente que se encargaba del vino era el único que se quedó a su lado.

—¿Qué daño os he hecho? —preguntó con voz lastimera y desconcertada. Parecía más escandalizado que amedrentado.

Los rebeldes no respondieron.

—¿Acaso no os he criado bien? ¿No os he alimentado y me he preocupado por vosotros? ¿Es que alguna vez os he castigado de manera injusta?

La turba empezó a murmurar. Un esclavo de edad avanzada se despojó de la túnica y se dio la vuelta. Incluso de noche, las cicatrices brillaron de un color más blanco que el resto de la piel.

—¡Eso fue culpa tuya! —gritó el sirviente del vino—. Robaste comida, eres un ladrón.

—Tenía hambre —respondió el anciano.

Otro esclavo se sumó a las quejas del viejo. Era el sirviente encargado de trinchar la carne, y llevaba las herramientas propias de su oficio en las manos.

—Todo le parece bien al niño mimado del amo. Noche tras noche, no hace más que llenarle la boca de manjares deliciosos mientras yo tengo la barriga vacía. «Trincha ese faisán con cuidado.» Y las sobras nunca me tocan a mí, ni siquiera una miserable alita mordisqueada. Prefiere dárselo a los perros antes que a mí.

Otras voces manifestaron quejas parecidas. Le hablaban al sirviente del vino, no a Cecilio, y lo hacían en presente. Quizá las cosas no habían llegado todavía demasiado lejos. Era posible que no perdieran la deferencia inducida por los años de servicio. Quizá el sirviente del vino sería capaz de apaciguar los ánimos y resolver la situación.

Otro grupo de esclavos salió de la casa en tropel, y las esperanzas de Ballista se desvanecieron de repente. Los recién llegados estaban liderados por el cazador que había querido linchar a Ballista y a su hijo el día anterior. Los esclavos arrastraron a Cecilio para reunirlo con su esposa y su hija. Las mujeres llevaban la ropa desaliñada.

—Tenemos que salvarlos —susurró Isangrim.

—No —decidió Ballista.

Había dos docenas de esclavos en el patio, y todos llevaban algún tipo de arma en la mano.

Al ver a las mujeres de la casa, Cecilio se sintió tan impactado que no pudo más que romper el silencio de inmediato.

—¿Dónde está mi hijo?

El cazador esbozó una sonrisa burlona.

—Pronto te reunirás con él.

—Si le habéis hecho daño… —dijo Cecilio, sin terminar la frase.

El cazador les hizo un gesto a sus seguidores para indicarles que acercaran a la mujer y a la hija.

—¡Dejadlas en paz! —rugió Cecilio.

—No estás en posición de seguir dando órdenes. Ya no eres el amo, sino más bien una especie de proxeneta. Nos haces pagar para poder entrar en los dormitorios de las esclavas. Pues ahora podrás ver cómo disfrutamos gratis con tus mujeres.

Con un grito inarticulado, y a pesar de ir desarmado, Cecilio se lanzó contra su torturador. El cazador lo esquivó sin problemas y hundió la hoja de su cuchillo en la parte posterior del muslo de su antiguo amo. El terrateniente cayó al suelo chillando, agarrándose la pierna.

—Tenemos que intervenir —afirmó Isangrim.

—No podemos hacer nada —objetó Ballista, sujetando a su hijo por el brazo—. Tenemos que huir de aquí.

Por un momento, Isangrim se resistió a esa idea con los ojos clavados en la escena terrible que estaba teniendo lugar abajo, en el patio, pero enseguida dejó que su padre se lo llevara.

Se quedaron pegados al muro, alejados de la baranda. Medio agazapados, fueron pasando entre las franjas de luz, deteniéndose en las sombras. A pesar de todo, si alguno de los miembros de la turba levantaba la mirada los detectaría sin problemas. Ballista se encontró rezando en secreto al gran dios de su juventud.

«Woden, Padre de Todos, extiende tus manos para proteger a tus descendientes.»

Por una vez, el ancestro divino pareció escuchar sus plegarias. Llegaron al rellano de la escalera que les permitiría huir de la casa sin levantar la alarma. Bajaron los escalones sin hacer ruido, furtivos como ladrones.

A los pies de la escalera, en el lado abierto de la U que formaban las alas de la villa, Ballista titubeó unos instantes. El muro exterior del complejo quedaba a treinta pasos hacia la izquierda. Podían huir de la villa sin que los vieran, pero para salvar el pellejo necesitaban caballos. Los establos quedaban tras el muro interior. La puerta entre la residencia y la granja estaba abierta, y no se veían guardas por ninguna parte.

Las dudas fueron su perdición. El Padre de Todos dejó de protegerlos.

—¡Allí!

El grito llegó procedente de algún lugar a sus espaldas, en el patio. No todos los esclavos debían de haberse congregado alrededor de aquel brutal acto de venganza.

—¡Hacia el muro exterior! —le gritó Ballista a su hijo.

El miedo les dio alas. Tras ellos oyeron aullidos parecidos a los de los sabuesos cuando perseguían un rastro. Los dos alcanzaron el muro al mismo tiempo, pero enseguida se dieron cuenta de que era muy alto. Ballista le dio un impulso a Isangrim para que alcanzara la parte superior.

—Ve hacia el roble que preside el valle —le ordenó.

Desde lo alto del muro, Isangrim se lo quedó mirando, inmóvil.

—¡Vamos, vete ya! Yo los burlaré y me reuniré contigo.

En cuanto su hijo desapareció de la vista, Ballista se dio la vuelta y desenvainó la espada. Los esclavos ya casi le habían dado alcance. Sin dudarlo, Ballista se lanzó al ataque. Quedó claro que los atacantes no esperaban que su presa se volviera para enfrentarse a ellos, puesto que al verlo se detuvieron de golpe. El que iba delante tuvo el tiempo justo de levantar el cuchillo de carnicero que llevaba en la mano para ponerse en guardia. Con la habilidad que le conferían tantos años de entrenamiento, Ballista lo apartó de un golpe y hundió la punta de la espada en el estómago del esclavo. El hombre lanzó un gruñido de sorpresa antes de que Ballista lo apartara de un golpe con la zurda plana. El esclavo se tambaleó hacia atrás y, cuando empezó a sentir dolor, soltó un grito y cayó al suelo, retorciéndose.

Ballista esquivó el ataque del siguiente hombre, que se le abalanzó por la derecha. Apartándose de un salto, el esclavo chocó con los que le venían por detrás. Aprovechando la confusión, Ballista dio media vuelta y echó a correr de nuevo hacia el muro.

Saltando en el momento justo, Ballista consiguió agarrarse con la mano libre a las piedras de la parte superior del muro. Balanceó el cuerpo y logró aferrarse también con una de las botas. Estaba huyendo, y los esclavos ni siquiera habían reaccionado.

Cuando se dejó caer por el otro lado del muro, Ballista se horrorizó al ver que Isangrim todavía seguía allí.

—No podía dejarte solo —dijo el chico.

—¡Vete! Escóndete donde está el roble. Yo los despistaré y luego me reuniré contigo.

—Pero...

—¡Vamos!

Isangrim dio media vuelta y salió corriendo hacia los árboles.

Ballista enfundó la espada y se alejó siguiendo una ruta distinta de la que había tomado su hijo. Pudo oír a los esclavos al otro lado del muro. Se estaban animando mutuamente para trepar por la pared de piedra. Teniendo en cuenta la cantidad de hombres que había, no tardarían en conseguirlo.

Ballista se dirigió hacia el huerto, pero se detuvo a unos cincuenta pasos de él, asegurándose de que pudieran verlo desde el muro.

Al cabo de un momento oyó el ruido que hacían mientras escalaban y vio aparecer las primeras cabezas, que tenían un aspecto demoníaco a la luz de la luna. Echó a correr, aunque no muy rápido y asegurándose de hacer mucho ruido.

—¡Por allí!

Tras haberlo descubierto, empezaron a dejarse caer por encima del muro. Entonces Ballista empezó a correr de verdad.

El huerto formaba unas hileras perfectamente ordenadas. No era el terreno ideal para un fugitivo, pero todavía había hojas en los árboles frutales y el terreno ascendía en una cuesta. Ofrecía oportunidades de sobra para que alguien que sabía lo que hacía pudiera esconderse. De pequeño, siguiendo las costumbres del norte, a Ballista lo había adoptado la tribu de los Harii, famosos por su habilidad en el combate nocturno, hasta el punto de que incluso el historiador latino Tácito había alabado sus capacidades. Ya como hombre adulto, las misiones secretas que Ballista había llevado a cabo para el imperio habían terminado de perfeccionar sus destrezas. Agazapado bajo las ramas más bajas y atento para no tropezar con las raíces, empezó a subir por la vertiente.

Al cabo de un rato se detuvo. Ya no los veía, pero podía oír cómo intentaban perseguirlo con torpeza. Cuando creyó haber ascendido lo suficiente, decidió que había llegado el momento de

esconderse.

Los árboles que había en lo alto de la pendiente eran viejos y estaban mal cuidados, recubiertos de hiedra. Seguramente, Cecilio no se molestaba jamás en llegar tan lejos durante sus paseos. De un manzano vetusto, medio silvestre, sobresalía una rama gruesa casi horizontal, justo por encima de la altura de la cabeza. Apoyando una bota en el tronco, Ballista se impulsó hacia arriba y trepó con rapidez, agarrándose a la hiedra hasta alcanzar una rama superior. Oculto en las sombras, se aplastó contra el tronco nudoso cuidando de que la vaina de la espada quedara entre el cuerpo y el árbol sin llegar a revelar su silueta. Para terminar, se cubrió la parte baja de la cara con la manga de la túnica. Sosegó su respiración y se limitó a esperar.

El sonido de ramas quebradas y el frufrú del roce contra los matorrales anunciaron la llegada de sus perseguidores. En el silencio de la noche, hacían tanto ruido como una manada de elefantes. Ya no se movían tan deprisa como al principio, y de vez en cuando alguno de ellos llamaba a sus compañeros. Ballista llegó a la conclusión de que los esclavos que le pisaban los talones no eran cazadores. Incluso sus voces revelaban la falta de seguridad que sentían adentrándose a oscuras por el bosque.

Por fin los vio. Al principio eran dos que avanzaban más o menos alineados, aunque se iban agrupando para sentirse más seguros. Ni siquiera habían tenido tiempo de coger unas antorchas, y era evidente lo mucho que les inquietaba la oscuridad. No deseaban en absoluto encontrar al hombre que había demostrado tanta eficiencia matando a su compañero, y mucho menos allí, en mitad del bosque. Cuando se les unió el resto del grupo se detuvieron todos justo antes de llegar al árbol.

—Los hemos perdido —dijo uno de los esclavos.

—Publipor se pondrá furioso si volvemos sin ellos —replicó uno de los dos que habían llegado primero.

Una hoja de hiedra le hacía cosquillas en la nariz a Ballista, pero se obligó a ignorarla. Cualquier movimiento podía revelar su presencia.

—Entonces que venga Publipor a cazarlos.

—Tienes razón. Él es cazador, y nosotros no. Si es tan bueno como afirma, sabrá encontrar su rastro por la mañana.

—¿Qué importa? ¿Adónde pueden ir de todos modos? ¿Y a quién se lo contarán? Al fin y al cabo se ha sublevado todo el campo.

—Regresemos.

Sin debatir más y con un alivio evidente, los esclavos volvieron atrás.

Ballista se quedó donde estaba un buen rato después de que los sonidos que hacían sus perseguidores hubieran cesado. Durante nueve noches, el Padre de Todos había permanecido colgado del árbol de la vida. Su descendiente podría aguantar otro cuarto de hora sin problemas.

A pesar de la paciencia que había demostrado, Ballista no podía quedarse escondido en ese árbol mucho tiempo más. Isangrim corría por ahí fuera solo. Le pareció improbable que los esclavos hubieran mandado otro grupo de búsqueda, la persecución había sido espontánea, desorganizada y la habían abandonado de forma prematura. No creyó que estuvieran dispuestos a interrumpir su libertinaje para aventurarse de nuevo en la oscuridad, sabiendo que en cualquier momento podían toparse con un hombre desesperado y armado con una espada. A esas alturas, los esclavos ya debían de haber asaltado la bodega de su antiguo amo. Lo más probable era que la mayoría de ellos ya se hubieran emborrachado. Isangrim debería estar seguro por el momento, aunque sin duda se hallaba solo y amedrentado.

Con cuidado, Ballista bajó de su escondite. Ejecutó el salto final con la máxima prudencia. No era el mejor momento para torcerse un tobillo. Ya en tierra firme, se quedó quieto, aguzando el oído. No le pareció detectar nada inadecuado en la oscuridad de la noche. Luego se estiró e intentó librarse de la rigidez que se había apoderado de sus músculos y de sus articulaciones. Se dedicó a ello de un modo metódico, empezando por los tobillos y subiendo hasta llegar al cuello, como un púgil preparándose para un combate.

Encontrar el camino hasta el saliente rocoso fue sencillo. La

luna y las estrellas, visibles a través del follaje que todavía conservaban los árboles, guiaron a Ballista hasta el límite oriental del huerto. A partir de allí, pudo seguir avanzando sin perder de vista en ningún momento el roble solitario. Caminó despacio, deteniéndose con frecuencia, aguzando sus sentidos para penetrar en el velo de penumbra que tenía alrededor. En una o dos ocasiones, la brisa nocturna transportó hasta él algún débil grito procedente de la villa. Le resultó imposible discernir si se trataba de exclamaciones de terror o de una juerga ebria. En cualquier caso, a su alrededor reinaba el silencio nocturno.

Los árboles frutales llegaban a los pies de una cuesta que ascendía hasta el peñasco por una pendiente rocosa, sin vegetación. El precipicio que se abría por debajo del roble estaba repleto de fisuras y cuevas. Isangrim debía de haberse ocultado en alguna de aquellas cavidades.

Ballista se expuso a la pálida luz de la luna, sin molestarse en ocultar su presencia. Las piedras resbalaban bajo sus botas. Caminaba con los brazos extendidos a ambos lados, como un crucificado. A medio camino hasta la pared de roca, se detuvo y bajó los brazos. Isangrim no era su amigo Máximo ni un miembro de su familia en una campaña militar. La señal que estaba enviando al lugar del encuentro no tendría ningún significado para su hijo, más bien todo lo contrario: aquella postura antinatural que evocaba la crucifixión podía alarmar a quien no la comprendiera. Cuando todo hubiera terminado, Ballista le enseñaría a su hijo el lenguaje no verbal del ejército, los gestos que podían ayudar a un hombre a conservar la vida.

—Isangrim —dijo Ballista, intentando no alzar mucho la voz —. Isangrim.

Se oyó el ruido de unos guijarros, y el chico salió de uno de los huecos del barranco.

Ballista tuvo que controlarse para no salir corriendo a abrazarlo. De algún modo sabía que su hijo no recibiría bien el gesto. En lugar de eso, avanzó hacia él caminando con una mano extendida, de un modo extrañamente formal. Isangrim se la estrechó y Ballista le puso la otra mano sobre el hombro.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Bueno —replicó Ballista, dándole un apretón en el hombro a su hijo—, entonces tendrás que esperar un poco más.

—¿Qué?

Ballista admiró el intento de su hijo por ocultar el miedo que lo atenazaba.

—Tengo que regresar a la villa. Hay algo que debo hacer.

6

Marco se quedó solo en la cueva. Se sentó en la oscura sombra que había junto a la entrada, lo bastante cerca para poder ver lo que sucedía en el exterior. Examinaba sin cesar la cuesta desnuda y la línea de los árboles que había a los pies del risco. La brisa mecía las ramas. Tenía los ojos cansados y el cuerpo agotado. Una y otra vez, no paraba de detectar movimientos furtivos en el huerto, pero la luz de la luna no terminaba de definir nada.

Sostenía la empuñadura de la espada, que había desenfundado, con la mano derecha. Llevaba en el cinto todo lo que su padre le había dado: el monedero con dinero y la bolsa con el pedernal y el acero. Le parecía que aquello era una muestra de que su padre tal vez no regresaría.

Al principio, Marco había creído que Ballista pretendía imponer justicia, que se había propuesto hacer lo que no se había atrevido a intentar antes. Pero luego su padre le había quitado esa idea de la cabeza. ¿Es que todas las historias que se contaban sobre sus gestas heroicas, primero en África o derrotando a godos y persas, no eran más que cuentos que se habían ido exagerando cada vez que los contaban? Seguro que sí, al fin y al cabo, su padre era de origen bárbaro.

Los tutores de la escuela imperial le habían enseñado que los bárbaros podían llegar a ser temibles, pero también que les faltaba el verdadero coraje. Puesto que no tenían la parte racional de un

hombre, jamás podrían poseer el honor y la virtud de un romano, que era lo que formaba el verdadero núcleo moral de la valentía.

Resultaba más sencillo decir las cosas que vivir a la altura del ideal. Era más fácil hablar del tema sin cesar desde la seguridad de la escuela palatina. Marco recordó con vergüenza el tremendo alivio que había sentido en la villa cuando su padre lo había apartado de aquella escena horrorosa, porque había experimentado auténtico terror. ¿Eso lo convertía en un cobarde?

No necesariamente. Incluso los más grandes héroes habían tenido miedo. Héctor había huido ante las murallas de Troya, temblando como una hoja ante la presencia de Aquiles. Eneas había admitido que durante el saqueo de la ciudad cada racha de viento lo había atemorizado, y que se había sobresaltado ante el más mínimo ruido. Sin embargo, Eneas se había armado de valor para regresar a Troya, y Héctor había vuelto para enfrentarse a su asesino.

«No me dejes morir sin luchar, sin gloria, sin un gran logro del que los hombres sigan hablando cuando yo ya no esté.»

Por la noche hacía frío en las montañas. Marco se agazapó hecho un ovillo para dejar de temblar. Un cobarde muere mil veces, mientras que un hombre valiente solo muere una vez.

A pesar de la incomodidad y del frío, debió de quedarse dormido. Estaba en la cueva del Cíclope y no había nadie más con él. Uno a uno, los demás habían sido derrotados por el monstruo, que les había aplastado la cabeza contra el muro y los había devorado crudos. Pronto le llegaría el turno. Estaba acurrucado contra un muro húmedo y una roca bloqueaba la entrada.

Lo despertó el ruido de unas piedras moviéndose bajo unas botas. Viendo que se le acercaba alguien, decidió empuñar la espada.

«No me dejes morir sin luchar.»

Más abajo, entre los árboles, poco a poco y con cuidado, nada podía quedar a merced del azar. Faltaban tres horas para el amanecer, había tiempo de sobra. Le había costado dejar atrás a

Isangrim. Ballista había tentado la suerte poniendo a prueba el autocontrol del chico cuando le había dado el dinero y las herramientas para encender fuego, pero su hijo había respondido con creces. Había sido una medida necesaria; si le ocurría algo y no conseguía volver, Isangrim necesitaría las dos cosas. Aunque si lo miraba fríamente, era bastante improbable que un joven de trece años de buena cuna consiguiera cruzar la isla solo en el contexto brutal de una insurrección de esclavos. Sin embargo, Isangrim era fuerte y valiente. Lo mejor sería no obsesionarse con lo que podía llegar a ocurrir.

Separarse de él había sido duro, pero inevitable: para alejarse de la villa necesitaban caballos. Ballista había oído decir a los esclavos que por la mañana Publipor, el cazador, saldría a buscarlos, y a pie tenían pocas posibilidades de escapar. Sin caballos, seguramente no conseguirían reunirse con el resto de la familia en Tauromenio antes de que llegaran los rebeldes. Ballista no se permitió pensar en esa posibilidad. Tratando de no imaginar cualquier desenlace semejante, se adentró en el huerto como un fantasma.

A medida que se acercaba a la villa se dio cuenta de que los sonidos procedentes de la casa habían remitido. Solo de vez en cuando se oía un grito o un estallido de risas. Era una gélida noche de noviembre, y se estaba levantando un viento helado procedente del oeste. Los esclavos estarían dentro de la casa, atiborrándose con lo que había en la despensa y trasegando vinos de calidad de la bodega. Lo único que tenía que hacer era evitar a los que salían a aliviar el cuerpo o a los que pasaban tambaleándose de un edificio a otro buscando la calidez de las estancias.

Una imagen siniestra lo recibió nada más entrar en el patio. Las puertas estaban abiertas y no había nadie vigilando. Por supuesto, si todo el campo se estaba sublevando, no hacía falta montar guardia. Por encima de la puerta, clavadas sobre sendas lanzas, había dos cabezas decapitadas. Publio Cecilio Ticiano y su hijo Quinto, ensangrentados de un modo inhumano, pero reconocibles de todos modos a la luz de la luna. Al menos, las mujeres no estaban con ellos. Aunque lo más probable era que

siguieran con vida pero sufriendo. Si aquello fuera una novela griega, no les habría sucedido nada malo, no las habrían violado, la chica seguiría conservando la virginidad. En una novela griega, el héroe las rescataría. Pero aquello no era una novela griega, y Ballista no se había considerado jamás un héroe de esa índole.

Tras colarse por la puerta de la finca, Ballista se apartó del sendero de acceso desviándose hacia la derecha, donde había un montón de estiércol humeante. Si lo descubrían, podría sortear de nuevo el muro exterior y regresar con Isangrim, siempre hay que asegurar una línea de retirada. Aunque sin caballos esa medida solo serviría para retrasar lo inevitable. Sin embargo, decidió que, si se daba el caso, su hijo mayor y él morirían juntos.

Más allá del muladar apestoso estaban los barracones de los esclavos; tras estos, los graneros y, más cerca todavía del muro interior y de la casa, los establos. Las prioridades de Cecilio quedaban patentes en los materiales de construcción y en la disposición de los edificios. Los barracones estaban construidos con barro y tejados de paja. Los graneros y los establos eran de ladrillo, con el techo de baldosas. El propietario de la finca había preferido gastarse el dinero en sus suministros y en sus caballos, y prefería su proximidad a la de los sirvientes. Una elección difícilmente criticable, tal como se habían vuelto las cosas.

En algún lugar que no era capaz de ver empezó a ladrar un perro al que se unieron unos cuantos más, formando un escándalo considerable. Ballista le echó un vistazo al muro exterior. Si los perros andaban sueltos, todo habría terminado. ¿Por qué no había pensado antes en ello? Se maldijo por no haberlo previsto. Cualquier villa tenía un buen número de sabuesos que se utilizaban para cazar, para guardar los rebaños o para vigilar la finca. Pero si los perros rondaban libres, ¿por qué no los habían perseguido antes, cuando él e Isangrim habían escapado? Los aullidos acabaron remitiendo. Los perros debían de estar encerrados en perreras o encadenados a algún lugar. Los esclavos encargados de cuidarlos sin duda habían odiado a su amo, pero probablemente apreciaban a esos animales, por lo que debían de haberlos encerrado en algún sitio para evitar que huyeran o que sufrieran

algún daño derivado del tumulto de la revuelta.

Cruzó el espacio abierto que había entre la sombra de los barracones y la de los graneros. Un rectángulo de luz amarilla se encendió tras él, y enseguida le llegaron unas voces. Se agazapó tras un muro de contención del granero y vio cómo dos figuras salían por la puerta abierta. Uno le pasaba un brazo por encima del hombro al otro y, con pasos inseguros, caminaban directamente hacia él. Ballista no se movió. Por la noche, era el movimiento y el ruido lo que te delataba.

La pareja se detuvo a menos de tres pasos de él. Se separaron y se revolvieron la ropa para vaciar la vejiga contra la pared del granero. Debían de llevar horas bebiendo. El chapoteo era interminable, y la orina apestaba a vino. Ballista se puso en guardia. Cuando hubieran terminado, si se lanzaban contra él, podría matarlos fácilmente. Al fin y al cabo estaban aturdidos y desprevenidos. Con un poco de suerte, ni siquiera tendrían la oportunidad de hacer el más mínimo ruido.

Cuando por fin acabaron, mientras se ajustaban de nuevo los calzones y las túnicas, regresaron por donde habían venido y la puerta se cerró tras ellos. A oscuras, Ballista respiró aliviado sin hacer ruido y, antes de seguir avanzando, esperó hasta que sus ojos se acostumbraron de nuevo a la penumbra.

Estaba tardando demasiado, pero tampoco podía arriesgarse a actuar con precipitación. Ya casi había llegado.

Los establos estaban dispuestos como un granero con puertas en cada extremo. Dentro debía de haber un pasillo central desde el que se podía acceder a las cuadras. En un extremo seguramente se encontraba el lugar en el que guardaban los aperos, mientras que en el otro debía de estar el cobertizo con la comida para los animales. El personal que se encargaba de los establos debía de dormir en el altillo que se sostenía sobre las vigas.

La puerta que le quedaba más cerca estaba cerrada. Ballista acercó el oído a la hoja de madera.

«Hades, el murmullo de una conversación.»

Dos voces, apenas audibles.

—No deberíamos haberle hecho caso a Publipor. El amo no

era tan malo —decía alguien que parecía tener una edad avanzada.

—Era un maldito cabrón —objetó un hombre más joven—. «Diles a tus amos que alimenten mejor a sus esclavos», le dijo Bulla al prefecto pretoriano.

Dicho esto, se quedaron en silencio unos instantes. A Ballista le pareció extraño que los esclavos recordaran las palabras desafiantes de un bandido ejecutado en un lugar tan lejano como Roma medio siglo atrás. Quizá la servidumbre tenía sus propios mitos y sus propios héroes populares.

—¿Sabes cómo se paga el asesinato de un amo? —dijo el anciano—. Ejecutan a todos los esclavos de la casa por no haber evitado el crimen.

—Solo a los que viven bajo el mismo techo —replicó el otro mozo de cuadra—. Nosotros no hemos tenido nada que ver, no hemos entrado en la casa en ningún momento.

—Eso cuéntaselo a los soldados cuando lleguen.

—Los dioses le han revelado a Sóter que todos acabaremos siendo libres.

—¿Y te crees lo que dice ese charlatán sirio? Ya verás como acabarás crucificado a mi lado.

Ballista consideró que ya había oído suficiente. Aquellos dos mozos de cuadra no tenían previsto moverse de allí. Necesitaba distraerlos de algún modo. Un fuego llamaría la atención de todos los esclavos. Los techos de los barracones eran de paja. Se llevó la mano al cinto, pero se dio cuenta de que no llevaba la bolsa con el pedernal y el acero. Por supuesto, se la había dado a Isangrim.

«Padre de Todos, en la vida no hay nada fácil.»

El tiempo seguía pasando, debía actuar cuanto antes. No tenía ningún sentido seguir dejándolo para más adelante.

Ballista entreabrió una de las puertas dobles. Desenvainó la espada, entró y cerró la puerta de nuevo a su espalda. Los dos mozos de cuadra se encontraban en la sala de aperos que le quedaba a la derecha. Estaban sentados en taburetes a ambos lados de un brasero bajo que quedaba a los pies de la escalera por la que se subía hasta el dormitorio del altillo. El aire era cálido y olía a caballos, heno y cuero. La sencilla escena estaba iluminada por una

única lámpara.

El más anciano tenía un ánfora en las manos. Los dos levantaron las miradas, pero no se alarmaron hasta que vieron el arma.

—¿Qué...?

—No digáis nada. No os haré ningún daño si hacéis lo que os ordeno.

Los dos se lo quedaron mirando horrorizados.

—Levantaos. Ponedles los aperos a los dos caballos más aptos para la caza, los más resistentes.

—Pero...

—No son vuestros, y vuestro amo seguro que no los echará de menos —dijo Ballista, señalándolos con la hoja. Los dos mozos se apresuraron a levantarse. El más anciano dejó caer el ánfora. No se rompió, pero quedó ladeada y el vino oscuro empezó a brotar de ella.

—Los aperos —insistió Ballista.

Los esclavos descolgaron las bridas y las riendas y recogieron las sillas de los soportes. Cuando se apartaron del pasillo, Ballista se mantuvo cerca de ellos, vigilándolos sin perder de vista la puerta por la que había entrado.

El más viejo abrió el primer establo, mientras que el joven se metió en otro que estaba dos puertas más adelante. Actuaron sin decirse nada, seguramente conocían bien a los caballos. Ballista se colocó en un lugar desde el que podía controlarlos a los dos.

De repente se oyó cierto alboroto en la sala de aperos. Una figura bajó tambaleándose por la escalera.

«Por los dioses del infierno, había otro durmiendo arriba.»

El fugitivo empujó la puerta con el hombro y salió corriendo hacia fuera. Ballista oyó sus pasos apresurados y luego los gritos desaforados.

—Las riendas, ponedles los frenos en la boca. Mantas y sobrecinchas. Olvidaos de las sillas.

Más gritos. Y más cerca.

—Así está bien. Sacadlos.

Cuando lo hicieron, las puertas dobles se abrieron de par en par.

—Vaya, pero si es el nuevo amigo de nuestro querido y difunto amo, el gran guerrero.

Publipor estaba frente al establo, flanqueado por otro hombre que también iba vestido de cazador. Los dos iban armados con espadas.

Tras ellos, en el patio a oscuras, una turba confusa de esclavos.

—El chico de Publio —dijo Ballista—. El hombre que quería linchar a mi hijo.

—Lástima que no te acompañe.

—Esperaba volver a encontrarme contigo —replicó Ballista, mirando por encima del hombro a los mozos del establo—. Sostened a los caballos u os mataré a los dos.

Publipor soltó una risotada.

—¿Crees que tu suerte será mejor que la de Cecilio?

—Mucho mejor.

Ballista se movió con rapidez, teniendo en cuenta su estatura. Cuatro pasos veloces y ligeros y una estocada. El compañero de Publipor reaccionó demasiado tarde. Intentó apartarse de un salto a un lado, pero el borde de la hoja le entró por el costado y le abrió una brecha importante. Doblado sobre sí mismo, gritando de miedo y de dolor, se tambaleó hacia atrás. La multitud congregada frente a la puerta se apartó de él como si fuera un apestado.

Publipor trató de herir a Ballista en la parte posterior del muslo izquierdo, pero este consiguió detenerlo con la espada y dar un paso atrás para colocarse mejor. El cazador insistió lanzando golpes contra su cabeza, primero directos y luego de revés. Ballista los bloqueó sin problemas, pero los impactos empezaban a hacer mella en su hombro. Tenía que acabar con él enseguida, antes de que los demás se unieran también a la lucha. Pero necesitaba una oportunidad.

Los caballos empezaron a golpear el suelo con las patas y a tirar de las riendas.

Publipor atacó de nuevo apuntando a la cabeza de Ballista, pero este lo desvió una vez más. Debido al impulso de la embestida, los dos oponentes quedaron pecho contra pecho.

A Publipor el aliento le apestaba a comida y a vino. Ballista retorció el cuerpo, se sirvió de su hombro y de la fuerza de sus piernas para empujar al esclavo hacia atrás.

Mientras recuperaba el equilibrio, Publipor pidió ayuda a gritos a los que estaban fuera. Y luego sus ojos se clavaron un instante en los mozos de cuadra.

—¡Vosotros dos, apuñaladlo por la espalda!

Aquella distracción momentánea fue suficiente. Ballista trató de alcanzar a su enemigo en la cara. Publipor se encogió instintivamente y levantó la espada para protegerse la cabeza. Clavando una rodilla en el suelo, Ballista alteró de repente el ángulo de su ataque y la punta de su espada se clavó en la barriga de Publipor.

Ballista apartó al malherido, recuperó la posición y enfundó la espada. Alarmados por la violencia y el olor a sangre, los caballos se alteraron e intentaron retroceder. Su instinto de manada los advertía del peligro y los instaba a huir. Si los mozos aguantaron a su lado fue por la experiencia que tenían en el oficio. El más anciano a punto estuvo de caer al suelo. Ballista agarró la crin de la montura que le quedaba más cerca y saltó sobre el lomo. Al notar el peso del jinete, el animal dio un paso al costado. Sin pensarlo, el joven soltó las riendas. Ballista se hizo con ellas y luego, estirando el brazo, cogió también las del caballo que sostenía el anciano.

Publipor todavía estaba vivo en el umbral. No se movía y sangraba con profusión. El segundo cazador estaba agachado a su lado, junto a la puerta, presionando la herida con las manos, sollozando y maldiciendo. Los caballos no querían acercarse a ellos, por lo que Ballista espoleó su montura clavándole los tobillos en los flancos. No obstante, el caballo seguía negándose a avanzar. Un murmullo de indignación empezó a crecer entre la turba que esperaba fuera. Ballista soltó las riendas, desenfundó la espada de nuevo y descargó la hoja plana con fuerza sobre la grupa del

animal. El caballo se lanzó hacia delante con tanta fuerza que Ballista estuvo a punto de perder las riendas de la otra montura.

La multitud se dispersó al verlos salir a tromba abierta del establo. Un entusiasmo extremo se apoderó de Ballista. Intentó hacer virar al caballo recurriendo a la presión de sus muslos y la bestia respondió, pero la manta resbaló sobre el lomo. Debido al miedo o de forma intencionada, el mozo joven no había abrochado la sobrecincha. Ballista estaba perdiendo su asiento y no tardaría en caer al suelo.

Un rugido se alzó entre los esclavos. En cuanto hubiera perdido la montura se lanzarían sobre él para hacerlo pedazos.

Dejando caer la espada, Ballista se agarró al cuello del caballo. Soltando la rienda del otro, arrancó la manta para no tener que sufrir más por ello. Montando a pelo y aferrándose con las piernas a los flancos del caballo, vio cómo el otro daba media vuelta hacia la casa.

«Al infierno con él.»

Ballista guio a su montura por la granja.

Ni siquiera los espantosos restos de Cecilio y de su hijo pudieron sofocar el resurgimiento del puro júbilo que sintió mientras salía por la puerta de la finca para perderse en la noche.

7

La luz gris pizarra que anunciaba el amanecer los sorprendió cabalgando hacia el este. Siguieron los caminos de arrieros de las montañas que estaban bordeados por aliagas, cardos, encinas y enebros. Habían estado cabalgando durante toda la noche. El chico, que envolvía la cintura de su padre con los brazos, a duras penas conseguía mantenerse despierto.

Tras escapar de la granja, Ballista había guiado al caballo a través del huerto. Nadie se había lanzado a perseguirlo de inmediato, y, ya en lo alto del precipicio, Isangrim había expresado su alivio con un torrente de palabras atropelladas. Poco antes había oído pasos y se había agazapado en la cueva, pensando que sería un hombre, pero quien se había detenido en el claro había sido un ciervo con una cornamenta impresionante. Lo consideró una señal y aseguró que la bestia de Diana había decidido pararse allí y mirar directamente hacia el lugar en el que se escondía Isangrim antes de ponerse de nuevo en marcha. La diosa lo tenía bajo su protección. Cuando terminó de contarle la historia, Ballista abrazó a su hijo deseando compartir la misma fe que él.

Con Isangrim montado tras él, Ballista dio un amplio rodeo para evitar la villa. Cuando por fin la hubieron dejado atrás, obligó al animal a cabalgar lo más rápido posible mientras duró la oscuridad. Matar al líder de la revuelta en la villa podía tener dos consecuencias. O bien los esclavos rebeldes estaban demasiado

abatidos y descorazonados para perseguirlos, o ansiarían vengarse cuanto antes. En el segundo caso, había muchos caballos más en los establos de Cecilio, y también otros cazadores capaces de seguir su rastro, aunque con monturas que no tendrían que cargar con dos jinetes. Ballista era consciente de que todavía no estaban a salvo.

Al amanecer, el terreno empezó a descender hacia un amplio valle limpio de matorrales, con terrazas de no más de unos dos pasos de anchura, el resultado de un trabajo paciente y agotador. Ballista frenó al caballo y examinó los alrededores. Desde allí seguramente podían llegar a pie hasta algún asentamiento, una finca rural o una aldea, pero a su alrededor no había nada. Siguió avanzando con cautela. Isangrim estaba dormido.

Un camino recorría el fondo del valle. Amplio y pavimentado, tenía que ser el que cruzaba la isla desde Panormo hasta Agrigento. Ballista había recorrido aquel camino unas cuantas veces muchos años atrás. Desde ese lugar con vistas privilegiadas podía divisar más de un kilómetro en cada dirección. No reconoció ese tramo en concreto, pero lo más importante era que tampoco detectó el más mínimo movimiento. Ballista hizo virar al caballo para bajar la cuesta.

Isangrim se despertó con el repiqueteo de los cascos sobre el pavimento.

—¿Dónde estamos?

—Bastante lejos de la villa.

Ballista tomó el camino en sentido sur y azuzó al caballo para que avanzara al medio galope por el centro de la calzada. La arena compactada que había a ambos lados habría sido más conveniente para los cascos del caballo, pero sobre las losas de piedra no dejarían huellas.

El camino transcurría por el fondo verde del valle. Las lluvias de otoño habían hecho crecer la hierba. De vez en cuando encontraban algún que otro bosquecillo de castaños, sitios en los que los cerdos hallaban comida fácilmente, pero no vieron ni animales ni porqueros. Hacia la izquierda se alzaban unos peñascos de caliza blanca con las laderas llenas de surcos y canales. Parecía como si las rocas se hubieran derretido como la cera.

A medio galope se podían recorrer muchos kilómetros, pero el caballo ya estaba cansado. Ballista lo hizo avanzar al paso.

—Deberíamos quitarle peso de la espalda y llevarlo un rato a pie —opinó Isangrim.

Ballista detuvo el caballo y miró hacia atrás en el camino. El corazón le dio un vuelco. Había un jinete a lo lejos. No era más que una mancha oscura, pero se movía deprisa. Solo divisó a uno, pero otros podrían llegar detrás de él.

—¡Mira! —exclamó Isangrim al verlo.

—¡Espera!

Ballista espoleó de nuevo al caballo. Había una arboleda a un tiro de flecha. El caballo no quería correr. Sin silla y con su hijo agarrado a él, no le resultó sencillo azuzar con los brazos y las piernas a la bestia, que estaba cansada. Ballista intentó animarlo con palabras y chasqueando la lengua.

Cuando por fin llegaron, se detuvieron a la sombra de los árboles. Desmontaron apresuradamente y guiaron al caballo hacia el interior de la arboleda. Los gruesos troncos de los castaños proporcionaban un escondite razonable.

—Dame la espada.

Isangrim parecía descontento, pero obedeció de todos modos.

No tardaron en oír el repiqueteo de unos cascos. Solo era un caballo al galope. Ballista le habló en voz baja a su montura, acercando la cara a las fosas nasales de la bestia, de manera que su aliento se mezclara con las dulces exhalaciones del animal, que se tranquilizó en el acto.

El viajero apareció en su campo visual. Su montura tenía los flancos brillantes por el sudor y de la boca le caían grandes hilos de saliva. Debía de llevar un buen trecho galopando. Mientras Ballista lo observaba, el caballo aminoró la marcha, claramente agotado. El jinete lo espoleó con rabia, y no era la primera vez, puesto que el animal tenía marcas ensangrentadas en los flancos.

El tipo cabalgaba como si las furias le estuvieran pisando los talones. Tenía que ser un mensajero transportando malas noticias o un hombre que huía para salvar el pellejo. Si había visto a Ballista y a Isangrim antes de que buscaran cobijo entre los árboles, no

pareció que le importara mucho, ya que no dirigió ni una sola mirada a la arboleda. Toda su atención estaba centrada en el camino que tenía por delante. Tampoco miró atrás en ningún momento. Fuera cual fuera la maligna causa de su apresurado viaje, parecía convencido de hallarse fuera de peligro.

Antes de que el jinete desapareciera de la vista, Ballista se fijó en su aspecto. Una túnica demasiado polvorienta y manchada para revelar nada. Sin embargo, a pesar de la suciedad que lo cubría, llevaba el pelo corto y la barba arreglada. Si era un esclavo, tenía que ser un favorito doméstico, algo parecido a un secretario o un contable.

El repiqueteo de cascos se perdió a lo lejos y no apareció nadie más por el camino.

—Esperaremos un poco más —dijo Ballista—. Sujétale la cabeza y no pierdas de vista el camino.

Ballista comprobó que el caballo estuviera bien. Le fue cogiendo las patas, una a una, sosteniéndolas entre los muslos para limpiarles los cascos. Con la ayuda del cuchillo tuvo que quitarles unas cuantas piedrecitas que se le habían clavado. Luego, con las manos y sirviéndose de puñados de hierba, se dedicó a almohazar al caballo en la medida de lo posible. Había algo apaciguador en la repetición mecánica de esa tarea. Puso una especial atención en alisarle el manto del lomo.

—¿Tardaremos mucho más?

—No mucho, pero es mejor asegurarse antes.

Cuando hubo terminado con el caballo, Ballista se dedicó a coger las castañas que encontró bajo los árboles y a guardarlas donde pudo. Rellenó con ellas el monedero, la bolsa y la funda de la espada que Isangrim llevaba en el cinto.

El camino seguía desierto. Lo más probable era que aquel hombre no estuviera escapando de una amenaza inmediata, sino que tuviera que comunicar malas noticias. En la dirección de la que procedía no había grandes ciudades hasta Panormo, y en el otro sentido, hacia el sur, tampoco había ninguna hasta Agrigento. Cecilio había dicho que Sóter y la mayor parte de los rebeldes se dirigían a Panormo. Quizá el jinete tenía como misión anunciar su

llegada. Ballista se preguntó si alcanzaría la costa sur antes que la otra banda de esclavos, pero era una pregunta sumamente difícil de responder.

—Ya es suficiente.

Llevaron al caballo de nuevo hasta el camino. Ballista ayudó a su hijo a subir y luego montó detrás. El caballo ya había descansado un poco, pero siguieron avanzando al paso por aquellos paisajes tan engañosamente plácidos.

Al cabo de un rato, el camino empezó a serpentear a medida que ascendía hacia las tierras altas. A Ballista le preocupó ver que el caballo empezaba a cojear un poco, inclinándose algo sobre la pata delantera izquierda. Lo instó a galopar un poco y respondió bastante bien.

Pronto aparecieron huecos en los peñascos que quedaban a su izquierda. Unos valles verdes se abrían hacia el este. Ballista vio que por uno de ellos pasaba un riachuelo y decidió desviarse del camino principal, pensando que los hombres suelen seguir los caminos por los que también pasa el agua. En efecto, encontró un sendero paralelo al arroyo.

Ballista se animó un poco al ver que iban en la dirección correcta. Aquellas eran las colinas de Gemellus, cimas aisladas de los montes Nebrodes. Las cumbres eran altas y agrestes, pero a sus pies el paisaje campestre era de lo más verde y los conejos correteaban por el sotobosque. El otoño siciliano era en verdad fructífero, nadie tenía por qué pasar hambre en esas colinas.

Cuando el sol se acercaba a su cenit, Ballista perdió el buen humor. El caballo ya cojeaba claramente, no cabía la menor duda de ello. Desmontaron y decidieron seguir a pie. El animal se negaba a apoyar la pata delantera izquierda en el suelo. Ballista se la palpó y la notó caliente. Le quitó el freno de la boca y las riendas, pero le dejó puesto el ronzal. Le estuvo hablando con cariño, mirándolo a los ojos, y luego lo soltó. De inmediato, el caballo empezó a pastar hierba.

—No tenemos equipaje, y las montañas están ahí delante.

—¿El caballo sobrevivirá? —preguntó Isangrim.

—Aquí encontrará comida de sobra —opinó Ballista.

Isangrim parecía acongojado de todos modos.

—No te preocupes, estará bien. Tarde o temprano alguien lo encontrará.

Ballista le pasó la mano por la reluciente cruz. Tenía una marca, una C. Hasta ese momento no se había percatado de ello. De todos modos, si alguien encontraba el caballo, seguro que no se lo devolvería a Cecilio.

Antes de retomar la marcha a pie, Ballista se echó las riendas por encima del hombro, pensando que el cuero de calidad siempre podía ser útil. Lanzó una mirada hacia atrás y vio al caballo con la cabeza gacha, pastando.

Al cabo de una hora, el arroyo viró hacia el norte, seguramente para unirse a otros riachuelos, en algún punto enlazar con un río y por último desembocar en el mar. Después de Panormo, Sóter y sus seguidores tomarían el camino que reseguía la costa norte, pero Ballista decidió no compartir esa reflexión con su hijo.

Siguieron avanzando poco a poco, cansados, acalorados y en silencio, hasta que Ballista encontró un sendero que se desviaba hacia la derecha. Trillado por el paso de los rebaños a lo largo de los siglos, subía hacia las colinas del este.

—¿Te ves con ánimo para continuar?

—Tengo hambre.

—Más adelante podremos buscar algo para comer —prometió Ballista.

Había partes verdes en cada uno de los pliegues que describían las montañas, pero predominaban las numerosas escarpaduras de roca caliza blanca. Todas punteadas con peñas, la sucesión de laderas blancas se perdía en la neblina de la distancia. A primera vista parecía imposible que hubiera criaturas capaces de vivir a esas alturas, pero las rapaces describían arcos perfectos por encima de las cumbres. Si las águilas y los gavilanes cazaban, es que había presas. Junto a los caminos había montones de piedras. Desprendidas de lugares más elevados, eran reliquias de pequeñas avalanchas provocadas por los rebaños de cabras en verano. Había que saber dónde mirar, pero sin duda alguna pequeños pájaros y

tímidos animales se movían entre aquellos oasis de vegetación.

Todavía quedaban unas horas de luz cuando divisaron una cabaña. Construida con piedra seca y con el techo de tablillas, estaba en bastante mal estado. Una esquina incluso se había derrumbado. Ballista no se molestó en esperar y vigilar como había hecho en el caso de la cabaña de los pastores. Durante el largo camino que habían recorrido hasta allí le pareció evidente que estaba abandonada. Además, había mucho que hacer antes de que cayera la noche.

No tenía puerta, probablemente la habría utilizado para encender un fuego algún otro vagabundo que, como ellos, se había perdido por aquellos parajes. El interior olía a ratones y a tierra en descomposición, pero la chimenea seguía en pie. Las cenizas estaban por completo frías, pero no había ningún objeto que pudieran aprovechar. Por fuera fluía un arroyo minúsculo que descendía hasta los bosques por un torrente.

Primero saciaron la sed y luego bajaron juntos hasta los árboles para recoger leña. Las aves trinaban y los lagartos y otras criaturas asustadizas se escabullían por el sotobosque. Ballista tenía mucha hambre. El chico debía de estar realmente famélico, no habían comido nada desde la noche anterior. Regresaron a la cabaña cargados con la leña y prepararon el fuego, pero no lo encendieron todavía. Ballista improvisó una honda con el cuero de las riendas mientras Isangrim recogía cantos redondos que pudieran servir como proyectiles.

De nuevo en el bosque, los habitantes de las primeras madrigueras que encontraron desaparecieron bajo tierra antes de que padre e hijo pudieran acercarse. Los conejos del segundo cubil fueron menos prudentes. Se sentaron sobre los cuartos traseros, olisqueando el aire con recelo pero sin alarmarse. Ballista no se precipitó. Solo tendría una oportunidad.

Los conejos no tardaron en volver a buscar comida. Ballista eligió una piedra perfectamente esférica, más o menos del tamaño de un huevo de gallina, y mientras volteaba la honda por encima de la cabeza, su objetivo levantó la mirada hacia él. Una vez liberado, el proyectil cortó el aire con un zumbido y el conejo se

volvió para buscar refugio. No fue un golpe precisamente limpio, pero la piedra derribó al conejo, que cayó al suelo chillando e intentando huir. Le había roto una de las patas traseras. Ballista se abalanzó sobre él, lo cogió y terminó con su agonía de un golpe seco en el cogote.

Encendieron el fuego y, mientras Isangrim lo azuzaba, Ballista despellejó y descuartizó el conejo. Usaron la espada y las dos dagas para ensartarlo. Eso no era nada bueno para las armas, con el tiempo el acero se volvería quebradizo, pero tampoco les quedaba más remedio. Tenían demasiada hambre para esperar. La parte exterior de la carne quedó quemada, y el interior, crudo. Apuraron los huesos al máximo y se lamieron la grasa de los dedos. Cuando las llamas se apagaron, sacaron las castañas que habían recogido y las asaron aprovechando las brasas calientes.

A pesar de la oscuridad, el humo podría haber revelado su presencia a cualquiera que rondara por las colinas de los alrededores. Esa noche hicieron turnos para montar guardia: tres horas cada uno durante las doce horas que tardaría en llegar de nuevo el amanecer. Quien se encargara de vigilar tendría que quedarse fuera.

El refugio ofrecía una visión privilegiada. La luna estaba casi llena, por lo que nadie podría acercarse sin que lo vieran a menos que se nublara el cielo. Isangrim insistió en ocuparse de la primera guardia.

—Muévete por aquí, eso te ayudará a conservar el calor y a mantenerte despierto.

Isangrim prometió seguir el consejo.

Ballista le dio la espada. Quiso decirle algo, elogiarlo de algún modo o consolarlo, pero no le vinieron las palabras a la mente. Luego se metió de nuevo en el refugio, se tendió junto al calor residual de la chimenea y se quedó dormido enseguida.

En algún rincón de su mente oyó el repiqueteo de las piedras que su hijo movía cada vez que cambiaba de posición o patrullaba alrededor de la cabaña. Sin embargo, muy pronto cambió las colinas de Gemellus por un lugar muy lejano en las latitudes septentrionales en las que había pasado la infancia, junto al frío

mar suabo. Se hallaba en el gran palacio, junto a su padre, que estaba sentado en su trono. Su madre también se encontraba allí, tras su telar, y todos sus hermanos, incluso los que ya habían muerto. «Tú y yo somos como la nieve que se posa en un árbol o en otro», le dijo uno de ellos. Había dos figuras más que no acertaba a distinguir, puesto que no quedaban iluminadas por la luz del fuego. Kadlin, la primera mujer a la que había amado y otra más, a su lado. Con una terrible sensación de anhelo, las llamó.

—¡Despierta! —le dijo Isangrim, sacudiéndole el hombro.

—¿Qué ocurre?

—Estabas gritando en sueños. Gritabas nombres bárbaros.

—No era nada..., solo una pesadilla.

—¿Estás seguro? —preguntó Isangrim, mirándolo con curiosidad.

—Seguro.

—Los dioses nos envían advertencias en los sueños.

—No ha sido más que una pesadilla. ¿Cuántas horas han pasado?

—Un par.

—Ya me encargo yo de montar guardia. Duerme un poco.

Ballista cogió la espada. Mientras se marchaba, su hijo siguió mirándolo de un modo extraño, con una compasión triste e infinita.

Fuera hacía más frío. No había nubes en el cielo, solo un verdadero manto de estrellas. Ballista examinó con esmero la línea de los árboles que se extendía más abajo, pero no detectó el más mínimo movimiento. Caminando con cuidado, rodeó la cabaña. En todas las direcciones, las laderas rocosas se veían desnudas a la luz de la luna. Envolviéndose el cuerpo con los brazos para combatir el frío, se movió hasta la sombra que proyectaba la cabaña.

Era prácticamente imposible que regresara al norte, y estaba seguro de que no volvería a ver a su familia. De todos modos, si algún día lograba emprender ese viaje, serían pocos los que acudirían a recibirlo, por lo que era mejor no pensar en ellos. De día controlaba su mente como se doma a un caballo salvaje, tirando con fuerza de la embocadura. Sin embargo, de noche la

bestia quedaba sin brida y, liberada del cruel acero que la asía por la boca, campaba a sus anchas.

Por la mañana reemprendieron la ardua caminata. El paisaje no paraba de cambiar sin dejar de ser el mismo. Hacia mediodía llegaron a un paso. Una columna de humo se elevaba desde el canal. Los peñascos eran de verdad escarpados a ambos lados, no había más remedio que pasar por allí.

Dejaron el camino y se acercaron con cautela, pasando de roca en roca.

Había seis hombres cerca del fuego. Tenían lanzas y carcajes apoyados contra las rocas, redes y palos bien enrollados y morrales apilados. Y la carcasa de un corzo, aunque no tenían caballos. Era un grupo de cazadores que había salido a pie por las montañas. Estaban demasiado lejos para sacar conclusiones a partir de su indumentaria, pero su manera de actuar indicaba la jerarquía que reinaba entre ellos. Dos hombres estaban ofreciendo un sacrificio, probablemente a Diana, la diosa de la caza. Los otros se habían quedado a una distancia respetuosa, con las manos planas sobre el pecho en señal de reverencia. Una vez que le agradecieron a la diosa el éxito obtenido, los dos que habían oficiado el sacrificio se sentaron a sus anchas. El resto continuó ocupándose del fuego y de cortar el corzo.

—Nos acercaremos a hablar con ellos.

—¿Es seguro?

—Creo que sí —opinó Ballista.

No hubo la más mínima conmoción cuando los inesperados visitantes atravesaron el paso. Los dos cazadores que estaban al mando se pusieron de pie y los esperaron al límite del pequeño campamento. Iban vestidos para el monte, con capas y botas de buena calidad. Los otros, vestidos de un modo más tosco, siguieron ocupándose de sus tareas.

—Salud y prosperidad —exclamó Ballista.

Al ver que los dos hombres respondían también en griego ático, Ballista se relajó un poco. Solo la élite hablaba ese dialecto.

Era necesario asistir a clases muy caras para hablar en la lengua muerta de Demóstenes y Platón.

Antes de preguntar nada, Ballista recitó unas líneas en dialecto jónico, todavía más antiguo.

—«¿Qué hombres deben de habitar esta tierra a que he llegado? ¿Serán violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses?»

Los dos hombres sonrieron.

—Ulises iba desnudo cuando apareció ante los feacios, y no ataviado con una túnica manchada de sangre.

—Permitidme que os lo explique.

—Luego Ulises les contó una sarta de mentiras.

—Me llamo Marco Clodio Ballista, y este es mi hijo. Nos dirigimos a nuestro hogar, en Tauromenio. Igual que Ulises, somos náufragos. Nuestra embarcación se hundió más allá de Panormo. Nos acogió Publio Cecilio Ticiano, pero hace dos noches lo asesinaron sus propios esclavos.

Los dos hombres se miraron con consternación. Tras ellos, sus esclavos se limitaron a lanzarse alguna que otra mirada subrepticia.

—Aprovechando la confusión, huimos.

—¿Y la sangre de vuestra túnica?

—Es de uno de los esclavos de Cecilio.

El más anciano de los dos, que no había dicho nada hasta el momento, respondió con otra cita.

—«¡Forastero! Ya que no me pareces ni vil ni insensato, sabe que el mismo Zeus Olímpico distribuye la felicidad a los buenos y a los malos, y si te envió esas penas debes sufrirlas pacientemente; mas ahora, que has llegado a nuestra ciudad y a nuestra tierra, no carecerás de vestido ni de ninguna de las cosas que por decoro ha de alcanzar un mísero suplicante.»

Y dicho esto, hizo un gesto de bienvenida.

—Por supuesto, no os encontráis cerca de ninguna ciudad. Me llamo Lucio Aurelio Juncino, de Mesina, y este es mi hijo. Nuestra propiedad se encuentra más al sur. Vuestro nombre os precede, sé que sois el general que salvó el santuario de Apolo en Dídima de

los godos, y que derrotasteis al rey de reyes persa en Solos. Es un verdadero honor estrechar vuestra mano.

—¿Lleváis mucho tiempo en las montañas? —preguntó Ballista.

—Desde los idus de octubre.

Isangrim le lanzó a su padre una mirada interrogante. Ballista negó ligeramente con la cabeza.

—Venid, aceptad la hospitalidad que podemos ofreceros en este lugar tan remoto —dijo Aurelio, y acto seguido profirió una orden por encima del hombro—. Fides, saca unas túnicas limpias del equipaje para nuestros invitados.

—Tienes que contárselo —le dijo Isangrim a su padre mientras se limpiaban y se cambiaban de ropa.

—Lo haré en el momento oportuno —respondió Ballista con una sonrisa—. A veces agradezco que los maestros palatinos me hicieran aprender de memoria tantos textos de Homero a base de palos.

Isangrim suspiró ante el intento por parte de su padre de quitarle importancia al asunto.

No tardaron mucho en sentarse todos a comer. Con la única excepción del cocinero, los esclavos también se sentaron con sus amos.

El corzo no estaba listo del todo, pero también tenían aceitunas y queso. El pan duro, horneado dos veces, tenía que remojarse con vino para que fuera comestible. Consciente de lo vacío que tenía el estómago, Ballista se limitó con la bebida. Necesitaba conservar la mente clara. Antes de hablar, comprobó dónde habían dejado las armas de caza los comensales.

—Aurelio, me gustaría hablar con vos a solas.

—No hay nada que no podáis comentar frente a mi familia —replicó Aurelio algo incomodado.

—Muy bien. El asesinato de Cecilio y su familia solo es una parte de lo que está sucediendo. Otros esclavos nos atacaron cuando llegamos a la orilla tras el naufragio, y masacraron al resto de los supervivientes. Cecilio nos dijo que hay una sublevación general de esclavos al oeste de la isla.

Los sirvientes de Aurelio parecían más impactados todavía que su amo.

—Deben de ser esos alamanes —opinó Aurelio.

—Sí, instigados por un sirio, al parecer. Hay dos grupos de rebeldes. Uno de ellos avanza por el camino de la costa norte, y el otro por el de la costa sur.

Aurelio no perdió la calma.

—Bueno, nos encontramos en el centro de la isla y no tenemos nada que temer por parte de mis chicos.

Los cuatro esclavos balbucearon que no tenía que pensar en esas cosas. Parecían aterrorizados.

—Los amos que dicen tener tantos enemigos como esclavos son unos necios. Si eso es cierto, deben de haber creado ellos mismos esa enemistad en su propio hogar. Todo hombre tiene un atisbo de razón divina en su interior. Lo que llamamos esclavitud y libertad no son más que términos legales. La verdadera libertad y la verdadera esclavitud están en nuestro interior. Todo lo demás es irrelevante. La mayoría de los hombres ricos son esclavos de sus apetitos, de la lujuria y de la codicia, del miedo y de la esperanza, de la ambición y de la riqueza. Aunque el rey de Persia se siente en un trono de oro y todos sus subordinados se postren sobre el suelo ante su presencia, si en el fondo tiene un alma servil, no deja de ser un esclavo. De un modo parecido, el más abyecto de los prisioneros que trabajan en las minas, a pesar de las cadenas que le sujetan los pies y las manos, es un hombre libre si tiene el alma noble.

El rostro de Aurelio resplandecía mientras expuso aquella doctrina filosófica tan profunda. Las caras de sus esclavos parecían cautivadas, pero también inescrutables. Al menos para Ballista.

—Todos los hombres son hermanos, da igual cuál sea su estatus en la vida. Ese es el motivo por el que nosotros, a los que nos ha favorecido el destino, tenemos el deber de tratar con bondad a los que se encuentran por debajo de nuestro nivel. Debemos asegurarnos de que estén bien alimentados y de que vayan bien vestidos. Jamás debemos expulsarlos cuando enferman o son demasiado viejos para trabajar. Si algún castigo es necesario,

debería ser en forma de palabras, y solo cuando nada ha funcionado se puede recurrir al castigo físico. Es mejor alabar y recompensar el buen servicio. Y, en el mejor de los casos, conceder la manumisión sin dejar que pase demasiado tiempo, seis años a lo sumo. Esos son los principios con los que siempre he regido mi familia. Por eso creo que no tenéis motivos para temer nada en mi hogar.

Los cuatro miembros de su familia que no eran libres asintieron para demostrar que estaban completamente de acuerdo.

—Incluso el miembro de menor rango de mi hogar tiene esperanza en un futuro no muy lejano, y mientras tanto puede gozar de la comodidad y la libertad que pueda encontrar en su interior.

Los esclavos se apresuraron a asentir ante las sabias palabras de su amo.

—O sea, que, amigo mío, podemos comer, beber y disfrutar de la tarde. Esta noche podemos dormir tranquilos, y mañana mi fiel Fides os mostrará el camino que debéis seguir para regresar a casa.

8

Sicilia era un triángulo estirado entre tres cabos: el de Peloro en el estrecho de Italia, el de Lilibea en poniente y el de Paquino, que apuntaba hacia Grecia. Aunque Marco había recorrido la isla de pequeño con su madre, visitando a parientes o a conocidos de su familia, la mayoría de lo que sabía sobre la geografía de Sicilia procedía de los libros que había leído en las aulas del Palatino. Estaba al tanto de que los montes Nebrodes recorrían la isla como una espina dorsal desde el noreste al suroeste. Había dos rutas principales que bajaban desde la costa norte pasando por las tierras altas. Una era el camino de Panormo a Agrigento, la que su padre y él ya habían cruzado. La otra iba desde Hímera a Enna por el centro y hasta Catania por la costa este, y era la ruta por la que el esclavo de Aurelio los estaba guiando en esos momentos.

Los parajes eran silvestres, como todos los que habían cruzado hasta el momento. Valles remotos y frondosos, prados alpinos con estanques de agua cristalina y laderas abiertas de roca desnuda. Y una cresta tras otra, todas ellas cubiertas de vegetación, perdiéndose en un infinito azulado hacia el este. Marco se sintió como un intruso mientras atravesaba aquellos espesos bosques, y en las laderas peladas era fácil imaginar que cada peña del paisaje escondía a alguien observándolos con malas intenciones.

Otros tal vez habrían sabido detectar la belleza de esos parajes aislados. Marco, en cambio, como muchos otros de su

clase, solo veía desolación. Para él, el campo era un lugar ajeno y plagado de peligros por el que se tenía que pasar con rapidez para ir de una ciudad a otra, o para llegar a la seguridad que ofrecía una finca propiedad de una familia pudiente como la suya.

De improviso, Marco pensó en su madre. Hasta su ingreso en la escuela palatina, había sido una presencia constante en su vida, muy distinta de la figura siempre ausente de su padre. Por supuesto, ella no había sido la única que había estado siempre a su lado. También había gozado de la compañía de su niñera y del resto de los miembros de la casa. Eran los sirvientes los que lo habían mimado y consentido. Su madre, con el autocontrol que es de esperar en toda matrona romana, había insistido en que el decoro reinara en aquella familia senatorial. Sin embargo, Marco recordaba su aroma, una fragancia de canela y rosas, y también las contadas muestras de afecto espontáneo que le había dedicado en las ocasiones en que lo había abrazado y él se había podido sumergir en la melena castaña de su madre. Se sentía de nuevo como un niño, ansiando regresar a casa con ella, y con ello le sobrevino un temor terrible. ¿Y si toda aquella sensación de seguridad había desaparecido? ¿Qué ocurriría si los rebeldes llegaban a Tauromenio antes que ellos? Marco intentó descartar esa infausta posibilidad y pensar como un hombre.

Al menos hacía buen tiempo. Aunque el aire era fresco, los acompañaba un pálido sol otoñal y brisas agradables que no trajeron lluvias. Además, iban bien equipados. Aurelio había sido muy generoso con ellos. No solo les había proporcionado túnicas nuevas y capas, sino también comida y bebida: queso, carne seca, galletas y vino, además de una taza para cada uno, una cacerola para cocinar y morrales para llevarlo todo. Y lo más importante: les había dado dos lanzas para la caza del jabalí y dos arcos, disculpándose porque el carcaj no contenía más que seis flechas. El resto las habían utilizado para cazar. A Marco le habían regalado una espada. La ley romana disponía que todo hombre libre tenía derecho a ir armado, ya fuera para cazar o para defenderse, y, teniendo en cuenta los tiempos que corrían, era probable que se viera obligado a usar la espada para lo segundo.

No había sido ninguna sorpresa que Aurelio se hubiera mostrado tan espléndido con ellos. Cuanto más rica era la persona, más munificencia se esperaba de ella. Aunque no había sido un acto totalmente voluntario o altruista, sino que más bien respondía al riesgo de que la reputación de mezquindad pudiera socavar el estatus de cualquier hombre adinerado y amenazar su posición en la sociedad. Los obsequios que se ofrecían (aceite para los baños, cenas públicas, espectáculos de gladiadores y cosas por el estilo) proporcionaban un rédito de honor. Además, los obsequios que se hacían a otros miembros de la élite exigían reciprocidad. Desde ese momento, la familia de Ballista quedó vinculada a la de Aurelio. En el futuro tendrían que devolverse aquellos favores. Así era como funcionaba el mundo.

Subieron a otra cresta y luego descendieron a otro valle frondoso. Aunque no era el primero que cruzaban, seguían sintiendo aprensión. Bajo los árboles, el denso sotobosque impedía ver más allá de unos cuantos pasos. Largas serpientes negras se escabullían sin hacer ruido, mostrándose apenas unos instantes en las motas de luz solar que atravesaban las copas de los árboles. El sonido de las cigarras y el de las botas revolviendo el manto de hojas secas significaba que un ejército entero podría haberse acercado a ellos sin que pudieran advertirlo.

Marco se sintió aliviado cuando por fin se abrió ante ellos otra escarpadura vacía, pero solo hasta que se fijó en el sol. Fides parecía estar guiándolos hacia el norte, y no hacia el este. El esclavo de Aurelio era hombre de pocas palabras y tanta reserva podía llegar a ser inquietante. Marco no se fiaba de él lo más mínimo. En el campamento, todos los esclavos se habían sorprendido al oír las noticias sobre la sublevación y habían expresado abiertamente su lealtad, pero ¿qué iban a decir si no? Aurelio era un amo poco habitual. La mayoría de ellos dejaban de lado sus principios estoicos en cuanto salían del aula o del auditorio. Eran pocos los que se mostraban en desacuerdo con la afirmación de que se tienen tantos enemigos como esclavos. Marco había leído que no hacía mucho, tal vez en tiempos del emperador Alejandro Severo, el senado había debatido si era conveniente

ordenar que todos los esclavos llevaran un atuendo que los distinguiera como tales. La ley propuesta había terminado vetada, y por un buen motivo: si la servidumbre se podía identificar por la ropa, también se vería con claridad hasta qué punto superaban en número a los hombres libres, de manera que no habría modo posible de refrenarlos. Todos los ciudadanos habrían terminado degollados, sus esposas y sus hijos violados y con posterioridad también asesinados. Era perfectamente posible que aquel esclavo, Fides, estuviera conduciendo a Marco y a su padre hasta los rebeldes. La buena fe que implicaba su nombre podría transmitir poco más que una esperanza sin fundamento.

Marco se quedó mirando a su padre. Con la lanza en la mano y el morral a la espalda, Ballista caminaba con grandes zancadas, como si el mundo entero le trajera sin cuidado. Todo en él irradiaba seguridad, y no solo respecto al lugar que ocupaba en el mundo: también parecía capaz de evitar cualquier obstáculo que se le pudiera presentar o de acometerlo de frente espada en mano. No había nudo gordiano capaz de detenerlo durante mucho tiempo. Sin embargo, el hombre que Marco había visto la otra noche gimoteando en sueños parecía alguien muy distinto. Atrapado en los bucles de una pesadilla, había chillado presa del miedo. Entre los incomprensibles nombres bárbaros, había mencionado algo más. «Hijo mío, hijo mío», había gritado Ballista con desesperación.

Ese instante inconsciente de debilidad, aquella ternura inesperada, lo habían convertido en alguien menos remoto, más humano. Alejandro Magno había afirmado que solo el sexo y el sueño le recordaban que era mortal. La severa figura de su padre, casi siempre ausente en alguna campaña lejana, había dominado la infancia de Marco. Era una imagen abrumadora que su madre había contribuido a crear, inculcándole que tanto su virtud marcial como su lealtad inquebrantable eran rasgos que valía la pena emular. Sin embargo, casi nunca había mencionado aspectos más oscuros, como la peligrosa ambición que lo había llevado a aceptar el púrpura y los orígenes bárbaros que tanta vergüenza provocaban en la familia. Esto último se había mencionado con demasiada

frecuencia en la escuela palatina, ya fuera con el ladino desprecio que demostraban los maestros o en forma de crueles burlas por parte de los demás chicos. Al principio, las peleas a puñetazos con alumnos y las palizas que los maestros le propinaban en consecuencia lo habían sumido en un estado de temor y resentimiento permanentes. Durante el último año, no obstante, había crecido y había aprendido a reaccionar con más frialdad, por lo que sus problemas se habían reducido considerablemente.

Pasaron la noche al raso en un pequeño claro entre los pinos, sirviéndose de las raíces expuestas de un árbol caído para resguardarse del viento. Reunieron ramas para improvisar un camastro y encendieron una hoguera. Ballista propuso dividir la noche en cuatro guardias. Fides se encargaría de la primera y de la última, Ballista de la segunda y Marco de la tercera. Después de enviar al esclavo a buscar agua a un arroyo que fluía más abajo, Ballista le pidió a su hijo que lo despertara antes de echarse a dormir al término de la tercera guardia. El pretexto fue que quería ver el amanecer para juzgar qué tiempo los acompañaría durante el día siguiente.

Devoraron las provisiones alrededor del fuego y casi en silencio. Fides montó guardia, patrullando más allá de la hoguera para que la vista se le acostumbrara a la oscuridad. Ballista dijo que se quedaría un rato despierto, mientras que su hijo, absolutamente agotado, se acostó enseguida.

Marco se despertó en plena noche. Una vez más, su padre lo había tocado con suavidad detrás de la oreja, apenas una caricia. Marco se levantó y se sacudió las hojas de pino de la ropa. El esclavo estaba envuelto en su capa, al otro lado de la hoguera, roncando con ganas. Ballista se acostó y se quedó dormido al instante.

Pasaron tres horas mientras las frías estrellas daban vueltas en el firmamento. Una lechuza ululó cerca de ellos y recibió respuesta desde la lejanía. En más de una ocasión hubo movimientos entre los árboles. Y aunque intentó convencerse de que no eran más que animales, con toda probabilidad un ciervo amante de la diosa como el que había visto en la villa, cada vez que oía algo Marco

tenía que apretar los dientes para evitar que le castañetearan. Los antiguos espartanos tenían una palabra para referirse a los hombres como él. Los llamaban *tresantes*, temblorosos. Secándose el sudor de las palmas de las manos, agarró la lanza. A menos que estuviera seguro de que había una amenaza, no despertaría a los otros dos.

Cuando estuvo seguro de que su guardia ya había acabado, se acercó de nuevo al fuego para despertar a Fides. Se encontró al esclavo con los ojos abiertos como platos, lo que le pareció de lo más inquietante. Sin mediar palabra, Fides se puso en pie y salió a montar guardia. Marco tomó un trago, pero el vino no sirvió para apaciguar sus nervios. Su padre estaba tendido de lado, con la cabeza recogida sobre un brazo. Esa noche, su descanso no era atormentado. A la tenue luz de los restos de la hoguera, parecía más joven. Ballista había entrado en el imperio cuando era un poco mayor que Marco. Fue el mismo año en el que murió el emperador Maximino, lo que significaba que estaba en su cuarta década. Marco sabía el día en que había nacido su padre porque cada año su madre dedicaba una ofrenda a su genio el día previo a los idus de febrero. Sin embargo, desconocía el año de su nacimiento. Era una más de las muchas cosas que ignoraba acerca de su padre.

Ballista dormía tan plácidamente que Marco se mostró reacio a despertarlo. Una cosa que su madre le había contado sobre él era que, antes de llegar a Roma, Ballista había servido en una campaña para defender su pueblo y que había matado a un hombre durante la batalla. Había superado el rito bárbaro que establecía el paso a la edad adulta más o menos a la edad de Marco.

Decidió dejar dormir a su padre y optó por quedarse despierto para asegurarse de que el guía no los traicionaría.

Al amanecer, Ballista se despertó furioso. Envió a Fides a coger agua del riachuelo para poder disciplinar a su hijo con calma.

—Todas esas historias romanas que aprendes en la escuela, ¿es que no significan nada para ti?

Isangrim guardó silencio.

—¿Todos esos famosos comandantes romanos que ejecutaron a sus hijos por desobedecer órdenes? Murieron a pesar de haber luchado de un modo heroico simplemente por no haber cumplido con lo dispuesto. Hombres como Aulo Postumio y Torcuato. Los jóvenes romanos debéis obedecer las órdenes.

Isangrim siguió sin decir nada.

—Según la ley romana, la *patria potestas* concede pleno control al padre sobre su hijo. Antiguamente podía incluso poner fin a su vida sin que lo juzgaran por ello.

—Estabas cansado —arguyó Isangrim.

—Los dos lo estamos. Deberías haberme despertado.

—Aceptaré la toga de adulto la próxima primavera. Me han entrenado en el manejo de armas los mejores maestros de Roma.

—No eres más que un niño.

La réplica de Ballista le sonó quisquillosa incluso a él mismo. Si alguien estaba actuando como un chiquillo, ese era él. La ira provocada por la preocupación poco a poco se fue diluyendo.

—¿Qué edad tenías cuando libraste tu primera batalla? —preguntó Isangrim.

—Mayor que tú.

—¿Cuánto?

—Un par de años.

Fides hizo mucho ruido mientras subía entre los árboles cargado de agua.

—Deberías confiar más en mí —opinó Isangrim.

Ballista agarró a su hijo por los brazos.

—Tienes razón, lo siento. Gracias.

Tras masticar un poco de pan duro y tomar unos tragos de vino aguado, los tres reemprendieron su solitaria odisea.

Esa mañana, Fides se mostró más comunicativo. Señaló hacia un aleteo que detectó en las ramas.

—Una grajilla, como la de la fábula.

—¿Qué fábula?

—Un hombre atrapó a una grajilla, le ató un cordel a una pata y se la dio a su hijo. Sin embargo, el ave no podía resignarse a vivir en cautividad, ya que además el niño la trataba sin

contemplaciones. Cuando el ave por fin logró escapar, el cordel se le enredó en un arbusto. A punto de morir, la grajilla se lamentó de no haber sido capaz de soportar la servidumbre, puesto que eso había terminado con su vida.

Era evidente que Fides había oído la conversación que habían mantenido un rato antes padre e hijo. Ballista y el esclavo se miraron, y ambos comprendieron la moraleja de la historia.

Se detuvieron a mediodía, comieron algo más y descansaron un poco.

—Llegaremos al camino a media tarde —explicó Fides—. El sendero es pedregoso, pero solo me preocupa una cosa. Tendremos que pasar por un pueblo abandonado llamado Gorgion, y tiene mala reputación.

—¿Hay bandoleros?

Fides asintió.

—Es la guarida ideal. Desde allí se divisa el camino, pero es difícil acercarse sin que te vean, y en los peñascos hay muchas cuevas para esconderse.

—¿Has estado allí alguna vez?

—Sí, hace un par de años, con mi amo. No nos topamos con nadie, pero todo el tiempo tuvimos la sensación de que nos estaban vigilando. Pero en esa ocasión éramos un grupo de cazadores bastante numeroso, mientras que ahora, en cambio, solo somos tres.

—¿Y no hay más remedio que pasar por allí? ¿No hay otra ruta?

—Que yo sepa, no.

—Entonces tendremos que andarnos con cuidado.

Isangrim le lanzó una mirada a su padre. Ballista no estaba seguro de que su hijo hubiera comprendido correctamente el mensaje de la fábula de la grajilla. En cualquier caso, si la había entendido, lo cierto era que no había conseguido despejar sus recelos. A decir verdad, una cosa eran las palabras y otra muy distinta las acciones.

—¿Cuántos años llevas con Aurelio? —le preguntó Ballista al esclavo.

—Cuatro y medio —respondió Fides.

—¿O sea, que serás libre dentro de dieciocho meses?

—Eso me ha prometido el amo.

—¿Aurelio siempre ofrece la manumisión pasados los seis años?

Fides se detuvo un momento para elegir bien las palabras.

—A los que lo servimos con fidelidad, sí. Tiene menos contacto con los que trabajan en los campos. A veces... se olvida de ellos.

—¿Están encadenados?

Fides parecía cada vez más incómodo.

—Solo los que se niegan a trabajar.

—Las barras de hierro no forman una prisión. La verdadera libertad está en el alma.

—Eso dice el amo —replicó Fides, levantando la mirada hacia un gavilán que volaba en círculos aprovechando las corrientes de aire de las colinas—. Albergamos los mismos sueños que los hombres libres, pero el significado que les atribuimos es distinto. El verano pasado, en Mesina, tuve un sueño muy extraño en el que me condenaban a morir crucificado. A cambio de unas cuantas monedas, un adivino de sueños del mercado me lo interpretó. Si hubiera sido rico y libre, habría significado un gran mal, puesto que los que mueren en la cruz pierden la ropa y la carne. Sin embargo, para un esclavo eso significa la libertad, puesto que los muertos dejan de estar sujetos a ningún hombre, y eso me consoló.

Gorgion era un asentamiento abandonado como tantos otros que podían encontrarse por las cumbres del centro de Sicilia. En los tiempos agitados que se vivieron antes de que Roma conquistara la isla, la gente vivía en esa clase de lugares para poder defenderse. Una vez impuesta la paz romana, sus habitantes los abandonaron para instalarse en pueblos y aldeas más accesibles que se encontraban en los valles.

Gorgion estaba en un collado flanqueado por dos barrancos, auténticos precipicios en los que se abrían las bocas oscuras de

algunas cuevas. Fides tenía razón: era el único camino posible. Aunque quizá ya los habían divisado varios vigías ocultos, no tuvieron más remedio que tomar el camino expuesto que conducía por una fuerte pendiente hasta la aldea. Aun así, decidieron caminar dispersos en forma de punta de flecha. Mejor eso que andar agrupados y ofrecer un blanco todavía más fácil. De ese modo, si ocurría algo, no se estorbarían a la hora de huir. Fides iba delante y Ballista lo seguía por el lado derecho, mientras que Isangrim ocupaba el flanco izquierdo. El esclavo y el joven llevaban las lanzas de caza preparadas, mientras que Ballista se la había colgado del hombro y en las manos tenía el arco a media tensión, listo para disparar una flecha ya encocada. Al ver las cuevas, Ballista pensó que no le habrían venido mal tampoco un escudo y una armadura. Las cotas de malla no servían de mucho ante las flechas, pero al menos infundían confianza.

En las afueras del pueblo se detuvieron sin que nadie los llamara al alto. No fue necesario mediar palabra. La pausa les sirvió para armarse de valor mientras recorrían con los ojos el camino que se extendía frente a ellos, buscando el más mínimo indicio de movimiento.

Las casas estaban apiñadas en dos filas, flanqueando el estrecho sendero que recorría la aldea. Era el lugar perfecto para una emboscada: de haber hombres a cubierto, tendrían un dominio absoluto sobre el camino, lo que no dejaba escapatoria posible. Las viviendas de Gorgion nunca habían sido más que casuchas, pero en esos momentos llevaban ya tiempo en ruinas. No les quedaban ni puertas ni ventanas, y los muros de piedra estaban abombados o peligrosamente inclinados. Los tejados amenazaban con ceder en cualquier instante. En muchos casos, las vigas se habían quebrado y habían derramado la mayoría de las tejas sobre el suelo; en otros, habían sido paredes enteras las que se habían derrumbado. Estas últimas se habían convertido en poco más que montones de escombros que estrechaban todavía más la calle.

Sin embargo, no todas las moradas estaban abandonadas. Ballista vio que dos tejados que quedaban en medio de la aldea habían sido reparados hasta cierto punto, aunque no había modo

alguno de saber cuánto tiempo hacía de eso.

Ballista se guardó de nuevo el arco en la funda que llevaba a la espalda, metió la flecha en el carcaj y se descolgó la lanza del hombro. Si había hombres esperándolos, el combate sería cuerpo a cuerpo.

Fides miró por encima del hombro. Ballista asintió. Una vez más sin decirse nada, se pusieron en marcha de nuevo. Ballista le echó un vistazo a su hijo, e Isangrim se las arregló para esbozar una tensa sonrisa.

Llegaron a los confines del asentamiento. Fides miraba hacia delante mientras Ballista e Isangrim se encargaban de los flancos, avanzando de lado como cangrejos, vigilando las entradas de las casas. No se oía ningún sonido aparte del crujir de las piedras bajo sus botas y de su respiración ronca. El día no era cálido, pero aun así Ballista tenía las sienes empapadas en sudor. Dando un paso tras otro con extrema cautela y con los sentidos tensados como las cuerdas de una lira, fueron avanzando entre las casas que parecían haber sido reconstruidas.

Nada. Llegaron al otro extremo. Tras ellos, no había más que ruinas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Isangrim.

—Comprobaremos todas las casas y las cuevas más cercanas —decidió Ballista—. Luego podremos descansar.

Encontraron un cadáver en una de las cuevas. Era una niña, no debía de haber llegado a cumplir los diez años, y tenía un tobillo asido al muro con grilletes. Había muerto hacía bastante tiempo, llevaba un vestido harapiento y descolorido. Ni siquiera olía ya mucho a podrido. Debido a la sequedad del aire, el cuerpo había quedado en parte momificado, a pesar de que los animales sí la habían encontrado.

—Quizá su familia no pagó el rescate —conjeturó Fides.

—O capturaron a los bandidos y no pudieron regresar para darle de comer —añadió Ballista.

Isangrim salió de nuevo al exterior.

—Al menos podremos liberar su alma —concluyó Ballista.

—No deberíamos quedarnos mucho rato aquí.

—Ayúdame a romper la cadena —ordenó Ballista en un tono que no admitía réplicas.

Los dos hombres trabajaron por turnos. Tardaron un buen rato en conseguir romper la cadena a golpes de roca. No la enterraron, pero Ballista le echó tres puñados de tierra sobre la cabeza y le colocó una pequeña moneda en la boca. Si los bandidos regresaban algún día, se llevarían la moneda, pero eso no importaba. Su alma podría pagar al barquero, y este le permitiría cruzar el río hasta los sombríos prados del Hades.

Fuera, Isangrim se había instalado en una roca que quedaba más arriba para montar guardia.

—Desde aquí se ve el camino.

—Continuad por el sendero —les aconsejó Fides—. Si no tenéis inconveniente, os dejaré aquí y regresaré a la finca.

—Ningún problema —repuso Ballista, sacando tres monedas de alto valor de su monedero—. Gracias por acompañarnos hasta aquí. Por favor, saluda a tu amo de nuestra parte.

Fides no se marchó de inmediato.

—Todo hombre tiene amo. El emperador está por encima de la ley. Todos los romanos son esclavos suyos. Si la verdadera libertad se encuentra en el alma, puede que eso consuele más a un senador que a un esclavo.

9

Era una procesión extraordinaria. Ballista e Isangrim los oyeron llegar por el camino de Hímera antes incluso de divisarlos. El sonido de una flauta y el estruendo de los címbalos se mezclaron con el aire del atardecer. No era necesario esconderse: la música frigia anunciaba la naturaleza de la comitiva.

Aparecieron tras una loma. La efigie de la diosa, sentada sobre un trono decorado con leones tallados, cabeceaba por encima de sus adoradores. Llevaba un cetro en una mano, una rueca en la otra y una espectacular corona almenada en la cabeza. Iba vestida de muchos colores: blanco, verde marino y rojo vino. Unos toques de pintura imitaban esmeraldas, jacintos y ónices. Una baratija de cristal que llevaba prendida en el pelo resplandecía con la luz del sol. La diosa se balanceaba como si realmente estuviera cabalgando a lomos del asno sobre el que transportaban su efigie.

Sus cortesanos eran muy extravagantes. Seis hombres, ataviados con túnicas orientales teñidas de color azafrán y púrpura que les dejaban los hombros al descubierto e iban ceñidas en la cintura. En la cabeza llevaban gorros frigios, parecidos a los de los esclavos liberados, y calzaban delicadas sandalias amarillas. Todos tenían el pelo largo y la cara afeitada, el rostro blanqueado, los labios pintados de rojo, los ojos contorneados con *kohl* y pendientes colgantes en las orejas. Además de los instrumentos musicales, también iban armados con largas espadas, mazas y

látigos.

El flautista que iba al frente de la procesión, un esclavo fornido y barbudo, era el único que vestía con ropa normal. Tras él, los eunucos danzaban y caminaban con una delicadeza afeminada.

—Que la Gran Madre Atargatis os bendiga.

El sacerdote era más viejo que sus compañeros, lucía una larga melena rizada de color gris.

—Salud y prosperidad —respondió Ballista.

—Me llamo Filebo y soy fiel servidor de la diosa siria.

—Yo soy Marco Clodio Ballista, y este es mi hijo.

Los otros galos se agruparon alrededor de Isangrim. El chico no parecía precisamente complacido, puesto que se consideraba de mal agüero encontrar a un eunuco durante un viaje. Solo encontrar a un mono era un augurio más funesto todavía.

—¿De dónde venís? —preguntó Ballista.

—Venimos de Hímera y nos dirigimos a Enna.

—¿Y no teméis viajar en los tiempos que corren?

—La diosa todopoderosa nos protegerá. Ya nos advirtió que abandonáramos Hímera antes de que la tomaran los rebeldes.

—¿Ya han llegado hasta allí?

—Saquearon Panormo hace unos días. A estas alturas ya deben de estar en Hímera.

Aquello era una mala noticia. Los insurgentes se movían por la costa norte más rápido de lo que Ballista había esperado. Les quedaba poco tiempo, pero todavía podían llegar a Tauromenio antes que los rebeldes. Por todos los dioses, tenían que conseguirlo como fuera.

—Hay una granja no muy lejos de aquí. El propietario es un hombre pobre pero devoto que ya nos ha ofrecido su hospitalidad en otras ocasiones. Para nosotros sería un placer que nos acompañaseis.

Ballista e Isangrim siguieron a aquella comitiva de tintineos y tambores.

—¿Cómo es posible que un hombre se haga a sí mismo algo semejante? —preguntó Isangrim en voz baja.

—Bailan de forma frenética hasta que alcanzan el éxtasis, y luego usan una hoja o una piedra afilada. Lo más extraño es que la mayoría de ellos sobrevivan.

—Pero ¿por qué tendrían que hacerlo?

—Para liberarse de la lujuria, aunque precisamente tienen fama de ceder a la tentación más que cualquier hombre entero. Se dice que son más adictos al sexo que la mayoría de las mujeres lascivas.

—¿Y qué deidad exigiría un sacrificio semejante?

—En Oriente llegué a oír explicaciones muy distintas. En Pesinunte se cuenta que se mutilan en honor de Attis, que a su vez fue castrado por una diosa para evitar que aceptara como esposa a una mujer mortal. En Hierápolis se cuenta una historia distinta que involucra a Combabo, quien se castró a sí mismo para demostrar que no había cometido adulterio con una reina.

Isangrim se llevó la mano a la entrepierna de forma instintiva.

—No te preocupes, no suelen obligar a los demás a unirse a sus filas. Aunque sí se pasan el día mendigando y hurtando.

Apartando la mano, Isangrim esbozó una sonrisa de arrepentimiento.

—En Hierápolis se considera un símbolo de buena fortuna que tiren los genitales cercenados dentro de tu casa. Máximo perdió mucho dinero en esa ciudad. Fuera del templo hay dos grandes columnas con forma de falo, y por algún motivo los jóvenes se dedican a trepar por ellas para luego pasarse siete días sentados encima. Máximo apostó a que uno de ellos se caería.

—A mí también me gustaría ver mundo.

—Lo harás. Y seguramente más pronto de lo que yo querría.

Isangrim se rio.

—No creo que resulte mucho más peligroso que lo que hemos vivido estos últimos días.

Aunque no había anochecido todavía cuando llegaron a la granja, se encontraron las puertas de la finca cerradas y, tras ellas, los perros sueltos. O bien el propietario era un hombre cauteloso, o bien la situación ya era peligrosa también por esos lares. En cualquier caso, fiel a su reputación compasiva, el granjero mandó a

su anciano portero que atara a los perros y abrió las puertas cuando los galos se dieron a conocer. El propietario de la finca era un hombre de baja estatura y espalda ancha, con el rostro surcado por las arrugas y la piel ajada por el sol y la lluvia. Recibió a los sacerdotes mendicantes con calidez, y a Ballista e Isangrim los acogió con educación, pero claramente con menos entusiasmo.

Nada más entrar en el patio de la granja, los devotos de la Gran Madre fueron invitados a pasar la noche. Todos los habitantes de la finca, tanto la familia como los trabajadores, salieron a echar un vistazo. La pequeña multitud se congregó alrededor del patio, cuidando bien de dejar un espacio prudencial de tierra abierta entre ellos y los recién llegados y supliendo con antorchas la luz que ya empezaba a desaparecer del cielo. Ballista e Isangrim se quedaron en un rincón en penumbra dentro del patio cuando cerraron la verja.

Una vez liberadas las ataduras que asían la diosa al asno, dos eunucos se encargaron de llevarla a hombros. Filebo y los demás empezaron a danzar al son de la melodía que tocaba el flautista. Al principio, con movimientos majestuosos, aunque no tardaron en comenzar a girar sobre sí mismos y a saltar por el aire al ritmo de los címbalos y de las panderetas. A medida que se aceleraba el ritmo de la música, se inclinaban hacia delante para dejar que el pelo les cayera por delante de la cara y luego movían la cabeza con furia describiendo círculos y haciendo revolotear sus rizos.

Absortos en el ritual, uno de ellos se arrancó las vestiduras. Con gritos de lamento absolutamente incoherentes, clamó por la diosa y se azotó la espalda con un látigo. Las correas de cuero llevaban asidas piedras afiladas de verdad, por lo que la piel desnuda no tardó en empezar a sangrar con profusión. Inspirados para emular tal devoción, los demás se rajaron los antebrazos con cuchillos y espadas.

—Bárbaros —susurró Isangrim.

—La diosa es siria —repuso Ballista—. Como escribió Herodoto, «a cada lugar, sus costumbres».

Cuando anocheció del todo, incluso los que llevaban la estatua a hombros empezaron a danzar también. Se tambaleaban

con pesadez hacia uno y otro lado como si la diosa misma los incitara a ello. Por encima de sus espectadores, la efigie avanzaba y retrocedía. En ocasiones, sus porteadores se ponían a dar vueltas por el patio, obligando a los demás adoradores a apartarse para no ser arrollados.

Aquel frenesí fue creciendo hasta alcanzar un clímax. Filebo hizo una señal y todo terminó de repente. La diosa se quedó quieta. Los bailarines cayeron desplomados. La luz de las antorchas reveló sus cuerpos cubiertos de heridas, sudor y manchas de sangre sobre la tierra.

—¿Qué han profetizado los movimientos de la diosa Artagatis? —preguntó el granjero en voz baja, asombrado por el salvaje espectáculo que acababa de presenciar.

Filebo se levantó con dificultad. Con la mirada perdida a lo lejos, entonó la voz de oráculo:

—«Quien disponga de bueyes y arados para cultivar la tierra obtendrá buena recolección y buena semilla.»

—¿Por qué sonríes? —preguntó Isangrim en voz baja.

—Porque asumen que el granjero no ha leído jamás a Apuleyo —respondió Ballista—. Es un oráculo antiguo, vago pero favorable a cualquier circunstancia. Para un viaje, los bueyes son las bestias más resistentes, y la buena cosecha significa un regreso seguro. Si estás persiguiendo a bandidos, puede interpretarse como que sus cuellos acabarán bajo el yugo y el preciado botín terminará en tus manos. Permite muchas lecturas, está concebido para apaciguar cualquier preocupación.

Al parecer, el granjero no lo veía de un modo tan cínico. Claramente encantado con el mensaje divino, llamó a sus esclavos y les ordenó que calentaran agua y prepararan algo para comer.

La granja era pequeña y se hallaba en mal estado. Al techo le faltaban muchas tejas, los establos estaban vacíos y los edificios contiguos apenas se mantenían en pie. No había habitaciones para invitados ni casa de baños. Los huéspedes tuvieron que lavarse con ollas de agua en el granero, donde luego tuvieron que acostarse a dormir todos juntos. Al menos, el techo parecía sólido y gracias a la paja no pasarían frío.

Puesto que no quisieron lavarse con los galos, Ballista e Isangrim se limitaron a enjuagarse el cuerpo para quitarse el polvo del camino junto al pozo que había en el patio. El agua estaba helada, pero de ese modo pudieron mantener sus pocas posesiones a la vista. Los perros, de aspecto absolutamente salvaje, tensaban las cadenas que los sujetaban gruñendo y ladrando, y al final el anciano portero los mandó callar con un grito.

La granja no tenía recursos para permitirse sirvientes domésticos. Al parecer no había más que media docena de peones que se encargaron de cocinar y de servir la comida. No había ninguna chica entre los criados, y de hecho no vieron a ninguna mujer en absoluto. Sin embargo, aquella hospitalidad tan rústica no merecía desprecio. Había pan sin levadura, queso y aceitunas, además de un vino tosco. Cortaron una pata de venado y frieron los filetes.

El salón de la granja era estrecho y sin ornamentos. Ballista y Filebo se sentaron con el dueño. El resto de los galos ocuparon los otros dos divanes, mientras que Isangrim, como niño que era todavía, se sentó en una silla, aunque si se sintió incómodo fue por la proximidad de los eunucos y no por el asiento que le habían adjudicado. Ballista tampoco pudo reclinarse a sus anchas, ya que los divanes eran duros y llenos de bultos, rellenados con pelo de caballo.

Ballista quería hacerle varias preguntas al granjero, pero decidió esperar. Incluso ante un ágape tan rústico, tenían que respetarse las formalidades de la mesa. El granjero sirvió una mínima libación para los dioses y recitó una oración. Atargatis fue la primera deidad invocada.

Una vez terminada la reverencia del anfitrión, Filebo relató su conversión a la diosa siria.

—Antes de sentir su llamada, lejos de mi país, de mis posesiones, de mis amigos y de mis padres, era la gloria del gimnasio. Mi puerta era muy concurrida y las flores siempre engalanaban mis aposentos.

Mientras el sacerdote ilustraba la vida que había abandonado, la cómoda posición de un joven de buena familia, Ballista se

dedicó a comer sin mediar palabra. En realidad, Ballista sospechaba que Filebo podría haberse mutilado para escapar de la pobreza y la monotonía. El eunuco le hablaba al granjero en el mismo griego común que había utilizado para dirigirse a él, y aunque intentaba que sus palabras sonaran poéticas, no había nada en su acento o en su manera de expresarse que sugiriera una formación elevada o la capacidad de conversar en griego ático.

—La apatía partió de mi mente. Con pasos apresurados, busqué la compañía de la diosa entre el eco de los címbalos y de las panderetas en los oscuros bosques.

Ballista se perdió en sus propias cavilaciones. Roma llevaba quinientos años gobernando Sicilia. El latín era la lengua habitual de las ciudades costeras. Por toda la isla, cualquier persona que aspirara a una posición privilegiada debía demostrar que era bilingüe. Allí en el centro, en cambio, los granjeros, los pastores y los comerciantes de poblaciones pequeñas hablaban en griego. Se decía que en los parajes más rústicos todavía sobrevivían idiomas incluso más antiguos: el sículo, el élimo y el sicano, lenguas incomprensibles de gente primitiva que ya poblaba la isla antes de la llegada de los griegos.

—Ahora paso la vida bajo las altas cumbres, con la cierva y el jabalí que deambulan por los bosques.

¿Qué quedaría de todo eso cuando Roma también cayera? Ballista no creía que Júpiter hubiera otorgado a los romanos un imperio sin límites ni final. Las legiones habían marchado por los bosques de Germania una y otra vez, y en cada ocasión habían fracasado. Y lo mismo en Oriente, más allá del Éufrates. Todos los grandes imperios del pasado habían sucumbido: el egipcio, el asirio, el medo, el persa y el macedonio. El imperio de los romanos no podía ser distinto. ¿Qué quedaría después de Roma?

Finalmente, el monólogo de Filebo llegó a su fin. Exagerado como un río desbordado, se notaba lo ensayado que estaba, no era ni mucho menos la primera vez que soltaba ese discurso. Quizá aquella prolongada diatriba estaba diseñada para distraer al anfitrión de las prodigiosas cantidades de comida y vino que consumían el orador y sus acólitos. Al fin, el granjero pudo hablar

libremente con sus otros invitados.

—¿Adónde os dirigís?

Una pregunta directa, como era de esperar en un hombre tan rústico.

—A Tauromenio —respondió Ballista.

—¿Os esperan allí?

—Mi familia.

El granjero asintió, habiendo satisfecho su curiosidad.

—¿Vivís solo? —preguntó Ballista.

—Unas fiebres se llevaron a mi esposa y a mi hijo hace tres años.

—Que la tierra les sea leve.

El granjero miró con afecto a los galos que se estaban saciando con sus provisiones. Una vez terminado el plato principal, estaban engullendo manzanas y frutos secos.

—La diosa Atargatis ha sido un consuelo para mi alma.

«Con un coste material evidente», pensó Ballista. Temiendo que Filebo pudiera comenzar otra elegía sobre la vida peripatética de contemplación religiosa, Ballista desvió la conversación enseguida hacia temas mundanos.

—¿Tenéis los establos vacíos?

—Un procurador imperial me compró los dos caballos hace unos días. Estaba a cargo de una finca del emperador cerca de Panormo. Igual que vos, se dirigía hacia el este.

Una mirada de pura avaricia apareció en el rostro del granjero. Sin duda, el procurador debía de haber pagado un alto precio.

—¿Vuestros vecinos tienen caballos para vender?

—Todos han partido también hacia el este.

—Pero los rebeldes están en el camino de la costa.

—Las malas noticias viajan deprisa. Los esclavos se han sublevado en la Villa Geminiana, una gran finca que se encuentra a dos días de viaje a pie hacia el suroeste.

Ballista bajó la voz de repente.

—Entonces ¿estáis seguros aquí?

El granjero hizo un gesto autocrítico.

—No soy un hombre rico. Trabajo las tierras con mis chicos, como lo mismo que ellos, duermo en un lecho de paja igual que ellos, los días de mercado visitamos el mismo burdel. No tengo nada que a ellos les falte.

«Excepto la libertad —pensó Ballista—. Nunca debe subestimarse la libertad.»

Tras haber bebido y con la barriga llena, los galos más jóvenes se volvieron más bulliciosos. Algunos observaban a los fornidos trabajadores de la granja mientras otros entonaban una tonada aguda y estridente.

Venid, galos, acompañadnos
a las montañas
más allá del fiero mar.
Venid, galos, a aclamar
a nuestra señora.

Ballista se volvió hacia su anfitrión.

—Os agradecemos la hospitalidad. Tenemos mucho camino por delante y partiremos mañana muy temprano. Ya es hora de que nos acostemos.

El cosmos estaba gobernado por una única inteligencia divina. Eso era lo que el tutor de filosofía le había enseñado a Marco en la escuela palatina. Era la doctrina clave de los estoicos: todos los dioses eran aspectos de ese único logos cósmico, y en el corazón de cada hombre había una chispa de esa razón celestial, emparentando a la humanidad con los dioses. Eso significaba que todos los hombres eran hermanos. Pero, siendo así, ¿por qué Marco sentía tanto asco ante la presencia de los sacerdotes de la diosa siria?

Los galos lo habían despertado cuando habían entrado ebrios en el granero. A esas alturas ya estaban roncando, pero Marco no conseguía conciliar el sueño de nuevo. La paja era áspera, y el aire estaba impregnado de los vapores del vino rancio. Al menos su

padre dormía entre él y los eunucos.

Marco se volvió hacia el otro lado, tratando de ponerse cómodo. Sin embargo, su mente seguía vagando por senderos soñolientos y nebulosos.

Por definición, dios era bueno. Si todos los hombres compartían la misma razón divina, ¿por qué había tantos que elegían ser malos? ¿Por qué era tan difícil mantenerse en el camino de la virtud y tan fácil caer en el del vicio? ¿Por qué la virtud vivía en soledad sobre la cumbre remota de una montaña?

Marco estaba soñando. Una mano empezó a acariciarle el pene. Si un esclavo soñaba que su amo le excitaba, significaba que lo atarían y lo azotarían, ya que esa sería la manera de proceder de su amo. Si un hombre libre...

—Silencio, palomito...

El joven eunuco le tapó la boca a Marco con una mano que apestaba a perfume barato y a vino. El chico intentó zafarse de él, pero el sacerdote lo mantenía reducido bajo su propio peso.

—No tienes de qué alarmarte.

Con la otra mano, el eunuco le agarró la entrepierna a Marco.

La palma no solo le cubría la boca, sino también la nariz. Marco forcejeó para poder respirar. Con todas sus fuerzas, hundió los dientes en la palma del eunuco.

—¡Maldito perro! —exclamó el eunuco, levantando el puño.

Antes de que pudiera golpearlo, Marco hundió sus dedos en los ojos del sacerdote sin dudarlo ni un instante.

El eunuco retrocedió gritando, llevándose las manos a la cara.

Marco cerró el puño con fuerza. Antes de que pudiera lanzarle el primer golpe, el sacerdote ya se había apartado de él. Ballista lo tenía agarrado por el cuello. Con la mano libre lo azotó una, dos, tres veces, con fuerza. Marco oyó el sonido de huesos rotos, como el que se oía al abrir la carcasa de un pollo.

El granero se llenó de gritos estridentes. Ballista lanzó al eunuco contra la pared, y el sacerdote cayó al suelo.

Marco se puso en pie apresuradamente.

—Mi cara, mi cara —repetía sin parar el herido en un falsete de dolor y horror—. Me ha destrozado la cara.

—No ha sido más que un malentendido —aseguró Filebo desde el centro del granero con los brazos extendidos a los lados.

Ballista se encaró con él. Los otros eunucos retrocedieron, pero Filebo se mantuvo firme. Sonrió e intentó quitarle importancia al incidente.

—¿Acaso no es la clase de ataques que tenemos que sufrir los hombres honestos como nosotros?

Ballista dio un paso adelante y en un abrir y cerrar de ojos tuvo la espada desenfundada en la mano.

—Es un sacrilegio amenazar de muerte a ministros religiosos —repuso Filebo.

—Tus dioses no son los míos.

A Filebo no le faltaba valor. Quedó claro que no era la primera vez que se enfrentaba a dificultades por culpa de su vocación.

—El granjero es devoto de la diosa, y tiene a seis fornidos peones. El ruido debe de haberlos despertado. Los hombres y los chicos como vosotros desaparecen continuamente por parajes rupestres como este.

Ballista se quedó muy quieto. Un músculo se le crispó en el brazo que asía la espada. Marco se dio cuenta de que su padre estaba luchando para mantener el control sobre sí mismo ante aquella amenaza implícita. Una palabra o movimiento en falso y se desencadenaría una matanza en el granero.

Fuera, los perros estaban ladrando.

—Habéis golpeado al joven que ha importunado a vuestro hijo —constató Filebo—. Yo también me encargaré de castigarlo, pero sería mejor que os marcharais antes de que la situación empeore todavía más.

Sin apartar los ojos de él, Ballista recogió el cinturón con la vaina y se lo abrochó.

—Recojamos nuestras cosas.

Mientras Marco se encargaba de reunir el magro equipaje que llevaban, Ballista se puso las botas y la túnica.

En el patio, el granjero le gritaba al portero que hiciera callar a los perros.

—Más os vale rezar para que no volvamos a encontrarnos jamás —le dijo Ballista.

Filebo asintió.

—Estamos en manos de los dioses.

10

—No necesitaba tu ayuda.

El sol empezaba a asomar por el horizonte. Llevaban ya varias horas caminando en silencio. Incluso antes de que por fin se decidiera a hablar, Ballista sabía que Isangrim se había enfadado, y él mismo estaba dividido entre la preocupación que sentía por su hijo y la furia candente que le provocaba su propia reacción, una furia mezclada con desprecio.

«Debería haber matado al eunuco, debería haberlos matado a todos», pensó.

—No ha sido nada.

«No ha sido nada.» Entre la gente de Ballista, no habría sido nada en absoluto. Entre las tribus de Germania, un hombre que hubiera intentado violar a un joven o a otro hombre valía menos que nada. Solían atarlos y llevarlos a las ciénagas para ahogarlos. Utilizaban pesadas planchas de madera para sumergirlos muy hondo, donde quedaran fuera de la vista, donde nadie pudiera pensar más en ellos. Los hacían desaparecer como si jamás hubieran existido. Nunca se volvía a hablar de ellos, los eliminaban por completo del recuerdo.

—No era peor que algunos hombres del gimnasio. Podría haberme ocupado del eunuco como lo he hecho ya en alguna ocasión con esos.

Ballista no se atrevió a hablar. Después de tantos años, más de

media vida en el imperio, las actitudes romanas respecto al sexo seguían pareciéndole confusas e inquietantes. En el ejército, mantener relaciones sexuales con otro soldado se castigaba con la pena de muerte. Los romanos a menudo afirmaban que el sexo entre hombres era un vicio importado de Grecia. Los filósofos, tanto griegos como romanos, lo consideraban antinatural. Y aun así, la mayoría de los hombres romanos se mostraban dispuestos a acostarse con cualquiera, fuera hombre o mujer. No obstante, si era a ellos a quienes penetraban, aunque solo fuera en una ocasión, quedaban mancillados de por vida. Permitir que te penetraran te convertía en algo inferior a un hombre. Pero no, no era solo la moralidad de su juventud lo que lo atormentaba. ¿Qué tipo de padre sería si no podía proteger a su hijo de un destino semejante?

—Todo el mundo acaba necesitando ayuda tarde o temprano —repuso Ballista.

—Ya no soy un niño.

Ballista no respondió.

—Sé cuidar de mí mismo. Tienes que aceptar que ya soy un hombre.

Ballista miró a su hijo: era alto y ancho de espaldas, inteligente y seguro de sí mismo, pero todavía no lo habían curtido las dificultades de la vida adulta. La rabia que había sentido hasta el momento se desvaneció por completo sustituida por una ternura inconmensurable.

—Incluso un hombre puede necesitar ayuda. Hace mucho tiempo, en Persia, estuvo a punto de sucederme algo muy parecido.

Ballista no había hablado jamás con nadie acerca de ese incidente, ni con Máximo ni con ningún otro de sus mayores allegados.

—No podía hacer nada para evitarlo —prosiguió—, pero alguien me salvó. No me enfadé, y hoy en día todavía siento gratitud por ese gesto, y si esa persona algún día sufre problemas de cualquier tipo, tendré la oportunidad de pagar mi deuda.

—¿Aunque eso implicara viajar a Persia?

—Una deuda es una deuda —replicó Ballista con una sonrisa —. Solo se tarda unos meses en llegar.

Siguieron caminando en silencio durante un rato.

—Yo también quiero ver mundo —sentenció Isangrim.

—Ya me lo dijiste.

Entre ellos dos ya había desaparecido la tensión casi por completo. Era posible que la pregunta que le ardía en la lengua la hiciera aparecer de nuevo, pero Ballista tenía que plantearla de todos modos.

—¿Qué te estaba haciendo el eunuco?

—Ha intentado agarrarme la verga mientras dormía. Cuando me he despertado, no me han gustado nada sus intenciones.

—¿Estás bien?

—Mucho mejor que él.

—Bien.

Continuaron andando envueltos por un silencio más plácido.

En ese punto, el camino se desviaba para sortear unos salientes de las montañas. Algunos eran meras laderas rocosas, con crestas levantadas hacia el cielo como dedos acusadores. Otros eran cuestas boscosas repletas de flores amarillas bajo los árboles. Las curvas del camino limitaban el campo visual y a menudo les impedía ver lo que los esperaba por delante.

—¿Tienes hambre? —preguntó Isangrim.

Ballista estaba famélico, pero decidió responder con un gruñido poco comprometedor. Apenas les quedaba nada de las provisiones que les habían dado los cazadores.

—Anoche, mientras los galos se pegaban un buen atracón, me guardé un poco de pan y de queso en la túnica.

—Veo que tienes tus recursos —dijo Ballista—. En campaña tienes que aprovechar cualquier ocasión en la que haya comida para saciarte y llevarte tanta como sea posible. Lo harás muy bien cuando entres en servicio.

Siguieron caminando durante casi una hora hasta que encontraron cobijo en una cuesta boscosa que partía desde el sendero. Se sentaron a la sombra y comieron un poco.

—¿Cuánto falta para Enna?

—No mucho —respondió Ballista—. Nos queda menos de un día de camino a pie. Estaremos allí antes del anochecer.

—¿Crees que llegaremos a Tauromenio antes que el ejército rebelde?

—A menos que los dioses sean crueles con nosotros.

Isangrim no pareció muy convencido con aquella respuesta.

—Tu madre es una mujer sensata. Si ve que hay problemas, huirá.

—¿Adónde?

—Yo en su lugar intentaría llegar en barco a Italia. Y si eso no fuera posible, iría a Siracusa.

—¿Allí estarán seguros?

—Las murallas de Siracusa son una verdadera fortaleza que sirve de sede para el gobernador. Si hay algún lugar seguro en la isla, ese es Siracusa.

—Pero Sicilia es una provincia desarmada. El gobernador no tiene tropas.

—El gobernador formará una milicia, no le faltará ayuda. Mi antiguo comandante Flavio Vopisco vive allí.

—¿Y si los esclavos de Siracusa también se sublevan?

Ballista no quería pensar en esa posibilidad.

—No lo harán. En cualquier caso, Máximo y el resto de nuestros guardaespaldas no permitirán que les suceda nada malo a tu madre y a Dernhelm.

Ballista guardó silencio. Sabía que se estaba aferrando a un clavo ardiendo. Se terminaron la poca comida que les quedaba y bajaron de nuevo al camino.

Mientras sorteaban la siguiente colina, de repente el panorama se abrió frente a ellos: una ladera tras otra recortadas contra el cielo, y tras la más próxima, una amplia nube de polvo suspendida en el aire.

—Sígueme, volvamos al bosque.

Por debajo de los robles, los helechos y los arbustos espinosos no ofrecían mucho cobijo. Se oyó un ruido entre los árboles unos cincuenta pasos cuesta arriba, alguien corriendo en paralelo respecto al camino. Los dos se echaron al suelo con las lanzas preparadas. La zanja en la que se escondían no era muy profunda y quedaba demasiado cerca del camino, pero tampoco tenían tiempo

de buscar un lugar mejor.

Observándolo entre los árboles, el camino parecía vacío y tranquilo a la débil luz del sol, puesto que no tenían la neblina de polvo a la vista.

—¿Cómo sabes que son hostiles? —preguntó Isangrim, acomodándose la carga que llevaba a la espalda.

—No lo sé, pero son muchos. Una nube de polvo tan densa y aislada como esa la levanta una columna de hombres a pie. Si viajaran a caballo y se movieran más deprisa, sería más alta y más delgada.

Las aves trinaron desde las ramas que había encima de ellos mientras esperaban, y los arbustos espinosos olían a almizcle. La columna debía de estar moviéndose despacio. Al final oyeron los pasos y el retumbar de un carro y poco después los hombres aparecieron en su campo visual. Eran al menos treinta, blandiendo horcas y mayales, incluso azadas y rastrillos, cualquier utensilio agrícola que pudiera servirles como arma. Vestían capas harapientas, pero algunos de ellos exhibían artículos de lujo que no encajaban nada con el resto de su vestimenta. Uno de ellos llevaba una toga alrededor de los hombros a modo de manta. Avanzaban atentos, volviendo las cabezas encapuchadas de un lado a otro. Sin embargo, no seguían un orden determinado. Detrás de ellos iba un carro tirado por cuatro bueyes, sobre cuya base se tambaleaba un zigurat formado por el botín de un saqueo: una estatua, una mesa, otros muebles, valiosas alfombras enrolladas e incluso un cuadro. Tres mujeres y dos jóvenes avanzaban amarrados por el cuello a la parte trasera del carro. Estaban descalzos y llevaban la ropa hecha jirones.

Justo cuando lo tenían delante, el carro soltó un chirrido y se detuvo.

—Hades —susurró Ballista.

Típico de los esclavos más holgazanes: todavía no era mediodía y entre todos los lugares posibles tenían que parar justamente allí. Poco a poco, intentando no sobrepasar el borde de la zanja, Ballista sacó el arco de su funda.

La mayoría de los hombres se apiñaron alrededor del carro.

Sacaron fardos de comida y ánforas de vino. Un par de ellos acudieron a la parte trasera del carro.

—No mires —dijo Ballista en voz muy baja.

Obligaron a una de las mujeres y a uno de los jóvenes a ponerse a cuatro patas y los montaron allí mismo, en el camino, a plena vista de los demás, como animales. Algunos de sus compañeros se dedicaron a bromear o a animarlos profiriendo obscenidades a gritos, aunque la mayoría de ellos se sentaron a comer y a beber ignorando la violación como si ya se hubiera vuelto un acto demasiado común para merecer su atención.

—Hades —murmuró Ballista una vez más.

Uno de los violadores se había levantado y avanzaba hacia el bosque, directamente hacia ellos. Rodando sobre un lado, Ballista sacó una flecha y la colocó en el arco. Por dentro maldijo los jirones pervertidos de decencia que le quedaban a ese esclavo capaz de copular a plena luz del día en el camino pero que consideraba necesaria cierta intimidad para aliviar la vejiga.

Los matorrales ralos apenas ofrecían cobijo, por lo que el esclavo se dirigió hacia el torrente, que estaba seco. Ballista permitió que se le acercara a unos diez pasos y luego se levantó sobre una rodilla, tensó el arco y apuntó al pecho del esclavo. Sosteniéndose los calzones con las manos y vigilando dónde ponía los pies, el esclavo dio un par de pasos más antes de percatarse de la presencia de Ballista. Entonces se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos.

—No hagas ruido —le advirtió Ballista.

El esclavo empezó a volver la cabeza.

—No mires atrás.

El tipo se quedó quieto, como si se hubiera convertido en piedra.

—Mírame a mí.

—¿Qué queréis?

—No hables.

—¿Sois bandoleros?

—No te importa.

—Tenemos comida y a nuestros propios esclavos. ¿Por qué no

bajáis y os unís a nosotros? —preguntó, volviendo los ojos hacia Isangrim.

—No lo mires.

El esclavo se lamió los labios.

—No lo mires a él, mírame a mí.

El esclavo volvió la vista de nuevo hacia Ballista.

—Seríais bienvenidos los dos —insistió.

—Avanza hacia mí, poco a poco.

—¿Para poder matarme sin que os vean?

—Si no lo haces, te mataré donde estás ahora.

—Y los demás os matarán a vosotros.

—Y tú no te enterarás de nada. Ven aquí.

—Al menos he vivido unos cuantos días como un hombre libre. Pude degollar a mi amo y fornicar con su esposa y sus hijos.

El esclavo empezó a volverse y tomó aire para gritar. Ballista soltó la cuerda del arco y la flecha alcanzó al esclavo en el costado, hundiéndose entre sus costillas.

—Vamos, montaña arriba —ordenó Ballista.

Mientras trepaban por encima del borde de la zanja, oyeron gritos procedentes del camino.

Sin mirar atrás, subieron por la cuesta a marchas forzadas, esquivando matorrales espinosos y agachándose para evitar las ramas más bajas de los árboles.

—¡Tira la lanza! —gritó Ballista—. No podrás avanzar deprisa con ella.

Todavía llevaba el arco en la mano, pero él también había dejado su lanza en el torrente.

Con los fardos golpeándoles la espalda y las correas clavándose en sus hombros, huyeron como caballos de tiro encabritados que se hubieran desenganchado, pero siguieran arrastrando los arreos. A juzgar por el ruido que les llegaba, la persecución había empezado enseguida. Ni siquiera tenían tiempo para detenerse y librarse de la carga.

El terreno empezó a ascender de un modo más escarpado y cada vez había menos árboles. A Ballista le ardía el pecho mientras resollaba por culpa del esfuerzo. Empezaba a ser demasiado viejo

para esa clase de situaciones.

Dejaron atrás los árboles y fueron a parar a una pendiente cubierta de hierba áspera y rocas. Por delante de ellos se alzaba un verdadero muro de roca caliza. A su derecha, un precipicio, como si una deidad hubiera cortado el terreno con un hacha. Bajar por allí no era una opción.

—Arriba —jadeó Ballista.

No estaba seguro de que Isangrim lo hubiera oído, pero el chico, de todos modos, siguió ascendiendo. La fuerza de voluntad y la desesperación impulsaron a Ballista, que solo esperaba llegar hasta el peñasco para intentar encontrar la manera de escalarlo o plantarse de espaldas a él para enfrentarse mejor al ataque.

Un coro de alaridos les indicó que sus perseguidores habían dejado atrás los árboles y habían avistado a sus presas. Ballista se agachó tras una roca baja aislada. Gritándole a Isangrim que siguiera adelante, se atrevió a mirar atrás. Un grupo desigual de esclavos se encontraba apenas a cincuenta pasos de ellos, apiñados pero subiendo a buen ritmo. Ballista no sabía si los esclavos llevaban arcos, pero él sí tenía uno. Había llegado el momento de frenar aquella persecución desenfrenada.

Tomando grandes bocanadas de aire, Ballista sacó otra flecha. Solo le quedaban cuatro más en el carcaj. Tenía que aprovecharlas al máximo. Intentando calmar su respiración, tensó el arco y eligió un objetivo. Un bruto enorme que iba al frente, blandiendo un podón. Ballista apuntó, sacó el aire y no se precipitó con el tiro.

La flecha cortó el aire. El hombre la vio llegar y se lanzó a un lado. La flecha pasó de largo y se perdió entre los árboles sin herir a nadie. Sin embargo, tuvo un efecto inmediato. La densa masa de esclavos se extendió por la cuesta, y los hombres se echaron al suelo buscando refugio tras las rocas desprendidas que poblaban la pendiente.

Ballista se dio la vuelta y corrió hacia su hijo. Eso no los retendría mucho tiempo, pero cada paso y cada instante de ventaja contaban.

Se oyó un estrépito de rocas caídas y derrubios de ladera a los pies del peñasco. Cuando llegó a la altura de su hijo, Ballista

examinó el peñasco que se alzaba frente a ellos en busca de un lugar por el que ascender, pero no encontró ninguno. Ni siquiera una cabra montés podría haber encontrado un camino hasta la cumbre.

Ballista tomó posiciones medio amparado por un saliente rocoso. Los esclavos todavía seguían avanzando, aunque se movían con más cautela. Muy dispersados, los hombres pasaban de una roca a otra para mantenerse protegidos de las flechas. Incluso a esa velocidad, no tardarían en caerles encima. Esa vez, Ballista no podía fallar.

El esclavo alto que llevaba el podón seguía al frente del grupo. Quizá el hombre muerto había sido amigo suyo, o tal vez acababa de descubrir que le encantaba matar. Ballista lo siguió pacientemente. Unos veinte pasos lo separaban de la siguiente roca. No tenía amparo y la cuesta era muy inclinada. El tipo se decidió a avanzar, y esa vez Ballista no falló el tiro.

Cuando el esclavo, mortalmente herido, cayó rodando por la ladera, los demás se echaron al suelo.

Ballista estudió la situación. Escalar el peñasco que tenía a su espalda no era una opción, como tampoco lo era descender por el precipicio que se abría hacia el este. No tenían escapatoria, pero estaban resguardados. Los esclavos solo podían asaltarlos de frente o dando un rodeo por el oeste. La primera opción sería un suicidio para los que fueran delante, de manera que Ballista decidió que tenía que evitar la segunda posibilidad, la de que se movieran por el flanco. Sin embargo, solo le quedaban tres flechas y más de seis horas de luz diurna.

El viento arreció y unas nubes oscuras empezaron a llegar desde el este, descarriadas de una tormenta que se estaba formando sobre Enna y los montes Nebrodes. Cuando el sol quedó ensombrecido, el día se volvió frío de repente. Las condiciones climáticas complicaban la precisión del tiro. A Ballista le preocupaba que empezara a llover, que la cuerda del arco se mojara y perdiera tensión.

Los esclavos que le quedaban más cerca estaban agazapados tras unas rocas dispersas a unos cuarenta pasos de distancia.

Ballista pudo oír cómo se llamaban entre ellos, intentando animarse y organizarse para atacar a la vez.

—Solo son dos, y uno de ellos no es más que un chico —repetía sin parar uno de los que se habían quedado en la línea de los árboles—. Esperaremos a que caiga la noche.

La mayoría de los esclavos abogaron por acechar a sus presas por el oeste para así atacar por dos frentes. Aunque esta última idea pareció recibir una aprobación general, todos se mostraron reticentes a dar el primer paso por el peligro que eso suponía.

Los primeros goterones de lluvia empezaron a caer cuando dos hombres se armaron de valor y empezaron a correr de una roca a otra. Uno llevaba una túnica de un vistoso color azafrán que sin duda había obtenido como botín de un saqueo. Cuando se dirigía a la tercera roca, Ballista lo abatió.

No fue un disparo limpio. La punta de la flecha se le hundió en el muslo. El hombre cayó chillando en un lugar expuesto. Era una diana fácil, pero Ballista decidió no acabar con él. Solo le quedaban dos flechas. El esclavo sangraba abundantemente, con toda seguridad moriría entre gritos desgarradores.

Ya llovía mucho cuando su compañero se atrevió a acudir en su ayuda. El otro esclavo lo agarró por los brazos y empezó a arrastrarlo en dirección a una roca. Eso provocó que los gritos del primero todavía se volvieran más escandalosos. Ballista decidió no disparar tampoco a ese tipo. Además, había tenido que encorvarse para proteger el arco bajo su capa.

Los gritos surtieron efecto. La única voz que sugirió retroceder hasta los árboles consiguió una gran aprobación. Tras decidir que se encargarían de ellos cuando hubiera oscurecido, los esclavos se replegaron hacia los árboles sin la más mínima coordinación. El que tenía la flecha clavada en el muslo se quedó donde estaba. Sus gritos no tardaron en perder potencia hasta quedar acallados por completo.

Solamente le quedaban dos flechas en el carcaj. No obstante, gracias a los dioses, los esclavos no lo sabían.

La lluvia siguió cayendo sin descanso durante toda la tarde. El agua empezó a fluir peñasco abajo y formó arroyos que bajaban

hacia el bosque. Ballista había guardado el arco en su funda para protegerlo de la humedad. Podía sacarlo en un momento, pero le preocupaba que pudiera dañarse. Padre e hijo estaban calados hasta los huesos y no paraban de temblar bajo el aguacero.

Sabían que los esclavos debían de estar vigilándolos desde el bosque aunque no se dejaran ver. Los robles más cercanos estaban apenas a cien pasos de distancia, pero habían perdido la mayor parte de las hojas y había poco sotobosque, por lo que resultaba imposible divisar nada más allá de la primera línea de árboles a través de la cortina de agua. La tormenta acortaría las horas de luz diurna, y el anochecer sería un momento crucial. Amparados por la oscuridad, Ballista e Isangrim tal vez encontrarían algún modo de escabullirse hacia el oeste, aunque del mismo modo los esclavos también podían asaltar la cuesta con una seguridad relativa. Incluso si hubiera tenido el carcaj lleno, le habría costado acertar un blanco en movimiento entre la penumbra.

Parpadeando para poder ver a pesar de la lluvia, Ballista no dejó de vigilar los árboles. Era como un castigo más del Tártaro al que eran condenadas las almas de los impíos, aunque en lugar de empujar una roca sin cesar por una cuesta tenía que mirar fijamente un bosque oscuro porque el más mínimo momento de distracción podía costarle la vida.

Cuando la luz del día empezaba a apagarse, bastante antes de la caída del atardecer, Ballista se llevó a Isangrim de su refugio bajo la lluvia. Lo mejor sería adelantarse, antes de que los esclavos comenzaran a subir la cuesta entre alaridos. Las rocas en la base del peñasco estaban desprendidas, así que solo pudieron avanzar muy despacio, y no sin cierto riesgo. Las rocas eran realmente escarpadas y resbaladizas. Los escombros que pisaban sonaban de un modo escandaloso, pero con un poco de suerte el tamborileo de la lluvia se encargaría de apagar sus pasos, mientras que la distancia que estaban poniendo de por medio les dio una ventaja nada despreciable.

Ballista no tardó en perder toda noción del tiempo y de la distancia. El mundo se reducía al siguiente obstáculo cortante y resbaladizo que tenían que superar. Estuvieron reptando por aquel

paisaje agreste durante lo que pareció una eternidad, incapaces de imaginar la cantidad de terreno que habían ganado a sus perseguidores. No habían oído nada procedente del lugar que habían abandonado, pero tampoco había nada que oír más allá de la lluvia torrencial.

La oscuridad se cernió por completo sobre ellos y el agotamiento empezaba a ser evidente. Sus movimientos eran cada vez más torpes debido a la fatiga y al frío. Un paso en falso o un resbalón y podían romperse un brazo o una pierna. Debían salir como fuera de aquel infierno rocoso. Tenían que descansar, encontrar algún tipo de refugio.

—¡Es suficiente! —gritó Ballista al oído de su hijo para hacerse oír por encima del estruendo de la tormenta—. ¡Volvamos a bajar hacia los árboles!

A pesar de lo negra que era la noche, cuando salieron a la cuesta se sintieron muy expuestos. Cualquier cosa podría estar acechándolos desde la oscura línea de árboles hacia la que se dirigían. Los dos desenfundaron las espadas. Caminando de puntillas, con los sentidos aguzados por la tensión, se fueron acercando al bosque que los esperaba más abajo.

No había más que los contornos oscuros de los troncos de los árboles, las ramas soportando la lluvia torrencial, el lodo mojado bajo los pies. Ningún animal o ave estaría rondando por allí en una noche semejante, sin duda habrían buscado un lugar seco y cálido en sus madrigueras y nidos, y Ballista los envidió por ello. Solo un hombre desesperado o aquellos que albergaban malas intenciones se aventurarían a salir en tales condiciones.

Se adentraron más en el bosque con cautela. Bajo aquella tormenta no hallarían ningún lugar seco para descansar, pero necesitaban algún sitio donde pudieran ocultarse, y a ser posible que les proporcionara un mínimo amparo. Encontraron un roble enorme tendido en el suelo. Debía de haber caído durante los temporales de otoño. Todavía tenía muchas hojas en las ramas que se extendían por el suelo, por lo que decidieron arrastrarse bajo aquel refugio improvisado. La tierra estaba mojada y el agua se filtraba entre las hojas, pero se tendieron espalda contra espalda

para compartir el calor corporal que todavía les quedaba. Con las cabezas apoyadas en los fardos, se taparon con las mantas. Como lugar para descansar era sórdido e incómodo, pero al menos estaban protegidos del viento y del contacto directo con el aguacero. Y ocultos. En una noche tan abyecta como aquella, cualquiera podría haber pasado junto a ellos sin verlos.

Ballista durmió durante horas. Cuando se despertó, la lluvia había cesado y el sol lucía en el cielo. Agarrotado y dolorido, se arrastró para salir de entre las ramas. Isangrim ya se había despertado. El chico estaba sentado en la rama caída, examinando metódicamente los alrededores.

—¿Ves algo? —preguntó Ballista.

—Nada.

Ballista fue a vaciar la vejiga y, al volver, vio que Isangrim estaba revolviendo los dos fardos. Todavía les quedaba un poco de vino aguado, pero lo único que pudo encontrar para comer fueron unas tiras de carne secada al aire. Ballista afirmó no tener hambre, pero Isangrim sonrió y le tendió la mitad de las magras provisiones que les quedaban.

Comieron masticando muy despacio, saboreando hasta la última gota de jugo de la carne.

—En este bosque encontraremos algo para comer —dijo Ballista—. Pero no deberíamos desviarnos mucho.

—Tendríamos que retomar la marcha —dijo Isangrim, asintiendo—. Cuando lleguemos a Enna seguro que conseguimos unos caballos.

—Deberíamos esperar unas horas.

—Pero tenemos que llegar a Enna.

Isangrim no necesitó añadir que, cuanto antes llegaran al próximo destino, antes podrían iniciar el camino hacia Tauromenio.

—Piensa en lo que sucedió ayer —dijo Ballista—. Los esclavos se detuvieron para comer bastante antes de mediodía. Por primera vez en la vida son los dueños de su propio tiempo. Si no se

movieron ayer por la tarde, no se habrán marchado esta mañana temprano.

No hubo réplica posible a una reflexión tan lógica.

El viento que había alejado la tormenta hacia el oeste mecía las copas de los árboles. Aunque el sol era cálido, la brisa procedente de los Nebrodes llegaba fría. Ballista e Isangrim hicieron pequeñas incursiones por el bosque, más para conservar el calor que con expectativas de encontrar problemas. Era poco probable que los esclavos decidieran peinar el lugar. Ballista halló unas cuantas setas comestibles que pelaron y consumieron crudas. Estaban realmente hambrientos, pero de todos modos Ballista se sintió orgulloso al ver que Isangrim no se quejaba.

Más o menos durante la tercera hora de luz diurna, empezaron a avanzar de nuevo hacia el camino. Se mantuvieron todavía en el bosque, pero el viento soplaba a ráfagas por las ramas superiores, que rechinaban cuando entraban en contacto entre sí. En ocasiones, el sonido parecía el que hacían los hombres cuando se quejaban de dolor.

11

Había varios hombres en el camino. Uno estaba de pie. Los otros, muertos.

Marco los observó junto a su padre desde el bosque, desde el oeste. El superviviente estaba registrando los cadáveres. Cuando encontraba algo que valía la pena conservar, lo guardaba en las alforjas que llevaban los dos asnos. De vez en cuando paraba y miraba hacia el bosque con la cabeza ladeada, como si estuviera pensando en algo importante. Una vez resuelto el debate interior, volvía a centrar su atención en el cadáver.

A pesar de lo llamativo de la vestimenta de los fallecidos, Marco no reconoció a los sacerdotes eunucos hasta ver el ídolo de la diosa tendido de cualquier manera al margen del camino. La sangre era reciente, no llevaban muertos mucho tiempo. De repente sintió un gran júbilo. El asalto a la granja lo había alterado más de lo que habría estado dispuesto a admitir. No había querido demostrar debilidad ante su padre, pero si aquel desconocido los había matado, le había hecho un favor.

Ballista estaba absorto en sus cavilaciones. Dedicó menos tiempo a observar el lugar de la masacre que a estudiar el bosque y el camino.

—Está buscando a alguien por el bosque —constató Ballista —. Pero no creo que esté esperando a una persona en concreto.

—Entonces ¿está solo?

—Solo hay un modo de comprobarlo. Vayamos a hablar con él.

Bajaron juntos al camino sin la más mínima intención de ocultarse. Ballista se adelantó unos cuantos pasos. El hombre se volvió hacia él y observó cómo se le acercaba. Los dos adultos se movieron con absoluta naturalidad, pero Marco se dio cuenta de que no apartaban mucho las manos de las empuñaduras de sus espadas.

Ballista se detuvo a la distancia justa para quedar fuera del alcance de una hoja.

—Salud y prosperidad.

El tipo devolvió el saludo formal. Su acento era propio de un mercado, no de las escuelas y del gimnasio.

—Me llamo Marco Clodio Ballista, y este es mi hijo.

El desconocido no respondió al instante. Fue como si estuviera sopesando la información y se estuviera preguntando si merecía la pena divulgar su propia identidad. Parecía un hombre especialmente taciturno.

—Yo soy Falx, de Catania, cazador de fugitivos.

Marco siguió la mirada de Ballista hasta los cinco cuerpos que estaban tendidos en medio del camino. El del sacerdote jefe era el más maltrecho. Tenía varias heridas en los antebrazos, lo que indicaba que había intentado defenderse. Los otros cuatro galos habían sido despachados de un modo más sencillo: un corte en una pierna para abatirlos y luego un golpe mortal en la nuca o un corte en la garganta. Todas las heridas parecían haber sido infligidas con una hoja pesada y bien afilada.

—No eran esclavos fugitivos —constató Ballista.

—No, eran ladrones —replicó Falx. La mirada del *fugitivarius* no demostraba ni rastro de compasión, ni siquiera el más mínimo interés. Tenía los ojos claros y pardos, tan vacíos de expresión como los guijarros de un arroyo—. Robaron un cáliz de oro del templo de la diosa siria. Los he estado siguiendo desde Hímera, pero los esclavos rebeldes los han encontrado primero.

Ballista no hizo ningún comentario al respecto. En lugar de eso, le preguntó al cazador de fugitivos si tenía algo de comida que

pudiera venderles. Ni se planteó la posibilidad de conseguirla si no era a cambio de dinero, tratándose de un tipo como ese. Falx sacó de una alforja pan horneado dos veces, una cuña de queso y un matraz de vino aguado. Ballista le entregó unas monedas a cambio y ninguno de los dos regateó. El intercambio se llevó a cabo en silencio.

Marco y su padre se sentaron en la ladera, un poco más allá. Mientras comían, el *fugitivarius* continuó saqueando las posesiones de los muertos.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó Ballista.

—Vuelvo a casa, a Catania. ¿Y vosotros?

—A Tauromenio.

—Sería más seguro que viajáramos juntos hasta Enna —propuso Falx.

Cuando padre e hijo hubieron terminado de comer, se levantaron. El cazador de fugitivos cogió las riendas de los dos asnos, que iban demasiado cargados para llevar también a un jinete.

Marco le echó un vistazo al cadáver del joven eunuco que lo había asaltado. A pesar de todo, sintió cierta lástima por él.

—¿Deberíamos enterrarlos?

Por primera vez, el *fugitivarius* miró directamente a Marco. Fue una experiencia perturbadora. El joven tuvo que hacer de tripas corazón para no amilanarse.

—No vale la pena —respondió Falx—. Habrían terminado en la cruz, y nadie metería una moneda en la boca de un crucificado.

Sin más comentarios, se pusieron en marcha siguiendo el camino hacia el este. El cazador de fugitivos tomó la delantera. Marco y Ballista lo siguieron a cierta distancia, por detrás de los asnos, como si su compañero de viaje pudiera contagiarles alguna enfermedad.

—¿Por qué deben de haberlos matado los esclavos? —preguntó Marco en voz baja.

—Faltaba el esclavo de los eunucos —respondió Ballista—. Puede que haya sido él quien ha animado a los rebeldes a asesinarlos.

—Entonces ¿por qué no han saqueado los cadáveres? ¿Y por qué se han dejado los asnos?

—Sí, eso es extraño —dijo Ballista.

—Solo hay cinco cuerpos. Uno de los eunucos ha escapado.

Ballista asintió.

—Podría ser eso lo que nuestro nuevo compañero de viaje estaba buscando con la mirada por el bosque.

Atravesaron un lugar que había quedado barrido por la tormenta de la noche anterior. Amplios pastos y claros silvanos con agrestes montañas de fondo: un paisaje tranquilo y bucólico como los que servían de telón de fondo para los pretendientes rústicos que tocaban la flauta para atraer a virginales pastorcillas. Un mundo alejado de los esclavos sedientos de sangre y de los despiadados asesinos solitarios.

—Los *fugitivarii* no son mucho mejores que los hombres a los que cazan —dijo Marco—. Todo el mundo sabe que son violentos y corruptos. A cambio de unas monedas dejarían escapar a cualquier esclavo, y son ladrones de la peor calaña. Además, tienen la audacia suficiente para asaltar cualquier propiedad. ¿Cómo es posible que la ley les permita registrar las fincas de senadores o incluso la del propio emperador?

—Alguien tiene que poder hacerlo —repuso Ballista.

—¿Y por qué no lo hacen los soldados?

—Nunca hay suficientes tropas en las provincias para vigilar los caminos. Ahora más que nunca son necesarios en las fronteras —añadió Ballista, y sonrió antes de proseguir—: Además, los soldados tampoco son criaturas inofensivas. Nada les gusta más que apalear y robar a los civiles. Es uno de sus mayores placeres.

—Entonces ¿por qué no se encargan de ellos los vigilantes de las ciudades?

—Son algo mejor, pero les falta disciplina y los concejales los emplean para su propio beneficio. A menudo se dedican a arrestar y torturar a personas inocentes, llegando incluso a ejecutarlos sin juicio previo.

Siguieron caminando pesadamente durante un buen rato hasta que Marco rompió el silencio.

—¿Crees que los eunucos realmente robaron el cáliz?

—Es probable.

—¿Crees que los asesinó?

—Los han matado con una espada —constató Ballista—. Los esclavos que vimos ayer iban armados con utensilios como horcas.

—¿Intentará matarnos?

—Tenemos espadas.

—Los sacerdotes también las tenían.

—Pero nosotros sabemos utilizarlas.

—Vamos mal acompañados, pues.

—Solo hasta Enna.

Mientras seguían avanzando, el paisaje a su derecha dio paso a amplios terrenos de pasto, pero a la izquierda las montañas quedaban más cerca del camino. Una empinada cuesta cubierta de hierba ascendía hasta un escarpado peñasco de color gris. La pendiente estaba repleta de grandes rocas pálidas que se habían desprendido.

Falx caminaba unos cincuenta pasos por delante de ellos. Marco se alegró de que su padre no quisiera ir junto a él. Había algo profundamente inquietante en la fría mirada de aquel cazador de fugitivos, era como si las sombras de aquellos a los que había asesinado flotaran de un modo invisible a su alrededor.

Un pensamiento ominoso se apoderó de Marco. ¿Y si su madre caía en manos de un hombre semejante? Un cazador de fugitivos y un esclavo rebelde eran solo dos caras de la misma moneda. Ninguno de ellos demostraba tener compasión ni remordimientos. ¿Y si el mero hecho de viajar con Falx les contaminaba la sangre a Marco y a su padre? Habían comido y bebido de sus provisiones. ¿Y si los dioses decidían castigar esa impiedad? Frente a la villa de Cecilio, cuando había visto al ciervo, Marco había sentido la protección de Diana. En esos momentos, en cambio, se notaba inseguro. La diosa tal vez se había vuelto contra ellos. Todos los dioses podían llegar a ser crueles, los mitos demostraban una y otra vez que la ira divina no solo caía sobre los transgresores, sino también sobre sus inocentes familias. ¿Y si Marco y su padre invocaban un castigo sobre la familia de

Tauromenio?

Un extraño chirrido interrumpió sus cavilaciones. Al levantar la mirada, Marco vio cómo un gran fragmento de roca se desprendía de la cima del peñasco. Se balanceó durante unos instantes en un ángulo imposible y luego cayó al vacío. Fascinado, Marco se quedó inmóvil viendo cómo se desplomaba. Chocó contra la parte superior de la cresta y levantó una enorme nube de polvo antes de que Marco percibiera otro ruido muy distinto: los gritos de su padre. Sin embargo, Marco no fue capaz de distinguir qué decía.

Un montón de rocas escarpadas empezaron a caer desde la cortina de humo que se había formado. La gran losa había quedado hecha añicos, y los pedazos resultantes rebotaron pendiente abajo. Aunque algunos tenían el tamaño de un hombre, su aspecto era de lo más inofensivo, prácticamente ridículo. Blancos contra el verde de la hierba, empezaron a rodar hacia abajo, emitiendo un sonido parecido al de la lluvia sobre un tejado. No obstante, a medida que se fueron acercando, la velocidad a la que caían iba aumentando y dejaron de parecer tan inofensivos.

Marco se dio la vuelta para huir por los pastos, pero su padre lo agarró por el brazo sin dejar de gritar. Empezó a arrastrar a Marco de nuevo hacia el torbellino que se precipitaba cuesta abajo.

—¡Sígueme!

¿Acaso su padre se había vuelto loco?

—¡Rápido!

Marco corrió junto a su padre. La primera roca que llegó hasta ellos impactó contra el camino a su izquierda, llenando el aire de peligrosas esquirlas. Se apartaron de la trayectoria, y Marco notó el viento que levantaba a su paso.

—¡Aquí!

Ballista agarró a Marco y lo obligó a agazaparse tras una roca enorme, un resto de una avalancha previa que había quedado junto al camino. Marco se quedó sin aliento cuando su padre aterrizó sobre él. Las rocas empezaron a caer a su alrededor como granizo, aunque acompañadas de un estrépito infinitamente mayor. El suelo temblaba bajo la lluvia de piedras y el polvo que se levantó los

cegó por completo, impidiéndoles respirar. Marco oyó algún gruñido de dolor de su padre.

Hasta que todo terminó. El rugido cacofónico quedó sustituido de repente por un silencio mortal. Marco no oía ni veía nada, y se preguntó si acaso se había quedado sordo. Notó que el peso de su padre se aligeraba de repente y que una mano lo ayudaba a ponerse en pie.

Marco intentó limpiarse el polvo que le cubría los ojos. Lo veía todo borroso, pero empezaba a recuperar el oído.

—¿Estás herido?

—No —respondió Marco—. ¿Y tú?

—No es nada, un rasguño.

Ballista levantó la mirada hacia lo alto de la cuesta para comprobar que el peligro hubiera pasado.

—No habríamos podido escapar corriendo de esto. Refugiarnos era la única posibilidad que nos quedaba.

Cuando el polvo se hubo disipado, Marco vio a Falx y los asnos en el camino. Lejos del lugar por el que había pasado la avalancha, estaban completamente ilesos.

—Creí que había acabado con vosotros —dijo el cazador de fugitivos cuando se le acercaron. Acto seguido, le tendió un matraz de agua a Ballista, que se echó un poco sobre la palma de la mano y se lavó la cara, se enjuagó la boca y se lo pasó a su hijo para que hiciera lo mismo—. Habéis tenido suerte —constató Falx sin emoción.

Sin mediar ni una palabra más, recogió las riendas de los asnos y continuó su camino.

Padre e hijo bebieron un poco, dejaron que el cazador de fugitivos se adelantara un trecho y luego siguieron sus pasos.

—¿Nos ha llevado hasta allí a propósito?

Ballista no respondió enseguida.

—Un cómplice podría haber provocado el desprendimiento.

Ballista se detuvo, miró hacia la cuesta de nuevo y luego hacia el peñasco.

—Es posible, pero sería una forma de emboscada demasiado incierta, las rocas podrían haber ido a parar a cualquier parte. ¿Y

cómo podría haber tenido tiempo Falx de avisar a un cómplice? No lo hemos perdido de vista en ningún momento. En cualquier caso, los desprendimientos no son extraños por estos lares. Las viejas rocas esparcidas por la cuesta lo demuestran. Las lluvias de otoño deben de haber debilitado los peñascos.

Continuaron caminando en silencio durante todo el día. A Marco no le apetecía hablar, estaba perdido en pensamientos aciagos. Si Falx no había urdido el desprendimiento, ¿se había producido por causas naturales? Eso afirmaba su padre, que no era más devoto que su epicúrea madre. Marco, en cambio, sospechaba que tras el incidente había la mano de alguna deidad.

Se estaban acercando a Enna cuando, con un retumbar de cascos, unos jinetes aparecieron por un viraje sin darles tiempo a reaccionar.

—Quieto —le dijo Ballista a su hijo—. Aparta las manos de la espada.

Los caballos eran briosos y estaban bien cuidados. Bajaron la cabeza y arquearon el cuello mientras rodeaban a los viajeros. Los jinetes eran muy jóvenes, iban armados y quien los había equipado no había reparado en gastos.

—Nombre, raza. ¿Libres o esclavos? —preguntó el líder como si estuviera en un tribunal. Lo más probable era que su padre fuera un magistrado local al que hubiera visto presidiendo juicios en más de una ocasión.

El *fugitivarius* esperó a que Ballista hablara. En esas circunstancias, incluso un hombre de su clase daba prioridad a la jerarquía social.

—Me llamo Marco Clodio Ballista, *vir egregius* de Tauromenio, y este es mi hijo.

El jinete lo miró con recelo. Era evidente que no estaba nada convencido de que esa figura sucia, zarrapastrosa y con el pelo largo pudiera ostentar realmente el elevado título de équite que acababa de proclamar.

—Conozco a la familia —dijo otro jinete, todavía más joven que el primero, que avanzó un poco con su montura y se dirigió directamente a Ballista—. ¿Cuál de los primos de vuestra esposa

vive en Roma?

—Décimo Julio Volcacio Galicano.

—¿Y a qué se dedica?

Ballista sonrió y, en lugar de responder enseguida, optó por citar unos versos.

—«El tiempo gris avanza en silencio, robando las voces de humanos articulados.»

El jinete más joven respondió con una sonrisa antes de volverse hacia sus compañeros.

—Tiene que ser el *vir egregius* Ballista. Décimo dio un recital al que asistí en Siracusa, hace dos años.

—Entonces ¿quién es ese? —preguntó el jinete algo mayor, señalando al cazador de fugitivos.

Respondió el jinete más joven.

—Lo conozco. Es Falx, el *fugitivarius* de Catania. No hace mucho que recuperó a dos esclavos de mi padre que se ocultaban en una finca cerca de Centuripe.

—Entonces podéis proceder.

Era evidente que al más joven le pareció una decisión precipitada.

—Los refugiados entran en tropel a la ciudad. Cuentan que los esclavos se han sublevado en el interior. Los magistrados nos han ordenado a los efebos que patrullemos por los caminos de acceso. Lamentamos haber detenido a un hombre de vuestro rango.

—No le deis más vueltas —replicó Ballista—. Debéis cumplir con vuestra obligación.

Marco deseó estar montando a caballo con ellos. Sería glorioso dedicarse a cazar rebeldes, en lugar de huir de ellos. Los efebos solo eran un poco mayores que él, pero les habían confiado tareas propias de hombres. Tenía todo el sentido, puesto que los jóvenes de buena familia que acudían al gimnasio recibían cierta instrucción militar.

Tras rodear la colina, entraron en un amplio valle repleto de gente. Era la época de la cosecha de los olivos, por lo que habían extendido redes y estaban sacudiendo las ramas y transportando cestos llenos de los frutos caídos a las prensas. En los campos bajos,

los bueyes estaban arando los campos. Había hombres plantando trigo y cebada. Los niños pequeños corrían gritando para ahuyentar a los pájaros. Tras la soledad y los peligros que habían vivido durante los últimos días y justo después de haber sobrevivido a la avalancha, el ajetreo rutinario de la vida agrícola en un plácido día de noviembre le pareció cuando menos extraño, por no decir extravagante.

Marco levantó la mirada y se topó con Enna. Una empinada cuesta boscosa teñida de los colores rojizos y dorados del otoño. Por encima, un muro vertical de roca pálida y, en lo más alto de la cumbre, un grupo de casas blancas muy apiñadas. En un gran saliente rocoso, sobresaliendo por encima del valle como la proa de un navío, estaba el templo de Deméter.

Habían llegado a Enna, el ombligo de Sicilia, la ciudad inexpugnable, el santuario en el que los devotos creían que los dioses todavía caminaban entre los hombres.

Ballista pensó en abrir los ojos, pero ni se molestó en intentarlo. El lujo que suponían aquellas calles limpias, aquel colchón suave y el hecho de dormir por fin en una cama de verdad lo mantenían paralizado. Aunque sabía a la perfección que ya había salido el sol, la habitación todavía estaba a oscuras. La ventana se hallaba cerrada con postigos, pero el cielo debía de estar encapotado. No pasaría nada por que descansara media hora más.

El camino hasta Enna se le había hecho muy largo, una cuesta interminable zigzagueando entre los bosques. El aire olía a mantillo de hojas y a romero. El valle ya estaba sumido en la penumbra cuando llegaron a la cima, casi al anochecer, a pesar de que los últimos rayos de sol todavía iluminaban la cumbre. El joven cortés que iba a caballo, el que apreciaba la pobre poética de Décimo, estaba en lo cierto: la ciudad estaba repleta de refugiados, por lo que les costó encontrar alojamiento. En la tercera posada habían tenido que pagar un soborno considerable para asegurarse una habitación pequeña y ubicada en un altillo, bajo las vigas. Sin embargo, era una estancia limpia y con una cama grande y

cómoda. Habían dejado allí sus exiguas posesiones y habían salido con las espadas asidas al cinto. Encontraron los baños todavía abiertos. Unas monedas más y pudieron dejar la ropa y holgazanear un rato en las aguas del *caldarium*, comiendo pistachos y habas asadas y bebiendo vino frío. Tras un masaje, cansados y hambrientos, habían regresado a su cuarto. El posadero había preparado una comida opípara: huevos hervidos, un lechón, corazones de alcachofa, manzanas y un queso elaborado con leche de cabra y oveja.

Isangrim se había acostado directamente, pero a Ballista le costó un poco más conciliar el sueño. Enna se hallaba en un altiplano, por lo que estaba rodeada de precipicios. Los caminos que permitían acceder hasta allí eran escasos, estrechos y serpenteantes, por lo que no costaría mucho defenderlos. A menudo se consideraba que Enna era un lugar inexpugnable, pero no era cierto, y Ballista lo sabía. Filipo, el padre de Alejandro Magno, había afirmado ser capaz de someter cualquier ciudad a la que pudiera acceder con una mula cargada con un saco. Enna había caído en manos ajenas muchas veces, desde Dionisio de Siracusa hasta los cartagineses, y en dos ocasiones la habían sometido los romanos, siempre a traición. Había sido en Enna donde los esclavos se habían sublevado y habían masacrado a la población al inicio de la primera gran guerra servil durante los días de la República. Antes de poder dormirse, Ballista había necesitado asegurarse de que no volvería a suceder nada semejante. Sin duda era poco probable. Esa revuelta la habían provocado los alamanes, una concentración excesiva de esclavos bárbaros de primera generación incitados por algún charlatán sirio. Se habían unido los trabajadores del campo que no eran libres, pero los esclavos urbanos tenían poco que ver con ellos. Con un poco de suerte, el alzamiento no atraería a los sirvientes domésticos de Enna.

Al final, apaciguado por aquel razonamiento, se había quedado dormido.

Ballista se estiró con indolencia. La magulladura que tenía en la espalda por culpa de la roca de la avalancha no le dolía demasiado. Por fin había podido descansar y notó que le apetecía

la compañía de una mujer. En el pasado, durante muchos años se había mantenido fiel a su esposa. Sus compañeros soldados habían comentado con frecuencia que esa actitud les parecía extravagante. Sin embargo, las burlas que había recibido le habían traído sin cuidado. Jamás había tenido la sensación de estar siguiendo una moralidad extraña y forzada. De algún modo había ido creciendo en su mente la idea de que si mantenía relaciones sexuales con otra mujer acabaría muriendo en combate. Muchas tropas del frente creaban supersticiones y rituales privados con la intención de mejorar sus oportunidades de sobrevivir. Ballista tenía su propia rutina y la seguía siempre antes de cada batalla. En Oriente, Ballista le había sido infiel a su mujer en dos ocasiones y no había muerto. Sin embargo, los que lo rodeaban sí, y entre ellos el compañero que más tiempo había pasado a su lado. Ballista se culpaba a sí mismo por ello, y desde entonces había decidido recuperar su nada convencional práctica de la abstinencia. En cualquier caso, ese día no era el mejor momento para romper el hábito. No había nada censurable en el hecho de visitar un burdel, pero ningún padre, ni siquiera uno romano, llevaría a su hijo a un lugar semejante.

Ese día tenían que alquilar o adquirir dos caballos. Por la noche, podrían llegar a la ciudad de Centuripe, y al día siguiente podrían estar en la costa oriental, en Catania. Tras dormir allí y después de una larga travesía en dirección norte llegarían por fin a casa, a Tauromenio, al término del tercer día. ¿Y luego qué? Lo mejor sería seguir el consejo que esperaba que Julia ya hubiera adoptado. Asumiendo que la familia hubiera partido ya, seguirían el mismo camino, ya fuera hacia el sur, hacia Siracusa, o buscando un barco que pudiera llevarlos hasta el continente. Si en cambio la familia todavía estaba en la ciudad, podrían marcharse todos juntos. Regresar a Italia sería la opción más segura. A Ballista le encantaba aquella villa, pero la seguridad de la familia le parecía mucho más importante. Además, en el pasado ya se había visto obligado en demasiadas ocasiones a interpretar el papel del héroe. Había tardado años en obtener el permiso imperial que le permitía retirarse del servicio. Dejaría que fuera otro hombre, algún oficial

que aspirara a la gloria marcial y a un ascenso, quien luchara contra los esclavos rebeldes.

Ballista abrió los ojos. La luz que se filtraba alrededor de los postigos parecía tenue, casi subacuática. Isangrim estaba despierto. El chico yacía tendido bocarriba, mirando hacia las vigas. Ballista se preguntó en qué debía de estar pensando. Su hijo había demostrado estar a la altura de los desafíos que se les habían presentado y que, gracias a los dioses, parecían a punto de llegar a su fin.

—Deberíamos levantarnos y comer algo —propuso Ballista.

Aunque ya debía de estar a punto de terminar la segunda hora de luz diurna, la sala pública de la posada estaba casi repleta de gente desayunando. No había asuntos urgentes por atender ni siquiera para los refugiados más adinerados, y el tiempo gris y deprimente no invitaba precisamente a pasear. Ballista e Isangrim encontraron una mesa libre en un rincón. El posadero les sirvió pan, queso y huevos hervidos. Algunos de los demás clientes intentaron entablar conversación con ellos, siempre para hablar sobre la insurgencia. Ballista les respondió con cortesía, pero también de un modo sucinto, puesto que no le apetecía nada charlar sobre lo que habían vivido. Isangrim lo imitó.

Cuando hubieron terminado de comer, dejaron a los demás huéspedes con sus inquietudes y sus especulaciones inconsistentes. Ballista pagó al posadero y le pidió unas cuantas indicaciones.

Fuera, la ciudad estaba cubierta por una espesa niebla. Enna estaba erigida sobre un altiplano elevado y a menudo las nubes no conseguían superarla en altura. Ese día, aun en las calles más estrechas, apenas se podía ver la otra acera. Caminaron hacia el mercado principal envueltos por una gran humedad que no tardó en perlar de gotas de agua sus capas. Una brisa desplazó unos bancos de neblina que quedaron arremolinados como espectros en los porches y balcones de las casas.

El teatro se alzaba por encima de la oscuridad. Había servido de escenario para una tragedia de verdad. Durante las guerras contra los cartagineses, un general romano había recelado de la lealtad del pueblo de Enna. Sirviéndose de alguna falsedad, atrajo

a todos los habitantes hasta el teatro y cuando los tuvo a todos atrapados dentro lanzó a sus soldados contra ellos. Fue una verdadera masacre. Por supuesto, entretanto, los habitantes de la ciudad eran todos ciudadanos romanos, pero Ballista se preguntó si mientras contemplaban cómodamente cómo los actores subían al escenario en algún momento pensaban en el destino que habían sufrido sus antecesores.

La niebla se había disipado un poco en el ágora. Estaba atestada de gente. Ni los astrólogos, intérpretes de sueños y otros charlatanes, ni los que comerciaban con artículos más tangibles en los aledaños tenían clientes. No obstante, eso no parecía desalentar a ninguno de esos mercaderes variopintos, que más bien parecían contagiados del nerviosismo silencioso que reinaba entre la multitud. Los magistrados de la ciudad estaban de pie ante los escalones del templo que había al otro extremo del mercado, exhibiendo algo sobre una mesa plantada sobre caballetes. Ballista e Isangrim se abrieron paso para comprobar de qué se trataba.

Resultó ser un bebé muerto. El diminuto cadáver estaba horriblemente deformado. Los brazos y las piernas eran perfectamente regordetes y no había nada extraño en su torso o en sus minúsculos genitales masculinos. Sin embargo, el bebé tenía tres cabezas. Dos estaban bien formadas, en una de ellas los ojos abiertos, y en la otra, cerrados. La tercera cabeza no era más que un bulto deforme de hueso y cartílago.

Era un prodigio del mal, tan infame como un bebé nacido con cabeza de perro o con los dos tipos de genitales a la vez. La multitud estaba escuchando las opiniones de varios magistrados. La cuestión no era qué debían hacer; todos lo sabían. Si un engendro semejante no nacía muerto, le ataban un peso para hundirlo en el río o lo quemaban vivo. Puesto que ya no vivía, decidieron incinerarlo y esparcir sus cenizas al viento en algún lugar deshabitado. El debate que estaba teniendo lugar se ocupaba más bien de descifrar qué mensaje les estaban enviando los dioses con aquella monstruosidad.

El primer discurso terminó con la conclusión de que la criatura presagiaba el alzamiento de los esclavos en la isla, puesto

que tenía tres cabezas, como tres eran los promontorios de Sicilia. Puesto que la insurrección ya había tenido lugar, la multitud no quedó nada impresionada por aquel razonamiento.

Le llegó el turno al siguiente orador. Todos los magistrados iban vestidos del mismo modo, con túnicas y mantos. Todos mantenían los pliegues de su himatión decorosamente acomodados sobre el brazo derecho. Era la vestimenta convencional que distinguía a los miembros de la élite griega, pero podían inferirse detalles a partir de las sutiles diferencias de su aspecto y ademán. El manto del último orador era de un tejido casero y sus movimientos eran lentos, todo con la intención de presentar al mundo una imagen en la que imperaba la virtud antigua, el control rígido de las pasiones y el hecho de tener a una mujer hilando en casa como mandaba la tradición. La ropa del nuevo orador era suave y cara. Antes de hablar, se tocó un amuleto que llevaba medio oculto a la altura de la garganta. Cuando miró hacia el prodigio, se apretó el pulgar entre dos dedos. Si no hubiera sido un hombre de alta cuna, habría rehusado el mal escupiendo en su propio pecho. Sin duda debió de pensar que de ese modo se presentaba a sí mismo como un hombre refinado y piadoso, pero Ballista consideró por ese mismo motivo que debía de ser vanidoso y supersticioso.

De un modo nada sorprendente, la explicación derivó hacia el plano divino. Aquella aberración tenía tres cabezas, igual que el gigante Tifón que Zeus aprisionó bajo el monte Etna. El rey de los dioses les estaba advirtiendo que la revuelta de los esclavos solo podría superarse con valor. Una vez más, esa explicación tampoco consiguió impresionar al público.

Un tercer orador ocupó su lugar.

—Este tal vez será más interesante —opinó Ballista—. Se considera un filósofo.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Isangrim.

—Un hombre lo bastante rico para ser magistrado puede permitirse un buen barbero, pero lleva el pelo y la barba largos y mal cortados. Quiere que la gente piense que no le importan las apariencias, sino solo las cuestiones relacionadas con la mente. Y

lleva un rollo de papiro en la mano, pero muy bien atado. No tiene ninguna intención de leerlo, no es más que un símbolo. Sin duda, una estatua en su honor tendría ese mismo aspecto.

El orador hizo una pausa dramática con el ceño fruncido y la cabeza gacha, como si estuviera inmerso en profundas cavilaciones.

Ballista le dio un codazo a Isangrim.

—Esto no presagia ningún mal para Sicilia —empezó a decir el orador, tras lo que hizo otra pausa antes de alzar más la voz—. ¡Sino para el mundo entero!

Al parecer, eso gustó bastante más a la multitud: una predicción cataclísmica, pero que no los amenazaba solo a ellos.

—El imperio tiene tres gobernantes: nuestro señor Galieno en Milán, el usurpador Póstumo en la Galia y Odenato, rey de Palmira en Oriente.

Un murmullo se extendió por la multitud. La afirmación era muy próxima a la traición, puesto que Odenato afirmaba gobernar como leal subordinado de Galieno.

—Los tres son mortales, pero ¡uno de ellos pronto enfermará y morirá!

Una vez proferida la profecía gnómica, el orador se retiró.

El público quedó escandalizado. ¿Cuál de ellos moriría? ¿Acababa de cometer una traición? ¿Acababa de predecir la muerte del emperador?

—Muy listo —opinó Ballista—. Una espada cuelga sobre la cabeza de todo gobernante. Sea cual sea el que muera primero, su predicción será juzgada como cierta.

—¿Y si lo denuncian? —preguntó Isangrim.

—Entonces alegará que, como sujeto leal a Galieno, ha anticipado la muerte inminente de Póstumo.

Otro magistrado se dispuso a hablar. Sin embargo, tras la última intervención le iba a costar conseguir la atención del público.

—Vamos —dijo Ballista—. Tenemos que comprar lo que necesitamos para regresar a casa. No hay tiempo que perder.

12

El mercado de ganado no quedaba muy lejos del ágora principal. La niebla por fin se levantó, y lo mismo sucedió con los ánimos de Ballista. El prodigio no tenía el menor sentido para él. Todos los animales daban a luz a retoños deformes de vez en cuando, y los humanos no se distinguían en ese aspecto. Por eso no le parecía una señal de los dioses, sino simplemente una desgracia natural.

En el ágora consiguieron encontrar casi todo lo que necesitaban. Padre e hijo llevaban túnicas nuevas bajo las capas, y se cubrieron la cabeza con sombreros de viaje de ala ancha. Llevaban unas botas de recambio en sus respectivos fardos, llenos a rebosar de provisiones: pan y galletas, panceta y queso, cebollas, manzanas secas y frescas y matraces de vino. Lo suficiente para pasar tres días, lo que el ejército solía requerir que llevaran a cuestas sus soldados en todo momento. Llevaban también las mantas enrolladas y atadas en la parte superior. Incluso habían adquirido un carcaj lleno de flechas. Lo único que les faltaba eran dos caballos y los arreos correspondientes.

Había sido una suerte que hubieran partido de Roma con un monedero repleto de monedas de alto valor. Con dinero podías salvar la mayor parte de las dificultades con las que podías toparte. Sin embargo, el monedero se había aligerado considerablemente y todavía tenían que pagar al posadero. Sin duda deberían regatear, pero cualquier vendedor de caballos estaba preparado para ello.

Los olores y sonidos del mercado de ganado eran como los de cualquier lugar semejante en cualquier otra parte del mundo. El tufo de los animales y su estiércol se mezclaba con el de los hombres desaseados. El balido de las ovejas, el gruñido de los cerdos y algún que otro mugido competían con los broncos gritos de los vendedores. Los establos estaban llenos. En Enna no había escasez de animales para sacrificios o para comer.

El corral que había en el otro extremo estaba vacío, no vieron ni un solo caballo por ninguna parte. Ballista se acercó a un grupo de hombres que se habían sentado a ver una partida de *latrunculi*. Ninguno de ellos levantó la mirada del tablero, grabado sobre una losa. Ballista esperó hasta que uno de los jugadores terminara de mover una pieza que representaba a un bandolero.

—Queremos alquilar o comprar un par de caballos para montar con sus sillas y arreos —anunció Ballista.

—Buena suerte —replicó el jugador sin apartar los ojos del tablero.

—Tenemos dinero.

—Qué más da.

—¿Cómo?

El comerciante levantó entonces la cabeza para mirar a Ballista.

—Podríais ser tan rico como Creso, y de todos modos ninguno de nosotros podría venderos ni siquiera un poni cojo.

—¿Qué ha ocurrido?

El grupo entero se quedó mirando a los recién llegados, y no lo hicieron con el habitual semblante inescrutable que tanto caracterizaba a los de su ramo. Los observaron con ira y amargura.

—No hay caballos para vender —le espetó el jugador, claramente enojado—. Los han requisado los magistrados a cambio de una pequeña parte de su valor real.

—Eso es —añadió el otro jugador—. Se los han quedado todos para que los jóvenes efebos de alta cuna puedan montar por los caminos jugando a ser soldados.

—Si los ricos trataran a sus esclavos como corresponde, no tendríamos tantos problemas —opinó uno de los espectadores, de

rostro astuto.

—Si nos han robado es que los magistrados no deben de ser mejores que los bandoleros.

—Ya basta, no sigas hablando de ese modo, Tito —lo reprendió el edil, que se había acercado sin que se dieran cuenta. Ataviado con una toga deslumbrante, era uno de los oficiales jóvenes que estaba a cargo de los mercados—. En caso de emergencia es necesario que los individuos hagan sacrificios por el bien de la ciudad. Os han reembolsado a todos el dinero correspondiente a la carne de caballo que habéis entregado, o sea, que os han pagado la tarifa justa y solo habéis dejado de ganar lo que habríais intentado estafar a los clientes.

Los comerciantes de caballos recibieron la acusación con un silencio frío y hostil.

—Si descubrimos que alguien se ha guardado algún caballo o lo ha escondido en alguna parte, caerá sobre él todo el peso de la ley. Será mejor que lo tengáis bien presente.

Tras proferir aquella amenaza, el oficial siguió su camino con la toga hinchada como la vela de un barco.

—Cabrón —murmuró alguien—. Su hermano menor ronda por ahí fuera, tratando con ínfulas a los viajeros que encuentra, montado en mi mejor semental.

—¿Realmente no quedan animales en ninguna parte? —preguntó Ballista—. Los necesitamos con urgencia, y pagaremos bien.

—Ya habéis oído al edil —insistió el jugador antes de fijar su atención de nuevo en el tablero—. Se los han llevado todos. El establo está vacío.

Ballista se dio la vuelta y se alejó de ellos, seguido por su hijo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Isangrim.

—Voy a echarle un vistazo a los cerdos que hay allí, espera.

Los cerdos eran rollizos y estaban bien aseados para presentarlos en el mercado. A Ballista le gustaban los cerdos, le parecían criaturas inteligentes y sociables.

—Están en buen estado —dijo uno de los comerciantes, de rostro zorruno.

«Ha tardado menos de lo que esperaba», pensó Ballista.

—Los cerdos son listos. Y habilidosos —opinó Ballista—. En una ocasión, un hombre me contó que había naufragado cerca de Eubea. El navío chocó contra un arrecife, y ninguno de los tripulantes sabía nadar. Ataron una cuerda a un cerdo y lo lanzaron por la borda. El cerdo nadó entre las olas y llevó el cabo hasta la orilla.

—Tal vez podría encontrar alguna montura para vos —comentó el comerciante en voz baja, mirando a su alrededor con atención por si regresaba el edil mientras vigilaba que no hubiera nadie merodeando por allí que pudiera delatarlo—. Un rocín para vos y un poni para el chico —anunció, tras lo que añadió el precio propuesto.

Ballista resopló.

—Queremos montarlos como es debido, no llevárnoslos al dormitorio.

—No conseguiréis ningún otro caballo en toda la ciudad.

—En el ejército me acostumbré a viajar a pie —repuso Ballista.

El hombre seguramente se dio cuenta de que Ballista era un veterano. El porte de los que habían sido soldados tenía algo de especial, igual que su manera de moverse. Aun así, no estaba de más dejarle claro al vendedor que estaba tratando con un hombre entrenado para la violencia.

Tras una oferta y una contraoferta, acabaron fijando un precio que no llegaba a la mitad de lo que el comerciante había pedido en primera instancia. Aun así, seguía siendo un precio excesivo, casi lo que valía un caballo de carreras y no un par de jacos.

—¿Dónde los recogemos?

—¿Conocéis la arboleda de Perséfone?

—No.

—Se encuentra a los pies del muro noreste, justo donde empieza el camino hacia Centuripe. Nos encontraremos allí.

—Será mejor que vengamos con vos.

—No, alguien podría veros. Dadme el dinero y yo os los traeré a la arboleda dentro de dos horas.

Ballista sacó del monedero una cuarta parte del precio que habían estipulado.

—Tendréis el resto cuando vea los caballos.

—Dadme la mitad. Soy yo quien correrá todos los riesgos.

—¿Acaso os parece que soy de Abdera o de Kyme?

Los habitantes de ambas ciudades tenían fama de ser estúpidos. Los imbéciles de las bromas siempre eran de uno de esos dos lugares.

—No, señor. Parecéis un caballero.

El comerciante sonrió, intentando impostar ingenuidad de un modo muy poco convincente.

Se retiraron a un pórtico en busca de un lugar más discreto. El comerciante se escupió en la palma derecha. Ballista hizo lo mismo y se dieron la mano. A continuación, Ballista le entregó el dinero.

—Dos horas. En la arboleda.

El vendedor se dio la vuelta y se marchó enseguida.

—¿Crees que se presentará? —preguntó Isangrim.

—En sus parques, algunos senadores romanos tienen a un porquero vestido como Orfeo. Los cerdos salvajes están entrenados para acudir corriendo cuando canta.

Isangrim se quedó mirando a su padre sin comprender nada.

—Lo averiguaremos dentro de dos horas. Mientras tanto, vamos a ver por qué Enna es una ciudad tan famosa.

El santuario de Deméter estaba en el saliente más extremo del altiplano. En el muro exterior colgaban pequeños fragmentos de papiro. Ballista se detuvo y leyó uno de ellos.

> Labrador, de unos veinte años, ancho de espaldas, piel clara, de movimientos lentos y con cicatrices en la espalda. Responde al nombre de Hilaro. Quien pueda dar información sobre su paradero o se lo devuelva a Plotino recibirá una recompensa.

Igual que los demás, con una parsimonia cuidadosa, la nota estaba escrita sobre el reverso de un retazo de papiro ya utilizado. Había al menos dos docenas de notas. La ciudad de Enna, en

apariencia tan tranquila, era un entorno sorprendentemente propicio para un cazador de fugitivos como Falx de Catania.

Frente al templo había dos grandes estatuas dedicadas a Deméter y a Triptólemo. El mito era bien conocido por todo el mundo. Mientras cuidaba de su rebaño en los campos que había a los pies de Enna, Triptólemo vio cómo la tierra se abría bajo sus pies. Con un fuerte retumbar de cascos, un carro tirado por caballos negros se precipitó en el abismo. No llegó a ver el rostro del auriga, pero con el brazo derecho retenía a una chica que gritaba. Se trataba de Perséfone, a quien Hades, el rey del Inframundo, había secuestrado, y Triptólemo se lo contó a su madre Deméter. Como recompensa, la diosa le entregó a Triptólemo semillas de siembra, un arado de madera y un carro tirado por serpientes para que viajara por la Tierra enseñando al mundo las artes agrícolas.

—Hay quien dice que el secuestro sucedió en Eleusis —explicó Ballista.

—O en Creta, o en Arcadia, o en muchos otros lugares —replicó Isangrim.

—Podría haber sido aquí, también —añadió Ballista—. Mira.

El sol había ahuyentado la neblina. Desde donde estaban podían divisar varios kilómetros de distancia. Los campos y los prados verdes se extendían a sus pies, cordillera tras cordillera, hasta el horizonte, y allí, a lo lejos, a no más de tal vez sesenta kilómetros para un dios capaz de volar o de un carro tirado por serpientes mágicas, estaba el Etna. Y los dos sabían que a los pies de las lejanas laderas del Etna estaba su hogar, Tauromenio.

De repente, Ballista tuvo un presentimiento, como la visión sombría de un profeta. Se hallaba en la casa de Tauromenio, cruzando el largo pasillo que partía de la puerta principal. Estaba a oscuras, con los postigos cerrados, y a pesar de la penumbra, en el otro extremo veía los cadáveres de Tarcón, Rikiar y Grim, el headobardo, apilados. Su carne muerta era pálida como la cera. Máximo se encontraba un poco más allá. El cuerpo de su amigo estaba tendido sobre el de su hijo menor. La sangre oscura había formado un charco bajo Dernhelm. Y más allá, el cadáver de una

mujer, Julia.

Por primera vez, Ballista sondeó sus peores temores. Si perdía a Julia, lo perdería todo: su esposa, su hijo menor, sus amigos. Y su hogar. Sabía que no sería capaz de poner los pies de nuevo ni en la casa de Tauromenio ni en la que tenía en Roma. Como una de las sombras de los insepultos, vagaría por la faz de la Tierra consumido por la envidia y el odio del resto de la humanidad.

Aunque todavía le quedara Isangrim, ¿cómo podría mirar al chico a los ojos si no conseguía salvar a su madre? Daba igual lo que ocurriera, tenía que salvar a su familia o morir en el intento. Si fracasaba, no valdría la pena seguir viviendo.

No les costó mucho encontrar la arboleda de Perséfone, estaba justo donde el comerciante de caballos les había indicado: a los pies del camino que salía por el noreste hacia Centuripe. Era el único lugar en el que había una aglomeración de árboles de varios kilómetros, puesto que el resto de los terrenos del fondo del valle eran campos abiertos. Su carácter sagrado debía de haber protegido aquellos robles de la invasión de la agricultura.

—No vendrá, ¿verdad? —preguntó Marco.

Ballista examinó el paisaje. Había muchos hombres trabajando en los campos.

—Sería imposible traer caballos hasta aquí sin llamar la atención.

—Entonces ¿qué haremos?

—Caminar.

—Y ¿qué hay del comerciante?

—Nosotros también perpetramos un delito. No sería juicioso denunciarlo a las autoridades.

—Entonces ¿no haremos nada?

Ballista se encogió de hombros.

—Incluso si pudiéramos encontrarlo, tampoco conocemos bien la ciudad, y él debe de tener amigos. No es más que dinero, y el tiempo apremia.

A la sombra de la arboleda, un grupo de viajeros se había

reunido con un carro y algunas bestias de carga. Un hombre de aspecto respetable se les acercó y, con cierta deferencia al anillo de oro que Ballista llevaba en el dedo, se presentó como Aulo Calpurnio Aftoneto.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó Aulo.

—A la costa —respondió Ballista.

—Si me lo permitís, estaríamos encantados de gozar de vuestra compañía hasta Centuripe. En estos tiempos tan convulsos, dos hombres armados serían más que bienvenidos.

Marco se hinchó de orgullo al ver que lo equiparaban a su padre.

—Viajamos con prisa —replicó Ballista.

—Mi esposa y mi hija viajarán en el carro, y las mulas están descansadas. No os demoraremos. Y cuantos más seamos, más seguros viajaremos.

—Entonces será un placer para nosotros acompañaros.

En cuanto su padre hubo pronunciado esas palabras, Marco sintió como si una esquirla de cristal se le hubiera hundido en el pecho. Desde el lugar en el que había estado comprobando la carga, Falx apareció con sus dos asnos. El cazador de fugitivos los saludó con un tono de voz monótono. Igual que antes, sus ojos no demostraron la más mínima emoción. Era como si no conociera ni el placer, ni la tristeza, ni ninguna de las demás emociones.

Cruzaron a pie los campos y los pastos, salpicados con amapolas de un vivo color escarlata. El aire olía a asfódelos, a romero y a tomillo. Por delante de ellos se extendían las colinas, cuyas cimas estaban rematadas con rocas peladas de color claro como la espuma de las crestas de las olas.

—¿Por qué permites que nos acompañe? —preguntó Marco.

Iban detrás de la pequeña comitiva. Falx andaba con sus asnos frente al carro en el que viajaban las dos mujeres. El padre y su hijo adolescente se encargaban de guiar a las mulas por turnos.

—Cualquiera puede viajar por un camino público.

—Catón el Viejo estaba hablando sobre visitar un burdel —dijo Marco.

Ballista se limitó a sonreír.

—Lo leí en Plutarco —se defendió Marco, sonrojándose.

—Todos estos problemas pueden atribuírsele a Catón.

Marco se había perdido.

—Olvidas que yo también fui educado en la escuela palatina. Cuando me casé con tu madre y vine por primera vez a la finca de Sicilia, intenté leer el tratado de Catón, *De agricultura*. Fue un viejo duro y un amo cruel. «Expulsa a tus esclavos cuando sean demasiado viejos o trabajarán mal», decía. Aunque sean pocos los que lo han leído, su autoridad marcó la actitud de los romanos hacia sus esclavos.

—¿Las cosas son mejores en tu tierra natal? —preguntó Marco sin intentar ocultar su desdén.

—Lo cierto es que sí. Tenemos pocos esclavos, y los tratamos como si formaran parte de la familia. Te lo digo de verdad, no son solo palabras, la mayoría de ellos reciben una porción de terreno para trabajar. Y te guste o no, los anglos también son tu pueblo.

Marco optó por cambiar de tema.

—Habiendo todas esas notas en el templo, ¿por qué Falx se marcha de Enna?

—Quizá solo desee regresar a casa, como nosotros.

A Marco no le pareció que su padre sonara precisamente muy convencido de sus propias palabras. Miró a Falx directamente. La cabeza del cazador de fugitivos no paraba de volverse hacia uno y otro lado, examinando los alrededores como un gran lagarto en busca de alguna presa u otros especímenes de su calaña. En ocasiones, Falx se volvía para observar a la familia. Marco tenía la sensación de que su mirada se detenía más tiempo de lo que habría sido apropiado sobre las dos féminas que viajaban en el carro.

—¿Qué le debió de ocurrir al último eunuco? —preguntó Marco.

—Yo diría que escapó.

—¿Y el esclavo de los sacerdotes?

—De eso no estoy tan seguro.

—Tal vez se convirtió en cómplice de Falx. Podría haber sido quien provocó la caída de las rocas.

—La avalancha fue natural —dijo Ballista—. Aunque sin duda

una vida de bandolerismo podría haberle parecido atractiva al esclavo. Los galos lo trataban mal, lo utilizaban como bestia de carga y de otras maneras todavía más humillantes para un hombre.

—Podría haber sido él quien los guio hasta Falx. Del mismo modo que Falx podría estar llevándonos hasta él ahora.

—No lo creo. Podría ser que a Falx simplemente le hubiera convenido dejarlo escapar.

—Pero ¿por qué el cazador de fugitivos se ha asociado a esta familia?

—Quizá solamente se dirigen hacia el mismo lugar. Si llegara a caer en manos de esclavos rebeldes, imagina lo que podrían hacerle a alguien como él.

La familia seguía de cerca a Falx. Su profesión no era nada respetable, ni tampoco invitaba a confiar en él. Al cabo de un rato, el padre se retrasó un poco hasta ponerse a la altura de Ballista y Marco. Una vez más, pidió permiso de un modo respetuoso para hablar con un hombre de estatus ecuestre. Una vez concedido, le obsequió con información de lo más valiosa. A Aulo le gustaba charlar. Su padre había sido un liberto que había comprado una pequeña parcela en la que el propio Aulo había establecido una alfarería. La familia cultivaba flores para las mesas de los poderosos, y también fabricaba piezas de alfarería para los menos acomodados.

—¿Por qué habéis viajado hasta Enna? —preguntó Ballista.

Aulo sonrió, encantado de poder hablar sobre el asunto. Marco tuvo la impresión de que debía de tratarse del tema preferido del locuaz alfarero y jardinero.

—Mi hija nació ciega. Hace dos años, una vieja vino a mendigar a nuestra puerta. Mi esposa, que es muy piadosa, la invitó a entrar en la cocina y les pidió a los sirvientes que le prepararan algo para comer. Pero aquella anciana tenía algo extraño. No olía como una vagabunda, sino a canela o a incienso. Cuando entré en la cocina, me fijé en que la anciana no parpadeaba jamás. Le preparamos una cama en los establos, pero por la mañana había desaparecido. El portero juró que la puerta había estado cerrada durante toda la noche. Cuando mi hija se

despertó, había recuperado la vista.

—Los dioses no se le aparecen a cualquiera —comentó Ballista con cierta ironía.

—Es difícil lidiar con los dioses cuando se manifiestan. Mi esposa supo que se trataba de nuestra señora Deméter, de manera que cada año peregrinamos hasta su templo, en Enna, con motivo del aniversario.

—Y en tiempos tan revueltos como estos —constató Ballista.

—La diosa nos protegerá con sus propias manos.

Marco envidió aquella fe tan simple que demostraba tener el anciano.

—No falta mucho —explicó Aulo en un tono mucho más formal—. Pronto llegaremos a una posada en la que podremos pasar la noche seguros. Y mañana llegaremos a Centuripe. Sería un honor para mí teneros como invitados. Vuestra compañía sería todo un placer, y los dioses recompensan la hospitalidad que se demuestra ante los desconocidos.

Todo sucedió tal como Aulo había previsto. La posada era limpia, no uno de esos cuchitriles en los que era mejor hacer el testamento antes de entrar. Nada sugería que la comida fuera a ser repugnante ni que fueran a servirles la carne asada de otros viajeros que previamente hubieran pasado por allí. Se decía que esa clase de cosas solo ocurrían en las provincias más bárbaras. Al día siguiente, el viaje transcurrió sin incidentes, hasta que llegaron a Centuripe.

Un hombre se estaba masturbando en el mercado. Estaba demacrado e iba muy sucio, con el pelo y la barba descuidados, caminando descalzo y ataviado solo con un manto. Tenía la vara y el monedero sobre los escalones del consistorio, y se había situado arriba del todo, donde cualquiera pudiera verlo.

La esposa de Aulo cerró los ojos y los abrió de nuevo, como si esperara que aquella visión ofensiva se hubiera esfumado al cabo de un instante.

—¡Cómete un pulpo o un calamar crudo y muérete! —le gritó

una voz entre la multitud.

El hombre no se dio por aludido. Empezó a mover la mano más deprisa hasta que, sacudiendo las caderas, eyaculó.

—¡Vete de aquí! —le gritaba la gente.

—¡Fijaos en cómo queda derrocada la tiranía de la lujuria! —chilló el tipo—. He venido a liberar a los hombres, a curar todos sus males. Ojalá pudiera conquistar el hambre simplemente frotándome la barriga.

Aulo se apresuró a alejar a su familia de allí.

—Deberían hacer algo con esos cínicos indecentes. Están por todas partes. Un hombre no puede llevar a su familia al ágora sin exponerse a esta clase de atrocidades. No son filósofos, tan solo son insolentes, unos ladrones asquerosos y unos mendigos.

—No hace mucho tiempo, el emperador hizo quemar vivo a uno en Roma —explicó Ballista.

—Es lo mejor que se puede hacer con ellos —opinó Aulo—. Vámonos a casa.

El hogar de Aulo no era ostentoso, pero sí bastante espacioso y cómodo. A Ballista y a Marco les asignaron una habitación que daba al patio en el primer piso. El cazador de fugitivos se hospedó en los establos. Aulo acompañó a sus invitados a una casa de baños que quedaba cerca de su casa y luego se marchó para atender sus asuntos.

Marco se tendió en el agua caliente junto a su padre. Falx no intentó entablar conversación en ningún momento, pero su siniestra presencia resultaba inquietante. Marco sintió cierto alivio al ver que Aulo volvía a entrar en la sala.

—Tengo buenas noticias y malas noticias —anunció—. He conseguido que un amigo mío me venda tres monturas a un precio razonable y puedo prometeros una buena cena.

—¿Y las malas noticias? —preguntó Ballista.

—Son un problema bastante grande. El camino hacia Catania está cerrado. Los esclavos se han sublevado en Hibla. Se han hecho con el puente que cruza el río Simeto. El paso es estrecho y no hay alternativa.

13

—Siempre hay alguna alternativa —dijo Ballista.

Los cinco jinetes cabalgaban en dirección noreste, subiendo las laderas que conducían hacia el Etna. Habían salido de Centuripe al alba. En noviembre, solo había nueve horas y media de luz diurna, por lo que era necesario que recorrieran tanto camino como fuera posible antes del anochecer.

El sendero estaba rodeado por viñedos. De vez en cuando encontraban algún pequeño claro con colmenas, cuyas ocupantes se habían enclaustrado ya para pasar el invierno, y también franjas de tréboles, azafrán y varias hierbas aromáticas. El suelo volcánico era fértil, de modo que se prestaba al cultivo. Aunque los jinetes apenas vieron a gente trabajando en esos campos, lo que sí observaron fueron columnas de humo por los valles que les indicaban las hogueras en las que se quemaban los recortes de vid de la temporada. Las pocas personas que llegaron a avistar pasaron por su lado sin mediar palabra. Todos los jornaleros se parecían, ataviados con ásperas capas de trabajo con capucha y calzados con zuecos, y todos se mostraban callados y vigilantes por igual. Los jinetes a menudo parecían peligrosos, la apariencia de los hombres del campo no permitía adivinar su estatus. Algunos debían de ser simples campesinos, propietarios de unas cuantas *iugera*, mientras que otros tal vez eran arrendatarios o aparceros de fincas de gran tamaño. El resto debían de ser esclavos. Todos excepto estos

últimos tenían tres nombres, como cualquier ciudadano de Roma. Podían ser pobres, pero poseían todos los derechos y ostentaban el orgullo implícito en su ciudadanía. Los esclavos, en cambio, no tenían nada de nada. Para muchos de sus amos, eran poco más que bestias de carga, animales con voz. Ballista se preguntó cuántos de esos animales debían de aspirar a recuperar su humanidad y por tanto se mostrarían partidarios de responder a la llamada del charlatán sirio, Sóter, y de escuchar las promesas mesiánicas con las que regalaba los oídos de los rebeldes.

Los jinetes vadearon un arroyo de las tierras altas. Las aguas verdes y poco profundas fluían con rapidez, levantando espuma por encima de las rocas. Por fin vieron el monte Etna en el horizonte. El día estaba encapotado y era frío, todavía estaban al pie de la ladera, pero un viento gélido procedente del norte desplazaba la columna de humo aislada del volcán, cuya actividad era perenne.

En los meses más templados, los habitantes de Centuripe ganaban dinero guiando a los visitantes que deseaban subir al Etna para contemplar la salida del sol desde la cumbre. A través del humo, los rayos del astro rey brillaban con un espectro de colores parecido al del arcoíris. Los guías les contaban entonces la historia de Empédocles. El filósofo quiso que el motivo de su muerte no llegara a conocerse para que se lo considerara divino, por eso se lanzó al fuego del cráter, aunque su plan quedó frustrado cuando el volcán escupió una de sus sandalias. Desde entonces se representaban rituales solemnes en su honor. Si la montaña aceptaba las ofrendas, la profecía era benévola; pero si las rechazaba como había hecho con la sandalia de Empédocles, el augurio no podía ser más funesto. De un modo nada sorprendente, Ballista no había oído mencionar jamás que alguna de las profecías hubiera sido negativa.

Aulo mandó a uno de sus hombres para que les mostrara el camino hasta las laderas superiores. Su hijo también había querido acompañarlos. Decidieron bajarse de los caballos e ir a pie durante el descenso, cuando las cuestas fueran demasiado agrestes para las monturas. Por supuesto, Ballista no había querido que Falx viajara

con ellos, pero el cazador de fugitivos había dicho que en los tiempos que corrían un hombre debía quedarse en casa para proteger a los que dependían de él. No hubo manera de responder a ello.

Tenían fardos cargados con provisiones para tres días. Falx había dejado sus asnos con Aulo, y pensaba recogerlos cuando la crisis hubiera pasado. No obstante, el cazador de fugitivos había envuelto y sellado algunas de sus pertenencias para que los sacerdotes del templo de Deméter se las custodiasen. A pesar del sacrilegio que suponía para la otra diosa, Ballista pensó que era probable que hubiera dejado el cáliz de oro sustraído a los eunucos en el santuario.

A medida que fueron ascendiendo, el aire empezó a oler a azufre. En algunos lugares, montículos de lava brotaban como hormigueros entre el sotobosque. Estando ya al límite de la tierra cultivada, podían divisar con claridad la cima del Etna. Sus laderas desnudas eran de color negro bajo las nubes oscuras, excepto en las depresiones en las que se había acumulado la nieve, que brillaba y parecía formar guirnaldas esculpidas.

—El mes pasado hubo una gran erupción —contó el hijo de Aulo—. En su forja bajo la montaña, el dios Hefesto estaba fabricando armas. Nadie atendió su advertencia de que iba a producirse una revuelta.

—Hay una explicación natural a eso —dijo Ballista—. Sicilia está vacía, el subsuelo está repleto de túneles. No es más que el viento, que impulsa al fuego a salir de esas cavernas subterráneas.

—En la montaña, dudar de los dioses es una insensatez —le advirtió el hijo de Aulo.

—No, Ballista tiene razón —intervino Falx. Sorprendidos, todos se quedaron mirando al cazador de fugitivos, que apenas mediaba palabra y casi nunca se aventuraba a expresar su opinión si no se lo pedían antes—. En tiempos primitivos, los gobernantes se inventaron a los dioses para perdurar en el poder, para mantener oprimidos a sus súbditos por medio de terrores sobrenaturales. No obstante, hay una verdad terrible en la historia de Tifón, el gigante que intentó derrocar a los dioses y a quien

aprisionaron bajo el Etna. Los fuegos son su agonía mortal interminable. Tifón fue condenado al sufrimiento eterno por intentar liberar a la humanidad de la tiranía de la superstición.

El cazador de fugitivos se sumió de nuevo en el silencio y siguió cabalgando, una vez más examinando el territorio sin parar. Con discreción, el hijo de Aulo hizo una seña para contrarrestar aquellas palabras de mal agüero. Ballista se quedó mirando a Falx, sorprendido por la compasión inesperada que acababa de demostrar.

Esa noche acamparon al cobijo de un afloramiento de lava. Mucho tiempo atrás, la roca fundida se había abierto paso montaña abajo, calcinando la vegetación e incinerando todo cuanto tocaba. En esos momentos, en cambio, no era más que un saliente negro, frío y amenazador.

Después de almohazar, alimentar y abrevar a los caballos, los viajeros los ataron y luego se dispusieron a cenar. Más allá de la hoguera, la oscuridad era absoluta. Los búhos se llamaban de una ladera a otra de la montaña. Siempre estaban activos al inicio del invierno, pero tanto el hijo de Aulo como su sirviente parecían inquietos. Para los devotos, el ulular del búho era un mal augurio. Tras el secuestro de Perséfone en el inframundo, se ordenó su liberación siempre que no hubiera catado la comida de los muertos. Ascálafo, un sirviente de Hades, reveló que en realidad había comido un gajo de granada, por lo que se estipuló que regresara a la oscuridad durante tres meses al año. Como venganza por la delación, Deméter convirtió a Ascálafo en un búho de largas orejas.

Se quedaron dormidos oyendo los sonidos de los búhos lamentando la humanidad que habían perdido.

Con la luz grisácea que precede al alba recogieron el campamento. El terreno que tenían por delante era demasiado agreste para los caballos. El hijo de Aulo y su sirviente se despidieron y acto seguido se llevaron a los animales de vuelta a casa por donde habían venido. Marco los vio partir y por un momento deseó

regresar a Centuripe con ellos. Luego se cargó el fardo a la espalda y se puso en marcha junto a su padre y Falx. Era bien conocido que las alturas remotas del Etna servían como refugio para forajidos, por lo que un tercer hombre armado podía darles más seguridad. Sin embargo, la presencia inquietante del cazador de fugitivos seguía incomodándolo.

Viajaron por un paisaje cubierto de maleza y sin camino trazado, entre los valles cultivados que se veían más abajo y las laderas de ceniza peladas que había más arriba. El terreno estaba muy roto y de vez en cuando quedaba interrumpido por torrentes. Salían de una quebrada y al cabo de poco tenían que afrontar otra, y, cuando el terreno se volvía más llano, lo que dificultaba el paso eran los pinos, los juníperos y las zarzas. El suelo se desmenuzaba con facilidad, y con cada paso levantaban un polvo fino y oscuro que se les pegaba a las botas, se instalaba en los pliegues de la ropa, les obstruía las fosas nasales y escocía en los ojos. Ese día, la montaña no paraba de soltar quejidos. Finas columnas de humo ascendían desde los laterales del cono escapando por conductos ocultos entre las rocas. A veces parecía como si el monte entero temblara, incluso como si se desplazara ligeramente bajo sus pies. La agonía de Tifón había empeorado, o tal vez Hefesto trabajaba a marchas forzadas en su fragua. A diferencia del cazador de fugitivos, y tal vez también de su padre, Marco sentía un gran respeto por los dioses tradicionales.

El plan consistía en bordear las laderas superiores de la vertiente occidental del Etna. Era una ruta más ardua, pero irían más rápido que si se hubieran ceñido al pie de la montaña. Corrían el riesgo de encontrarse con forajidos, pero al menos allí arriba no había nada que atrajera a las bandas de esclavos rebeldes. Cuando llegaron al lado norte, encontraron campamentos de mineros. El comercio de basalto negro era una actividad próspera debido a la necesidad de fabricar molinos de grano. Ballista conocía esa región, había cazado por aquellas laderas. Desde allí tenían que seguir un camino de mineros que bajaba hasta la costa y llegaba a Tauromenio. Una vez allí, Falx los dejaría atrás y seguiría por el camino de la costa hasta Catania.

Después del mediodía, un despeñadero imponente, reliquia de alguna gran erupción, los obligó a descender dando un rodeo que los alejó de la cima. Mientras se deslizaba sobre el trasero para salvar el enésimo declive del terreno, Marco se permitió fantasear con la idea de la metamorfosis. Quizá no quedaban más que unos treinta o cuarenta kilómetros en línea recta por la montaña hasta Tauromenio. Si un dios lo transmutara en un ave, podría llegar al cabo de tan solo una o dos horas. En unos cuantos mitos, los dioses devolvían a un hombre su forma original. Trepando con dificultad para llegar al otro lado, vieron a un venado tendido en un claro. Estaba herido, pero todavía respiraba. Desde arriba les llegaron los aullidos de los perros que debían de haberlo perseguido hasta que el venado se había precipitado al vacío. Circulaban historias terribles sobre jaurías salvajes que poblaban lugares inhóspitos de las montañas. Eran enormes, salvajes y astutos, y acechaban a los viajeros siguiéndolos de cerca en silencio para luego abalanzarse sobre ellos y, una vez abatidos, hacerlos pedazos con sus afilados colmillos.

Dos perros aparecieron en lo alto del despeñadero. Y luego se oyó un grito que acalló a los sabuesos de golpe. La figura de un hombre quedó recortada contra el cielo. Llevaba una lanza en la mano y un arco cruzado en la espalda. Aquello era peor que cualquier perro asilvestrado. Solo una clase de hombre frecuentaría un lugar tan remoto y agreste.

Marco vio cómo su padre también sacaba el arco y cargaba una flecha. Falx se había puesto a cubierto tras una roca. Marco se apresuró a buscar cobijo junto al cazador de fugitivos. Falx examinaba los árboles que les quedaban más abajo. De momento no le pareció ver a nadie más, pero era evidente que Falx temía caer en una trampa y quedar rodeado.

—¡No tengáis miedo! —gritó el hombre—. ¡Soy pastor, no bandolero!

—No es que haya mucha diferencia entre una cosa y la otra —murmuró Falx.

—¿Estáis solo? —gritó Ballista.

—¡Esperad, bajaré enseguida!

Seguido por los perros, el tipo descendió con agilidad, como si tuviera pezuñas de cabra en lugar de pies.

Avergonzado de haberse ocultado tras la roca, Marco se puso en pie, pero enseguida se dio cuenta de que su padre todavía tenía la flecha preparada y de que Falx seguía vigilando la ladera.

El hombre tenía la barba muy poblada y el pelo largo. Se cubría la espalda con una piel de lobo y en la mano llevaba una hoja larga y curvada.

—No hay nada que temer —dijo el hombre—. Todos los bandoleros han bajado de la montaña para unirse a los esclavos en el puente de Hibla —explicó mientras se acercaba al venado y lo degollaba con destreza—. ¿Alguno de vosotros sería tan amable de ayudarme?

Ballista bajó el arco. Juntos desollaron y descuartizaron el venado.

—Si aceptáis mi hospitalidad, mi casa no está muy lejos.

—¿Vivís solo aquí arriba? —preguntó Ballista.

—No, con mi familia y otra más. Somos siete, en total.

—Tenemos prisa.

—¿Adónde os dirigís?

—A Tauromenio.

—Entonces, mi casa os coge de camino.

Dividieron las piezas de carne y Marco se cargó una pata trasera del venado sobre los hombros.

El trayecto se volvió más sencillo siguiendo al cazador. Era evidente que conocía todos los senderos de la montaña por los que se movían los ciervos.

—¿Podemos fiarnos de él? —le preguntó Marco a su padre con un susurro.

—Pronto lo averiguaremos —respondió Ballista, acelerando el paso de nuevo para acercarse al hombre que los iba guiando—. ¿Por qué vivís en este lugar tan remoto?

—Mi vecino y yo siempre hemos residido aquí. Nuestros padres eran pastores. Al propietario de la finca lo ejecutaron y se llevaron el rebaño que tenía. Nuestros padres trabajaban para él. Eran hombres libres, de manera que no los vendieron como

esclavos. La mayor parte de la tierra eran pastos más bien pobres, por lo que nadie vino a reclamarla jamás. Nuestros padres la ocuparon y al principio vivieron de la caza. Luego se dedicaron a capturar cabras salvajes y a criarlas. Es una vida dura, pero se las arreglaron para sobrevivir hasta la vejez. Mi madre aún está entre nosotros, yo me casé con la hermana de mi vecino, y él, con mi hermana. De los cuatro hijos, dos de las chicas ya están casadas. Una vive en el pueblo que hay a los pies de la ladera. La otra tiene un marido en Centuripe. Mi hija menor y el hijo de mi vecino todavía viven con nosotros.

Como tanta otra gente solitaria, quedó claro que el cazador disfrutaba cuando tenía la oportunidad de hablar.

—Vendemos las pieles que cazamos en el pueblo. Hemos comprado una vaca lechera, hemos vallado un prado, hemos plantado un huerto y tenemos unas cuantas vides y un poco de grano. Nunca nos haremos ricos; de hecho, no teníamos dote para nuestras hijas, pero encontraron marido igualmente. Las chicas son frugales y trabajadoras, modestas y bendecidas con el don de la belleza.

Marco percibió una emoción insondable bajo la superficie de los ojos habitualmente inexpresivos de Falx. Era la misma mirada que les había lanzado a las mujeres que viajaban en el carro cuando salieron de Enna.

—Jamás seremos ricos, pero tenemos todo cuanto necesitamos: ocho cabras y la vaca, que acaba de dar a luz a una ternera. Poseemos cuatro hoces, cuatro azadas, tres lanzas, un arco y cada uno de nosotros tiene un buen cuchillo de caza.

Ballista levantó la mirada y le dedicó una sonrisa a Marco. Como si se tratara de un dique desbordado, no había manera de detener el torrente de palabras del cazador.

—Tenemos también tiras de tocino y de venado, tres fanegas de trigo, seis de cebada y la misma cantidad de mijo. Sin embargo, nos quedan pocas judías, puesto que este año no ha habido cosecha.

Durante el resto del viaje se dedicó a recitar un listado interminable de sus magras posesiones y de las diferentes tareas

que llevaba a cabo a lo largo del año.

El asentamiento era tal como lo había descrito el cazador: dos chabolas con el techo de paja y las paredes de piedra seca cubiertas de barro, así como un pequeño granero construido siguiendo el mismo método junto a un arroyo, en un valle resguardado. Habían plantado hortalizas y tenían un campo con grano, mientras que la vaca, la ternera y las cabras pacían tranquilamente en el prado. Algunos pollos escarbaban el suelo del patio, y más arriba, en la ladera, tenían unas cuantas vides y media docena de cerdos que buscaban raíces a los pies de los árboles. Marco debió de perderse los últimos artículos del prolongado monólogo del rústico.

El otro pastor demostró ser tan taciturno como hablador el primero. En presencia de los desconocidos, las cuatro mujeres mantuvieron un silencio respetuoso y recatado, propio de modales anticuados. El fuego ya estaba encendido y habían puesto calderos de agua a calentar.

Los pastores insistieron en que sus invitados se desnudaran y tomaran un baño. Los tres viajeros estaban cubiertos de mugre de los pies a la cabeza. Puesto que no tenían aceite, la mujer más joven los untó con sebo. Las esposas masajearon a Ballista y a Marco, mientras que la hija se encargó de Falx. El cazador no había exagerado lo más mínimo acerca de la belleza de su hija. Tenía largos tirabuzones negros, la piel del color de la miel pálida y un rostro inocente. Su sencilla túnica no ocultaba las formas de su cuerpo. Tenía edad de casadera, probablemente no hacía mucho que había cumplido los catorce. Marco intentó que no lo sorprendiera mirándola. Mientras la chica le masajeaba los hombros y la espalda a Falx, este mantuvo los ojos cerrados, pero, lejos de relajarse, los cuidados no parecían más que incrementar la tensión siempre presente en el cuerpo del cazador de fugitivos. Una vez aliviadas las tensiones de los músculos, la chica utilizó agua caliente para enjuagarle el sebo.

Una vez secos, se vistieron con las túnicas limpias que llevaban en el equipaje. Mientras el hijo daba vueltas al espetón en el que se estaba asando el venado, las mujeres extendieron unas ramas verdes en el suelo a modo de divanes. Los hombres se

reclinaron y comieron garbanzos secos como acompañamiento para el vino.

—Habéis dicho que los bandoleros han bajado al puente de Hibla —mencionó Ballista—. ¿Sabéis si ha habido más alzamientos de esclavos en la parte oriental de la isla?

—Apenas nos llegan noticias aquí arriba —respondió el pastor —. Y menos desde que se marcharon los forajidos. Solo cuando bajamos al pueblo nos enteramos de lo que ocurre, y ya hace tiempo que no vamos.

—¿No sabéis nada acerca de Tauromenio? —insistió Ballista.

—Nada de nada. Tenemos pocas visitas, aunque no sois los primeros en pasar por aquí —explicó. Como anfitrión, lo más natural era que el locuaz cazador retomara la conversación en el punto que deseara—. El año pasado encontramos a un filósofo.

Los dos pastores sonrieron al recordarlo.

—Había subido al monte en busca de pensamientos profundos que creía poder hallar contemplando el fuego: la naturaleza efímera de la vida, la inmortalidad del alma, cosas por el estilo. Se había desorientado, es algo que sucede con frecuencia por culpa de las emanaciones. Mientras bajaba de nuevo, se perdió y sufrió una caída. Hallamos al pobre anciano hecho polvo, con los brazos y las piernas llenos de magulladuras y la túnica hecha harapos. Estaba medio muerto. Lo lavamos y le dimos de comer, y es que no llevaba más que una vara y un monedero, ni siquiera se había vestido con decencia. No podíamos dejarlo marchar de ese modo, teniendo en cuenta que ya era un anciano de edad provecta, por lo que le dije a mi hija que le diera su túnica, a pesar de que ella se quedó solo con un retazo de tela para cubrirse. El filósofo se deshizo en alabanzas a los cielos y aseguró que jamás en la vida lo habían tratado mejor, ni en los palacios de los gobernadores o reyes. Lo llamó la verdadera filosofía, una filosofía de acciones, y no de palabras.

«No me extraña», pensó Marco, imaginando a la chica despojada de la túnica.

Sirvieron el venado en fuentes de madera con pan de trigo, col y panceta. El hijo cenó con los hombres. La chica rebanó el pan

con un cuchillo pequeño. Cuando hubo terminado de servir la comida, se retiró a cenar con el resto de las mujeres, a cierta distancia. Con relativa frecuencia, uno de los pastores levantaba la copa y la chica acudía a rellenarlas todas. Las mujeres, en cambio, bebían agua. Cada vez que Marco volvía la cabeza hacia ella con discreción, se obligaba a sí mismo a no quedársela mirando demasiado tiempo.

—¿Cómo os protegéis de los bandoleros? —preguntó Ballista.

—Mi querido señor, no es que sea muy necesario. La pobreza es la mayor de las defensas —respondió el pastor, cuyos ojos, tras la barba y el flequillo, relucían de alegría—. Aunque los perros y las lanzas también ayudan.

Hizo un gesto para pedir más vino. Habían bebido bastante. Esa vez, fue una de las esposas la que se acercó con la jarra. Marco se había dado cuenta de que la chica se había marchado al bosque, tal vez para reunir a los cerdos. De buena gana la habría seguido.

—No todos los hombres que corren por aquí son malos —añadió el cazador, cada vez más franco con cada copa que tomaba —. A menudo se han visto obligados a huir de las ciudades porque jueces comprados han confiscado sus posesiones, o porque recaudadores de impuestos corruptos les han quitado todo cuanto tenían. El viejo filósofo dijo que es difícil que un hombre pobre viva de forma virtuosa en la ciudad.

Falx se puso en pie y se excusó para vaciar la vejiga. Marco se fijó en que se adentró en el bosque justo por donde había desaparecido la chica. Nadie más pareció preocuparse por ello. Marco le lanzó una mirada a su padre, que, atento a las explicaciones de su anfitrión acerca de los vicios de la vida urbana, no se percató de la situación. Tal vez no tenía importancia. Pero Marco quiso asegurarse de todos modos.

Murmurando unas palabras de cortesía, Marco también se puso en pie. Intentó caminar colina arriba con aire despreocupado, pero el vino y los temores que albergaba se lo pusieron bastante difícil.

Entre los árboles ya casi había oscurecido del todo. Marco se detuvo y aguzó el oído. No consiguió escuchar más que las pocas

aves cantoras y el gruñido grave de la montaña, los sonidos procedentes del festín eran casi inaudibles. Los ojos se le acostumbraron a la oscuridad y decidió adentrarse en el bosque. Una vez más, se detuvo y aguzó el oído. Si Falx simplemente estaba aliviando el cuerpo, no tenía ninguna necesidad de alejarse tanto. Marco estaba a punto de seguir andando cuando le pareció oír algo. Una voz, grave y cargada de urgencia, a su derecha.

Marco se desvió hacia allí. Agachándose bajo las ramas y pisando con sumo cuidado, intentó moverse sin hacer ruido. Si había cualquier explicación inocente, quedaría como un estúpido, pero por una vez eso no le importó lo más mínimo.

Otra voz: más aguda y asustada, aunque quedó acallada de repente.

Marco echó a correr, apartando el follaje y atravesando los arbustos sin contemplaciones.

La chica estaba tendida en el suelo, con la túnica levantada hasta las axilas. Falx estaba plantado frente a ella, desabrochándose el cinturón con una mano. En la otra tenía una espada.

El cazador de fugitivos oyó cómo Marco se le acercaba. Volvió la cabeza, pero sin apartar la punta de la espada del cuello de la chica.

—Será mejor que te largues, chico.

Los ojos del cazador de fugitivos, normalmente tan fríos y vacíos de emoción, brillaban entre la media penumbra.

—Déjala en paz.

—Márchate, cállate y a nadie le pasará nada.

—¿Que a nadie le pasará nada?

—Esta lechona de aquí no dirá ni una palabra. Agradecerá que la hayan preparado para el lecho matrimonial.

—¿Qué?

—Un romano toma lo que desea, como hizo Rómulo con las Sabinas. Es nuestra naturaleza.

Falx atacó sin previo aviso. Dos pasos y una estocada. Marco saltó hacia atrás, pero tropezó con una roca y cayó al suelo. Rodó sobre sí mismo y se levantó a la vez que desenvainaba la espada.

Falx arremetió de nuevo, pero de algún modo Marco consiguió parar el golpe con la espada, aunque estuvo a punto de perderla debido a la fuerza del ataque.

—¡Corre! —gritó Marco sin poder comprobar si la chica seguía allí.

Falx ganó terreno con pasos precisos y equilibrados, como un bailarín. Amagó una estocada hacia la cara de Marco, pero luego cambió la dirección de la hoja e intentó clavársela en el pecho. En el último momento, Marco detectó el engaño, dio un paso a un lado y se agachó tras el tronco de un árbol.

Implacable y exhibiendo una calma terrible, Falx lo siguió. Marco se dio cuenta de que el cazador de fugitivos lo había acorralado como lo haría un galgo con una liebre. Para retroceder tenía que andar cuesta arriba, alejándose del asentamiento.

La chica seguía allí, acurrucada en el suelo.

A Marco no se le ocurrió gritar de nuevo, aunque tampoco tuvo ocasión de intentarlo, puesto que necesitaba concentrarse al máximo en su agresor. Bloqueó otro golpe con la espada, aunque el impacto hizo mella en su brazo. El cazador de fugitivos era mucho más fuerte que él. Tarde o temprano, Falx terminaría por agotarlo. No podía ganar el combate solo parando los ataques de su contrincante. Marco trató de recordar todo lo que los maestros de esgrima de la escuela palatina habían intentado enseñarle: no pares de mover los pies, fíjate en la hoja, espera tu oportunidad.

A lo lejos, uno de los cerdos o algún otro animal de gran tamaño se abría paso por el bosque.

Marco se había equivocado, su padre también, habían juzgado a Falx erróneamente. El cazador de fugitivos no estaba por encima de las pasiones humanas. Allí en la oscuridad, los ojos del cazador de fugitivos brillaban con una intensidad especial, porque no había nada que le gustara más en el mundo que violar y matar, que ejercer su poder sobre los demás y deleitarse con el miedo y el dolor ajenos. Cegado ante las consecuencias que pudiera tener ese acto, Falx estaba decidido a acabar con Marco. No le importaba nada más y no había nada capaz de detenerlo.

Una figura pálida se movió entre la penumbra.

Falx se detuvo, giró el cuerpo y soltó un golpe de revés hacia atrás. La chica estaba allí, pero fuera de su alcance. Falx se la quedó mirando y luego bajó los ojos hacia la pequeña daga que sobresalía de la parte posterior de su muslo derecho. Se la arrancó y la lanzó al suelo, tras lo que se tambaleó debido al dolor mientras intentaba mantener el equilibrio. Miró a Marco, pero ya era demasiado tarde. El chico aprovechó la oportunidad y le asestó un corte en la otra pierna. Falx se doblegó de dolor y se llevó la mano libre a la herida de un modo instintivo. Con la otra seguía asiendo la espada. Marco hundió el borde de la hoja en la nuca de Falx, que entonces sí soltó su arma, pero, lejos de detenerse, Marco le clavó la espada dos, tres veces más, con todas sus fuerzas. La sangre le salpicó el rostro y sintió la horrible intimidad de la muerte. Marco levantó los brazos y se preparó para asestarle otro golpe. El cazador de fugitivos terminó de desplomarse en el suelo, pero Marco no habría parado jamás de no haber sido porque unos brazos fuertes lo agarraron y lo inmovilizaron. Marco gritaba sin coherencia, llevado por la furia y el terror.

—Basta —dijo Ballista—. Ya basta. Está muerto.

14

Al día siguiente, la montaña entró en erupción de verdad. Una gran nube de cenizas con forma de pino salió proyectada hacia el cielo. Todavía soplaba el viento del norte, de manera que las cenizas no supusieron ningún peligro. A los pies de la montaña, no obstante, la lava bajaba en abundancia y gruesos pedazos de roca fundida salían disparados desde el cono. En los últimos tiempos, la lava había barrido las laderas que había al este, en el lado de la costa, y normalmente avanzaba con lentitud. Sin embargo, ni su curso ni su velocidad eran del todo previsibles.

El pastor los guio por la ladera de la montaña hacia el norte. Llevaban varias horas caminando. Marco estaba cansado, pero no estaba dispuesto a ser él quien pidiera una pausa para descansar.

En una ocasión, mucho tiempo atrás, cuando el Etna había revelado su verdadera furia, grandes ríos de fuego habían recorrido el territorio de Catania a un ritmo increíble. Dos jóvenes habían abandonado su casa de campo y habían huido a la ciudad. Sus ancianos padres no habían sido lo bastante fuertes para seguir su ritmo, por lo que el joven, sin pensar en un solo instante en el oro, en la plata o en alguna de sus posesiones y sin prestar la menor atención a su propia seguridad, decidió llevar a sus padres a hombros. Avanzaban con dificultad cuando las llamas se les adelantaron y les cortaron el paso. Incluso así, el joven se negó a abandonar a sus padres. Cuando toda esperanza parecía vana, los

dioses prestaron atención a esa demostración ejemplar de amor filial y dividieron el flujo de la lava para dejarlos pasar.

Siendo todavía un niño, Marco había asistido al festival en el que los habitantes de Catania celebraban la devoción de sus ancestros con abundante comida, bebida, una procesión y sacrificios. En la escuela palatina, Marco había leído muchas versiones de la historia. Por extraño que pueda parecer, los nombres de los jóvenes siempre eran distintos. Para el geógrafo Estrabón, fueron Anfínomo y Anapio, mientras que el sofista Eliano los llamó Filonomo y Calias. Quizá dos o más incidentes distintos quedaron mezclados en un mismo relato. Eran esa clase de detalles los que más interesaban a Marco. A menudo, en la escuela palatina encontraba refugio en la lectura, especialmente cuando los demás alumnos se burlaban de él por ser medio bárbaro.

Pensar en los libros tal vez le había servido para olvidar las burlas de los chicos, pero ese día no le sería de ninguna ayuda, después de lo que había ocurrido la noche anterior. No habían sido cosas propias de niños. Habían dejado a Falx donde había caído. Con la primera luz del día habían vuelto al lugar en cuestión y constataron que no habían sido los primeros en visitar el cadáver. Las aves ya le habían picado los ojos, y los animales nocturnos le habían mordisqueado las puntas de los dedos y otros lugares blandos. Los pastores y Ballista habían improvisado una especie de trineo con dos ramas para transportar el cadáver. Marco ayudó a arrastrarlo lejos del asentamiento. Fue una tarea ardua, pero consiguieron alejarlo bastante, algo importante para evitar que el arroyo quedara contaminado. Al final, llegaron a una fisura de la montaña. Marco se sorprendió al ver que Ballista le metía una moneda de cobre entre los dientes al muerto antes de lanzarlo dentro. Una vez más, antes de enterrar al cazador de fugitivos bajo las rocas, Ballista cogió un puñado de tierra y la echó sobre la cabeza del cadáver.

—No merece tanto respeto —había dicho Marco.

—Todos los muertos lo merecen —repuso Ballista, cogiendo un segundo puñado—. De lo contrario, sus almas no encontrarían reposo.

—Ha sido en defensa propia. Su espectro no me perseguirá.

—No, seguramente no —había concedido Ballista, encogiéndose de hombros como si intentara librarse de una carga o deshacerse de un recuerdo—. Es terrible que te persiga un *daimon*. Y cuanto peor es el hombre, más maligno es el *daimon*.

Tras librarse del cuerpo, los hombres se lavaron en un arroyo cercano a las cabañas de los pastores. No había tiempo ni para parafernalia ni para rituales elaborados de purificación después de haber tocado al muerto. Entre las posesiones del cazador de fugitivos, por supuesto, encontraron el cáliz de oro. A pesar de su valor, una vez explicada su procedencia, los pastores se negaron a aceptarlo. Ballista sugirió que se lo ofrecieran a la divinidad que más los complaciera, y a continuación se pusieron en marcha. Se despidieron de las mujeres de forma breve y formal, y la chica estuvo a punto de echarse a llorar.

El pastor, tan locuaz el día anterior, los guio por la montaña sumido en un silencio inhibido. Le había agradecido a Marco que salvara a su hija, pero su gratitud también estaba teñida de recelo. Sin duda culpaba a Marco y a su padre de haber traído al cazador de fugitivos hasta su casa. Marco esperaba de todo corazón que la vida en aquel paraje rústico no hubiera quedado mancillada para siempre. Un ataque semejante podía dejar cicatrices difíciles de curar.

Al anochecer, los tres caminantes, cansados por la jornada, llegaron al campamento de la mina, que estaba a cielo abierto. Las perforaciones habían creado grandes agujeros en la montaña. Las chozas y los barracones estaban a oscuras y en silencio.

Se acercaron con cautela, intentando no hacer ruido, como si fueran ladrones.

El lugar había sido abandonado precipitadamente. Las palas y las alforjas estaban en los lugares donde solían excavar y había comida a medio preparar en la cocina. Además, encontraron claras señales de violencia. La madera que rodeaba el cerrojo de la puerta de los barracones estaba astillada, y las cadenas que servían para encerrar a los mineros por la noche habían sido cortadas. No había cadáveres, pero la caseta de los guardias estaba revuelta y olía muy

mal. Se habían llevado todas sus posesiones y solo quedaban objetos sin valor, como lámparas de barro, grilletes rotos y cartas, todo esparcido por el suelo, y cualquier cosa que pudiera romperse había sido molida a pisotones. Además, alguien había defecado en cada camastro. En el cobertizo de las herramientas no quedaba ni un solo pico o hacha, como tampoco encontraron ni un cuchillo en la cocina.

A Marco le pareció ver una expresión de terror en los ojos de su padre, como si acabara de enfrentarse a una tragedia personal. Aun así, Ballista no dijo nada.

El lugar llevaba un tiempo abandonado. Las cenizas de la chimenea estaban frías como el hielo. No había motivos para pensar que alguien pudiera regresar. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido, podrían estar seguros en el campamento esa noche.

Atizaron la chimenea, encendieron un fuego y comieron un poco. La noche era fría. A nadie se le ocurrió limpiar la caseta de los guardias, y los barracones eran poco acogedores, por lo que acabaron tendiendo los petates junto al fuego de la cocina. Antes de acostarse a dormir, salieron a pesar del viento helado para contemplar la erupción del volcán. Lenguas de fuego se alzaban desde la cima, y por encima de esta las nubes se tiñeron de rojo sangre.

Las tres figuras silenciosas quedaron empequeñecidas por la montaña como si fueran supervivientes de un apocalipsis primordial.

Ballista le dio las gracias al pastor con dificultades para encontrar las palabras adecuadas. Le resultó imposible decirle: «Sentimos que hayan asaltado a su hija de ese modo, es culpa nuestra». Pensó en ofrecerle algo de dinero, pero incluso si eso no hubiera ofendido su orgullo, habría parecido que estaba pagando para tratar de compensar el delito.

Mientras observaba cómo se alejaba el pastor, Ballista se preguntó cómo recibirían al siguiente caminante, fuera o no un filósofo. Intentando apartar de su mente esa y otras

preocupaciones, instó a su hijo a reemprender la marcha.

Subieron por una cresta que les permitió divisar el mar. Tenía un aspecto plomizo bajo el cielo encapotado. A lo lejos, a unos doce kilómetros de allí, estaba la colina del Toro, cuyas laderas descendían hasta la costa. Incluso a tanta distancia, pudo atisbar la fina línea grisácea tras el verde oscuro de la vertiente. Los edificios no se veían, pero allí estaba Tauromenio. Tras la noche anterior, temía más que nunca lo que pudiera encontrar cuando llegara a casa.

Al menos no estaba lejos, y además conocía el camino desde allí: tenían que bajar al valle de Asinio, seguir el río hasta el mar, cruzar el puente y tomar la vía Pompeya hacia el norte. Apenas unas pocas horas a pie.

—¿Crees que todo irá bien? —preguntó Isangrim.

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —le espetó Ballista, aunque de inmediato lamentó haber perdido los nervios—. Lo siento. Eso espero. Sí, creo que todo irá bien.

Jamás en la vida había esperado algo tanto como en ese momento.

«Padre de Todos, que no sea un regreso a casa trágico.»

Tras haber descendido hasta la orilla del río, perdieron de vista la colina del Toro y no volvieron a verla durante horas, hasta que hubieron rodeado el flanco de un saliente por el camino de la costa. Por fin no les quedaban más que unos pocos kilómetros para llegar a la ciudad. Una cuesta empinada y estarían en Tauromenio.

Entraron por la puerta de Catania. Sin embargo, Ballista ya sabía que las cosas no iban bien desde hacía tiempo. La vía Pompeya estaba abandonada, había escombros esparcidos por todas partes: ánforas resquebrajadas, matraces tirados, restos de comida, correas rotas y pedazos de cuero. Los típicos desechos que dejaban a su paso las multitudes o los ejércitos.

Tauromenio estaba vacía. Subieron por la calle principal. A su izquierda, en lo alto, la acrópolis; a su derecha, algún que otro acantilado y fragmentos de mar entre los edificios. No vieron ni un alma, reinaba la calma que era de esperar en cualquier ciudad saqueada. Aunque en esos casos solían producirse también

movimientos o ruidos furtivos, como el llanto de las mujeres. Allí, no obstante, no había ninguna señal de vida. Si quedaba alguien en la ciudad, debía de estar ocultándose.

Ballista sacó el arco y preparó una flecha. Isangrim desenvainó la espada.

Llegaron al foro. Las puertas de los templos y de los edificios públicos estaban abiertas de par en par. Habían abandonado el botín obtenido en mitad de la plaza: había tapices y alfombras, estatuillas y un cuadro del que debían de haberse apropiado por pura codicia y que habían dejado allí tras pensar que no valía la pena cargar con él.

No estaban muy lejos. Ballista notó cómo el corazón le latía con fuerza. No había cadáveres. Ni uno. Al menos eso abría una puerta a la esperanza.

Doblaron la esquina por la calle que llevaba hasta el teatro y la recorrieron hasta llegar al callejón que permitía entrar en la casa. Les pareció extraño encontrar la verja del jardín cerrada. Las bisagras habían sido lubricadas recientemente, no rechinaron cuando Ballista empujó la puerta para abrirla. La caseta del vigilante estaba vacía, pero el jardín parecía intacto.

Ballista se quedó quieto, temía continuar adelante. Cerró los ojos y escuchó las aves que cantaban desde los arbustos y los parterres de flores. Como hacen a veces los niños, deseaba que todo fuera distinto cuando volviera a abrir los ojos.

Aquello no era un buen ejemplo para Isangrim. Encontraran lo que encontraran, tenía que demostrar valentía, aunque solo fuera por su hijo.

Ballista abrió los ojos. Isangrim lo estaba mirando, pero su padre no fue capaz de adivinar lo que debía de estar pensando. Se colgó el arco del hombro y desenvainó la espada.

—¿Listo?

Isangrim asintió, y los dos juntos cruzaron el jardín en dirección a la casa.

Una vez más, encontraron la puerta cerrada. Con llave. Padre e hijo se miraron, pero ninguno de los dos se atrevió a albergar esperanzas. Del mismo monedero en el que guardaba las monedas,

Ballista sacó la llave. Teniendo en cuenta las circunstancias, aquel gesto tan cotidiano adquirió un tinte casi ridículo.

Nada más abrir la puerta se dieron cuenta de que habían saqueado la casa. El bronce corintio no estaba en su pedestal, las armas antiguas ya no colgaban de la pared, aunque sí lo hacían los tapices. Probablemente les habían parecido demasiado voluminosos para robarlos. Entraron y cerraron la puerta de nuevo tras ellos.

Sus pasos resonaron mientras recorrían el largo pasillo a oscuras. Los postigos estaban cerrados. En los nichos no había ninguno de los jarrones pintados, pero tampoco había nada roto. El pasillo olía a madera de cedro y pulimento, como si lo hubieran barrido y limpiado hacía poco.

En el atrio echaron en falta las pequeñas estatuas de oro y plata del altar dedicado a los dioses del hogar. Aparte de eso, todo parecía normal.

En el pasillo que acababan de cruzar, un tapiz de la pared se movió con el viento. Isangrim hizo ademán de adentrarse todavía más en la casa, pero su padre lo impidió con un gesto. La puerta estaba cerrada, no podía haber sido la brisa.

Sin ocultar sus intenciones, Ballista recorrió de nuevo el pasillo seguido por Isangrim. El tapiz tembló un poco. Isangrim levantó la espada, preparándose para atacar. Ballista cruzó una mirada con él y, sin hacer ruido, articuló la palabra «no».

—Vamos, sal —dijo Ballista.

Le pareció oír un sollozo amortiguado.

—Sal de una vez.

Una cabeza apareció tras el tapiz. Era un anciano y estaba absolutamente aterrorizado. A Ballista le sonaba la cara, pero no llegó a reconocerlo.

—¿Eres tú, Hilaro? —preguntó Isangrim.

El viejo esclavo asomó la cabeza para mirarlo. Era claramente corto de vista, pero además estaba tan asustado que no se fijó más que en las espadas desenvainadas.

—Hilaro, soy yo, Isangrim. He venido con mi padre.

De repente, en el rostro marchito del esclavo apareció una

expresión de reconocimiento, igual que en la cara de Ballista.

—Amo...

El chambelán de Julia se agachó para abrazar las rodillas de Ballista. Seguro que habría llegado a besarle las botas si Ballista no lo hubiera obligado a ponerse en pie.

—No han tocado vuestros libros, pero los tesoros de la señora... Se los han llevado todos. No he podido evitarlo —explicó el anciano esclavo, claramente avergonzado. De repente empezó a llorar—. Estaba demasiado asustado para intentar detenerlos. Al principio me escondí en el ático, pero cuando me encontraron no hice nada. Me limité a mirar.

—¿Y la señora? —preguntó Ballista con la voz tensa—. ¿Y mi otro hijo?

—¿La señora? —repitió Hilaro, como si hubiera perdido la razón.

Ballista tuvo que contenerse para no sacudir al anciano.

—¿Dónde está? ¿Y dónde está Dernhelm?

—Aquí no.

—¿Dónde, pues?

—Se marcharon todos antes de que llegaran los rebeldes.

A Ballista le dio un vuelco el corazón. Tenía que mantener la calma. Era demasiado pronto, antes tenía que asegurarse.

—¿Adónde?

—Subieron a un barco.

—¿Hacia dónde?

—Siracusa.

Ballista exhaló el aire que había estado conteniendo. Las piernas le temblaban un poco.

—La señora quería que yo también huyera con ellos, pero insistí en quedarme. Alguien tenía que guardar la casa. Sin embargo, cuando llegaron los rebeldes me asusté tanto que me escondí.

Estaban vivos. Julia y Dernhelm estaban vivos. De repente, Ballista sintió un gran alivio. Pero ¿por qué a Siracusa? Padre de Todos, ¿por qué no habían huido a Italia? Allí habrían estado fuera de peligro.

—He intentado arreglar todo lo que dejaron revuelto. Se llevaron todos los objetos preciosos, pero no rompieron muchas cosas.

—Has hecho bien —dijo Ballista, dándole unas palmadas en la espalda como lo haría con un caballo—. Muy bien.

Estaban vivos y en Siracusa. De momento estarían a salvo, al menos si Ballista podía llegar allí antes que el ejército rebelde.

Las ruinas de Naxos quedaban pocos kilómetros más al sur de Tauromenio, sobre un promontorio por encima del mar de Ausonia. Era un lugar más seguro para pasar la noche. La mayor parte de los esclavos se habían marchado, pero existía el peligro de que hubiera todavía bandas aisladas o grupos rezagados, quizá como el de los mineros del campamento, que decidieran intentar pasar de nuevo por Tauromenio. En los muros ruinosos de Naxos, en cambio, no había absolutamente nada que pudieran saquear.

Habían pasado solo dos días desde que los esclavos se habían marchado, mientras que Julia y Dernhelm habían huido dos días antes. Ballista no había podido reunirse con su familia por solo cuatro días. Desde el lugar en el que se encontraba en esos instantes, Ballista podía ver tanto Tauromenio como las montañas de Calabria, al otro lado del mar. Iluminadas por el sol del atardecer, parecían mucho más cercanas. Hilaro dijo que Julia había esperado hasta el último momento y luego había alquilado un barco de pesca. Pero no había zarpado rumbo a Italia, sino a Siracusa. La sensación de exasperación competía con el alivio en la mente de Ballista. Máximo o algún otro miembro de la familia debería haberla hecho entrar en razón. Aunque los dioses sabían que eso no era una tarea fácil cuando Julia tomaba una decisión.

Gracias a Hilaro, al menos sabía adónde habían ido. Nada podría haber sido peor que haberse encontrado con que simplemente habían desaparecido, sin más. Las personas que jamás llegaban a descubrir lo que había sido de sus seres queridos pasaban el resto de sus vidas atormentadas por la incertidumbre y ni siquiera les quedaba el mínimo consuelo del duelo.

Ballista e Isangrim habían bajado a los muelles. Por el camino habían visto a varias personas; quizá se tratase de saqueadores, o bien de propietarios que salían de sus escondites o que volvían a la ciudad. No había ninguna embarcación en la orilla, nada en buen estado, al menos. De un modo parecido, por más que buscaron no fueron capaces de encontrar un solo caballo en Tauromenio, ni tampoco una mula. No quedaba ni un animal que pudiera servirles como montura.

Tendrían que ir a pie. A esas alturas, las fuerzas rebeldes debían de estar acercándose a Catania. Ballista e Isangrim tendrían que seguir sus pasos. La presencia del Etna significaba que no había atajos posibles. De algún modo tendrían que bordear el campamento de los esclavos, o incluso colarse en sus filas. Por arriesgado que fuera, debían llegar a Siracusa antes que los rebeldes.

Ballista miró a su hijo. Isangrim estaba preparando un fuego para pasar la noche. Por supuesto, había otra opción. Ballista se fijó de nuevo en el mar y en las montañas de la otra orilla. Hacia el norte no había más que tres kilómetros entre la isla y el continente. Era bien sabido lo traicionero que podía llegar a ser el estrecho de Mesina, en la antigüedad se creía que era la morada de Escila y Caribdis. Las corrientes eran rápidas y fuertes, y el mar estaba repleto de innumerables monstruos de las profundidades, además de atraer a los tiburones más que cualquier otro lugar. Sin embargo, si se dirigían hacia el norte sin duda encontrarían algún tipo de embarcación, en alguna aldea pesquera remota o desatendida en una caleta. Ballista había navegado toda la vida. Se veía capaz de llevar a Isangrim hasta tierra firme. Pero luego sería demasiado tarde para regresar a Siracusa.

Era un dilema terrible. Dejar a su hijo en un lugar seguro implicaba abandonar al resto de la familia. Acudir en ayuda de esta implicaba poner en grave peligro a Isangrim. Ballista se sintió sobrepasado por el peso de la decisión.

Isangrim puso una sartén en el fuego y empezó a freír la carne que Hilaro les había dado. Las alacenas de la villa no habían quedado vacías del todo. Hilaro había demostrado una valentía

extraordinaria; al quedarse en la casa después de que la familia hubiera partido se la había jugado pensando que no le harían daño, puesto que él también era esclavo. El anciano había arriesgado el pellejo y había salido ganador. Esa tarde se había quedado de nuevo en la casa, y Ballista tan solo esperaba que estuviera bien. Al fin y al cabo, a esas alturas la situación era menos peligrosa. Antes de marcharse, Ballista le había concedido la libertad.

Hilaro les había contado que, después de que los rebeldes saquearan la villa, había salido a la ciudad para mezclarse con los esclavos en el foro. Aunque muchos de los insurrectos eran bárbaros alamanes, nadie se había enfrentado a él. Había podido escuchar cómo el líder se dirigía a los esclavos desde los escalones del consistorio. Sóter, el supuesto salvador, había hablado sobre el regreso a la era de Saturno, una edad dorada previa a la esclavitud. Se proponían conquistar Sicilia entera para luego fundar una Ciudad del Sol, en la que nadie estaría sometido a los grilletes y a la servidumbre, donde todos serían libres e iguales.

El discurso fascinó a Ballista. Ninguna rebelión de esclavos había triunfado hasta el momento, por lo que tampoco había quedado constancia de sus esperanzas. Las historias las escribían siempre los vencedores, de manera que los esclavos siempre quedaban condenados por la historia, retratados como salvajes feroces e irracionales con ansias de resarcirse. Más allá de cobrarse una sangrienta venganza, aspiraban a volver las tornas y rehacer el mundo, convirtiéndose ellos en los amos y utilizando como esclavos a los antiguos propietarios que hubieran sobrevivido a la masacre.

Ahí tenía la prueba de que los libros de historia no contaban todo lo ocurrido. Muchos esclavos como Sóter habían recibido una educación. Podían hablar de filosofía, de ideales sobre la igualdad, de la fraternidad entre los hombres. Podían cambiarlos para adaptarlos a sus propósitos, sacarlos de la oscuridad de su propia moralidad y convertirlos en un grito unificador para crear un mundo mejor. Incluso los analfabetos sabían que hubo un tiempo en el que la humanidad vivió de acuerdo con la naturaleza, un

tiempo en el que la esclavitud no existía. Incluso los más necios podían detectar en ello un canto de sirena por la libertad, y no solo en su propio beneficio.

Para romper ese torrente de pensamientos, Ballista tuvo que sacudir la cabeza como un perro saliendo del agua. No importaba lo nobles que pudieran ser los motivos del alzamiento. Se acordaba perfectamente de lo ocurrido en la villa de Cecilio, de cómo los habían perseguido para darles caza a las afueras de Enna. Estaba decidido a matar hasta al último de los rebeldes y bañarse en su sangre antes de permitir que le hicieran daño a su familia.

—Estás muy callado —dijo Isangrim.

—No es nada.

—La comida está lista.

Se sentaron y comieron apoyando la espalda en el muro de lo que mucho tiempo atrás había sido una casa. La mampostería era tosca e irregular, ejecutada con piedras ciclópeas. El fuego hizo danzar unas sombras deformes sobre su superficie. Naxos era muy antiguo, el primer asentamiento de los griegos en la isla. Habían pasado mil años desde que los primeros hombres se sentaron a comer en ese lugar, y ahora todos ellos estaban muertos. Algunos hombres encontraban consuelo en la inmensidad del tiempo. ¿Qué eran sus problemas al lado de esa magnitud? Nada más que un latido del corazón, un parpadeo en la eternidad. Sin embargo, esa idea no consolaba lo más mínimo a Ballista.

—¿A cuántos hombres has matado? —preguntó Isangrim de improviso.

—No te lo sabría decir. —El muchacho guardó silencio, y Ballista le preguntó—: ¿Estás bien?

—No te preocupes —repuso Isangrim con una sonrisa—. No me he convertido al cristianismo ni nada de eso.

—Matar no es algo que deba tomarse a la ligera. Nunca te deleites con ello.

Una vez más, Isangrim se quedó callado.

—Hiciste bien, Isangrim. Hiciste lo que debías.

—Marco. Prefiero que me llames Marco.

Entonces fue Ballista quien, atónito, se quedó sin habla.

Su hijo parecía avergonzado.

—Cuando eras pequeño, empecé a enseñarte la lengua de Germania. ¿Sabes por qué?

—Porque estás orgulloso de tus ancestros.

—Solo en parte. No todos eran hombres buenos —replicó Ballista, tras lo que se echó a reír y decidió cambiar el enfoque—. ¿Conoces la historia que contó Tácito sobre el príncipe parto Meherdates?

El chico frunció el ceño hasta que consiguió recordar el relato y lo demostró con una sonrisa.

—Un rehén, educado en Roma. Cuando el emperador lo mandó de vuelta para que ostentara su trono, los partos lo mataron porque no conocía sus costumbres. No, así no era. No lo aceptaron como uno de ellos y le cortaron las orejas.

Ballista observó a su hijo mientras se lo contaba, por lo que pudo ver su reacción cuando comprendió lo que le quería decir.

—Pero el emperador te mandaría a ti, no a mí.

—Yo me estoy haciendo viejo.

Isangrim quedó consternado.

—Puede que no llegue a suceder jamás..., Marco.

15

Al principio anduvieron bajo el sol por el camino que transcurría cerca de la orilla. Las olas chocaban contra la arena de color gris pálido y las gaviotas chillaban en el cielo despejado. Esparcidos por la playa había varios grupos de piedras grandes y redondeadas de color gris oscuro. Su superficie lisa brillaba como el manto de las focas.

La montaña estaba más calmada que el día anterior. Los devotos pensarían que Hefesto descansaba en su forja, o que Tifón gozaba de un descanso de su tormento. Un racionalista diría que los vientos subterráneos habían amainado.

A medida que fue avanzando la mañana, una brisa fría empezó a soplar a sus espaldas y las nubes de tormenta se acumularon en el norte. Hacia mediodía, el sol ya había quedado cubierto y empezó a llover. Los goterones dejaban hoyuelos en el polvo del camino. Refugiados bajo el tronco de un olivo viejo comieron un poco de cerdo salado y pan.

Ballista se quedó mirando a su hijo mientras el chico se lamía la grasa de los dedos.

«Marco, tengo que acordarme de llamarle Marco.»

Y ya no era ningún chico, sino un joven. Y no por el hecho de que hubiera matado al cazador de fugitivos. En determinadas circunstancias, cualquiera puede llegar a matar. Con un golpe asestado con un poco de fortuna o tirando una teja desde un tejado

cualquiera podía matar, incluso un niño o una anciana. Lo decisivo había sido la conversación que habían mantenido la noche anterior. Ballista le había planteado las opciones que tenían: por un lado, podían dirigirse hacia el norte, encontrar un bote, cruzar el estrecho hasta un lugar seguro y esperar que Siracusa no cayera en manos de los rebeldes o que Julia y los demás también consiguieran llegar a Italia. La otra opción era dirigirse hacia el sur, de algún modo rodear o atravesar las fuerzas rebeldes y alcanzar Siracusa antes de que la ciudad quedara asediada. Si elegían esa segunda alternativa, siempre existía la posibilidad de que la familia se hubiera marchado también de Siracusa, por lo que correrían todos aquellos riesgos en vano. Sin embargo, Marco no había dudado ni un momento.

Se dirigirían hacia el sur.

Por la tarde, la lluvia arreció y empezó a convertirse en aguanieve, hasta que por fin comenzó a nevar. Tras las ráfagas iniciales, cayó sobre ellos un manto envolvente de nieve continua. Tan cerca del mar había demasiada humedad para que cuajara, pero si continuaba cayendo de ese modo pronto quedaría acumulada en los extensos pliegues y montículos de las laderas más altas de la montaña. Siguieron andando con pesadez, a pesar del frío y la humedad, envueltos por la tormenta.

El camino se apartaba del mar por unos campos de olivos y unos viñedos por los que no vieron a nadie. Tenían por delante un largo día de viaje a pie desde Naxos hasta Catania, más o menos unos cuarenta kilómetros. Había un asentamiento no muy lejos de su destino, por lo que optaron por cruzar los campos y evitar la aldea. Seguramente ya habría anochecido cuando llegaran a la ciudad. Ballista no lo había decidido, pero pensó que lo mejor sería atravesar las líneas rebeldes aprovechando la oscuridad. Les convenía que la tormenta no amainara. Incluso los centinelas disciplinados de una legión romana estaban menos atentos en una noche de mal tiempo como esa. Con un poco de suerte, los esclavos habrían abandonado sus puestos de vigilancia para buscar el calor de las hogueras y algún tipo de refugio. Si los dioses lo permitían, podrían pasar sin tener que luchar.

No se veía gran cosa por culpa de la nieve, que además amortiguaba todos los sonidos. Por suerte, en un breve momento de calma oyeron el tintineo de unos arreos y el retumbar de cascos, y pudieron ocultarse justo a tiempo en el fondo encharcado de una zanja.

Ballista los dejó pasar antes de asomar la cabeza por el borde. La docena de jinetes ya desaparecían en dirección norte bajo la cortina de nieve. Llevaban mantos abultados, la mayoría con capucha, aunque un par de ellos lucían sombreros de ala ancha sobre el pelo largo y trenzado.

Cabalgaban al trote en columna de a dos, examinando los alrededores. Poco después quedaron fuera del alcance de la vista y del oído, como si se los hubiera tragado la tormenta, y al cabo de un rato Ballista y Marco salieron de la zanja, se sacudieron el lodo que se les había pegado en la ropa y siguieron andando por el camino. No tenía sentido comentar lo que acababan de ver.

A pesar del retraso que supuso tener que esconderse de la patrulla y atajar por los campos para evitar la pequeña población, llegaron a Catania a medianoche. La tormenta se había desviado hacia el sur, el cielo nocturno estaba despejado y teñido de un matiz azulado por encima de un mar luminiscente. Se apartaron del camino y subieron a una colina que no quedaba muy lejos de la ciudad.

Desde aquella atalaya pudieron divisar la ciudad entera: la curvatura de las murallas, las imponentes puertas, la ciudadela coronada por los templos y el anfiteatro excavado en el flanco norte, así como la media luna que describía el puerto. Catania no había caído todavía.

El campamento rebelde estaba esparcido por todo el perímetro y se extendía tierra adentro hasta la orilla opuesta de un pequeño lago, junto al que había un gran pabellón, unas cuantas tiendas de menor tamaño y filas de caballos dispuestos muy cerca. Aparte de eso, no parecía que reinara precisamente un orden estricto. Los esclavos rebeldes habían montado sus refugios simplemente donde les había parecido mejor. El humo de las hogueras que utilizaban para cocinar flotaba a la deriva por el

campamento, pero no había ni rastro de mujeres o de niños.

—¿Cuántos son? —preguntó Marco.

—Muchos.

—¿No sabrías decirlo?

—No. En un ejército normal hay entre ocho y diez hombres en cada tienda. Se estima el número de tiendas, se multiplica por diez y luego, según el tiempo que lleven acampados, se resta un porcentaje para tener en cuenta las bajas, los rezagados y los desertores. Pero esto no es un ejército normal.

—Pero todos han venido a luchar.

—Sí, deben de haber dejado a sus familias en algún lugar de la costa norte. Eso demuestra cierto control sobre la situación. ¿Y ves las filas de caballos que hay junto a la tienda grande? Sea quien sea en realidad ese tal Sóter, está construyendo algo de la nada. Ha organizado piquetes, y la patrulla montada que hemos visto también indica cierta disciplina.

—¿Cuántos dirías que hay?

—Demasiados. Varios miles, puede que incluso diez mil.

—¿Y qué haremos?

Ballista miró hacia tierra adentro, más allá del lago.

—Podríamos intentar dar un rodeo a campo traviesa, pero eso nos llevaría demasiado tiempo. No sabemos cuánto más resistirá Catania. La otra opción sería atravesar el campamento con todo descaro.

Marco enderezó los hombros.

—Entonces, eso es lo que haremos.

—¿No estás demasiado cansado? Ha sido un día muy duro.

—El miedo me ayudará a seguir adelante.

Ballista sonrió.

—Solo por esta noche, estaría bien que volvieras a ser Isangrim. Si alguien nos pregunta, somos de una tribu germana. Y a mí llámame Dernhelm. ¿Recuerdas algo de la lengua?

—Un poco —respondió Marco.

Intentó hablar la lengua de los bárbaros del norte, pero su acento era demasiado marcado. No convencería a nadie que conociera el idioma de verdad.

—Será mejor que me dejes hablar a mí.

Las dos figuras embarradas y zarrapastrosas recorrieron el camino a pie hasta llegar al puesto de vigilancia.

—*¡Libertas!*

Les dieron el alto en latín. Había diez guardias, la mitad agazapados junto al fuego y los demás de pie, en el camino.

—No conozco la contraseña —respondió Ballista en el mismo idioma, aunque dejó que su pronunciación revelara su origen nórdico—. Sóter nos ha mandado explorar el Etna después de salir de Tauromenio.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó en su lengua materna un germano de gran estatura que llevaba el rostro oculto por el ala del sombrero. Dio la impresión de que estaba al mando de aquellos hombres.

—Dernhelm de los anglos, y este es mi hijo Isangrim.

El guerrero no respondió enseguida. Primero los examinó con detenimiento, echándose el sombrero hacia atrás. Llevaba una barba poblada y el pelo largo y trenzado más allá de los hombros. Tenía una letra F marcada a fuego en la frente.

—Ya nos hemos visto antes.

A Ballista se le cayó el alma a los pies. Menuda coincidencia, y justamente allí.

—En la playa frente a Panormo.

—Lo recuerdo.

—Cuando dije que nos volveríamos a ver, no tenía ni idea de quién eras.

—Pero ahora sí.

—Sí, ahora sí —repuso el germano. Sus seguidores, todos miembros de las tribus del norte, se habían puesto en pie. Habían desenvainado las espadas y habían rodeado a Ballista y a su hijo—. Desarmadlos —ordenó.

Marco se llevó la mano a la empuñadura, pero su padre negó con la cabeza. No tenían ninguna posibilidad. Los guerreros les arrebataron las armas.

—No hay reyertas entre nuestra gente —dijo Ballista.

—Los anglos sois aliados de Roma. Los alamanes, en cambio,

luchamos contra el imperio.

—Hoy en día sí —concedió Ballista—, pero las cosas no siempre han sido así. Un guerrero no elige contra quién lucha. Tú y yo somos como la nieve que se posa sobre un árbol u otro.

El guerrero sonrió.

—Solo que tú eres mi prisionero.

—¿Y qué harás?

—Eso lo decidirá Sóter. Tal vez decida mataros, o quizá os encuentre alguna otra utilidad.

Marcharon juntos hasta el lago.

—*Libertas* —los saludaron los guardias del pabellón.

—*Virtus* —repuso el alamán.

«Una sola palabra —pensó Marco—. Si hubiéramos sabido esa palabra, podríamos haber cruzado el campamento sin problemas y a estas alturas ya habríamos retomado nuestro camino.»

Había una docena de alamanes más guardando la entrada al gran pabellón, aunque no había ninguno patrullando por el perímetro. Esperaron junto a la puerta. Marco estaba desconcertado. No tenía la menor duda de que los guardias lo abrirían en canal si se resistía o intentaba escapar. Sin embargo, el líder de la avanzadilla había tratado a su padre casi con deferencia, tal vez porque hablaban el mismo idioma. Gracias a aquellas lecciones tan alejadas en el tiempo, Marco había podido comprender unas cuantas palabras. Habían hablado sobre el líder de los rebeldes, Sóter, cuyo nombre estaba vinculado al de la diosa Afrodita.

El guerrero había utilizado la palabra Epafrodito, el amado de Afrodita. No obstante, él y Ballista también habían hablado de algún tipo de deformación física. Si Marco lo había comprendido correctamente, Sóter era tuerto, solo tenía un ojo.

Un chambelán salió del pabellón e hizo entrar al líder del piquete. Marco y su padre se quedaron esperando fuera con los otros guardias.

Al cabo de un rato, el chambelán volvió a salir y los instó a

acceder al pabellón. Había una antecámara con pasillos que recorrían por el interior las paredes de la tienda. El chambelán retiró un telón para dejarlos entrar a la sala principal, de la que salió un intenso aroma a incienso. La suave luz de una lámpara refulgía en los ricos tapices y en las estatuas antiguas. Al fondo había un estrado elevado unos cuantos palmos del suelo, y en el centro de esta tarima, el trono curul de un magistrado superior, ocupado por un hombre ataviado con una toga de color púrpura y con una corona de oro que brillaba como el sol. Tenía el pelo largo y blanco, igual que la barba, y llevaba uno de los ojos cubierto con un parche.

—*Proskynesis* —susurró el chambelán.

Marco miró a su padre y luego lo imitó. Se inclinaron en una reverencia y luego se llevaron las puntas de los dedos a los labios para lanzarle un beso a la figura sentada en el trono.

«Sóter debe de haber tomado como modelo para sus audiencias las de los monarcas», pensó Marco. Al menos, el líder de los esclavos rebeldes no había insistido en la plena adoración ni los había obligado a humillarse tendiéndose en el suelo bocabajo como solían hacer los potentados orientales.

El rey de los esclavos los miró con su único ojo. Frente al estrado había un fuego que ardía en un altar bajo, flanqueado por una docena de hombres armados con hachas. A un lado, varios secretarios esperaban con su material de escritura. Sobre el estrado, detrás de Sóter, había siete consejeros. Seis de ellos eran alamanes, uno de ellos el guerrero que los había capturado. El séptimo llevaba puesta una toga con la amplia franja de color púrpura que lo distinguía como senador romano. Los lictores, la corona, los consejeros... No dejaba de ser un simulacro bárbaro del consejo de un emperador romano.

Marco miró a su alrededor como si alguna divinidad fuera a revelarle algún modo de escapar de allí. Había tres aberturas más: dos en los lados, que debían de conectar con los pasillos que transcurrían alrededor de la pared exterior, y una en la parte de atrás, que seguramente daba a una estancia privada de menor tamaño. De alguna manera, Marco supo que había guardias al otro

lado de cada uno de los telones que cerraban las aberturas.

—Sois Marco Clodio Ballista —constató el rey de los esclavos en un griego ático que demostraba su sólida formación—. Conocido por los germanos como Dernhelm. Y estáis aquí en misión de espionaje.

—No —respondió Ballista en el mismo dialecto—. Somos viajeros, nos dirigimos a Siracusa.

—Para organizar la defensa de la ciudad.

—Para reunirnos con nuestros seres amados. La madre del chico y el resto de la familia están allí.

Un movimiento llamó la atención de Marco. Un cuervo adiestrado, posado sobre el brazo del trono, cambió de posición para acicalarse las plumas.

Como si hubiera notado su mirada, el ave se detuvo y lo observó con un ojo reluciente.

—Tenéis esclavos —prosiguió Sóter, aunque era imposible determinar si lo preguntaba o simplemente lo afirmaba.

—He liberado a todos mis esclavos —respondió Ballista.

—¿Y vuestra esposa y su familia?

—Todos los que están bendecidos por la fortuna poseen esclavos. Es natural.

—Hay quien sostiene que ese control sobre otros seres humanos va contra la naturaleza.

Ballista no repuso nada al comentario.

—Que un hombre pueda ser un esclavo y otro hombre libre no es más que una convención. No existe ninguna diferencia natural, y por consiguiente no puede ser justa, ya que se basa en el uso de la fuerza.

Marco se preguntó si su padre habría detectado la referencia a Aristóteles.

—Yo no soy filósofo —dijo Ballista.

—Ocurre lo mismo con la ley romana. La esclavitud es una institución según la cual una persona queda en posesión de otra contradiciendo el orden natural.

—Tampoco soy magistrado.

—Pasé nueve días y nueve noches colgado en la cruz. A

diferencia del falso dios de los cristianos, yo no morí. Ese árbol de la vida me concedió sabiduría. Cuando me bajaron de la cruz, dejé que me esclavizaran para aprender qué era el mal. El hombre que se creía mi amo me convirtió en su secretario. Y ahora me he revelado para liberar a los hombres.

—Ninguna revuelta de esclavos ha llegado a tener éxito jamás.

Marco creyó que las palabras de su padre habían sido precipitadas. Sóter tal vez era un hombre formado, pero también un lunático. Sin embargo, el rey de los esclavos no pareció ofenderse por el comentario.

—Esto no es una revuelta de esclavos. Este es mi reino. Y no habrá esclavos en la isla del Sol.

—Eso no es más que un sueño de filósofos.

—La otra isla del Sol está en el océano, a cuatro meses de viaje en barco al sur de Arabia. Como sus justos gobernantes, no reclamo otros territorios.

—El emperador enviará un ejército para recuperar Sicilia.

Sóter sonrió.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Sois amigo de Galieno, sabéis bien que al emperador le sobran los problemas. Tiene a Póstumo en Occidente y a Odenato en Oriente. ¿De verdad puede permitirse enviar tropas a una expedición hacia el sur? ¿Y qué hay del norte? De momento, los alamanes están tranquilos, pero apenas hace cinco años que llegaron hasta las puertas de Roma. Mis consejeros, los guerreros de este pabellón, alcanzaron las puertas de Roma.

—Odenato gobierna en Oriente en el nombre de Galieno —afirmó Ballista.

—Y yo estoy dispuesto a hacer lo mismo en Sicilia. La isla del Sol es rica, enviaré grano y vino a Roma en cuanto Galieno haya reconocido mis derechos sobre Sicilia.

Marco pensó que Sóter tal vez se equivocaba, pero sin duda no era ningún necio.

—Mi amigo —empezó a decir, señalando al único consejero que vestía toga—, el cuestor Cayo Mesio Modio, era quien debía

acudir a notificárselo a Galieno, pero me parece mucho mejor encomendar esa misión a un amigo personal del emperador.

Marco miró a su padre. Ballista estaba impertérrito, su rostro era una verdadera máscara.

—Por supuesto, eso tendrá que esperar hasta que hayamos tomado Siracusa y tengamos controlada toda la isla.

Ballista asintió con gravedad antes de hablar de un modo desapasionado, como si no estuviera discutiendo más que una simple proposición teórica.

—Las murallas de Siracusa son sólidas, demasiado fuertes para conquistarlas. Y sus graneros están bien abastecidos. Vuestro ejército se morirá de hambre antes que sus ciudadanos.

El rey de los esclavos aplaudió con deleite.

—Por eso el destino me ha enviado a un general con experiencia en asedios. Os encargaréis de tomar Siracusa en mi lugar.

Ballista no replicó enseguida.

El único sonido que se oyó fue el siseo del fuego que ardía en el altar.

—Si perdonáis la vida a mi familia —dijo Ballista—, yo os ofreceré Siracusa.

Marco se quedó mirando horrorizado a su padre.

El rey de los esclavos le dedicó una sonrisa a Ballista.

—Somos parecidos, parecemos parientes próximos. Como dicen en el norte, somos como la nieve que se posa en un árbol o en otro.

16

—¿Cómo has podido?

Con un gesto, Ballista le indicó a su hijo que guardara silencio.

—¡Has hecho un juramento! —exclamó Isangrim.

Su padre lo agarró por los hombros.

—Baja la voz, y habla en griego.

Les habían concedido una tienda cerca del pabellón. Los dos guardias que vigilaban fuera eran alamanes. Puesto que habían sido esclavos, sin duda debían de comprender el latín, pero tal vez no sabían griego.

—Has jurado servir a los rebeldes —siseó Marco.

—Un juramento bajo coacción no es vinculante.

—Sóter no te ha amenazado.

—La amenaza era implícita.

Marco estaba furioso y consternado.

—Suenas como un sofista argumentando que el negro es blanco.

Ballista desvió la mirada.

—Ya lo has hecho en otras ocasiones, ¿verdad?

—Más de una —admitió Ballista.

—Un hombre que falla a su palabra no tiene honor.

Ballista notaba cómo la ira empezaba a crecer en su interior.

—No somos los héroes virtuosos de una novela griega.

Intentaba ganar tiempo, mantenernos con vida.

—No es buena idea burlarse de los dioses. Su venganza es lenta pero segura.

—Sería mejor que fueras epicúreo como tu madre. Si existen los dioses, están lejos y no les importamos.

—Pero eso no es lo que tú crees.

—No, seguramente no. Si existe el castigo divino, que caiga sobre mi cabeza.

—A veces los dioses demuestran misericordia —objetó Marco, cuya ira iba con claridad en declive—. En cualquier caso, los héroes de las novelas griegas no siempre tienen altos valores morales.

—Y los de las latinas son todos tramposos y mentirosos —añadió Ballista.

Los dos sonrieron. La tensión entre ellos había desaparecido.

—Ahora que has conseguido ganar tiempo, ¿qué haremos con él?

El típico comentario práctico que habría hecho Julia. Marco le recordaba mucho a ella.

—Me pondré gravemente enfermo y tendrás que pedir a los guardias que traigan a un médico.

—Ese truco tan viejo no funcionará. Y, en cualquier caso, hay dos guardias y van armados. Y nosotros no tenemos nada.

—No se me ocurre nada mejor. Esperaremos hasta pasada la medianoche, cuando todo el campamento esté dormido.

Ballista estaba tendido en uno de los dos camastros de paja, cubierto con una manta. Había calentado agua en el brasero y se mojó con ella la frente y la nuca para que pareciera sudor.

—Por favor, mi padre está enfermo. Necesita un médico.

El telón de la tienda se retiró enseguida. Los dos alamanes miraron hacia dentro.

—Está ardiendo —explicó Marco con la voz desesperada—. Creo que lo han envenenado.

Los guardias intercambiaron una mirada. Tenían órdenes de

asegurarse de que no le ocurriera nada malo a Ballista.

—Por favor, tenéis que ayudarle.

Los alamanes recelaban. Uno entró en la tienda mientras el otro se quedaba fuera vigilando.

—Si se muere...

No era necesario terminar de proferir la amenaza. La ira del rey de los esclavos sería terrible.

El guardia que había entrado en la tienda se arrodilló y le tocó la cara a Ballista. Este se encogió de dolor y soltó un gemido.

—Puede que tenga fiebre —dijo el guardia, levantándose—. Vigílalo, yo iré a buscar al médico.

Ballista se quedó quieto un poco más, pero luego empezó a quejarse y a patalear.

—Le ha dado un ataque —exclamó Marco, abalanzándose sobre su padre—. Por todos los dioses, ayúdame.

Todavía no muy convencido, el otro alamán entró a echarle un vistazo a Ballista. Este se levantó de un salto, lo agarró por la garganta con las dos manos y lo tiró al suelo. El alamán soltó un gruñido de sorpresa, pero Ballista dejó caer su peso sobre él. El alamán se retorció, y los dos hombres rodaron por el suelo de la tienda forcejeando. Una rodilla acertó sin demasiada fuerza en la entrepierna de Ballista, que de todos modos notó cómo le sobrevenía una náusea. Chocaron contra la pared de la tienda, Ballista todavía encima del guardia. Sin soltar el cuello de su oponente, plegó el cuerpo de manera que quedó de rodillas sobre él. Con la mano derecha, el alamán se sacó la daga del cinturón, pero Ballista se aferró a su antebrazo con la mano izquierda como un perro agarraría a una rata. El alamán abrió la boca y tomó aire para gritar, pero no llegó a emitir ningún sonido, ya que Ballista lo seguía asfixiando con la mano derecha. El guardia recurrió a las uñas buscando los ojos de su contrincante, pero este, retrocediendo, utilizó toda su fuerza y su peso para asfixiar al alamán, que cada vez abría más los ojos y tenía más manchas en el rostro. Implacable, Ballista le aplastó la tráquea y le quitó la vida.

Las extremidades del alamán se retorcieron y sus talones golpearon el suelo antes de quedarse del todo quieto. Ballista le

agarró la garganta con las dos manos para asegurarse de que estuviera muerto. Sus dedos se hundieron en la carne flácida.

—Es suficiente —dijo Marco.

Jadeando, Ballista se dejó caer sobre el cadáver del guardia. Tenía sangre en las mejillas, estaba completamente agotado y los brazos le temblaban. Pero no había tiempo para demostrar debilidad. Forzando al aire a entrar en sus pulmones, se puso en pie de nuevo.

—Vigila fuera.

Como un guerrero de una sórdida epopeya, Ballista desnudó a su enemigo, le quitó la espada y la daga, e hizo rodar su cuerpo para liberarlo del manto. El interior de la tienda apestaba como una letrina. El alamán debía de haber vaciado la vejiga y los intestinos. La muerte no entendía de dignidad.

—¡Que vienen! —exclamó Marco, asomando la cabeza en la tienda—. El médico y el guardia.

«Hades, ¿por qué han tenido que llegar tan pronto?»

Ballista echó una manta sobre el cadáver asegurándose de cubrir bien la cabeza y le dio la daga a Marco.

—Tendrás que hablar con el médico. Agáchate sobre el cadáver.

Ballista se puso el manto, se caló bien la capucha y se colocó a un lado de la entrada.

—¡Ayúdame, creo que está muerto!

Ante la súplica de Marco, el médico entró corriendo en la tienda, empujado por el otro guardia. Ballista dio un paso adelante y golpeó al guerrero con todas sus fuerzas en la sien con la empuñadura de la espada. El alamán se desplomó como una estatua derribada.

El médico se dio la vuelta, demasiado sorprendido para gritar.

—No hagas ruido —lo amenazó Marco acercándole la daga al cuello.

Ballista le dio una patada al hombre caído. El alamán no hizo ningún ruido. Doblándose sobre él, Ballista le tocó la garganta y le notó el pulso. Estaba inconsciente, pero no había muerto. De momento no suponía ninguna amenaza, y eso era lo más

importante. Ballista le quitó las armas y las echó a un lado.

El médico empezó a gimotear de miedo.

—¿Cómo te llamas?

—Evágoras. ¡Por favor, no me matéis!

—La muerte tiene que ser la última de tus preocupaciones. Haz lo que te digo y vivirás.

Ballista le quitó la bolsa en la que llevaba los instrumentos médicos y le registró la ropa a conciencia. El médico tenía un cuchillo, pero nada más.

—Dame tu anillo de sello.

El médico se lo entregó.

—Por favor, llevadme con vos. Soy un hombre libre. Me obligaron a unirme a ellos. Por favor, no me dejéis aquí.

Ballista le agarró la cara, lo obligó a abrir la boca y le tocó los dientes, como si estuviera comprando una mula.

—Mientes. Eres un esclavo.

—No, soy un hombre libre.

—Los dientes te traicionan. Están gastados, te has pasado la vida comiendo el pan duro que se os da a los esclavos.

Ballista le quitó el manto al médico y lo utilizó para atarle las manos a la espalda antes de obligarlo a arrodillarse.

—No conseguirás escapar —lo amenazó el médico, desafiándolo con la mirada—. Sóter te matará, a ti y a tu chico. Acabará con todos los de tu estirpe. Torturará a tu hijo hasta la muerte y te obligará a ver cómo lo hace. Los dos moriréis lentamente, de un modo refinado. Suplicaréis que la muerte venga a buscaros y os libere de una vez por todas del sufrimiento.

Ballista le pegó un bofetón a la altura de la oreja.

—No pongas a prueba mi paciencia, la misericordia no es una cualidad infinita.

Tras cortarle una tira de ropa de la túnica al médico, Ballista improvisó una mordaza. El médico forcejeó hasta que Marco lo pinchó con la daga que todavía tenía en la mano. Ballista tendió al médico en el suelo y lo inmovilizó atándolo con su propio manto.

—Coge las armas del otro guardia y el fardo, y ponte un manto.

Cuando los dos se hubieron armado, se envolvieron con las capas de los guardias. Ballista miró a su alrededor y tras pensarlo unos instantes le propinó una patada al brasero, que fue a parar sobre el colchón de paja que todavía estaba vacío.

—No podemos dejar que mueran calcinados vivos —exclamó Marco, mirando a su padre, horrorizado.

—Seguramente alguien acudirá a rescatarlos. Necesitamos una distracción.

El campamento estaba en silencio, dormitando en las profundidades de la noche. Nadie salió a su encuentro hasta que llegaron a las filas de caballos.

—*Libertas* —dijo el hombre al cargo de los caballos, un antiguo esclavo con acento sureño.

—*Virtus.*

—¿Quién sois?

Una mentira podía ser más peligrosa que la verdad.

—Marco Clodio Ballista.

El mozo de cuadra se rio por lo bajo.

—Todo el campamento comenta que os habéis unido a nuestras filas.

—Necesitamos dos caballos. Sóter nos ha ordenado que vayamos a Siracusa.

—No he recibido ninguna orden.

—El salvador le ha dicho a Evágoras, el médico, que nos diera su sello como prueba.

—No sé...

—Necesitamos dos caballos resistentes y sillas cómodas. No hay tiempo que perder.

Ballista se había pasado la vida dando órdenes, y el encargado de los establos, obedeciendo. Dos mozos de cuadra fueron a buscar los arreos.

—La yegua y el capón del fondo son los más resistentes que tenemos. Pueden pasarse el día entero cabalgando.

Mientras esperaban a que los mozos trajeran las sillas y les pusieran los arreos y las bridas a los caballos, fue como si los dioses hubieran detenido el tiempo. El encargado no paró de

parlotear amigablemente con ellos ni un momento.

—La diosa Afrodita favorece a Sóter, y habla a través de él. El salvador entra en trance, respira fuego por la boca, habla en lenguas extrañas. Lo he visto yo mismo, con mis propios ojos. Es increíble, os lo aseguro. Todas sus profecías se han acabado cumpliendo.

Mientras hablaba, Ballista iba pensando en matarlo, a él y a los dos mozos. Nada provoca más caos en un campamento por la noche que unos caballos sueltos. Sin embargo, había muchas tiendas desde las que podían oírlo. Sería difícil matarlos a los tres sin que hicieran ruido.

Cuando por fin lo tuvieron todo listo, los mozos de cuadra ayudaron a Ballista y a su hijo a montar.

—Que los dioses extiendan sus manos para protegeros.

—Lo mismo digo —respondió Ballista.

Mientras se alejaban, Marco le dedicó una sonrisa a su padre.

Ballista respondió a la sonrisa, pero era demasiado pronto para regocijarse. Todavía les quedaba un obstáculo por salvar.

El límite del campamento donde el camino seguía hacia el sur también estaba custodiado por alamanes.

—¡Alto! Nadie puede abandonar el campamento.

—Soy Dernhelm, hijo de Isangrim el Himling, caudillo de los anglos.

—He oído que Sóter os ha confinado a vuestros aposentos.

—Ha dado nuevas órdenes. Estamos preparados para entrar en Siracusa. Este anillo de sello demuestra su autoridad.

—Nadie puede salir del campamento a menos que Sóter me lo comunique en persona. Mandaré a un hombre para que vaya a preguntarlo.

Ballista cruzó una mirada con su hijo. Había diez alamanes. Estaban en clara desventaja, pero los guardias iban a pie, y cinco de ellos se encontraban holgazaneando junto al fuego.

—¿Qué demonios es eso?

Uno de los que estaban frente a la hoguera se puso en pie de un salto y señaló hacia el campamento.

Junto al lago había hombres gritando cerca del pabellón. Sus

siluetas negras quedaban recortadas frente a la luz de un incendio que se extendía por doquier. Las lenguas de fuego se alzaban hacia el cielo, arrastrando en sus remolinos las cenizas de las tiendas que estaban ardiendo.

—Algún estúpido exesclavo debe de haber volcado un brasero.

Todos los guardias se quedaron mirando el altercado.

—Malditos sureños.

Ballista asintió en dirección a Marco. Los dos espolearon las monturas al mismo tiempo. Los guerreros del camino se mantuvieron firmes, pero terminaron apartándose en el último momento, y los dos jinetes pasaron como una exhalación y se perdieron en la oscuridad.

17

Cabalgaron a buen ritmo durante la noche. Los cascos de los caballos sonaban como campanas sobre las piedras del camino. Lejos de las hogueras, la noche tampoco era muy oscura. Había luna menguante, pero el cielo estaba completamente despejado, de manera que el camino y los campos que había alrededor quedaban bañados por una luz fría y azulada. Se veía a bastante distancia, pero todo parecía plano, bidimensional, y resultaba difícil calcular las distancias. Mirando por encima del hombro, Ballista vio el fuego que ardía en la cima del Etna. Relucía de color rojo sin parpadeos, como si fuera el ojo de algún ser mítico o un depredador gigantesco.

Media hora después tiraron de las riendas, desmontaron y aguzaron el oído. Todavía no se oían sonidos de perseguidores. Comprobaron las cinchas para asegurarse de que las sillas no se hubieran desplazado y luego volvieron a montar para seguir avanzando al trote. Durante las siguientes horas de oscuridad fueron variando el paso entre el trote y el medio galope, para luego bajar de sus monturas y conducir a los caballos a pie. Era más lento, pero no podían permitirse el lujo de agotar a los caballos galopando con ellos hasta desgastarlos. Con esos cambios evitaban la fatiga que, de lo contrario, se instalaría en los músculos de los animales si sostenían un mismo ritmo de marcha.

Con la primera luz del alba miraron atrás. De momento, el

camino seguía vacío, y continuaron avanzando al medio galope de nuevo. El paisaje por esos lares era tan llano y suave como una mesa de mármol. Los campos interminables dedicados al cultivo del trigo y de las vides esperaban a que pasara el invierno. La vida bajo la montaña tenía dos caras, tarde o temprano el Etna sería una gran fuente de destrucción, pero de momento creaba la tierra más fértil que existía. Se decía que en los prados más altos de Catania las ovejas crecían tan hermosas que había que practicarles sangrías en las orejas cada cuatro o cinco días.

Ballista pensó en el viaje que tenían por delante. Por la llanura de Catania pasaban varios ríos. Ya habían cruzado el Simeto por la noche, pero todavía les quedaban el Terrias, el Assia, el Pantaquias y otros torrentes sin nombre. Todos tenían puente, por lo que ninguno de ellos los haría demorarse. Pasarían por la parte oeste del cabo Tauros y por la ciudad abandonada de Mégara. Subirían por las colinas, y a su derecha se alzarían los montes Ibleos hasta que por fin, unos kilómetros después de Tapso, quedarían justo enfrente de Epípolas, que protegía el acceso a la ciudad de Siracusa.

Sin duda alguna los perseguirían. Ballista le había revelado al rey de los esclavos que se dirigían a Siracusa. Había sido un error, pero no tenía sentido lamentarse por ello, ya no tenía arreglo. Mirar hacia atrás no era una virtud. En cualquier caso, no había ningún otro lugar al que pudieran acudir. Estaban atados a ese camino como Ixión a su rueda.

Sóter habría mandado a sus hombres para que intentaran abatirlos. El salvador basaba su autoridad en su carisma, sus hombres lo seguían y lo obedecían porque todas sus profecías se habían cumplido. El hecho de que el rey de los esclavos se hubiera dejado engañar dañaría su prestigio. Si Ballista y Marco escapaban, el débil control que Sóter ejercía sobre los miles de hombres del campamento empezaría a desmoronarse.

O conseguían llegar a la seguridad de las murallas de Epípolas o morirían en el intento. Estaban en manos de los dioses. Sin embargo, Ballista no estaba dispuesto a ceder a un fatalismo ciego. Los dioses, incluso las adustas divinidades del norte, favorecían a

los que no se dejaban llevar por la desesperación.

A media mañana hicieron un alto al llegar al río Terrias. Les quitaron las sillas a los caballos, les masajearon el lomo y luego los condujeron hasta el agua para abrevarlos. No dejaron que bebieran demasiado, pero los ataron de manera que pudieran pacer un poco de hierba. El encargado de los establos les había dicho la verdad. Tanto el capón como la yegua estaban soportando bien los rigores del viaje.

Ballista no estaba especialmente hambriento, al fin y al cabo habían comido en el campamento la noche anterior, pero de todos modos masticó un poco de carne secada al aire. Los alamanes les habían quitado las armas, pero les habían dejado los fardos e incluso el dinero y el resto de las cosas que llevaban asidas al cinto.

—¿Crees que la isla del Sol existe de verdad? —preguntó Marco. Habían hablado poco durante el trayecto, pero a Marco se le habían despertado las ganas de entablar conversación—. ¿Una isla de libertad, donde todos los hombres son iguales y la esclavitud no existe?

—Podría ser, tal vez en algún lugar muy lejano, pero ni siquiera allí los hombres son todos iguales. Los gobernantes siempre tienen el poder de decidir entre la vida y la muerte, y de elegir a sus sucesores. Eso no es libertad, solo sitúa a sus súbditos en una posición algo mejor que la de los esclavos.

—Entonces, la esclavitud es universal.

—No. En la estepa, la tribu de los alanos no tiene esclavos. Los hombres no tienen por qué vivir de ese modo.

Ballista observó a Marco mientras comía. A veces su hijo le parecía mucho mayor de lo que era en realidad.

—Si Sóter toma Siracusa y acaba conquistando toda Sicilia, ¿el emperador negociará con él? ¿Crees que reconocerá su autoridad? ¿Le concederá algún título como ha hecho con Odenato en Oriente?

—No, jamás —respondió Ballista con énfasis—. Galieno enviará un ejército, son casos completamente distintos. Odenato consiguió congregar a todos los hombres de su ciudad natal,

Palmira, así como a los soldados romanos que quedaban para luchar contra una invasión persa. Lo hizo en nombre del emperador. Ahora Odenato puede que esté actuando como gobernante independiente en las provincias orientales, pero sigue reconociendo la autoridad de Galieno. Odenato jamás fue un rebelde como Sóter.

Ballista se puso en pie y recogió su silla de montar.

—Además, la isla del Sol de Sóter no está aislada en medio del océano del sur. Sicilia se halla en el corazón del Imperio romano. El ejemplo que daría una comunidad sin esclavos no haría más que extenderse. Eso atraería a fugitivos de todo el imperio e inspiraría sublevaciones en otras provincias. El emperador tiene que aplastar la revuelta como sea. Si Galieno no estuviera en Milán y se pudiera navegar, las legiones ya estarían aquí.

Comprobaron los cascos de los caballos, les alisaron las mantas del lomo y ajustaron las sillas de montar antes de guiarlos de nuevo hasta el camino.

Sin embargo, Marco no había terminado de hablar.

—¿Crees que el médico murió calcinado?

Ballista hizo una pausa antes de responder.

—Tienes que recordar que él nos habría matado sin contemplaciones. A veces resulta duro demostrar la crueldad necesaria.

Marco no hizo más preguntas. Padre e hijo montaron de nuevo sobre los caballos.

—¡Mira!

Ballista no tuvo que preguntar hacia dónde. Hacia el norte, una alta columna de polvo en la vía Pompeya. A unos cinco o seis kilómetros. Demasiado lejos para poder divisar la patrulla.

Estuvieron cabalgando durante el resto del día. Cada hora se detenían y miraban atrás, puesto que la llanura les permitía avistar varios kilómetros de distancia. Bajo el resplandor del sol, el largo camino recto brillaba como si estuviera ardiendo. En una ocasión pensaron que la persecución había terminado, pero solo fue un engaño de la luz. Entre la neblina volvieron a aparecer enseguida las figuras de los cazadores, negras y maliciosas como insectos. Ya

estaban más cerca. A pesar del cansancio, Ballista y Marco reemprendieron la marcha.

Desde Catania hasta Siracusa por mar había unos sesenta y cinco kilómetros, pero por tierra el camino era más largo. Un hombre a caballo podía cubrir unos ochenta kilómetros diarios, los emisarios del imperio recorrían esa distancia de un modo rutinario. Si era urgente, el *cursus publicus* podía entregar el mensaje incluso mucho más lejos, hasta doscientos cuarenta kilómetros.

De un modo parecido, los jinetes tribales de la estepa eran capaces de cubrir esa distancia entre el alba y la puesta del sol, pero los guerreros nómadas llevaban caballadas de una docena de ejemplares, incluso más, mientras que los *cursus publicus* podían cambiar de montura cada pocos kilómetros. Ballista creía que una vez, por una emergencia, Alejandro Magno había forzado la marcha de su caballería hasta los sesenta kilómetros diarios durante varias jornadas seguidas. ¿Fue mientras perseguía al rey persa vencido? Había olvidado los detalles, pero de algo sí estaba seguro: al final, los caballos no debían de haber servido para nada.

Al anochecer llegaron a las colinas. Antes de que la luz desapareciera del todo, vieron que la patrulla continuaba recorriendo la llanura. Ballista y Marco siguieron caminando penosamente bajo los árboles, puesto que los caballos estaban extenuados. A medida que las sombras se cernían sobre el paisaje, Ballista se exprimió los sesos buscando la manera de engañar a sus perseguidores. Soltando a uno de los caballos en otra dirección podría crear un rastro falso, y colgando una linterna a la silla tal vez podría llamar su atención, pero no le sobraba ningún caballo ni tampoco disponía de una linterna. Si tuviera un arco, o uno o dos hombres más, con una breve emboscada desde la oscuridad podría cortar de raíz la persecución. Pero los guardias le habían arrebatado el arco en el campamento, y solo eran dos para enfrentarse a la patrulla. A otro hombre llamado Alejandro, un ciudadano de Emesa, en una ocasión lo habían perseguido unos soldados en Oriente. Fingió haber caído del caballo y su compañero preparó una pira. Los soldados quedaron convencidos de su muerte, de que habían visto cómo las llamas consumían su

cuerpo a pesar de que el compañero en realidad había incinerado el cadáver de un carnero. Alejandro escapó y no volvieron a verlo jamás.

Ballista se dio cuenta de que empezaba a divagar. Estaba agotado y la situación no pintaba nada bien. Para salvarse los dos, para proteger a su hijo, necesitaba pensar con claridad. En la guerra siempre había que plantearse cómo se veían las cosas desde el otro lado de la colina. Mucho tiempo atrás, Flavio Vopisco le había inculcado esa idea. Ponte en la piel de tu enemigo. ¿Qué harías en su lugar? Flavio Vopisco había sido un buen comandante.

Los jinetes de la patrulla sabían que Ballista y Marco iban armados. Sabían que no se rendirían, que estaban desesperados y que no entregarían sus vidas sin luchar. Los perseguidores los superaban en número, pero se mostrarían cautos de todos modos. Cuando llegaran a la ladera boscosa empezarían a inquietarse. Ninguno de ellos conocía el terreno y no se sentirían cómodos en aquellas cuestas oscuras y amenazadoras. ¿Y si su presa se volvía contra ellos como una bestia rabiosa acorralada? Cualquier arbusto o cualquier árbol podían ocultar a un hombre armado. El balanceo de una rama mecida por la brisa o el crujido de un animal nocturno en el sotobosque podía ser el movimiento furtivo de un hombre preparado para atacar a los que intentaban darle caza.

Ballista tiró de las riendas y se volvió hacia su hijo.

—Tenemos que encender un fuego.

Marco echó una última brazada de ramas caídas a las llamas. La leña estaba seca y podrida, el fuego no duraría durante mucho tiempo, pero al menos prendió enseguida y ardió con ganas. El chico regresó con su padre, recogió las riendas de su caballo y montó de nuevo. Siguieron cabalgando por el bosque y, al llegar al camino, volvieron a dirigirse hacia el sur al trote. Los caballos parecían algo menos exhaustos tras haberse librado del peso de los jinetes durante un rato. Marco miró hacia atrás y a través de los troncos de los árboles vio que el fuego brillaba como un faro amarillo.

Su padre había tenido una buena idea, sus perseguidores no pasarían por alto el incendio. Seguro que no se acercarían como polillas a la luz, pero se dispersarían para rodear el lugar y acercarse con mucha precaución a ver qué ocurría. Tal vez incluso tenían órdenes de traerlos de vuelta al campamento con vida. El rey de los esclavos seguramente querría saborear su venganza. Encender el fuego les había llevado algo de tiempo, pero con toda probabilidad demoraría a los cazadores todavía más.

Sin duda, su padre era un hombre valiente y con recursos, pero Marco seguía afligido recordando que habían dejado que el médico muriera calcinado. Marco ya había visto fallecer a un hombre de ese modo en un espectáculo público, en el teatro de Tauromenio. El hombre era un bandolero y, por supuesto, merecía morir. Alguien le había contado a Marco que el humo solía asfixiar al condenado antes de que las llamas lo alcanzaran, pero no fue el caso: el hombre seguía consciente cuando el fuego empezó a calcinarle las piernas y chilló sin cesar mientras la carne se le desgarraba y el aire se llenaba de ese horrible olor dulzón a cerdo asado que llegó hasta el público que estaba sentado en los elegantes bancos de mármol. Tras la ejecución, Marco pasó meses despertándose por las noches, acuciado por las pesadillas, empapado en sudor y con ese olor inconfundible en la nariz.

Ningún romano podía mostrarse quisquilloso ante el hecho de matar, era algo que simplemente su pueblo llevaba en la sangre. Rómulo había sido amamantado por una loba, y el fundador había matado a su propio hermano igual que sus ancestros troyanos habían liquidado a miríadas de guerreros en las llanuras barridas por el viento de Ilión frente a las murallas de la ciudad. Eneas había masacrado a los habitantes de Italia tras su desembarco. En cada columna y en cada arco de triunfo, los soldados romanos apilaban los cadáveres de los bárbaros aniquilados. El combate de gladiadores era una lección moral representada con sangre, y si incluso los esclavos y los delincuentes podían mostrar una fortaleza parecida a la del acero, ¿qué no se podía esperar de un ciudadano libre?

Sin embargo, había una gran diferencia entre matar a un

hombre de un modo honorable en batalla y torturar y ejecutar a gente indefensa. Para lo primero era necesario tener coraje, *virtus*, y ese era justo el dominio de los ciudadanos libres. Lo segundo no requería más que pericia y una crueldad inhumana. Por eso sus defensores solían ser extranjeros odiados. A los gladiadores se los encerraba en celdas dentro de sus barracones, a los verdugos que llevaban a cabo las ejecuciones y torturas públicas se los obligaba a vivir fuera de las murallas. La ley estipulaba que si esos *libitinarii* entraban en una ciudad debían llevar ropa de colores distintivos, de manera que la gente decente pudiera esquivarlos y evitar contaminarse con su proximidad.

Todo acto de brutalidad sin duda deja una herida en el alma que podía infectarse y extenderse por la oscuridad. Si no se cauterizaba a tiempo, el alma se acababa pudriendo. «Sería mejor —pensó Marco— que los hombres gobernaran su alma como si fuera una ciudad.» Todo acto de brutalidad debía ser confinado, apartado de la vista o desterrado a una oscuridad periférica.

Marco se quedó mirando a su padre. Tras la barba incipiente que le había crecido durante los últimos días, el rostro de Ballista conservaba la calma y parecía casi sereno a la luz de la luna.

Ballista se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa a su hijo. Fue una sonrisa franca, libre de cualquier culpa.

A pesar de todo lo que había hecho, su padre no estaba afligido por los *daimones*. Marco Clodio Ballista no era un hombre enfrentado consigo mismo o con el mundo. Cuando llegaran a la seguridad de Siracusa, Marco le preguntaría cómo conseguía tanta ecuanimidad.

Eso si llegaban a Siracusa, claro.

18

Durante las últimas horas de la noche se levantó una neblina que envolvió las vides y los árboles. Ya se acercaban a Siracusa, pero los caballos estaban al límite. Ballista y Marco siguieron guiándolos a pie para reservarlos por si era necesario un último esfuerzo.

Más allá de la niebla iluminada por la luna se alzaba imponente la estatua de Calístrato de Atenas. Tras la derrota de la expedición ateniense, Calístrato había guiado a su caballería hacia la seguridad de Catania. Los siracusanos les dieron alcance en ese tramo del camino. Calístrato ordenó a sus hombres que siguieran cabalgando y se volvió para luchar. Sus hombres consiguieron escapar, pero Calístrato acabó muriendo. Las líneas claras de la escultura, el porte del cuello del caballo y la serena aceptación del destino en el rostro del héroe parecían estar censurando la ansiedad de las despreciables y exhaustas criaturas de carne y hueso que pasaban junto a ella.

El cielo se estaba aclarando cuando salieron del bosque y llegaron a un campo de azafrán. Extenuados, volvieron a montar en los caballos. Con la espalda y los hombros doloridos y las piernas y los muslos entumecidos, Ballista pensó una vez más que ya era demasiado viejo para las exigencias de la vida en campaña. A su edad, cuarenta y dos primaveras, debería estar dando la bienvenida al alba desde la comodidad de su hogar, aprovechando la calma de primera hora de la mañana para leer un libro y

después afeitarse y vestirse, comer algo ligero y luego dar un paseo por los jardines o acudir al mercado en compañía de sus amigos. Una vida de ocio civilizado, el *otium* de un miembro cultivado de la élite romana que por fin ha dejado atrás las urgencias y los peligros del servicio público.

La neblina se volvió translúcida cuando el sol asomó por el horizonte. Luego se retiró a las hondonadas como una criatura de la noche se refugia en el inframundo. Las pocas nubes altas adoptaron tonalidades marmoladas de color púrpura y oro. La luz era extremadamente clara y hacía relucir todas y cada una de las gotas de rocío que poblaban la hierba, mientras que el aire estaba impregnado de un fuerte olor a salitre. Prometía ser un bonito día de otoño.

Cuando llegaron a lo más alto de una cuesta pudieron contemplar frente a ellos las murallas de Epípolas, que protegían el acceso a la ciudad. Solo faltaban unos pocos kilómetros. Estaban tan cerca que Ballista pudo divisar los muros y las torres que flanqueaban la puerta de Hexapilón, al término del camino de Catania.

De repente se oyó un grito salvaje, como el de un sabueso aullando al detectar a su presa. Los esclavos estaban saliendo del huerto de olivos, a menos de doscientos pasos de distancia. Las figuras oscuras y encorvadas acuciaron a sus caballos para terminar de una vez por todas con la persecución. Ballista no intentó contarlos, una sola mirada le bastó para saber que eran demasiados para tratar de enfrentarse a ellos.

Ballista detectó el miedo en el rostro de su hijo mientras espoleaban a sus monturas.

—¡Cabalga! —gritó Ballista—. ¡Casi hemos llegado!

Ballista se inclinó sobre la crin del caballo, con los brazos y las piernas lo instó a correr más, y padre e hijo galoparon a toda velocidad por el camino. Marco murmuraba algo, quizá procuraba animar a su montura o entonaba una oración, pero Ballista no acertó a distinguir las palabras. El ruido de cascos ahogó los sonidos de la persecución.

«Padre de Todos, extiende tus manos sobre tus

descendientes.»

La yegua de Marco bajó la cabeza y se tambaleó ligeramente. El miedo se clavó en el pecho de Ballista como una esquirla afilada, pero la montura de su hijo recuperó el ritmo de nuevo.

—¡Aguanta! ¡No estamos lejos!

Las palabras de Ballista quedaron acalladas por el retumbar de los cascos. No importaba, no tenían ningún sentido.

El camino empezó a ascender. Un kilómetro más. Ballista notaba cómo su montura perdía las fuerzas por momentos, pero el capón tenía el corazón muy grande. A pesar del abuso al que lo estaba sometiendo, seguiría galopando hasta desplomarse. «Vamos, por Hades, los caballos de los que nos persiguen tienen que estar igual de extenuados.» Lanzó una mirada hacia atrás y no encontró lo que esperaba ver: la patrulla les estaba ganando terreno.

Marco se había retrasado. A pesar de cargar con menos peso, la yegua no podía más. Si Ballista tiraba de las riendas y los retenía como había hecho Calístrato, tal vez su hijo podría escapar. Pero no, había demasiados rebeldes. Tal vez unos cuantos se detendrían para aniquilarlo, y tal vez sería capaz de abatir a uno o dos antes de morir. El resto pasaría junto a la melé y seguirían con la persecución. Su sacrificio no serviría para salvar a Marco.

—¡Aguanta! —le gritó Ballista a su hijo—. ¡Puede llegar!

Una flecha salió disparada desde las murallas, un tiro de tanteo. Salió desviado, pero la distancia era buena. A continuación cayó una descarga irregular.

«¡Por los huevos de Hércules, no están disparando a los esclavos!»

Estaban apuntando a Ballista y Marco. Una flecha cayó sobre el camino justo delante de ellos, mientras que el resto se perdió por los campos.

«Gracias a los dioses, tienen mala puntería.»

Agarrándose una esquina de la capa, Ballista la ondeó por encima de la cabeza: era la señal militar para indicar que había enemigo a la vista. Los arqueros de las murallas no eran soldados, puesto que al parecer no supieron interpretarla. Volvieron a cargar los arcos, y un hombre con un casco de cresta escarlata empezó a

recorrer el parapeto gesticulando. Tal vez era un veterano retirado y sabía lo que trataban de comunicarles. Otra lluvia de flechas se alzó desde las almenas, por lo visto el tipo debía de ser un civil. Menuda ironía, después del camino recorrido y de haber sobrevivido a tantas amenazas morirían a manos de la misma gente con la que se querían reunir. Las flechas los sobrevolaron en esa ocasión.

Ballista miró por encima de su hombro. Las varas cayeron alrededor de los rebeldes, aunque los tiros no habían sido mejores que los primeros y no acertaron a ningún miembro de la patrulla. Aunque uno o dos habían aminorado el paso, todavía había al menos una docena de ellos cabalgando al galope con la intención de masacrarlos.

—¡Abrid la poterna! —gritó Ballista al límite de su voz.

Un montón de flechas empezaron a caer sobre los rebeldes, pero tanto la puerta principal como la poterna menor permanecieron cerradas.

—¡Abrid, por el amor de los dioses!

—Identificaos.

El oficial del casco de plumas escarlatas estaba mirando hacia abajo. Algo en él le resultó familiar.

—Ballista.

El oficial se lo quedó mirando.

—¡Marco Clodio Ballista! ¡Abrid la maldita puerta de una vez! ¡Vamos!

El oficial desapareció tras el parapeto.

Una jabalina pasó silbando junto al hombro de Ballista. Acertar con una de ellas a un individuo en un caballo al galope requería mucha suerte, pero si lanzaban muchas...

«Padre de Todos, ¡no permitas que abatan a Marco!»

Ya estaban bajo las murallas, a la sombra de la torre que flanqueaba la entrada, pero las puertas seguían cerradas. Más jabalinas cortaron el aire.

—¡Desmonta! —chilló Ballista, intentando sonar tranquilo mientras gritaba las órdenes—. ¡Usa la yegua para cubrirte!

Pasando la pierna por encima del pomo de la silla de montar,

Ballista desmontó al mismo tiempo que hizo girar al capón, de manera que este quedó entre él y los rebeldes. La punta de acero de una jabalina se clavó en las tablas de madera de la poterna. Agazapado tras la cruz del capón, Ballista desenvainó la espada. Si moría con la hoja en la mano, las doncellas escuderas lo llevarían al salón de los caídos junto al Padre de Todos. Pero ¿se llevarían también a Marco? Estaba dispuesto a renunciar a Valhalla y a aceptar los fríos prados del Hades con tal de no apartarse de su hijo. Ya tenían a los enemigos prácticamente encima. Había llegado el momento de morir como un hombre.

—¡Ven!

Marco tiró de su brazo. La poterna estaba entreabierta y Marco se metió dentro corriendo, seguido por Ballista. La portezuela se cerró tras ellos y un pesado cerrojo blindó la entrada.

Ballista quedó de pie bajo el arco de la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó a su hijo.

Marco se limitó a asentir.

De repente, Ballista sintió un agotamiento insondable. Envainó la espada de nuevo y se tambaleó hasta el muro. Apoyando la espalda en la piedra, se dejó caer al suelo y se quedó allí sentado, con la cabeza entre las rodillas y los ojos cerrados.

Una sombra le tapó el sol.

Ballista abrió los ojos y los entornó para fijarse mejor en el oficial de edad avanzada que llevaba el casco con la cresta emplumada de color escarlata.

—Flavio Vopisco, cuánto tiempo.

—¿De verdad eres tú? —preguntó el anciano, extendiendo una mano para ayudar a Ballista a levantarse.

—Sí, soy yo.

Vopisco lo envolvió en un fuerte abrazo, y Ballista tuvo que esforzarse para no ponerse a llorar de alivio como un niño. ¡Marco estaba a salvo! ¡Su hijo estaba a salvo!

—Dios, apestas —exclamó Vopisco, apartándolo tanto como se lo permitieron los brazos—. Necesitas tomar un baño con urgencia. Como el día en que te conocí, durante el asedio de Aquilea.

Ballista se disponía a hablar, pero Vopisco levantó una mano para evitarlo.

—Tu esposa está aquí, y tu otro hijo también. Están a salvo. Toda tu familia está a salvo. Los tengo en mi casa.

Ballista respiró hondo e intentó dominarse, pero ya no era capaz de contener las lágrimas, que empezaron a recorrerle las mejillas sin control.

—Debo decir que tus guardaespaldas son un verdadero fastidio. No paran de intentar seducir a mis sirvientas. Ese hiberno, Máximo, es incorregible.

Ballista se echó a reír a pesar de las lágrimas.

Vopisco lo agarró por los hombros con afecto.

—Antes de que vayas a verlos necesito saber una cosa: ¿dónde están las fuerzas principales de los esclavos?

Ballista cerró los ojos con fuerza.

—Hace dos noches estaban acampados frente a las murallas de Catania.

—¿Y la ciudad resistía?

—Sí.

—Entonces, en el peor de los casos todavía disponemos de unos días. Seguiremos hablando mañana. Ahora uno de los reclutas te acompañará a mi casa. Iría contigo, pero ya has visto cómo tiran estos arqueros. Necesitan todo el entrenamiento posible.

Fue una larga caminata la que hicieron por las alturas de Epípolas. Se decía que en Siracusa había cinco ciudades en una, y a pesar de estar protegido por murallas, el distrito de Epípolas tenía muy pocos habitantes. Solo unos cuantos siracusanos ricos habían mandado construir sus villas sobre aquellas cimas para gozar de la brisa. En el punto más elevado hacia el oeste estaba la fortaleza de Euríalo. La había mandado construir el tirano Dionisio el Viejo para controlar el único acceso sencillo al altiplano. Había sido a través de ese paso, una larga noche antes de levantar la fortificación, por donde la expedición ateniense había escalado Epípolas. Bajo las monumentales murallas de Euríalo había un

laberinto de túneles diseñados para permitir que los defensores de la ciudad pudieran moverse sin que nadie los viera y emprender incursiones por sorpresa contra el enemigo. Cada vez que Marco y su hermano habían jugado por allí, habían descubierto nuevas ramificaciones en esos pasadizos subterráneos. Solían volver loca a la niñera apareciendo en lugares diferentes que ella no conocía.

Caminaron en silencio hasta los acantilados y tomaron el sendero que permitía bajar por una escalera con pasamanos. A diferencia de la fortaleza, Marco conocía esos despeñaderos más a partir de las lecturas de Tucídides que por experiencia propia. Tras el éxito inicial, los atenienses de Epípolas habían caído en una terrible confusión. En la oscuridad habían confundido a amigos por enemigos y habían terminado enfrentándose entre sí, aniquilando a sus paisanos y conciudadanos. El pánico se había apoderado de ellos. Habían huido arrojando las armas, sin orden ni concierto, y muchos habían encontrado la muerte al fondo del precipicio.

Mientras descendían, Marco vio las sombrías entradas a las excavaciones. Por aquel entonces las utilizaban los cordeleros como taller, pero su historia era mucho más oscura. Tras la derrota final, siete mil prisioneros atenienses se habían apiñado en las cavernas. Expuestos a los elementos, cada uno recibía una cantidad limitada de agua y grano al día, y se vieron obligados a vivir con sus propios excrementos y con los cadáveres de los que perecían, por lo que al cabo de setenta días fueron pocos los que habían sobrevivido a la situación. Más adelante, los tiranos habían continuado utilizando las canteras como prisión para los sospechosos de deslealtad. Familias enteras fueron confinadas allí durante años, hasta el punto de que sus hijos nacían, vivían y morían allí sin conocer nada más, ningún otro tipo de vida aparte de ese. Se decía que los pocos que eran liberados se habían asustado al ver algo tan normal como un caballo.

Había sido raro ver llorar a su padre. Raro, pero tampoco el fin del mundo. En cada uno de los relatos que Marco había leído, Alejandro Magno tendía a llorar. Las emociones intensas provocaban las lágrimas en los hombres fuertes, no había nada de lo que avergonzarse. Sin embargo, de algún modo parecía

contrario al orden natural de las cosas. Un padre debería consolar al hijo que solloza, y no al revés. Y Marco tampoco había hecho nada para confortar a su padre, aunque pensaba que tal vez llegaría a arrepentirse de no haber mostrado más compasión.

A los pies de los escalones estaba el distrito de Tiche. Las calles eran ruidosas y muy concurridas. Los maestros impartían las lecciones al aire libre, y los barberos atendían a sus clientes en las aceras. Los vendedores ambulantes se abrían paso entre la multitud anunciando su mercancía, y un malabarista actuaba en una esquina. Los carros pasaban con gran estruendo sobre los adoquines del suelo, y un campesino guiaba a un rebaño de cabras hasta el mercado. Todas las actividades de una ciudad pacífica y próspera seguían adelante como si no hubiera un ejército de esclavos rebeldes un poco más arriba, en la costa. Tras los últimos días, a Marco le parecía que todo tenía un aire irreal.

Doblaron la esquina a la izquierda antes de llegar al distrito de Neápolis y a los grandes monumentos públicos. En lugar de eso, pasaron por la puerta de Acradina. Las murallas de ese distrito eran pintorescas, engalanadas con hiedra, y las casas y las edificaciones externas tenían un aspecto ruinoso. Después de Epípolas, eran la segunda línea de defensa de Siracusa. Una pareja de la guardia cívica holgazaneaba frente a la puerta, sin molestarse en interrogar a los que entraban. Marco se fijó en la multitud. Eran hombres de toda clase: campesinos y urbanitas, ricos y pobres. Entre estos últimos, era imposible discernir entre los que eran libres y los esclavos, cualquiera de los que formaban aquel gentío podría haber sido un fugitivo que Sóter hubiera mandado como avanzadilla para espiar los puntos débiles de la ciudad, incitar a la insurrección entre los esclavos de Siracusa o, cuando las fuerzas rebeldes llegaran, abrir una puerta furtivamente.

Tras cruzar el ágora, llegaron a la calzada elevada que conectaba la isla de Ortigia con el resto de la ciudad. A la derecha, las aguas resguardadas del Gran Puerto relucían bajo el sol. Los muelles estaban repletos de grandes embarcaciones ancladas para pasar el invierno. Eran barcos mercantes voluminosos, de mástiles altos y manga amplia que navegaban durante todo el verano por el

Mediterráneo. A la izquierda estaba la media luna del Puerto Menor, con los barcos y esquifes de los pescadores locales. La mayoría de esas naves se encontraban fuera del agua, aguardando para salir de nuevo de noche aprovechando la brisa del mar.

Ballista se había detenido a contemplar los puertos. Marco y el guía lo esperaron hasta que, al cabo de un rato, asintió y siguieron avanzando. Marco se dio cuenta de que su padre estaba preocupado por algo.

La calzada elevada estaba bloqueada por un alto muro de piedra, la línea final de defensa de Siracusa. A diferencia de la que protegía Acradina, aquella mampostería era limpia y regular. En la puerta había más vigilancia, y un oficial les pidió que se identificaran antes de dejarlos pasar. La comprobación no podría haber sido más superficial. No les habían hecho más preguntas ni los habían registrado. Las murallas de Epípolas eran un puesto de defensa natural, y el comandante Vopisco intentaba instilar algo de disciplina en los encargados de defender la fortaleza, pero, en la ciudad, los siracusanos parecían actuar simplemente como si no hubieran aceptado lo que estaba sucediendo. A Marco le sorprendió que la ciudad no fuera más inexpugnable que un huevo: tenía una cáscara exterior dura, pero si conseguían abrirse paso por ella, el centro era de lo más blando. Por primera vez pensó que tal vez no estaban tan seguros en Siracusa.

El primer edificio de Ortigia era el templo de Apolo, una construcción achaparrada, oscura y muy antigua, cuyo altar original había sido erigido por los colonizadores de la isla. Olía a la sangre seca y al humo que se habían acumulado durante siglos de sacrificios. A Marco no le evocó precisamente santidad, sino más bien una sensación ominosa. Una deidad que habitara en un lugar semejante tenía que ser primitiva y vengativa.

Las calles de Ortigia eran amplias y estaban bien trazadas, mientras que las viviendas resultaban espaciosas. Después de que la ciudad se extendiera por tierra firme, la isla se había convertido en una fortaleza. Con la llegada de Roma y la imposición de la paz, las clases más pudientes se habían instalado en Ortigia. El gobernador romano tenía su palacio allí, y el senador Flavio

Vopisco también había establecido su residencia, con vistas al mar, en el extremo del promontorio. Pasaron junto al Gran Puerto, y Marco sintió un cierto consuelo al encontrarse cerca del agua, aunque eso no tuvo ni mucho menos el mismo efecto que en su padre. Los labios de Ballista quedaron comprimidos en una fina línea, y todos sus movimientos expresaban una tensión apenas contenida.

Pasaron junto al templo de Atenea. Alto y aireado, coronado por la estatua dorada que actuaba como faro para los marineros, Marco pensó que ese era el aspecto que debería presentar un lugar sagrado. Resultaba fácil imaginar que la diosa de ojos grises extendería sus manos sobre las personas que le demostraban tanta veneración.

Justo frente a la casa de Vopisco, erigida dentro de un parque arbolado, estaba la fuente sagrada de Aretusa. El agua borbotaba con suavidad y caía en un estanque ornamental. En Arcadia, cuando el mundo era joven y los dioses todavía lo compartían con la humanidad, un cazador llamado Alfeo se había enamorado de la ninfa Aretusa. Ella no había querido esposarse con él y había huido por mar hasta Ortigia, donde fue transformada en una fuente de agua dulce. Una deidad convirtió también a Alfeo en el río que transcurría por Olimpia. Movido por el amor que sentía por ella, Alfeo cruzó el mar bajo las olas para que sus aguas se mezclaran con las de Aretusa. Los más crédulos estaban convencidos de que los objetos arrojados al río en Grecia volvían a emerger en el manantial de Ortigia. Fuera cual fuera la verdad, Marco pensaba que la historia era de lo más adecuada para la ocasión, puesto que su padre regresaba por fin con su madre.

Cuando llegaron a casa le dieron las gracias al guía y lo dejaron marchar.

Un portero en librea les cerró el paso con la altivez propia de los sirvientes de los grandes hombres. Sin duda, sus vestiduras manchadas por el viaje contribuyeron a la confusión.

—Soy Marco Clodio Ballista, y este es mi hijo Marco. Creo que mi esposa y mi familia son invitados de Flavio Vopisco.

Una urbanidad empalagosa sustituyó al instante el desdén

inicial. El portero los hizo entrar de un modo ceremonioso por los pasillos forrados de madera y por los patios abiertos en los que chapoteaban los manantiales. Buena parte del recorrido lo hizo de espaldas, como si estuviera acompañando a un miembro de la realeza.

La madre de Marco se hallaba leyendo al sol en un balcón que daba al mar, y su hermano estaba jugando en el suelo. Entonces ella levantó la cabeza y desvió la mirada hacia la penumbra de la habitación.

Cuando salieron de nuevo a la luz deslumbrante del exterior, Julia soltó una exclamación ahogada y se levantó de un brinco. Luego se detuvo. Con sumo cuidado, dejó el rollo de papiro y marcó el lugar en el que había dejado la lectura. Con el autocontrol que se esperaba de toda matrona romana, se acercó a su marido y lo tomó de las manos. Poniéndose de puntillas, le besó los labios de un modo tan suave como breve.

—Estás aquí —constató ella.

—Y tú también —dijo Ballista.

—Y nuestro hijo.

Soltando las manos de su esposo, envolvió a Marco en un cálido abrazo. El chico ya era medio palmo más alto que ella, de manera que el rostro de su madre quedó apoyado en su hombro.

Ballista extendió los brazos hacia su hijo menor, pero el chico no se movió.

—Lucio, ven a saludar a tu padre —le dijo Julia.

—En la *Ilíada*, el hijo de Héctor se echaba a llorar con solo ver a su padre —recordó Ballista.

—Lucio —insistió Julia.

Algo receloso, el chico se puso en pie y se acercó a Ballista, que lo agarró por las axilas y lo levantó del suelo para plantarle un beso en la cabeza antes de soltarlo de nuevo.

—Hueles mal.

—Tu hermano y yo llevamos bastante tiempo viajando.

—No habéis llegado a tiempo para su séptimo aniversario —los informó Julia.

Marco sintió una terrible compasión por su padre, que sin

duda había imaginado un regreso a casa mucho menos formal y encorsetado.

—Lucio tiene razón —dijo Julia, soltando a su hijo mayor—. Los dos necesitáis daros un baño.

Marco se dio cuenta de que, tras ellos, había más gente en la estancia. Julia los miró y luego se fijó de nuevo en su esposo.

—¿Queréis comer algo antes de tomar un baño?

—Estaría bien.

—Me encargaré de ello. Chicos, venid conmigo.

—Deja que Marco se quede —pidió Ballista.

—Como quieras.

—Ha llegado el momento de que reciba la toga de adulto.

—Pero si todavía no es mayor de edad.

—Ya está preparado. Celebraremos la ceremonia mañana mismo.

En el rostro de Julia apareció una expresión de profunda tristeza, pero no puso objeciones a la decisión de su marido. Tomó a Lucio de la mano y se marcharon.

Cuando hubieron salido de la sala, los guardaespaldas de su padre avanzaron hacia él. Los cuatro bárbaros formaban un grupo sorprendentemente horripilante. Al hiberno Máximo le faltaba la punta de la nariz. Los dos de las tribus del norte, el vándalo Rikiar y el headobardo Grim, cojeaban por culpa de heridas recibidas en las piernas. Como solía decir Máximo, con los dos no bastaba para formar un hombre entero. En comparación, Tarcón, el horror de las montañas del Cáucaso, parecía casi atractivo.

Marco contempló cómo, sin la menor formalidad ni respeto, abrazaban a su padre y le daban palmadas en la espalda e incluso algún que otro cachete en la nuca. Con la típica falta de comedimiento de los bárbaros, a todos se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Viejo cabrón —repetían sin parar en un tono de intenso afecto.

—Y encima has traído a tu cachorro —dijo Máximo.

Ballista le indicó a Marco que se acercara con un gesto. Luego lo agarró por el cogote y lo arrastró hasta el grupo.

—Podríamos decir que ha sido él quien me ha traído a mí —confesó Ballista—. Y ya no es un niño.

Todos sabían lo que había querido decir. En su mundo, suponía un rito de iniciación violento.

—Joven para matar —opinó Tarcón—. Quiere decir que promete. Cabrón debe de ser muy malo, si necesita matar tanto.

—Muy muy malo —convino Ballista.

—Como la primera chica, es algo que nunca se olvida —explicó Máximo, mirando a Marco con una ternura inesperada—. Aunque no es ni mucho menos tan placentero recordarlo. Será mejor que no dediques mucho tiempo a pensar en ello.

Marco dudaba que el cazador de fugitivos fuera a dejar de atormentarlo en sueños algún día.

—A menos, por supuesto —prosiguió Máximo—, que seas un salvaje demente del Cáucaso, como Tarcón. En ese caso nunca pararás de alardear de cómo...

Máximo se quedó callado a media frase. Todos guardaron silencio.

Julia había vuelto, y cuando los miró lo hizo con una expresión imposible de interpretar.

—La comida está lista —anunció.

19

—Has sido demasiado dura con el chico —dijo Ballista.

Estaban acostados en la cama. La lámpara seguía encendida y acababan de hacer el amor. Julia se incorporó un poco y se apoyó sobre un codo. Iba desnuda, por lo que Ballista pudo admirar el brillo suave de su piel y el balanceo de sus pechos.

—Los chicos son como la arcilla —dijo ella—, hay que moldearlos. No le hará ningún bien detectar debilidad en sus padres.

Ballista se quedó mirando el techo. «Regresa con el escudo o sobre él.» Los romanos se habían apropiado del antiguo lema de las mujeres espartanas. El pasado estaba repleto de ejemplos morales de severas matronas romanas. Cornelia había enviado a sus hijos, sus joyas, a morir por principios filosóficos. Lucrecia se había suicidado a pesar de que tanto su padre como su esposo le habían suplicado que siguiera viviendo, puesto que la violación sufrida no había sido culpa suya. Ante las reticencias de su esposo, Arria se había cortado las venas: «¿Lo ves? No duele», le había dicho.

Todos aquellos ejemplos los habían escrito hombres, pero las mujeres leían o escuchaban esas historias y vivían a la sombra de esa moralidad despiadada. Así habían sido siempre las cosas. Pocas eran las que no se juzgaban a sí mismas según esos estándares tan rigurosos.

Julia trazó la línea de la mandíbula de su esposo con la punta

de los dedos y le giró la cabeza para que la mirara antes de dedicarle una sonrisa con los ojos clavados en los de él.

—Esta vez creía que te había perdido. Y al chico también.

Ballista correspondió a la sonrisa.

—Y yo pensaba que os había perdido a ti y a Dernhelm —dijo, obligándose a no revelar más.

Como tantas otras veces, ella pareció adivinar las palabras omitidas.

—Por supuesto, cuando me enteré de que se acercaban los esclavos, pensé en regresar a Italia. Tu amigo Máximo insistió en ello, pero sabía que tú y Marco ya habríais partido hacia Sicilia. Esperábamos la llegada del Fortuna Redux y no quería que llegaras y te dijeran que nos habíamos marchado. Os esperé en Tauromenio hasta el último momento, y por aquel entonces ya había tormentas en el estrecho. Me pareció más seguro navegar cerca de la costa hasta Siracusa.

—¿Y cómo están las cosas por aquí?

Ella se encogió de hombros y respondió algo, pero Ballista se distrajo con el movimiento de sus pechos. Los hombres son criaturas muy simples.

—¿Qué?

Ella sonrió con aire juguetón de nuevo.

—¿Otra vez? ¿A tu edad?

—Es que hacía mucho tiempo.

Ella alargó la mano para complacerlo, pero respondió también a lo que le había preguntado.

—Las cosas no van tan bien como yo esperaba —confesó—. El gobernador ha huido.

—¿Huido? —preguntó Ballista, tan sorprendido que se olvidó de lo que su esposa le estaba haciendo—. ¿Adónde?

—Parece ser que, nada más oír las primeras noticias sobre el alzamiento en el oeste, recordó que tenía algo urgente que hacer en Roma. Se marchó en el único barco de guerra que había.

—El emperador lo matará.

—Tal vez no. Su familia es muy influyente. Pero hemos oído que los esclavos han capturado al cuestor.

—Y para salvar el pellejo se ha convertido en un traidor.

En ese instante fue Julia quien se sorprendió. Tanto que dejó lo que estaba haciendo.

—¡Menudo cobarde! ¿Cómo ha podido unirse a una turba de esclavos rebeldes? Eso no le salvará el pellejo durante mucho tiempo. Galieno lo mandará crucificar.

—No me extraña que Galieno desconfíe de todos sus senadores —opinó Ballista.

—Nosotros no somos así. Nuestro amigo Vopisco sabe lo que se hace.

—¿De manera que Vopisco ha tomado el mando de la defensa de Siracusa?

—Él solo no, por desgracia. El consejo de la ciudad le ha endilgado a otro magistrado jefe, un hombre llamado Lúculo, otro senador romano que vive aquí. Y Galieno haría bien dudando de él. Lúculo es vanidoso, indolente y estúpido. Su único talento consiste en despilfarrar dinero en estanques de peces y en caballos de carreras. Por eso Vopisco quiere que recorras las murallas con él mañana a primera hora.

Ballista suspiró. Después de todo lo que Marco y él habían pasado, esperaba en realidad que por fin los dejaran en paz y que fuera otro quien se ocupara de la insurrección. Sin embargo, ya notaba el peso de la responsabilidad sobre los hombros.

Ella lo besó.

—¿Estás seguro de que Marco está preparado para recibir la toga de adulto?

—Completamente.

—No quiero perder a mi niño —se lamentó ella con tristeza.

—No lo perderás. Como un ave enjaulada, tienes que soltarlo y confiar en que decida regresar.

—¿Y no puedo hacer nada para que cambies de opinión?

Ballista sonrió.

—Nada.

Ella respondió con otra sonrisa.

—Entonces será mejor que cumpla con mis obligaciones como esposa —dijo mientras empezaba a bajar ya la cabeza hacia el

lugar en el que había tenido la mano.

—Por muy solícita que seas, no estoy seguro de que eso sea propio de una modesta esposa romana. Y menos con la luz encendida.

Ella lo miró de nuevo.

—Puedo parar, si quieres, pero ¿no te parece que sería muy aburrido?

Ballista estaba solo con Vopisco en las almenas de la torre de Galeagra, en el extremo noreste de las murallas. Era el último lugar por el que pasaban durante el recorrido por las defensas de la ciudad. Puesto que Siracusa era inmensa, incluso a caballo habían tardado horas en acabar la visita.

Las vistas eran espectaculares. Al oeste estaba el camino hacia Catania que partía de la puerta de Hexapilón; al suroeste, los grandes muros de la fortaleza de Euríalo, y al sur, el altiplano de Epípolas, repleto de escuadrones de reclutas entrenando. Más allá de la fortificación, algunas partes de los distritos de tierra firme quedaban ocultas por la configuración del terreno. Sin embargo, la isla de Ortigia quedaba claramente a la vista, surgiendo del agua hacia el promontorio opuesto, el Plemirio, y estrechando la entrada al Gran Puerto. Había algo de neblina en el mar hacia el este. No se veía ni un barco, pero Ballista estimó que la visibilidad debía de estar reducida a no más de tres kilómetros. Por último, al norte, la pequeña cueva de Troligio quedaba a los pies de la torre.

Los romanos habían entrado en Siracusa justo por ahí. Durante una negociación, un oficial astuto contó los bloques de piedra y reparó en que los muros eran más bajos allí que en el resto de la fortificación. Aun así, tuvieron que recurrir de todos modos a la traición. El primer intento, en el que los traidores se escabulleron de la ciudad ocultos bajo las redes de los barcos de pesca, fracasó. Pero el segundo tuvo éxito. Un confidente reveló que los hambrientos defensores de la ciudad habían recibido cantidades ingentes de vino durante el festival de Artemisa. En plena noche, una patrulla de asalto apoyó sus escaleras en el muro

y treparon hasta las almenas. Recorrieron todo el parapeto eliminando sin hacer ruido a todos los guardias, que dormían. Cuando llegaron a la puerta de Hexapilón descendieron y abrieron la misma poterna por la que Ballista y Marco habían entrado el día anterior. Ballista no creía que la historia se pudiera repetir, pero sin duda valoraba la lección que había supuesto aquel precedente.

Una trompeta que sonó desde el altiplano interrumpió su ensoñación. Un grupo de un centenar de ciudadanos reclutados estaban practicando con postes de madera plantados en el suelo. Un joven bien vestido, realmente elegante, les iba marcando el ritmo. Se dedicaban a ello con más entusiasmo que habilidad, pero también era cierto que a veces, en el tumulto del combate, aquello era suficiente para vencer. Los vigilaban los subordinados de Vopisco, sosteniendo sus caballos por las riendas. Máximo y Tarcón estaban entre ellos, y sin duda debían de sentir un desdén irónico ante los torpes esfuerzos de los civiles. Esa mañana, sin instrucciones previas, los guardaespaldas se habían dividido: Máximo y Tarcón habían anunciado que acompañarían a Ballista, mientras que Rikiar y Grim se quedarían con Julia. Tenía sentido. Debido a sus viejas heridas, los dos norteños tenían problemas para moverse y, habida cuenta de la situación, Julia no se alejaría mucho de la casa.

No era solo el origen geográfico dispar lo que convertía al grupo de guardaespaldas en una camarilla heterogénea, sino que sus caracteres también eran muy diferentes. Máximo no paraba de bromear y exhibía una lascivia amigable; Rikiar era serio y recitaba poesía; a Tarcón le entusiasmaba matar y mezclaba varias lenguas en una especie de *patois* infame que solo hablaba él, y el viejo Grim, el headobardo, apenas mediaba palabra. No obstante, todos tenían algo en común: habían jurado fidelidad a Ballista y a su familia. Ninguno de ellos afrontaría la vergüenza de seguir viviendo si no conseguía proteger a su señor y a sus allegados más próximos.

—Se está haciendo tarde —dijo Vopisco—. Deberíamos regresar para la ceremonia de mayoría de edad de tu hijo.

Sin embargo, no se movió. Ballista sabía que tenían que

hablar, de oficial a oficial.

—¿Cuántos de los cinco mil reclutas poseen experiencia militar? —preguntó Ballista.

—Solo un puñado de veteranos que están establecidos aquí. Una docena, no más. Los sicilianos no sirven en el ejército.

Los temores de Ballista quedaron confirmados.

—Hay un procurador imperial llamado Olio que se encargaba de regentar una finca del emperador cerca de Agrigento. Fue centurión y posteriormente ascendió a équite. Comandaba una cohorte de infantería y sirvió como oficial en la Tercera Legión Gala.

—Pero, aparte de él, de ti y de una docena de veteranos, ¿nadie más tiene experiencia militar? —insistió Ballista, que por algún motivo sentía la necesidad de dejar las cosas claras.

—El caso tampoco es desesperado —dijo Vopisco—. Hemos llamado a filas a un millar de siracusanos que son o han sido efebos. Los hemos distribuido entre las filas.

Ballista seguía sin verlo claro.

—No es que sea exactamente un ejército de verdad —admitió Vopisco—, pero los efebos deberían estar entrenados en el tiro con arco, el lanzamiento de jabalinas y piedras y la lucha con escudos.

—Pero en clubes para jóvenes ricos —objetó Ballista—. A la sombra de la palestra se dedican a luchar y a untarse con aceite. No es más que pose y pederastia.

—Debemos utilizar los recursos que tenemos a nuestro alcance.

—¿Y cómo vamos de armamento?

—Hemos requisado todas las armas de caza y las que pertenecen a colecciones privadas de antigüedades. Los herreros y los fabricantes de arcos y flechas están trabajando sin cesar. Los carpinteros están elaborando escudos de mimbre sobre marcos de madera, y hemos confiscado todo lo que había en el anfiteatro. Contamos también con una tropa de cincuenta gladiadores que son propiedad de Lúculo. Están desarmados y encerrados en sus barracones, vigilados por la guardia.

—¿Y armas de asedio?

Vopisco negó con la cabeza.

—Incluso si tuviéramos ingenieros capaces de construirlas, no hay tiempo para entrenar a los hombres. Pero los esclavos tampoco las tendrán.

—No podemos estar seguros de eso —replicó Ballista—. Puede que algunos de los alamanes hayan servido en el ejército romano.

—Da igual —repuso Vopisco—. Las cuestas de Epípolas son demasiado empinadas para utilizarlas.

—¿Y las provisiones?

—El agua no será un problema. El de Aretusa es solo uno de los muchos manantiales potables de la ciudad.

—¿Y la comida?

—Jenofonte, el edil que supervisa los mercados, ha llenado los graneros cívicos y ha adquirido el grano de los almacenes privados. A todos los navíos atracados se les han incautado los alimentos que pudieran transportar y no se permitirá que zarpe ninguno. La flota pesquera sigue operativa, los dos puertos están patrullados por hombres de la guardia y podemos confiar en Norbano, su líder, por muy negligentes que puedan ser sus hombres.

Ballista se apoyó en el almenar y notó en la mano el calor acumulado por las piedras. No podía dar la conversación por terminada, tenía un mal presentimiento.

—Y compartes el mando con Lúculo, el otro magistrado jefe.

—Yo me encargo de las murallas exteriores de Epípolas, y Lúculo, del interior de Acradina.

—Por lo que he estado viendo desde ayer —comentó Ballista—, no se está tomando las cosas muy en serio.

—Lúculo es un hombre rico e influyente, pero también letárgico y demasiado propenso a la pederastia —comentó Vopisco—. Un mando dividido nunca es buena idea —añadió al ver que su interlocutor no estaba para bromas.

Ballista sabía cómo irían las cosas, y la perspectiva no lo complacía lo más mínimo.

—Por eso durante el consejo de mañana —prosiguió Vopisco

— propondré que seas tú, Marco Clodio Ballista, quien se encargue del mando único de la defensa de Siracusa.

—Preferiría llevarme a mi familia en barco, lejos de aquí —admitió Ballista, bajando la mirada hacia los puertos.

—He dado la orden de que no salga ni un navío.

Vopisco sonrió y su rostro se transformó por completo. Fue entonces cuando Ballista se dio cuenta de lo cansado y preocupado que parecía su antiguo comandante.

—Tú tienes más experiencia —opinó Ballista.

—No, lo que tengo son más años. Tú llegaste a un puesto de mando superior. Has defendido ciudades, has librado batallas, has tenido el destino de emperadores en tus manos... Incluso has adoptado el púrpura.

Aunque estaban solos, los dos hombres miraron a su alrededor en la torre por instinto, por si alguien los estaba espiando.

—Esta no es mi lucha —dijo Ballista.

—Siempre has sido reticente a postularte, siempre has cuestionado tus capacidades, incluso cuando nos conocimos en Aquilea. Es una de tus mejores cualidades.

Ballista no repuso nada a eso.

—También es tu lucha, viejo amigo —prosiguió Vopisco—. Ninguno de nosotros puede huir: ni yo ni tú ni tu familia. Si alguno de nosotros lo intentara, cundiría el pánico. ¿Prefieres dejar el destino de tus seres queridos en manos de otra persona?

Ballista negó con la cabeza a pesar de saber que Vopisco tenía razón. Aun así, hizo un último intento.

—Soy un équite, y también forastero. Tú eres senador, y este es tu hogar.

—Razón de más para confiar en ti. Estás por encima de los mezquinos intereses y riñas locales.

—¿Y el consejo acepta tu propuesta?

—Seguro que Lúculo se opondrá. Eso herirá su *dignitas*, su vanidad. Por suerte, no me faltan influencias. Cuando te hayan conocido, Jenofonte y Norbano desearán que toméis el mando. Por eso me he tomado la libertad de invitarlos a asistir a la ceremonia de adopción de la *toga virilis* de tu hijo. Ahora que ya está decidido,

deberíamos ponernos en marcha.

—No soy consciente de haber aceptado —objetó Ballista.

Vopisco se rio.

—Accediste en el mismo momento en el que llegaste aquí. Un hombre no puede luchar contra su destino.

La mayoría de edad le garantizaba a un chico una libertad tan ansiada como la manumisión para los esclavos. Era un día de celebración, marcado por los rituales prescritos, que el individuo pasaba rodeado por su familia y sus amigos. Ballista no había regresado cuando el barbero llegó para afeitar a Marco por primera vez, pero a su hijo no le importó. Al fin y al cabo pronto lo considerarían todo un hombre, y su padre estaba cumpliendo con su obligación como tal. Quería decirle algo, eso sí, pero tenía que contárselo con discreción. No obstante, eso podía esperar hasta la cena que celebrarían esa misma noche. Le pareció pueril demostrar resentimiento o darle demasiada importancia al hecho de que Ballista llegara tarde. Su madre, en cambio, a juzgar por la frialdad de su comportamiento, no parecía tan dispuesta a perdonar la ausencia de su marido.

El barbero le envolvió el cuello con toallas y le lavó la cara con agua caliente. Cuando echó la cabeza hacia atrás y la cuchilla empezó a rasparle la garganta expuesta, Marco comprendió por qué algún tirano de la antigüedad solo había permitido que lo afeitaran sus hijas. No recordaba cuál era, tal vez el que había gobernado Siracusa, pero sabía algo más sobre el caso: que, cuando sus hijas se casaron, el tirano decidió que prefería que le quemaran la barba antes de dejar que lo afeitaran.

Cuando el barbero abordó la delicada tarea de rasurarle el bigote, Marco se alegró de que se lo estuvieran haciendo en la intimidad de la casa de Vopisco. Los que se afeitaban en las barberías de la calle corrían un riesgo mucho mayor, puesto que las pandillas de golfos disfrutaban lanzando piedras para intentar que en algún momento al barbero se le fuera la mano. El propio Marco lo había hecho en Roma, aunque ahora le parecía una

broma mucho menos inofensiva.

El barbero demostró su habilidad. Solo le dejó un par de cortes que procedió a cubrir enseguida con telarañas para cortar la hemorragia. Cuando hubo terminado, recogió con cuidado los pelos que había cortado y se los entregó a la madre de Marco, que procedió a guardarlos en una cajita dorada.

A continuación tenía que rechazar formalmente la toga rayada que lo identificaba como niño. Sin embargo, se la habían dejado en Tauromenio, por lo que tuvieron que prescindir de ese paso y dos sirvientes domésticos empezaron a envolverlo en la *toga praetexta* de color blanco propia de la edad adulta. Estaban ocupados con los elaborados pliegues cuando llegó su padre. Ballista entró en la sala junto al hiberno Máximo, y ambos sonreían tanto que la alegría casi pareció forzada.

—Sabía que llegarías tarde —le reprochó Julia, visiblemente disgustada—. Ya te dije que deberíamos haber esperado hasta el mes de marzo para celebrar la ceremonia. El festival de Liber es la fecha tradicional, y Marco ya habría cumplido los catorce.

—La necesidad obliga —respondió Ballista, y acto seguido pidió que trajeran su toga y la de Máximo.

Julia salió de la habitación mientras los dos hombres se desnudaban. A Marco le pareció raro que después de ese día no pudiera volver a ver a su padre desnudo ni acudir a los baños con él. Los romanos no eran tan remilgados como los bárbaros de Oriente, hacían ejercicio desnudos y en las estatuas a los emperadores a menudo se los retrataba como dioses sin ropa. Quizá era por toda la seductora carne que se exhibía en los baños, ya que ningún hombre desea ver la erección de su propio padre.

Cuando los tres se hubieron envuelto con los solemnes pliegues de las togas, salieron al atrio. Vopisco los estaba esperando con Julia y con un montón de personas a las que Marco no conocía. A pesar de ser seguidora de Epicuro, cuando habían huido de Tauromenio Julia se había asegurado de llevarse consigo el *lares*, el protector del hogar. Tal vez su madre no creía en los dioses, pero era tolerante con la fe ajena y estaba empecinada en la tradición senatorial, por lo que había situado las estatuillas en un

lararium improvisado. Julia le entregó a Marco el amuleto dorado que había llevado alrededor del cuello durante la infancia. Consciente de que todos los ojos estaban posados sobre él, lo dejó en el altar. Mientras todos los asistentes, incluida su madre, le ponían la mano derecha plana en el pecho en señal de reverencia, ofreció su *bulla* a los dioses con una pizca de incienso y una libación de vino.

El sol ya empezaba a descender cuando la procesión abandonó la casa para recorrer el camino que llevaba hasta el templo de Atenea. Una vez allí, Julia le entregó a Marco la cajita dorada que contenía el producto de su primer afeitado para que la ofreciera también a los dioses. Una vez satisfechos los deberes con las divinidades, llegó el turno de los mortales. Frente a los testigos, Marco Clodio Isangrim, con ese tercer nombre que tan tosco le sonaba, quedó reconocido como ciudadano de Roma.

Marco regresó a casa durante la puesta de sol, y pasó junto al manantial de Aretusa ya como un hombre. Si hubieran estado en Roma, la ceremonia habría tenido lugar en el Capitolio. No obstante, Siracusa era una antigua colonia romana, y no había dudas sobre la legalidad de su nuevo estatus. Era un hombre, y a partir de entonces tendría que asumir su responsabilidad como tal entre los demás varones. Durante la cena hablaría seriamente con su padre.

El banquete fue suntuoso. Un plato tras otro y vinos excelentes y en abundancia. El plato fuerte fue un pez espada entero, acabado de pescar esa misma mañana a primera hora. Marco se alegró de que estuviera permitido que los botes salieran a faenar. Ocupó el lugar de honor, en el diván más elevado, sabiendo que pasarían muchos años antes de que volviera a reclinarse en ese lugar, ya que tendría que ganarse ese honor con sus actos. Y eso era justo lo que debía discutir con su padre.

Sin embargo, para gran frustración de Marco, Ballista ocupó un diván distinto y en todo momento mantuvo una conversación susurrada con Vopisco y dos magistrados menores de la ciudad. Se los habían presentado a Marco nada más llegar: uno era Jenofonte, el edil que estaba al cargo de los mercados, y el otro se llamaba

Norbano y era el jefe de la guardia.

Marco tuvo que recordarse a sí mismo que la paciencia era una virtud. Ya era un hombre, por lo que no podía soltar las cosas sin más, como lo haría un niño. Tomó un sorbo de vino para apaciguarse. Más tarde, esa misma noche, cuando los invitados se hubieran marchado, hablaría con su padre de hombre a hombre. Cruzó una mirada con su madre. Lo que tenía que contarle a su padre ella no podía oírlo.

20

La sede del consejo era un opulento edificio del ágora, en el distrito de Acradina. Las puertas estaban abiertas para que los espectadores pudieran seguir el debate. Ballista vio a Máximo y Tarcón con su primogénito entre la multitud apiñada frente a la entrada. Estaban junto a un hombre de nariz aguileña que llevaba una capa bordada muy llamativa y los tirabuzones untados con aceite. Parecía la caricatura de un mercader fenicio.

Las motas de polvo flotaban en suspensión por la franja de luz que cruzaba la sala. Había espacio en los bancos para unos doscientos hombres, pero a Ballista le pareció contar unos sesenta asistentes. Era evidente que muchos consejeros debían de haber huido de Siracusa antes de que se prohibiera a las embarcaciones salir del puerto, aunque otros tal vez simplemente se ocultaban en sus casas. Lúculo tenía la palabra.

—Hemos escuchado la propuesta de nombrar a Marco Clodio Ballista como único comandante de la defensa de la ciudad, una propuesta extraordinaria que consiste en concederle el poder plenipotenciario mientras dure el inminente asedio. Sin embargo, todavía me parece más extraordinario lo que no se ha explicado sobre la propuesta de Flavio Vopisco.

Lúculo era un hombre fornido de unos sesenta años. Tenía el rostro instalado en una expresión de suprema convicción respecto a sus propias opiniones. No era un hombre atribulado por las

dudas ni se dejaba influir por los argumentos contrarios a su manera de pensar, por muy disuasorios que pudieran ser. Llevaba la toga tan blanqueada que casi dolía en los ojos mirarlo cuando pasaba por un lugar soleado.

—Cualquiera que tenga una mínima cultura sabe lo que se puede esperar de un discurso de recomendación. Todos los consejeros presentes han recomendado a candidatos a la magistratura de la ciudad o para que los admitieran como miembros de este augusto órgano. Muchos han tenido el honor de recibir a gobernadores de la provincia o han actuado como embajadores y se han dirigido al emperador en persona. Todos saben que el primer tema en el panegírico de cualquier hombre debe ser alabar la ciudad en la que nació. Su antigüedad, sus monumentos, sus episodios bélicos o sus hijos célebres. Pero Vopisco no ha mencionado en ningún momento el origen del recomendado. ¿Por qué? Pues porque este hombre, Ballista, nació en una choza de barro de algún lugar al norte del Rin. El segundo elemento de una elegía debe enumerar los ancestros gloriosos del sujeto en cuestión. Una vez más, Vopisco ha omitido esa parte. ¿Cómo podría haber hablado sobre bárbaros salvajes ataviados con pieles de animales?

Lúculo hizo un gesto de desdén grandilocuente que sin duda había aprendido en la escuela de retórica.

—En tercer lugar, todo orador debe enumerar las virtudes del sujeto. En este punto, Vopisco ha hablado profusamente sobre la integridad, la valentía y la inteligencia de su protegido. No obstante, no son más que meras palabras. Vopisco intenta que depositemos nuestra confianza en tales cualidades porque el tal Ballista no es más que un forastero del que nada sabemos con seguridad. Vopisco querría que confiarais vuestra seguridad y la de vuestras familias no a uno de nosotros, sino a un completo desconocido.

Ballista se dio cuenta de que, más allá de la camarilla con la que se sentaba Lúculo, unas cuantas cabezas asintieron ante ese argumento.

—Finalmente, Vopisco ha repasado el expediente militar de

Ballista: cómo venció a los persas en un lugar remoto de Cilicia o cómo protegió Mileto y Dídima de los godos. Pasaremos por alto la verdad de esas escaramuzas, al fin y al cabo no estábamos allí y Vopisco tampoco. Por consiguiente, en lugar de eso deberíamos arrojar algo de luz a la otra cara de la moneda: las batallas en las que el tal Ballista ha guiado a fuerzas romanas hacia un desenlace desastroso. Vopisco ha sido lo bastante astuto para no mencionar la batalla que tuvo lugar más allá de Edesa, donde el padre de nuestro emperador, Valeriano, siguiendo los malos consejos de Ballista y asumiendo que no eran simplemente un acto de traición, fue capturado por los persas. ¿Y qué queda ahora de la ciudad de Arete, en Siria? Ballista fue el encargado de defenderla, pero de ella no quedan más que templos en ruinas y casas vacías por las que rondan los chacales y que los lobos usan como guarida.

Mientras Lúculo iba relatando de forma selectiva y tendenciosa su servicio, Ballista dejó de prestar atención. Si aquellos hombres eran tan estúpidos para creer lo que decía esa cotorra pomposa, allá ellos. Ya encontraría algún modo de escapar de la ciudad con su familia. Vopisco tenía un esquife amarrado en su villa. Toda esa gente podía irse al Hades.

Buscó con la mirada a Marco. Los insultos sobre los orígenes bárbaros de su padre debían de estar doliéndole mucho al chico. No, ya no era un chico, desde el día anterior era un hombre. Tras la cena, Marco había querido hablar con él en privado. Ballista debería haberlo visto venir. Julia se había quedado lívida al descubrir las intenciones de su hijo y le había pedido a su marido que pusiera fin a tanta terquedad, insistiendo en que, como padre, todavía podía controlarlo por la *patria potestas* aunque Marco ya fuera adulto. De acuerdo con la ley, tenía razón, pero sería difícil disuadir a Marco de su propósito.

—Antes de votar esta propuesta inconstitucional y sin precedentes, debemos considerar las consecuencias que podría llegar a tener.

Ballista volvió a prestar atención al discurso al ver que Lúculo estaba a punto de concluir.

—Si, como sospecho, Ballista es la herramienta de otros,

debemos preguntarnos: ¿quién saldrá ganando? La respuesta es: ¡ni más ni menos que Flavio Vopisco! Gracias a este voto conseguirá el control de la ciudad. De golpe podría despachar todo tipo de leyes y gobernar por medio de esa criatura bárbara. Esta propuesta es un ataque encubierto contra mí, el colega cuyo poder equivalente se interpone en su ambición, el colega legítimamente elegido cuyo control le resulta ya insoportable. ¡Atacándome a mí está atacando vuestra libertad!

Los consejeros favorables a Vopisco alzaron el grito al cielo, indignados.

—No obstante, si Vopisco se ha equivocado al juzgar a Ballista y resulta ser el bárbaro ambicioso que ha demostrado ser en otras ocasiones que no se han mencionado aquí, os estaréis entregando y estaréis entregando a vuestros seres queridos a un tirano extranjero. Ya puestos, ¿por qué no abrir las puertas de la ciudad de par en par y ofrecer la ciudad a la merced de Sóter y de sus esclavos rebeldes?

Durante el alboroto que se alzó a continuación, antes de que Lúculo regresara a su asiento, Vopisco se levantó para hablar de nuevo.

—Lúculo afirma que os pido que confiéis en mis palabras y, por una vez, tal vez una sola en su largo discurso, ha dicho la verdad.

Vopisco hizo una pausa hasta que el público guardó silencio del todo. Cuando decidió proseguir, lo hizo en voz tan baja que los asistentes tuvieron que inclinarse hacia delante para poder oírlo.

—No, yo no estuve en Arete, pero sí formé parte del consejo de emperadores que envió a Ballista a esa ciudad. Recibió órdenes de demorar el ejército del rey persa y eso fue exactamente lo que hizo, lo que sirvió para salvar las provincias orientales del imperio. Os pido que confiéis en mis palabras porque conozco la verdad de los hechos que he relatado y porque vosotros me conocéis a mí. Nací y crecí en esta ciudad, y he vivido aquí desde que me retiré del servicio al imperio. Lúculo habla de extranjeros, pero ¿cuánto tiempo hace que él mismo se compró una casa en la ciudad? ¿Cinco años? ¿Seis? ¿Y el motivo? Porque el clima y el marisco son

mejores aquí en invierno que en su domicilio habitual en la bahía de Nápoles. ¿Se retiró con grandes honores de una vida dedicada a los deberes públicos? No, llegó cansado de la glotonería y de despilfarrar su patrimonio en estanques de peces ornamentales. ¡Cuánto desearía su cobarde alma que esta tormenta se hubiera desencadenado mientras él estaba seguro y tranquilo en su otro hogar!

Vopisco tomó aire y luego habló de nuevo a pleno volumen.

—El voto es claro. ¿Preferís dejar la defensa de Siracusa en manos de Ballista, un oficial que lleva años arriesgando la vida al servicio de Roma, o de Lúculo, un hombre notorio por criar unas lampreas excepcionales?

Después de que Vopisco ridiculizara a Lúculo de esa forma, no quedaron dudas sobre cuál sería el desenlace. Al ver que la votación se había vuelto en su contra, Lúculo abandonó el consejo a toda prisa. El hombre de la nariz aguileña y la túnica vistosa siguió los pasos del consejero indignado.

—La política nunca sirve para hacer amigos —constató Vopisco.

Estaban sentados en el teatro vacío del distrito de la Neápolis. Ballista estaba admirando el Gran Puerto y no respondió nada.

—Ciertamente, es culpa mía que Lúculo sea enemigo tuyo —prosiguió Vopisco—, pero ahora la mayoría de los consejeros se habrán vuelto contra ti. Muchos estarán pensando que algo de verdad había en el discurso de Lúculo.

Ballista se quedó mirando a su viejo amigo.

—¿Qué longitud tienen las murallas de Epípolas?

—El circuito completo debe de tener unas quince millas, tal vez más.

—Incluso si los cinco mil reclutas fueran soldados bien entrenados, no bastarían para defender esa distancia. La siguiente muralla, la de Acradina, es mucho más corta. Neápolis y Tique son indefendibles, habrá que evacuarlas. Los propietarios tendrán que llevarse sus posesiones más preciadas.

Vopisco hizo un gesto hacia el teatro, el gran altar y la

palestra.

—¿Y tendremos que abandonar todo esto ante la llegada de los esclavos?

—Será algo temporal. Los hombres estarán sentados en este teatro dentro de dos mil años.

—¿Pero estarán escuchando a Esquilo o Eurípides?

—Tal vez escucharán a Tucídides: «Mi obra no está concebida para coincidir con el gusto del público inmediato, sino para durar para siempre».

Lo primero que hizo Ballista cuando lo hubieron nombrado *strategos*, el término griego que se creía más seguro que el latín para denominar a un general que podría asumir títulos imperiales, fue denegarle el mando a Lúculo. La defensa de la muralla interior de Ortigia quedó encomendada a Vopisco, mientras que la de Acradina, donde esperaban poder retener a los rebeldes, quedaría en manos del procurador imperial Olio, ya que era un oficial militar con el mismo grado de experiencia pero algo más joven. Tal como habían acordado durante la cena previa a la reunión del consejo, el edil Jenofonte quedó al cargo de las provisiones, mientras que Norbano, el líder de la guardia, continuó ocupándose de la seguridad en los puertos.

De momento, Ballista había dejado una mínima guardia de mil hombres en Epípolas. Los otros cuatro mil reclutas y voluntarios estaban trabajando en la defensa de la muralla de Acradina. Olio los había dividido en grupos de doscientos hombres y había asignado a cada uno de ellos una sección de la defensa, bajo la instrucción de un maestro cantero. Se dedicaron a derribar los edificios que habían crecido contra los flancos de la muralla, así como a reparar las áreas en las que la estructura se había degradado. Olio había ofrecido recompensas a aquellos que acabaran su trabajo demostrando la máxima habilidad y presteza. Ballista había ordenado que, una vez realizadas esas tareas, dejaran los escombros y las grúas utilizadas para izarlos cerca de la parte interior de la muralla.

Habría tiempo de sobra para completar el trabajo. Vopisco tenía a varios jinetes patrullando para vigilar a los rebeldes.

Catania había caído dos días antes porque un traidor había abierto una poterna. Los esclavos se habían librado a toda una orgía de violaciones y saqueos, tardarían al menos tres días más en llegar a Siracusa.

—¿Cuántos caballos hay en la ciudad capaces de sostener el peso de un hombre armado?

Vopisco tuvo que pensarlo antes de responder.

—No muchos, tal vez sesenta. Cuando los esclavos avanzaban por los dos caminos costeros enviamos a la mayoría de los que estaban pastando por la llanura hacia el interior. No te preocupes, la caballería debería estar segura. Los que te he enviado deberían ser de fiar, son todos hombres libres.

—Estaba pensando que los necesitaremos cuando rompamos el asedio.

—Si rompemos el asedio —dijo Vopisco.

—«No nos abandonemos a la muerte sin antes luchar. Aunque sea sin gloria, intentaremos hacer algo digno de ser contado» —propuso Ballista con aire solemne—. No será agradable, pero si no los perseguimos escaparán hacia las montañas. Tendremos que sofocar las brasas que queden candentes con una crueldad ejemplar.

—Ahí vienen —dijo Vopisco.

Una fila de una docena de hombres encadenados por las manos y los pies avanzaron pesadamente más allá del gran altar hacia el anfiteatro. Los vigilaban seis guardias.

—Lúculo se tomará esto como una afrenta personal —aseguró Vopisco.

—Lo ve todo como un insulto a su *dignitas*.

—Pues esto creo que colmará su paciencia y lo hará enloquecer.

Ballista sonrió mientras se ponía en pie.

—Es un problema para los médicos, no para mí.

Los gladiadores quedaron alineados sobre la arena. La mayoría de ellos eran hombres altos y gruesos, puesto que se creía que las capas de grasa protegían los órganos vitales. Parecían amotinados y temerosos al mismo tiempo. Mientras se preparaba

para dirigirse a ellos desde el lugar del oficial que presidía los combates, Ballista frunció el ceño como un bárbaro feroz y despiadado.

—«Abrasados con fuego, aprisionados con cadenas y grilletes, azotados con varas y aniquilados con acero.» Uno o dos de vosotros puede que no hayáis sido delincuentes o esclavos condenados a la arena, puede que en otro tiempo fuerais hombres libres, pero todos habéis hecho ese terrible juramento. Sin duda, todos soñáis con ganaros el *rudis*, la espada de madera de la libertad. En el fondo de vuestro corazón sabéis que no deja de ser un sueño. Estáis destinados a morir sobre la arena para proporcionar placer al público.

Ballista hizo una pausa, como si estuviera cotejando la posibilidad de ordenar su ejecución.

—Hoy sois propiedad de Lúculo, pero eso puede cambiar. Os ofrezco precisamente esa posibilidad. Los que así lo deseéis, podéis regresar a los barracones, volver al fuego, las cadenas y los azotes. Allí, como propiedad de Lúculo, podréis esperar a que llegue el día en el que os arrastren hasta las puertas de la muerte.

Una vez más, guardó silencio. La brisa levantó remolinos de arena del suelo del anfiteatro.

—Podéis emplear vuestra habilidad con las armas para el entretenimiento de los demás y el engrandecimiento de un único hombre, o bien dedicarla a una causa noble. Si juráis defender Siracusa, la ciudad estará obligada a adquirir vuestra propiedad. Si obedecéis las órdenes y lucháis con valentía, cuando termine el asedio que se avecina no solo se os concederá la libertad, sino también una suma de dinero que os permitirá vivir sin preocupaciones el resto de vuestros días. No sobreviviréis como parias despreciados, sino como hombres libres a quienes todo el mundo respetará.

Un gladiador más esbelto que los demás dio un paso adelante. Seguramente era un *retiarius*. Para luchar sin armadura y con un tridente y una red como únicas armas era necesaria una agilidad especial.

—¿Cómo sabemos que se cumplirá lo que decís?

—Puesto que haréis un juramento conmigo, yo también haré uno con vosotros.

Los otros gladiadores se quedaron mirando al *retiarius*. En todos los barracones, igual que en cualquier tienda del ejército, siempre hay un líder natural.

—Yo, Ganímedes el *Retiarius*, acepto hacer el juramento.

Uno tras otro, los demás gladiadores dieron un paso adelante.

—*Idem in me* —iban clamando. Yo también.

—¡Estás loco!

En el mismo balcón en el que al llegar Ballista había encontrado a Julia leyendo, en esos momentos su esposa estaba de pie, absolutamente furiosa.

—¡Loco de remate!

Ballista desvió la mirada hacia el esquife que estaba amarrado bajo el balcón.

—No puedes permitir que se presente voluntario —dijo ella indignada.

—Marco ha recibido la *toga virilis*.

—Ningún menor de dieciséis años puede unirse al ejército.

—La milicia no es el ejército. Hay efebos poco mayores que él que ya están sirviendo.

Julia cogió una jarra y se sirvió vino, pero lo hizo con tanta rabia que derramó una parte sobre la mesa.

—Eres su padre, puedes prohibírselo.

—No estoy seguro de que sea una buena idea.

—Esto es Roma, no tus bosques bárbaros. Por todos los dioses, todavía es un niño.

Ballista volvió la mirada hacia su esposa.

—Ya ha matado a un hombre.

Entonces fue Julia quien desvió la mirada.

—Exacto..., ya se ha expuesto a suficientes peligros.

—Máximo y Tarcón se asegurarán de protegerlo.

Julia suspiró.

—¿Y quién te protegerá a ti?

Ballista se le acercó. Ella lo miró a los ojos cuando él le puso las manos en los hombros.

—Marco estará seguro —le aseguró Ballista.

Ella no le apartó las manos, pero ignoró el consuelo que se suponía que tenían que ofrecerle.

—Y hay algo más —dijo ella.

Ballista no repuso nada, con la esperanza de que su ira se evaporara pronto.

—No te estás dando cuenta de cómo tu amigo Flavio Vopisco te está manipulando.

Ballista esperó a que su esposa elaborara el argumento.

—Si salvas la ciudad, serás un héroe durante un momento fugaz, hasta que te marches. Y cuando ya no estés, todos alabarán la sabia decisión que ha tomado Vopisco eligiéndote. Sin embargo, cuando recuerden lo que han sufrido, las casas derribadas y los bienes sustraídos, el miedo y la debilidad a la que se habrán visto expuestos, mirarán hacia atrás y te culparán a ti. Todo el odio recaerá sobre ti, el general bárbaro, y Vopisco ni siquiera se habrá ensuciado las manos.

—¿Y qué quieres que haga, si no?

Julia desvió enfadada la mirada.

—Asegúrate de que no le ocurre nada malo a nuestro hijo. De lo contrario, te juro que tu regreso a casa será comparable al de Agamenón.

21

—¡Ya están aquí!

Marco estaba en la casa del consejo de Acradina, con Ballista. Su padre la había requisado para convertirla en su cuartel general y alojar a su nueva guardia de gladiadores. Solo los dioses sabían por qué confiaba en ellos. Marco pensaba que a veces su padre se ganaba a pulso la enemistad de los consejeros de Siracusa.

—¡Son varios miles! —gritó el mensajero, desplazando el peso de un pie a otro debido al nerviosismo.

—Gracias —dijo Ballista—. Vuelve a la muralla y dile a Olio que los hombres preparen las armas. Nos uniremos a ellos en breve.

El mensajero se marchó de nuevo algo decepcionado, como si hubiera esperado una respuesta más dramática.

Ballista se dirigió al líder de los gladiadores.

—Ganímedes, manda a uno de tus hombres a casa de Flavio Vopisco y otro a casa de Norbano para comunicarles que agradecería que doblaran la vigilancia sobre Ortigia y los puertos, respectivamente. Si los esclavos se hacen con alguna embarcación, las fuerzas que hay ante las murallas puede que no sean más que una distracción.

El *retiarius* saludó y acto seguido trasladó las órdenes.

—¿Queréis que el resto vengamos con vos?

—No. Os llamaré si veo que tienen la intención de asaltar la

muralla, pero sospecho que solo nos están tanteando para obtener información sobre nuestras defensas. Será mejor que piensen que solo se enfrentan a unos cuantos civiles. No es necesario que sepan que tenemos tu escuadrón de combatientes entrenados.

Ballista se cubrió la cabeza con el casco.

—Máximo y Tarcón, venid conmigo. Y tú también —le dijo a su hijo.

Marco también cogió su casco. Era nuevo y todavía no se había acostumbrado a él, por lo que le costó un poco atárselo bajo la barbilla. Por todos los dioses, jamás había estado tan nervioso.

No tardaron mucho en llegar a pie hasta la muralla. Después del ágora, las calles estaban desiertas. Tanto Acradina como Ortigia se encontraban saturadas de gente desplazada de los distritos abandonados de Tique y Neápolis. Los que pudieron se alojaron en casas de parientes o amigos, y el resto acampó donde pudo, en templos, pórticos y almacenes vacíos del puerto. Había miles de refugiados, pero no se veían por ninguna parte. Las hileras de casas de la calle, parecidas a las de cualquier otra ciudad del imperio, presentaban al mundo un rostro vacuo, sin ventanas. Las únicas aberturas en los muros eran puertas cerradas y atrancadas. El efecto era opresivo, incluso claustrofóbico, como el de un laberinto.

Cerca de la muralla había una neblina de fino polvo de piedra suspendida en el aire. Las últimas piezas de mampostería se habían colocado apenas tres días antes. Era diciembre, faltaban siete días para los *idus*. Habían aprovechado que los esclavos estaban saqueando Catania para reparar las defensas.

Dentro de la puerta principal había dos grúas junto a un montón de vigas rotas y de piedras escarpadas de los edificios que habían demolido. Subieron por los escalones que permitían acceder al almenado. Olio los estaba esperando.

—¿Todo en orden? —preguntó Ballista.

—Cumpliremos con lo estipulado y estaremos atentos para acatar cualquier orden.

A pesar de llevar años dedicado a la pacífica actividad de una granja imperial, al procurador no le costó nada adaptarse de nuevo

a la jerga militar.

Ballista recorrió el parapeto acompañado por Olio. Marco intentó unirse a ellos, pero Máximo lo agarró por el brazo.

—Nuestro lugar está detrás de los que se encuentran al mando —le advirtió el hiberno.

Marco echó un vistazo hacia fuera por encima del hombro de su padre.

La vista era desoladora, todos los edificios habían quedado reducidos a los cimientos hasta casi cien pasos de distancia desde los muros de defensa. El suelo estaba arrasado, el terreno era abrupto, parecía un desierto de rocas. Marco sabía que la superficie era traicionera, puesto que se habían esmerado en ocultar varias trampas.

Al otro lado estaban los rebeldes. Eran centenares, tal vez miles, muy apiñados y agrupados según varios criterios. Las banderas que ondeaban sobre los alamanes mostraban extrañas representaciones de animales: lobos y osos, bestias horripilantes de los bosques septentrionales. Imitaciones de estandartes militares romanos revoloteaban sobre los demás esclavos rebeldes. Estos últimos tal vez odiaban Roma, pero era el único rasgo común entre ellos. Todos los insurgentes iban armados con lanzas y escudos. Muchos llevaban también espadas, pero pocos contaban con casco o armadura. Ese equipo tan improvisado no era muy distinto del que tenían los defensores de la ciudad. De haberse mezclado, habría resultado realmente difícil diferenciarlos.

Los rebeldes se quedaron de pie, esperando. Un murmullo leve pero incesante llegó desde sus filas. Estaban al alcance de las flechas, y Marco se preguntó por qué su padre no ordenaba a los arqueros que tiraran contra ellos. Una cuarta parte de los cuatro mil milicianos que estaban asignados a las murallas tenían arcos, y algunos, hondas. Luego se dio cuenta de que muchos esclavos también los tenían y se reprimió para no agacharse detrás de Ballista o de Olio.

Todos estaban esperando algo, tal vez a que el otro bando diera el primer paso, o quizá algo que Marco desconocía. Era como estar en un teatro antes de que empezara la función. Marco se

sorprendió mordiéndose el labio.

Un sonido grave se extendió por el páramo. Eran los hombres, gritando de entusiasmo. La turba se dividió y apareció un individuo cabalgando sobre un caballo gris claro y seguido por una docena de jinetes. El primero iba vestido con una toga púrpura y llevaba el pelo y la barba blancos muy largos. A pesar de la distancia, Marco llegó a ver el parche con el que se cubría un ojo. Sóter, el salvador, el rey de los esclavos que aspiraba a convertirse en emperador, había llegado a Siracusa.

—Pero si parece tu caballo —le dijo Máximo a Ballista.

—Pálido está seguro —dijo Ballista—. Vopisco lo mandó al interior con los demás.

Marco se había olvidado del capón favorito de su padre.

—¿En qué está pensando el tuerto viejo y chocho? —exclamó Tarcón—. Si matarlo demasiado fácil, no será placer exquisito entonces.

Ballista y Máximo se rieron, y Marco no supo muy bien por qué. Era evidente que Tarcón no estaba bromeando. ¿Y cómo era posible que los tres parecieran tan tranquilos, como si estuvieran charlando en una taberna?

—Marco Clodio Ballista —dijo Sóter con la voz clara—. Ha llegado el momento de que cumplas con tu juramento y me entregues la ciudad de Siracusa.

Por todo el parapeto, los hombres de la milicia se volvieron para mirarse e intercambiar preguntas desconcertadas.

—¡Silencio en las filas! —rugió Olio, aunque la orden no tuvo todo el éxito que era de esperar.

—¿No tienes nada que decir? —gritó Sóter—. No importa, hay más hombres en Siracusa dispuestos a hablar. Han señalado los lugares más débiles de vuestras defensas y han revelado las horas en las que no habrá vigilancia. Cuando lo ordene, abrirán las puertas.

Ballista le habló en voz baja a Olio.

—Haz correr la voz de hombre a hombre. Nada de trompetas ni de órdenes. Cuando yo lo diga y no antes, soltaremos una lluvia de flechas, todas apuntando al hombre del caballo gris claro.

—Ha llegado un nuevo amanecer, una nueva era —prosiguió Sóter—. Somos los amos de la isla del Sol. Nosotros decidiremos qué hombre hará cada trabajo, quién debe vivir y quién debe morir.

Más que oírla, Marco notó cómo la orden de su padre se propagaba por todo el almenaje.

Al otro lado del páramo, el rey de los esclavos hizo un gesto y dos hombres desnudos fueron expulsados de entre la multitud y los obligaron a avanzar. Uno era delgado y ágil, y el otro tenía sobrepeso y estaba en mala forma física. Los dos llevaban grilletes en los tobillos.

—Decidle a Vopisco, el que está en Ortigia, que uno de sus exploradores ha regresado.

Ese debía de ser el hombre de constitución ligera. ¿Cómo habían descubierto los rebeldes de qué manera pensaban organizar la defensa?, pensó Marco.

Eso dio una credibilidad terrible a la presencia de traidores tras las murallas que había mencionado Sóter.

—Diste un mal ejemplo con tu traición, Ballista. Aunque él también me había hecho un juramento, inspiraste la deserción del cuestor Cayo Maesio Modio. Aunque, como puedes ver, su huida no tuvo tanto éxito como la tuya.

Dos espadas cayeron a los pies de los dos prisioneros.

—Si el vencedor lucha bien, le perdonaré la vida.

Los dos hombres recogieron las armas con renuencia.

Marco se dio cuenta de que solo había un desenlace posible en aquel combate. Realmente era el mundo al revés. Un cuestor obligado a luchar como un gladiador, humillado frente a la turba y poniendo su vida al antojo de un esclavo. Un senador, un magistrado de Roma, por muy grave que fuera el delito que hubiera cometido, por muy atroz que fuera su traición, tenía derecho a morir con dignidad. Incluso los emperadores más crueles respetaban ese principio y permitían que los condenados se cortaran las venas en su propio hogar.

Un alamán dio un paso adelante para azotar la espalda del cuestor con un látigo. El hombre desnudo se tambaleó mientras los

esclavos se burlaban de él.

—¡Hades! Pero ¿qué...?

Una sola flecha salió disparada desde las murallas con muy mala puntería. Cayó muy lejos del líder rebelde, pero de inmediato la siguieron más. No fue una descarga coordinada, y las astas volaron sin orden ni concierto. Sóter gritó una orden y los arqueros insurgentes dispararon como un solo hombre. Marco recibió un empujón que lo apartó de las almenas, y acto seguido Tarcón se agachó sobre él y lo cubrió con su escudo. Ballista y Máximo permanecieron de pie, pero con los escudos levantados. Marco vio cómo una flecha rozaba el escudo de su padre y luego oyó un golpe en las tablas que le cubrían la cabeza. Tarcón fue quien amortiguó el impacto, y luego Marco se dio cuenta de que al guerrero le faltaban unos cuantos dedos en la mano derecha, precisamente la que utilizaba para sostener el escudo.

Como una tormenta de verano, la lluvia de flechas cesó de repente.

Marco asomó la cabeza por las almenas. Tras la barrera de arqueros, los rebeldes se estaban retirando. Bajo la mirada del rey de los esclavos, una unidad tras otra se alejó siguiendo un orden razonable.

—Ese Sóter es un hombre peligroso —comentó Olio—. Esa turba tiene que ser difícil de controlar. Sin él no son nada.

—Sin él no son nada —repitió Ballista con la mirada perdida en la lejanía.

En el páramo quedaron tendidos en el suelo los cadáveres de los dos hombres desnudos, acribillados por las flechas. El héroe desconocido y el cobarde habían muerto juntos.

—¿Crees que intentarán asaltar las murallas?

Ballista no respondió enseguida a la pregunta del hiberno.

—Morirían al tropel. Incluso si lo consiguieran, habría un montón de bajas.

Ballista dejó de estudiar las filas enemigas agrupadas al otro lado del páramo y se volvió hacia su amigo.

—Si saben que Vopisco controla Ortigia, también deben de saber que la ciudad cuenta con muchas provisiones. Y que podemos obtener más. Si los precios son lo suficientemente elevados, los barcos mercantes se arriesgarán a pesar de las tormentas de invierno. Los rebeldes, en cambio, no tienen naves, no podrán bloquear los puertos. Tal vez Sóter piensa que sus hombres se morirán de hambre antes que nosotros.

—¿Quién les está pasando información? —preguntó Máximo.

—Muchos esclavos en la ciudad, mucho resentimiento —dijo Tarcón—. O quizá uno del consejo piensa salvar pellejo. Hombres débiles piensan solo en ellos, mucho odio dentro.

Ballista ignoró esa especulación.

—Quizá Sóter no tenga mucho margen de elección. Ayer mismo vimos llegar al otro ejército de esclavos por el camino sur de la costa y algunos jinetes se dirigieron hacia el fuerte de Euríalo, donde Sóter ha plantado su pabellón. Puede que tenga rivales por el liderazgo entre los insurgentes.

Olio se unió a la conversación.

—Como ya he dicho antes, no son nada sin él.

—Puede que no todos estén dispuestos a reconocerlo —repuso Ballista—, sobre todo los recién llegados que han estado luchando en el sur a pesar de su ausencia. A Sóter no le basta con sus trucos de magia, necesita conseguir un éxito tras otro para conservar su posición, y cualquier retraso en la toma de la ciudad podría minar su autoridad. Sea como sea, no me ha parecido que sea un líder demasiado preocupado por las muertes ajenas.

Como un animal de grandes dimensiones despertándose de su letargo, la horda rebelde se agitó de repente. Una docena de hombres avanzaron separándose de la multitud. Eran altos y con el pelo rubio y largo. Se detuvieron, levantaron las manos hacia el cielo, sacaron las armas y empezaron a danzar.

—¿Qué demonios están haciendo? —preguntó Olio.

Los bailarines saltaban y daban vueltas en el aire, como si atacaran a enemigos imaginarios.

—Es una costumbre del norte —explicó Ballista.

—Todos mis destinos fueron en África y en Oriente —se

disculpó Olio.

—Esos alamanes se están entregando a los dioses. Con esa danza frenética intentan invocar la ferocidad de las bestias salvajes, los lobos o los osos. Eso infunde valor en los demás. Mi padre fue un guerrero como ellos.

Tal vez había hablado demasiado. Ballista sorprendió a su hijo mirándolo como si, durante un instante horrible, Marco no lo conociera de nada. Casi como si estuviera esperando que empezara a aullar hacia el cielo.

—A mí los dioses no me han poseído jamás —aclaró.

La presencia de su hijo lo inquietaba. Marco iba bien acorazado: casco, cota de malla y escudo. Además, Máximo y Tarcón lo protegerían, pero si llegaba a ocurrirle algo... Con solo pensarlo, Ballista estuvo a punto de sentirse físicamente sobrepasado por el miedo.

«El regreso a casa de Agamenón.» No estaba acostumbrado a que su propia esposa lo amenazara de muerte. Pero Julia tenía razón. No debería haber permitido que Marco recibiera la *toga virilis*, ni que se hubiera alistado para combatir. Aun así, lo único que podía hacer a esas alturas era intentar proteger al chico, interponerse entre él y el enemigo. Julia no tendría que imitar a Clitemnestra, Ballista estaba decidido a entregar su vida con tal de que a su hijo no le sucediera nada malo.

Con giros realmente salvajes, la danza de los alamanes estaba alcanzando su clímax, no faltaba mucho. Sin planteárselo de forma consciente y en silencio, Ballista llevó a cabo el ritual que solía realizar antes de cualquier batalla: la mano derecha buscó la daga que llevaba asida a la cintura y la sacó unos centímetros de la vaina para luego guardarla de nuevo. La mano izquierda palpó la funda de la espada y con la derecha también liberó algo la hoja para luego enfundarla de nuevo. Al final, con la mano derecha tocó la piedra curativa que llevaba atada a la funda.

Se alegró de haber recuperado su espada. Sol de Batalla había sido forjada en el norte en tiempos inmemoriales y había llegado a sus manos tras haber pasado de un guerrero a otro. Si quien la blandía luchaba con valor, Sol de Batalla no decepcionaba jamás, y

Ballista tampoco pensaba defraudar a los hombres que la habían empuñado hasta entonces. A veces, cuando contemplaba los colores del acero o palpaba la empuñadura con la palma de la mano, se imaginaba conversando con aquellos héroes que llevaban tanto tiempo muertos.

Pero no era el momento de pensar en el pasado. Ballista echó un vistazo a las almenas. Los hombres de Olio ocupaban sus posiciones. Eran cuatro mil. Una cuarta parte de ellos, arqueros. Tal vez unos doscientos con hondas. Los suficientes para lanzar un buen número de proyectiles. Ganímedes y los cincuenta gladiadores estaban abajo, protegidos por las murallas y preparados para actuar como reserva móvil. Había hogueras por toda la muralla, en intervalos de unos cincuenta pasos y con calderos de bronce suspendidos sobre las llamas mediante cadenas colgadas de trípodes metálicos. Habían encendido los fuegos en cuanto habían sabido que los esclavos se estaban preparando para un asalto. El contenido de los calderos ya debía de estar candente, y las pinzas de hierro, preparadas junto a cada hoguera, además de horquetas apoyadas contra las almenas cada veinte pasos. Había dos puertas más aparte de la principal, que era donde estaba Ballista. Detrás de cada una de esas dos puertas secundarias había dos grúas supervisadas por ingenieros y manipuladas por experimentados constructores.

Satisfecho con la preparación de las defensas, Ballista se concentró en el enemigo. Habían formado un bloque sólido y alargado. Los estandartes marcaban las diferentes divisiones. No obstante, las unidades estaban tan juntas que no había espacio para maniobrar entre ellas. La única táctica posible era un avance en masa. Sus cifras eran una incógnita, Ballista estimó que debía de haber unos diez mil hombres con Sóter, y tal vez se habían unido cinco mil más procedentes del sur. La proporción debía de ser de más de tres contra uno. Normalmente, eso bastaría para asaltar una posición a la defensiva, pero no había certidumbres en ese sentido. Ninguno de los dos bandos estaba formado por soldados. Tanto la moral de los que se defendían como la de los atacantes sería un aspecto tan frágil como fundamental. Si los esclavos conseguían

cruzar las murallas, la milicia rompería filas y huiría. Por otro lado, ¿los insurgentes demostrarían la fortaleza necesaria para soportar la carnicería que implicaba llegar hasta las almenas?

Lo que más preocupaba a Ballista eran los alamanes. Tal vez Galieno los derrotó y los capturó en Milán, pero antes habían sido capaces de llegar hasta las afueras de la propia ciudad de Roma. Eran guerreros entrenados, acostumbrados a la furia y los horrores de las batallas. En gran parte dependería del número de alamanes que hubiera, y se veían varias banderas germánicas entre los estandartes insurgentes. En Catania, los alamanes habían destacado en el asedio tanto en los puestos de vigilancia como patrullando, y como oficiales o consejeros. Ballista esperaba que eso no significara nada más allá del hecho de que Sóter hubiera sabido reconocer su valía como combatientes. Con un poco de suerte solo habría una fina corteza de alamanes sobre una gran masa de esclavos bajo los estandartes norteños.

Los rebeldes se habían preparado bien. Llevaban grandes pluteos de madera para proteger las filas frontales. Cada uno de esos grandes escudos requería a varios hombres para transportarlo, e incluso de ese modo eran pesados y difíciles de manejar. Eso ralentizaría el avance y mantendría a los atacantes en la zona peligrosa durante más tiempo. Sin embargo, parecían lo bastante robustos como para detener la mayor parte de las flechas y de las piedras que pudieran lanzar. «Ojalá —pensó Ballista— Siracusa tuviera al menos una catapulta.» Con una buena pieza de artillería como esa habría tardado poco tiempo en reducir los pluteos a astillas. Los rebeldes colocaron arietes frente a cada puerta, colgados de marcos protegidos por techos sobre ruedas. Habían tensado cueros de buey mojados y sin curtir sobre aquellas cubiertas móviles para protegerlas del fuego, una precaución muy razonable. Al ver los espolones metálicos de los arietes que sobresalían de los tejados rodantes, Ballista dudó de que llegaran a bastar para derribar las puertas. Eran más bien las numerosas escalas de asedio que había en el suelo, esperando a que las izaran, lo que más le preocupaba.

Una racha de viento procedente del mar azotó el estandarte

que ondeaba sobre la caseta del guardia. Ballista levantó la mirada hacia el caballo blanco de Hedinsey, el símbolo de su familia en el norte. Julia y sus criadas se habían encargado de bordar la bandera. Daba igual qué pensara su esposa sobre sus orígenes bárbaros, lo importante era que comprendía lo mucho que significaban para él. Ningún hombre de su dinastía huiría del campo de batalla mientras todavía ondeara el estandarte. Ballista sonrió. Lo que Julia no podía saber era el efecto que podría tener sobre los alamanes. De ese modo sabrían a la perfección contra quién se enfrentaban, y es que no había ningún guerrero de Germania que no reconociera el caballo blanco sobre el campo verde. Durante muchas generaciones, los Himling de Hedinsey habían sembrado el terror en los campos de batalla.

Sonó una trompeta y apareció Sóter, claramente expuesto, montando su caballo gris por encima de sus hombres. O de verdad se creía elegido por los dioses o era valeroso y temerario por igual. El rey de los esclavos hizo un gesto y se dirigió a su ejército, aunque el viento impidió que sus palabras llegaran hasta las posiciones de defensa.

—Pasad la orden —dijo Ballista—. Preparaos para disparar.

Ballista ya había repasado sus líneas unas horas antes. De vez en cuando se había detenido para dirigir unas palabras de ánimo a aquellas tropas improvisadas.

«Estáis luchando por vuestros hogares, los templos de vuestros dioses, vuestras familias. Sois hombres libres y ellos no son más que esclavos. Estáis protegidos por las almenas, mientras que ellos están expuestos a los proyectiles. Lo tenemos todo a nuestro favor. No permitiremos que tomen la muralla. Cumplid con vuestro deber y venceremos.»

En esos momentos no vio motivo alguno para permitir que su contrincante soltara su discurso.

—¡Disparad!

Se oyeron las cuerdas de centenares de arcos y unas cuantas hondas liberando la tensión. Como insectos despiadados, los misiles sisearon por la desolada extensión. Las flechas, convertidas en finas líneas negras, y las piedras de las hondas, casi demasiado

veloces para poder divisarlas.

La guardia del rey de los esclavos cerró los escudos a su alrededor. Casi todos los proyectiles golpearon los pluteos de un modo inofensivo.

—¡Apuntad más arriba! —gritaba Olio—. ¡Apuntad alto, que las flechas les caigan encima! ¡Honderos, esperad a que se abran huecos en la línea de escudos para lanzar!

Otra descarga, más irregular pero con mejor ángulo. Ballista detectó un estremecimiento recorriendo las filas enemigas, como un cambio de dirección en la brisa que barre un campo de cebada. Tras aquellos grandes escudos, los hombres debían de estar cayendo.

Aquello bastó para que, sin esperar órdenes, los bloques enemigos se pusieran en movimiento. Seguramente pensaron que era mejor atacar que quedarse impotentes, esperando a que los abatieran. Avanzaron sin cohesión alguna, y las filas quedaron quebradas de repente. Los techos que cubrían los arietes pesaban una tonelada. A esas alturas ya se estaban quedando algo atrás.

Mientras los esclavos avanzaban, sus arqueros empezaron a disparar. Ballista levantó el escudo y observó la situación por el borde.

—¡Honderos, apuntad a los flancos desprotegidos! —rugía Olio—. ¡Los flancos desprotegidos!

Entonces, Ballista pudo ver a hombres derribados. Se desplomaban retorciéndose con flechas clavadas en sus cuerpos o caían directamente hacia atrás, abatidos por piedras que no habían podido esquivar. Todavía tenían que cubrir ochenta pasos antes de quedar al alcance de las jabalinas de la muralla. Algunos grupos echaron a correr hacia la ciudad, cualquier cosa para superar aquel tormento, mientras que otros simplemente abandonaron. Hubo quienes siguieron adelante con mayor lentitud, agazapados tras los grandes escudos.

«Padre de Todos, son muchísimos.»

Una flecha pasó muy cerca de su cara e hizo caer a alguien de la muralla. En un momento de pánico, Ballista se dio la vuelta para buscar a su hijo. Marco seguía allí, protegido por el escudo de

Tarcón y por el suyo propio, pero Ballista sintió terror al comprobar que el escudo de su hijo ya tenía dos flechas clavadas.

Obligándose a permanecer calmado, Ballista asomó la cabeza por encima del parapeto para ver los arietes. Tenían que acercarse por los tres senderos que conducían hasta las puertas. Estaba mirando uno que se dirigía hacia la puerta que quedaba junto al Puerto Menor cuando oyó a unos hombres soltando gritos de júbilo al otro extremo de la muralla. El tejado del ariete había quedado inclinado en un ángulo imposible. La rueda delantera izquierda se había hundido en uno de los fosos que Ballista había mandado cavar para luego cubrirlo con cestería y una fina capa de tierra. El asunto se decidiría mucho antes de que pudieran liberar ese artilugio tan poco manejable. Cuando Ballista volvió a mirar hacia el Puerto Menor, el tejado que avanzaba por ese lado se hundió cuando el suelo por el que pasaba cedió de repente.

—Con eso ya nos hemos librado de dos de los tres arietes —constató Máximo—. Parece como si no fuera la primera vez que haces algo así —bromeó.

Ballista no respondió al hiberno.

La vía que llevaba a la puerta principal estaba pavimentada, por lo que no había sido posible ocultar un foso. Cuando llegara el momento, tendrían que lidiar con ese ariete siguiendo otros métodos.

Un gran rugido, como una oleada rompiendo contra un promontorio, recorrió la muralla. Por todas partes había hombres lanzando jabalinas, rocas, cualquier cosa que tuvieran a mano. Faltaban apenas unos instantes para que el asalto llegara hasta los pies de la muralla. La crisis estaba servida.

—¡Los calderos! —gritó Ballista.

Una trompeta desde la caseta de guardia se encargó de dar la señal esperada, que se transmitió por toda la línea de defensa.

Utilizando las largas pinzas de hierro y envolviéndose las manos con trapos, los hombres izaron los voluminosos recipientes siseantes y los transportaron hacia el parapeto. Levantándolos con torpeza, vertieron la arena candente y humeante que contenían. Desde abajo les llegaron los gritos de agonía y terror de los

asaltantes. No habían encontrado nafta en toda la ciudad, pero la arena era casi igual de efectiva. Se colaba en las armaduras y en la ropa y se pegaba a la piel, abrasándola sin remedio.

Pero eso no detuvo a todos los esclavos, que izaron escalas de asalto sobre las almenas, de manera que los defensores recurrieron a las horcas para intentar apartarlas. Ballista no pudo prestar atención al desenlace, el ariete casi había llegado a la puerta principal.

—¡Levantad la primera grúa! —gritó Ballista por encima del estruendo.

Un gran temblor, como el de un terremoto, movió las losas bajo sus pies. El tremendo impacto del ariete parecía haber sacudido el puesto de vigilancia de arriba abajo. Las tablas de la caseta eran de roble macizo y estaban reforzadas con hierro, pero de todos modos no soportarían mucho tiempo tanta fuerza canalizada por la punta de acero del ariete.

Mientras los hombres tiraban de las poleas, el brazo de la grúa se levantó por encima de la línea defensiva y quedó suspendido hacia fuera, algo doblado por la carga que soportaba.

Ballista asomó la cabeza por encima de las defensas y luego retrocedió enseguida para guiar al ingeniero que comandaba la grúa. Máximo iba de un lado para otro como un *daimon* atribulado, intentando cubrir a Ballista con su escudo mientras su amigo no paraba de avanzar y retroceder.

—¡A la izquierda, izquierda! ¡Un poco más! ¡Ahí, parad! ¡Ahora, soltadla!

El enorme bloque de piedra, que había servido de dintel para una casa distinguida, cayó de golpe y desde abajo llegó el satisfactorio sonido de la madera astillada.

—¡Diablos!

La piedra había desmoronado el tejado del ariete y unos cuantos esclavos habían quedado aplastados como insectos. No obstante, la estructura del marco había quedado intacta.

—¡Levantad la segunda grúa!

El equipo que la manipulaba se había impacientado y el brazo ya estaba en voladizo.

«Tómate tu tiempo», murmuró Ballista para sí mismo.

Haciendo caso omiso al poste que pasó por su lado y a la asistencia continua de su amigo, Ballista fue dando instrucciones con calma hasta que estuvo convencido de que la grúa estaba colocada en el lugar perfecto.

—¡Soltadla!

Esa vez, no podrían haber apuntado mejor. El segundo bloque de construcción aterrizó sobre el vértice frontal del marco del tejado. La estructura entera se desplomó entre una gran nube de polvo. Cuando se disipó un poco, pudieron ver que la piedra había arrancado de cuajo la punta metálica del ariete.

Consciente de nuevo de lo que ocurría a su alrededor, Ballista agarró a su hijo y lo obligó a resguardarse tras las almenas. Le pareció extraño sentir la llegada del miedo tras el peligro.

—¡Están sobre la muralla!

Ballista se levantó del suelo enseguida. Había dos escaleras junto a la entrada del Puerto Menor. Los alamanes estaban trepando hasta el parapeto y había una gran confusión sobre la muralla. La milicia todavía no había huido, tal vez aún había tiempo de salvar la situación.

—Olio, tomad el mando.

Ballista bajó la escalera a toda prisa. Ganímedes lo estaba esperando abajo.

—¡Trae a tus hombres!

Ballista habría querido dejar a su hijo con Olio. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Estaba solo a unos cien pasos de la pequeña puerta. Salieron corriendo, haciendo sonar las armas y los escudos. Cuando llegaron allí, la cota de malla se hundía ya en los hombros de Ballista y el sudor le cubría la cara bajo el casco.

—Ganímedes, sube ahí y échalos de la muralla.

El gladiador no se movió. Ballista detectó la duda en su mirada, igual que en los ojos de los hombres que estaban tras él. De algún modo sabía que lo seguirían, pero no quería arriesgarse a subir solo.

—¡Seguidme!

Los escalones eran lo bastante anchos para que pasaran dos hombres. Ballista subió con Máximo a su izquierda, seguido de cerca por su hijo y por Tarcón. Ni siquiera tuvo tiempo de comprobar si los gladiadores obedecían su orden, porque cuatro alamanes ya estaban bajando para abrir la puerta desde dentro. Si lo conseguían, todo habría terminado.

El alamán que bajaba frente a Ballista descargó con fuerza la espada sobre su escudo. Tras un breve tambaleo, Ballista recuperó la posición y atacó a las piernas del guerrero. El filo le abrió un corte en el muslo izquierdo al alamán, que se desplomó con las manos sobre la herida. Ballista saltó dos escalones por encima de él dejando que fuera otro quien se ocupara de rematar al herido.

Quedó justo al lado del tipo que luchaba contra Máximo. Metiendo el hombro en el escudo, apoyó todo su peso contra el lado para empujar al alamán, que soltó un gruñido de sorpresa y cayó gritando por el lateral de la escalera, intentando agarrarse con desesperación a algún lugar inexistente.

La maniobra había dejado a Ballista desequilibrado y expuesto. El otro par de alamanes atacaron al mismo tiempo y con tanta precipitación que se estorbaron mutuamente. Girándose sobre sí mismo, Ballista bloqueó una estocada con su espada, mientras que la del otro no le acertó en la cara por un pelo.

En ese momento fue Máximo quien dio un salto adelante. Durante la lucha, los movimientos del hiberno se volvían fluidos e instintivos como los de un gran felino o cualquier otro depredador. Un par de estocadas certeras bastaron para abatir a los dos alamanes.

—¡Vamos!

Una rápida mirada hacia atrás. Los gladiadores ya subían por la escalera.

Hubo un momento de calma en la lucha llegados a lo más alto. La milicia estaba apiñada unos pasos a la izquierda, mientras que los alamanes se encontraban a la derecha. Un estandarte rojo exhibía a un lobo dorado por encima de los guerreros. El paso del muro era lo suficientemente amplio para cuatro hombres hombro contra hombro. Ballista se dio cuenta de que tenía a su hijo justo a

su izquierda. Detrás de Marco estaba Tarcón y luego Máximo, junto al parapeto exterior. Antes de que pudiera ordenarle a su hijo que retrocediera, los alamanes ya se habían lanzado sobre ellos.

«No pierdas de vista el acero.»

Ballista tuvo que obligarse a no mirar a Marco. El guerrero que se enfrentaba a él era cauto, y se dedicó a tantearlo con la espada, buscando un punto débil antes de lanzarse al ataque con todo. Los ruidos del acero contra el acero y el acero contra la madera que oía a su izquierda eran una verdadera tortura para Ballista. Necesitaba terminar con ese hombre cuanto antes. Un guerrero fuerte no tardaría mucho en vencer a un chico de solo trece años.

Ballista dio un paso atrás tambaleándose deliberadamente, como si algo le hubiera hecho tropezar. Bajó un poco la guardia, lo suficiente para atraer a su contrincante, que se lanzó contra su torso. Ballista lo esquivó y le hundió la empuñadura de Sol de Batalla en el puente de la nariz. El sonido que hicieron los delicados huesos al romperse fue desgarrador, como el de un pajarito aplastado. Cuando el guerrero retrocedió, Ballista lo remató clavándole la espada en el cuello.

Intentando ignorar la sangre que le provocaba escozor en los ojos, Ballista se volvió para rescatar a su hijo. Era demasiado tarde, Tarcón ya estaba sobre el alamán que atacaba a Marco. Desde que había perdido varios dedos de la mano derecha, Tarcón se había entrenado para convertirse en un buen espadachín zurdo.

Hubo un momento de calma. Los alamanes habían dado el brazo a torcer.

«¿Dónde está Máximo?» Ballista miró a su alrededor con frenesí. «¡Allí!»

El hiberno se había plantado entre los enemigos. Como una especie de fantasma vivaz ávido de sangre, uno de esos que odian tanto a los vivos que les arrancan los miembros uno a uno, Máximo se abría paso a estocadas hasta el estandarte del lobo. Su espada se hundió en el hombro del guerrero que lo sostenía y, durante un instante de lo más grotesco, los dedos del brazo cortado siguieron aferrados al mástil de la bandera. Luego Máximo lo agarró y lo

lanzó al suelo.

Y ahí terminó todo. Al ver el símbolo de su orgullo reducido a un sucio trapo, los alamanes huyeron peleándose entre ellos para llegar hasta las escalas. Ganímedes y los gladiadores se encargaron de terminar con ellos.

Una ovación recorrió el almenaje. La milicia, ebria de alivio, se abrazaba y soltaba gritos de burla contra los insurgentes que huían por el páramo.

Ballista encontró a Marco.

—¿Estás bien?

Su hijo tenía la cara blanca y los ojos muy abiertos, impresionado por el hecho de haber sobrevivido. Incapaz de hablar, Marco se limitó a asentir.

—Bien —dijo Ballista, volviéndose—. Tarcón, ve a decirle a Olio que organice dos grupos para recoger alquitrán, antorchas, cualquier cosa que sea inflamable. Que salgan y quemen los arietes, los pluteos y los tejados aprovechando que los esclavos se han dispersado. Hemos capeado la primera oleada, pero el asedio todavía no ha terminado.

22

Faltaban tres horas para medianoche y reinaba la oscuridad. Grandes bancos de nubes negras se desplazaban por el firmamento cubriendo las pocas estrellas y la leve línea de la luna nueva que empezaba a crecer. Se acercaba una tormenta procedente del norte, pero de momento todavía no soplaba la brisa en el Gran Puerto. Las aguas seguían tan calmas y cristalinas como las de la represa de un molino. El sonido de los remos de la pequeña embarcación quedó amortiguado, pero el chapoteo y los crujidos parecían tan escandalosos como si pudieran llegar sin problemas hasta la ciudad o la orilla.

Había luces encendidas en la fortaleza de Epípolas. La ciénaga no se divisaba con claridad debido a la penumbra. Había sido allí, en Lisimeleia, donde había acampado la malograda expedición ateniense. Los vapores pestilentes del pantano habían extendido las enfermedades entre los atenienses, que dejaron a los muertos y a los heridos abandonados entre el fétido lodo. Aquello podía ser un mal augurio, ¿acaso la misión clandestina que debían llevar a cabo esa noche estaba destinada a terminar de un modo parecido?

Faltaba ya poco para llegar al pantano. No había señales de vida por ninguna parte. ¿Los estarían esperando? Sin los caballos, no podrían llegar a Euríalo y al campamento de Sóter antes del alba, y eso sería demasiado tarde.

El bote se metió por un arroyo. Las orillas estaban repletas de

juncos y árboles caídos. El aire estaba fuertemente impregnado del olor a aguas estancadas, a vegetación podrida y a lodo. Algo cayó al agua tras ellos. El barquero viró hacia una ensenada todavía más estrecha, cubierta por las ramas de los sauces. Los que no remaban se dedicaban a apartarlas con los brazos.

Al cabo de un rato, el bote recaló en una placa de tierra firme. Marco salió junto con los demás, y su padre dio las gracias a la tripulación. Les habían prometido una buena recompensa, pero solo obtendrían el dinero si esperaban la noche entera y los devolvían a los muelles de Siracusa por la mañana.

Un hombre los guio por la ciénaga. Tras él, en fila india: Ballista, Marco, Tarcón y Máximo en la retaguardia. El recorrido era enrevesado. A menudo tuvieron que evitar estanques viscosos volviendo sobre sus propios pasos. Y aunque el guía parecía saber con exactitud dónde estaba, de vez en cuando Ballista se detenía y miraba atrás para recordar por dónde habían pasado.

Al final llegaron a una arboleda de alisos que quedaba junto a la orilla del pantano. El guía soltó un leve silbido, al que alguien respondió desde el interior de la fronda. Los caballos habían sido maneados y estaban pastando hierba. Los encargados de llevarlos hasta allí parecían muy inquietos.

—Nos veremos con la primera luz del día —dijo Ballista—. No tiene sentido dejar que los rebeldes se queden con nuestras monturas.

Asintieron en un murmullo. Marco se preguntó si esos individuos realmente se quedarían allí toda la noche. Flavio Vopisco había mandado un mensaje al interior para que trajeran los caballos y había asegurado que los hombres eran de fiar. Pero esperar todas aquellas horas a oscuras y tan cerca del campamento de los insurgentes podía hacer mella en el coraje de cualquiera. Aparte de perder los caballos, no podía importarles nada más. Siempre que al guía no le fallara el valor. Sin él, sin duda sería imposible encontrar el camino de vuelta a través de la ciénaga hasta el lugar en el que habían ocultado el bote. Eso siempre que este siguiera allí amarrado por la mañana.

Montaron y se pusieron en marcha enseguida. Había casi diez

kilómetros hasta la fortaleza de Euríalo, que estaba en el extremo oeste de Epípolas. Cubrieron la distancia a campo traviesa aprovechando que el terreno era llano. La mayor parte del tiempo pudieron avanzar al medio galope, y no hablaron en todo el trayecto, solo se oyó el tamborileo de los cascos por la oscura llanura.

Marco se animó mucho cabalgando, le pareció mucho mejor que quedarse sentado en el bote sin hacer nada o que arrastrar los pasos por aquella ciénaga pestilente. Su padre no había querido que lo acompañara. Marco había argumentado que Ballista no conocía los túneles que pasaban por debajo de Euríalo, mientras que él se había familiarizado con ellos ya desde pequeño. Sabía de memoria dónde se hallaba cada giro y cada recodo, qué caminos estaban cortados y dónde se encontraban las entradas y las salidas. Su padre había objetado que sin duda tenía que haber otras personas en la ciudad que conocieran aquellos pasillos subterráneos y que prefería que lo acompañara alguien mayor. Sin embargo, ¿podía confiar en ellos?, había argumentado Marco. ¿Tanto como en su propio hijo?

No le habían contado a nadie que se dirigían hacia allí. Entre los oficiales, solo Vopisco y Olio lo sabían, mientras que únicamente Grim y Rikiar estaban al corriente dentro de la familia. No obstante, por supuesto, Julia se había enterado y se había enojado mucho. Marco lamentaba ser la causa de tanta ansiedad para su madre, pero ya no era un niño. Aunque si no conseguía regresar, sabía que tal vez lo mejor sería que su padre tampoco volviera a casa.

Habían pasado cinco días desde que habían rechazado el asalto de los rebeldes a las murallas. Muchos de los miembros de la guarnición se habían mostrado seguros de que aquella derrota conseguiría dispersar a los insurgentes, pero era una confianza totalmente infundada. Marco sabía que los esclavos no tenían adónde ir. Si no conseguían tomar Siracusa, el único futuro que los esperaba era la muerte. Tal vez algunos lograrían ocultarse en las montañas durante un tiempo, puede que incluso meses, pero su destino era inevitable. Su padre había divulgado la esperanza de

que aquel revés hubiera mancillado tanto la imagen de Sóter que sus propios hombres se hubieran vuelto contra él, pero la respuesta les llegó durante la segunda mañana tras el asalto. La luz del día había revelado a seis crucificados frente a las murallas. Al menos cuatro de los hombres clavados en las cruces parecían ser alamanes. Seguramente se trataba de la venganza del rey de los esclavos contra los oficiales que habían osado cuestionar su autoridad.

«No son nada sin él», había dicho Olio, y el veterano procurador tenía razón. El carisma de Sóter era lo único que conseguía mantener unidos a los esclavos rebeldes. Sin su salvador no serían un ejército, sino solo una turba dispar e incontrolable. «Debemos cortar la cabeza de la serpiente», había afirmado Máximo.

Los oscuros peñascos de Epípolas se alzaban frente a ellos. Había una arboleda sagrada dedicada a Hércules, en la que Tarcón esperaría con los caballos. Marco sabía que el miedo que sentía era de lo más normal, puesto que la empresa era desesperada. Si los capturaban vivos, morirían de un modo lento y agonizante. Sin embargo, le parecía poco realista que tal cosa sucediera. Su padre y Máximo eran grandes guerreros. A su lado le resultaba imposible imaginar que pudieran fracasar, por no hablar de sufrir cualquier daño.

Llegaron a la arboleda de Hércules sin toparse con nadie por el camino. Ballista no había esperado encontrar ninguna patrulla por las llanuras durante la noche. Los rebeldes no tenían nada que temer en el interior. Todas sus precauciones se centraban en las murallas de Siracusa y en si alguien salía por ellas. Aunque hubieran detectado la pequeña embarcación al cruzar el Gran Puerto, seguro que tampoco habrían considerado que pudiera suponer ningún peligro. Lo más probable era que los centinelas rebeldes la hubieran tomado por un simple bote de pesca. O bien, puesto que no llevaba luces, por algún ciudadano cobarde que había sobornado a un barquero para que le permitiera huir

furtivamente del asedio pensando que encontraría un lugar seguro en el interior.

A los grandes robles del bosquecillo sagrado ya no les quedaban hojas. Sin embargo, eran árboles viejos que dejaron de ser retoños durante la época en la que los atenienses habían fundado la ciudad, de manera que la oscuridad de sus gruesos troncos les proporcionó cierto refugio. Los viajeros nocturnos ataron los caballos junto al altar que había en el centro. Tarcón quedó al cargo de las monturas.

Marco guio a Ballista y a Máximo hasta el interior de la fortaleza. Una o dos antorchas ardían en lo alto de los muros, donde los centinelas hacían su ronda. Las antorchas todavía volvían la oscuridad más profunda más allá del pequeño círculo de luz que creaban. El riesgo de que los guardias pudieran verlos era mínimo. Las tres figuras llevaban la cara y las manos ennegrecidas con corcho quemado e iban ataviados con mantos oscuros para camuflarse en el paisaje nocturno.

Marco se movió despacio por la acequia, pasando tan solo por uno de los lados, hasta llegar a la entrada oculta que permitía acceder a los túneles. Hasta cierto punto, Ballista esperaba que su hijo no lograra encontrar la abertura, algo que tampoco era improbable. Las cosas siempre parecían distintas a oscuras y habían pasado muchos años desde que Marco había explorado aquellos pasadizos por última vez. Si daban media vuelta en ese instante, podían estar de vuelta en Siracusa en cuestión de una hora, y sería una retirada sin humillación. En cualquier caso, le parecía perverso cargar a un joven con la responsabilidad de guiarlos hasta el interior de la fortaleza. ¿Qué clase de padre exponía a su hijo a un peligro tan evidente?

Ballista tenía otro motivo para querer que Marco no encontrara la entrada, y es que desde pequeño había odiado los espacios cerrados. Le parecía terrorífico sentirse acorralado, incapaz de moverse con libertad. En ese sentido, no se le ocurría un lugar peor que unas cámaras subterráneas. No dejaba de pensar en el inmenso peso de la tierra y la roca que tendría a su alrededor, amenazando con aplastarlo en cualquier momento.

No hicieron ningún ruido mientras avanzaban por la acequia. Los tres llevaban botas de montar con suelas de cuero y las cotas de malla engrasadas. Además, se habían quitado del cinto todos los ornamentos, así como las fundas de los arcos cortos que llevaban colgados en el lado derecho.

—*Eleutheria!* —gritó un centinela al que ni siquiera habían visto desde lo alto de la muralla.

Se quedaron paralizados, pegados a las sombras del fondo de la acequia. No estaban muy lejos de la arboleda. Todavía tenían tiempo de huir corriendo.

—*Parrhesia!* —respondió una voz algo más leve desde algún lugar del almenaje.

Ballista le vio los dientes a Máximo cuando el hiberno sonrió aliviado. «Libertad» y «verdad», consignas de lo más adecuadas para la revuelta, conceptos que los esclavos no habían conocido bajo el orden previo, aunque el griego tuviera poco significado para los alamanes.

Esperaron unos momentos antes de ponerse en marcha de nuevo, aguardando a que llegara otro grito, pero no se dio el caso. El silencio nocturno permaneció intacto.

—¡Por aquí! —siseó Marco.

«Hades», pensó Ballista.

Tras unas zarzas había una pequeña abertura oscura junto a la acequia. Ballista le echó un vistazo cargado de aversión. No era mayor que la trampilla de un altillo. Si en algún momento había tenido puerta, la habían quitado o se había podrido mucho tiempo atrás. La fortaleza entera llevaba siglos abandonada, desde que se había impuesto la paz romana.

Marco se puso a cuatro patas y se retorció para meterse por la abertura. Ballista dejó que Máximo fuera el siguiente. Los dos eran ligeramente más esbeltos que él. Cuando las botas del hiberno hubieron desaparecido, Ballista no consiguió encontrar ningún motivo para seguir demorando su turno.

La abertura era poco más ancha que los hombros de Ballista. En cuanto tuvo el torso dentro, la luz procedente del exterior quedó bloqueada. Era una fría noche de diciembre y de todos

modos estaba sudando con profusión. Mientras avanzaba retorciendo el cuerpo, su respiración se aceleró y se volvió más superficial, cercana al pánico. Tenía incontables toneladas de roca sobre su cabeza. No había escapatoria.

—Esperad —dijo Marco en un tono de voz extraño debido al eco. Las manos de Ballista encontraron las botas de Máximo. Estaba tendido en el suelo, completamente a oscuras, luchando por controlar su respiración, intentando distraer la mente para no pensar en las rocas que lo rodeaban por todas partes. «Piensa en algo, en cualquier cosa menos en esto.»

Una tenue luz llameó por delante de ellos cuando Marco recurrió al pedernal y al acero. En cuanto vio que la mecha de la lámpara prendía, cerró la pantalla hasta que quedó solo una estrecha rendija de luz.

Estaban en un túnel de paredes de roca tosca, de no más de sesenta centímetros de anchura y un poco más de altura. Los lados eran de color verde y tenían un tacto grasiento. Apestaba a humedad y a roedores. El túnel subía describiendo una pendiente pronunciada, debía de ser algún tipo de desagüe. Más allá de los demás, Ballista detectó otro agujero, una entrada a otra cámara.

Le estaba costando mucho avanzar al mismo ritmo que los demás. Las manos y las botas le resbalaban y le resultaba difícil apoyarse bien en el suelo. Al final, encontró una mano extendida y Máximo lo ayudó a subir.

Ballista se quedó sentado un momento para recuperar el aliento. De repente estaban en un lugar más amplio, una especie de pasadizo subterráneo construido con bloques de piedra lisa. Era más alto que un hombre y casi tan ancho como un carro pequeño.

Marco usó la linterna para iluminar en las dos direcciones. El pasadizo estaba desierto.

—Puede que ni siquiera sepan que existen estos túneles —dijo —. Es fácil perderse por aquí. Es un verdadero laberinto.

Ballista se puso en pie y notó el olor nauseabundo que desprendía su manto cubierto de lodo.

—Guíanos —le pidió a su hijo.

A Ballista le pareció que se estaban moviendo en dirección

norte. Encontraron un par de pasadizos más a la derecha, pero su hijo los ignoró. A continuación llegaron a una cámara que tenía media docena de salidas.

—Conectan con diferentes lugares de la fortaleza y con el exterior —explicó Marco. Se quedó pensando unos instantes y luego decidió entrar por uno que parecía seguir en dirección norte.

Al cabo de un rato, el pasadizo se bifurcó y Marco tomó el camino de la derecha. A partir de ahí, Ballista perdió toda noción de las distancias y del tiempo. Se limitaron a andar sin cesar por un sendero subterráneo en apariencia interminable hasta que, por fin, Marco se detuvo.

—Silencio. La escalera está justo ahí delante —aclaró al llegar frente a una puerta.

Por suerte, resultó no estar cerrada ni bloqueada por el otro lado. Cuando la abrieron, no obstante, las bisagras soltaron un chirrido alarmante.

Una vez más, se quedaron muy quietos, observando con atención los escalones, aguzando el oído por si alguien daba el grito de alarma y rezando para que no bajara corriendo ningún guardia. Cuando el silencio se volvió demasiado opresivo, empezaron a subir los escalones.

La escalera de espiral subía hasta la muralla. En lo más alto encontraron otra sólida puerta cerrada. Ballista agarró la anilla del picaporte con las manos y le dijo a Marco que cerrara más la linterna antes de abrir la puerta, puesto que la luz podía revelar su presencia. Ballista esperó en la oscuridad más profunda.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado de nuevo a la penumbra, le dio la vuelta a la anilla de hierro y la barra se levantó con un sonido metálico. La puerta cedió con un crujido. Los dioses estaban de su lado, aquella puerta tampoco estaba cerrada con llave. Asomó la cabeza con cuidado para echar un vistazo. Unas formas oscuras se movían cerca de la muralla, pero eran demasiado grandes para tratarse de hombres. Cuando la vista se le habituó al cambio de la luz, vio que no suponían ninguna amenaza, puesto que solamente eran reses y no había ningún rebelde cerca. Cerró la puerta de nuevo sin hacer ruido.

Ballista pensó en la linterna, en que deberían haber llevado dos, pero era muy fácil acertar a toro pasado. Si la mantenían apagada, debería quedarles suficiente aceite para una hora más de luz. No obstante, si se retrasaban por cualquier motivo, Ballista no se atrevería a bajar por esos túneles a oscuras.

—Marco, apaga la linterna del todo. La dejaremos aquí.

La luz bañó por completo la estancia y estampó sus sombras en las paredes antes de que Marco apagara la mecha y quedaran sumidos en la negrura de nuevo.

Una vez más, esperaron hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad para no salir a ciegas. Ballista recitó mentalmente el alfabeto griego dos veces y luego abrió la puerta.

Después del túnel, la luz del lugar parecía tan clara como la del día. Marco los había llevado justo hasta donde había previsto. A su izquierda estaba la puerta principal de la fortaleza, y delante de ellos Ballista vio la cresta del gran pabellón, a no más de doscientos pasos de donde se encontraban. Sobresalía entre un grupo de tiendas de menor tamaño que quedaban recortadas contra el cielo. El redil de vacas estaba en el interior de la muralla. Junto a la puerta, una hilera tras otra de carros levantados, cargados con sacos de grano, barriles y ánforas de vino y aceite. Los esclavos habían reunido todo lo que habían saqueado por todos los lugares de aquella fértil isla por los que habían pasado. Nunca resultaba sencillo detener el pillaje de los individuos y la destrucción gratuita de los ejércitos, por lo que Ballista sintió cierta admiración ante el control que Sóter había logrado imponer en ese sentido.

Unos puntos de luz en lo alto de la muralla mostraban los lugares por los que pasaban los centinelas durante las tediosas guardias. Había unos cuantos más entre los carros y solo uno al otro lado del lugar en el que estaban los animales.

—Vamos.

Caminaron poco a poco. El ganado no se asustó y se limitó a mirarlos con mansa curiosidad. Su aliento cálido y dulzón impregnaba el aire. Eso y el aroma del heno. Cuando estaban atravesando el redil y todavía tenían a la vista la puerta por la que

habían salido, Ballista se detuvo y miró hacia atrás. Intentó recordar su posición en relación con un agujero que había en la muralla, de donde se habían desprendido unas almenas. Los otros dos esperaron a que Ballista se situara y luego siguieron avanzando.

Los dos pastores que llevaban la antorcha estaban algo apartados cuando el grupo pasó acuclillado por debajo de la valla. No parecía que nadie fuera a salirles al paso, las tiendas pequeñas estaban sumidas en la oscuridad y no se oía ningún movimiento. Por consiguiente, en lugar de merodear por allí furtivamente, decidieron recorrer las hileras como si solo hubieran salido a dar un paseo nocturno.

Se detuvieron al amparo de la sombra que arrojaba la última tienda. El pabellón quedaba a unos treinta pasos de distancia y estaban frente a uno de sus laterales. La gran tienda era la misma que habían plantado frente a Catania. Una docena de guardias a la derecha, en parte ocultos tras la esquina, vigilaban la única entrada. Igual que en la otra ocasión, no había la menor duda de que habría más hombres armados dentro, pero no vieron a ninguno caminando por el exterior. Acostumbrados ya a tomar la iniciativa y a ser siempre los atacantes, los insurgentes habían descuidado su propia seguridad. Por otro lado, se oían unas voces amortiguadas y se vislumbraba algo de luz procedente del interior. Sóter estaba despierto y acompañado. Eso era inevitable.

—Cubridme —dijo Ballista.

Máximo y su hijo sacaron sus arcos y los armaron con sendas flechas.

Intentando andar con normalidad, como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí, Ballista se dirigió hacia la parte posterior del pabellón.

Mientras todavía estaba a la vista de los demás, miró a su alrededor y luego se dejó caer de rodillas. Tras el muro de lona de la tienda tenía que estar el pasadizo que recorría el perímetro de la estructura. Aguzó el oído, pero no consiguió oír más que las voces amortiguadas que procedían del centro de la tienda. Al ver que tampoco se proyectaban sombras en movimiento contra la lona,

decidió desenfundar la daga. Había llegado el momento decisivo.

Si había alguien en el pasadizo, gritaría y tendría que salir corriendo. En la oscuridad, era bastante probable que pudiera regresar hasta el túnel y escapar, pero Ballista intentó sofocar ese pensamiento de cobardía.

La lona estaba tensa. Ballista introdujo la punta afiladísima de la daga más o menos a medio metro del suelo. No se oyó ningún grito de alarma, solo el sonido de la tela rasgada cuando deslizó la hoja hasta abajo del todo. Luego, sosteniendo la lona bien tensa, cortó medio metro más en horizontal y metió la cabeza por el orificio. El pasadizo estaba iluminado con lámparas que revelaban un sendero perimetral vacío.

Ballista se coló por el agujero, pero se quedó atascado por culpa de la funda del arco que llevaba asida al cinto. Le dio un tirón a la lona para liberarse y se puso en pie.

Un hombre dobló la esquina por el pasadizo. Llevaba un matraz de vino por abrir y no iba armado, debía de ser algún tipo de sirviente doméstico.

—*Eleutheria!* —dijo Ballista con toda la autoridad que fue capaz de reunir.

—*Parrhesia!* —respondió el tipo.

Cuando Ballista pasó por su lado, vio que el hombre arrugaba la nariz. Por supuesto, su manto apestaba a cloaca.

Ballista se volvió hacia el lugar en el que el pasadizo daba la vuelta al perímetro. Tal como había sospechado, había un guardia plantado frente al acceso a la sala principal, a medio camino. Era un alamán.

«Padre de Todos, por lo que más quieras, que solo haya uno.»

—*Eloo… ter… ia* —dijo Ballista, pronunciando la contraseña con un marcado acento germánico.

El guardia sonrió.

—Qué lengua más ridícula. *Parrhesia*.

—¿Qué hace? —preguntó Ballista, apuntando con el dedo por encima del hombro del tipo.

El guardia se dio la vuelta. Los alamanes no eran famosos precisamente por su agudeza. Ballista le tapó la boca al guerrero

con la mano izquierda y le cortó el cuello con la daga que asía en la derecha.

Sostuvo al hombre mientras su cuerpo convulsionaba y cuando paró de moverse lo dejó caer con suavidad al suelo.

Ballista se limpió la sangre de las manos, sacó el arco de la funda, eligió una flecha y la preparó. Con la mano que sostenía el arco, apartó la cortina de la puerta lo justo para poder ver el interior de la sala principal. Ahí estaba el rey de los esclavos, disfrutando de un banquete. Sentado junto a él había un hombre de nariz aguileña, ataviado con una túnica de lo más vulgar. Los otros comensales que estaban cerca de Sóter eran todos alamanes. Uno con una F marcada a fuego en la frente miraba con desagrado al hombre de la nariz peculiar.

—¡Eh, tú!

Tal vez fue el hedor que desprendía su capa lo que despertó el recelo del sirviente, pero el caso es que se dio la vuelta y lo siguió hasta allí. Nadie llegaría a saberlo jamás, porque Ballista se dio la vuelta y le disparó un flechazo certero en todo el pecho. Sin embargo, mientras caía hacia atrás, el tipo chocó contra la pared de la sala interior y consiguió proferir un último grito inarticulado.

Ballista sacó otra flecha y miró de nuevo entre los cortinajes. El tipo del pelo aceitoso y la nariz extraordinaria miraba confuso a su alrededor. Sóter, en cambio, quedó oculto tras un muro de cuerpos alamanes que se pusieron en pie de inmediato.

Ballista oyó el grito de alarma justo cuando echaba a correr.

Saltando por encima del cadáver del sirviente, cuando llegó a la esquina oyó cómo los hombres empezaban a perseguirlo. Se dio la vuelta y disparó. El alamán cayó derribado al suelo y Ballista salió disparado de nuevo hacia la esquina.

Deslizándose sobre las rodillas junto al corte de la lona, soltó el arco y se coló por la abertura. Unas botas pesadas lo perseguían a toda velocidad. La maldita funda del arco se le atascó de nuevo, y Ballista tiró frenéticamente de ella hasta que la liberó y, sin parar de maldecir, consiguió que todo su cuerpo pasase.

A la luz de las antorchas, los guardias de la entrada estaban a punto de doblar la esquina. Las dos flechas que salieron disparadas

de la oscuridad fallaron el tiro, pero aquel ataque inesperado logró que los guardias se dieran cuenta del peligro que corrían y terminaran agachándose tras sus escudos, buscando con la mirada aquella amenaza invisible.

—¡Por aquí!

Ballista oyó a Máximo. Una vez fuera del pasadizo iluminado, había estado corriendo en una dirección equivocada.

—¡Allí está! —gritó uno de los guardias. Lo habían visto.

Un par de flechas más para obligarlos a ocultarse de nuevo tras las tablas de sus escudos.

Ballista llegó hasta donde se encontraban los demás, y los tres juntos huyeron como un solo hombre entre las hileras de pequeñas tiendas. Por todas partes, tras las paredes de lona, los hombres se agitaban y gritaban a sus vecinos preguntando qué ocurría.

Saltaron por encima de la valla del establo. Los animales se contagiaron de la urgencia de su huida y, mugiendo y bramando, iniciaron una estampida en todas las direcciones. Ballista levantó la mirada y vio cómo los puntos de luz de la muralla se movían mientras los centinelas se agrupaban. Encontró el agujero en el almenaje y vio que todavía no había guardias allí. Tras ellos, los hombres gritaban a los animales alborotados que los impedían seguir con la persecución.

Atravesaron la puerta corriendo, y Máximo iba a cerrarla cuando Ballista le agarró el brazo.

—Marco, enciende la linterna.

—No hay tiempo —jadeó Máximo.

—¡Enciéndela!

Mientras su hijo manipulaba con torpeza el pedernal, Ballista lanzó una mirada atrás hacia las antorchas que cabeceaban intentando esquivar a las bestias enloquecidas.

La linterna empezó a brillar y los perseguidores soltaron un grito. Máximo cerró la puerta. Una rápida mirada reveló que no tenía pestillo.

—¡Corred! —gritó Ballista.

Bajaron por la escalera dando tumbos. Marco iba delante, luego Ballista, y Máximo detrás de todo. Mientras descendían a

toda prisa por el largo pasillo, las sombras de sus capas ondeantes parecían murciélagos enormes en las paredes. ¿Cuánto faltaba? El túnel se les hizo interminable.

Cuando llegaron a la intersección, Marco tomó el ramal izquierdo sin dudar ni un instante. A esas alturas, los sonidos de los que intentaban darles caza ya resonaban por el pasadizo subterráneo incluso por encima de su propia cacofonía.

Llegaron a la sala más amplia, y Marco se detuvo. No sabía con exactitud por cuál de los doce pasillos tenían que seguir.

—Por este —dijo Máximo.

—No —respondió Marco, con aire incierto—. Creo que era este.

—¿Estás seguro? —preguntó el hiberno.

Marco no respondió, pero echó a correr por el que había elegido y Ballista y Máximo lo siguieron.

«Por todos los dioses, que el chico tenga razón —pensó Ballista—. De lo contrario, podemos estar corriendo en círculos aquí abajo, como un lirón dentro de una vasija, sin escapatoria posible hasta que alguien nos encuentre y nos mate.»

Una abertura a la izquierda. Luego otra. ¿Seguro que era el camino correcto?

—¡Por aquí! —dijo Marco, señalando con la linterna hacia el desagüe.

—Tú primero.

Ballista se hizo cargo de la linterna mientras su hijo se metía por el agujero.

—Ahora tú.

Máximo pasó los pies por encima del borde.

Ballista pensó que lo mejor era dejarlos pasar primero a ellos porque temía quedarse atascado. Al menos, su hijo y su amigo podrían escapar. Abrió la linterna, apagó la llama y quedó envuelto por la más absoluta oscuridad. «¿Dónde demonios está el desagüe?» Se puso a cuatro patas y empezó a palpar el suelo con los dedos mientras el pánico empezaba a invadir su mente. Entonces se dio cuenta de que el lugar no estaba absolutamente a oscuras. La luz de las antorchas se acercaba por momentos y

estaban a punto de caerle encima.

Al final encontró el hueco e iba a lanzarse con los pies por delante cuando se acordó de la funda del arco. No tenía tiempo de quitárselo del cinto. Murmurando maldiciones sin sentido, se metió por el desagüe intentando encogerse al máximo.

Como no podía ser de otro modo, la funda del arco se quedó atascada entre un trozo de roca irregular y su costado. Gimoteando de miedo, sacó la daga para cortar las ataduras que asían la funda a su cinto. Por encima de él vio luz en el pasadizo y empezó a oír los pasos apresurados que lo perseguían.

El cordón de cuero cedió y Ballista se deslizó hasta el fondo. Unas manos fuertes lo agarraron por las piernas y terminaron de sacarlo del agujero.

Empezó a llover mientras corrían por la acequia. No quedaba mucho para llegar a la arboleda en la que Tarcón los estaba esperando con los caballos. Sus perseguidores no lograrían alcanzarlos.

Habían fracasado, pero estaban vivos. Habían logrado escapar, y su hijo llegaría sano y salvo a casa.

Sin embargo, el rey de los esclavos seguía con vida. El plan no había funcionado, y lo que Ballista había visto significaba que sería muy difícil salvar la ciudad de Siracusa.

La luna todavía estaba en cuarto creciente. En el Puerto Menor el agua estaba calma, pero en cuanto hubieron rodeado el espigón se volvió más picada. La espuma entraba por la borda y caía sobre el hombre que iba tendido en la cubierta, oculto bajo las redes de pesca.

En aquella sentina, el hedor era realmente nauseabundo, tardaría días en librarse del olor fétido a tripas de pescado, si es que algún día conseguía quitárselo de la ropa. Ganímedes se planteó si tenía algún sentido lo que estaba haciendo. Era muy peligroso y ni siquiera lo había decidido él. Debería haberse negado. Al fin y al cabo, podría haberse quedado a defender la ciudad y ganarse la libertad que le habían prometido. Pero había

nacido esclavo, y el hecho de haberse pasado la vida entera haciendo lo que le ordenaban había dejado su impronta. Toda la vida obedeciendo órdenes y recibiendo latigazos. Media vida acatando las órdenes de Lúculo, que la mayoría de las veces tampoco había sido un mal amo. Ganímedes ya había sido condenado a la arena antes de que Lúculo lo comprara, no podía culparlo a él de ello. Y Lúculo había tratado bien a sus gladiadores, se aseguraba de que comieran y se vistieran bien, los mejores médicos atendían sus heridas y les mandaba mujeres a las celdas, siempre prostitutas baratas y delgadas, acostumbradas a la brutalidad, pero Ganímedes había disfrutado con ellas de todos modos. Aunque la amabilidad de Lúculo no tenía nada que ver con la filantropía, por supuesto. No había sido un trato humano o un acto de compañerismo, sino que el hecho de poseer una tropa de gladiadores bien formados y en condiciones óptimas simplemente complacía la vanidad del senador. Luchaban, derramaban su sangre y morían de manera que la multitud coreara el nombre de Lúculo, alabara su generosidad y le concediera sus votos. Mientras tanto, los adinerados rivales que Lúculo tenía en Siracusa se veían consumidos por la envidia y la impotencia. La *hibris* era la soberbia de disfrutar humillando a los demás. A pesar de saberlo, Ganímedes aceptaba obedecer órdenes. «Marcado a fuego, encadenado con grilletes, azotado con varas y muerto por el acero.» Aquello tampoco es que fuera peor. Al recibir esa última orden, Ganímedes se había limitado a asentir con la cabeza.

—Ya puedes salir.

Uno de los pescadores apartó las redes y extendió una mano hacia él. Poco acostumbrado a navegar, Ganímedes se movió con inquietud hacia la popa. La nave se bamboleaba mucho con cada movimiento que el gladiador hacía, parecía como si en cualquier momento pudiera volcarse y arrojarlo al mar. Era fácil imaginar el agua cubriéndole la cabeza, apagando la poca luz que había y hundiéndolo hasta las profundidades. Se sentó cerca del timonel. Bien agarrado a la borda, observó las luces de Siracusa más allá de las oscuras aguas. No le había costado ponerse de acuerdo con aquellos individuos. Unas monedas al capitán de la embarcación y

unas más al oficial de la guardia para que mirara hacia otro lado y no llevara a cabo un registro a fondo. No era el primero que huía a hurtadillas de la ciudad sitiada, y tampoco sería el último.

Los pescadores encendieron la linterna del poste y lanzaron las redes para atrapar los peces que se acercaban atraídos por la luz. Estaban faenando bastante apartados del resto de la flota y más adelante irían a la deriva.

Al cabo de una hora, más o menos, tal como habían convenido, apagarían la linterna y, aprovechando la oscuridad de la noche, se acercarían a la costa.

El momento más peligroso sería al llegar a la orilla, cuando se topara con alguna patrulla o con un piquete de los rebeldes. Cabía la posibilidad de que lo mataran sin más, pero esperaba que lo aceptaran por lo que era, un esclavo que había huido para unirse a ellos.

No tenía nada que ver con la libertad, la lealtad o cualquier otro de esos conceptos insustanciales. Ganímedes lo hacía por el dinero. Por descontado, en el anfiteatro, el gran Ballista le había prometido dinero y libertad si luchaba con valor en las almenas. Pero no el suficiente, ni una cuarta parte de lo que le habían ofrecido por desertar, unirse a los rebeldes y traicionar a la ciudad.

23

El alamán Croco tenía miedo. Era como si una fiebre alta se le hubiese instalado en los huesos.

La luna ya prácticamente había llegado al cuarto creciente y la noche era demasiado clara, no había ni una sola nube en el cielo. Frente a la casa, el páramo que había delante de las murallas de Siracusa quedaba bañado por una luz blanquecina que resaltaba cualquier ladrillo, cualquier fragmento de los cimientos de los edificios derribados. Un campo de batalla en el que era imposible ponerse a cubierto.

Entre la penumbra de la casa demolida, los demás guerreros alamanes guardaban silencio. Croco se dio cuenta de que compartían el mismo miedo que sentía él. Ellos serían los primeros, y pocos eran los hombres que regresaban de un grupo de asalto semejante.

Croco no se fiaba de los desertores. No había confiado en el fenicio de la ropa coloreada, en sus modales excesivamente zalameros y en su nariz aguileña. Y, por supuesto, tampoco se fiaba de Ganímedes, el gladiador. Ninguno de ellos eran hombres de honor, sino cobardes. Aun así, Sóter había aceptado su ayuda de buen grado y los había incluido en sus consejos en cuanto esclavos que, por diferentes motivos, estaban más que dispuestos a traicionar la ciudad. No habían conseguido nada gracias a las convincentes palabras del fenicio. Los mensajes en retazos de

papiro atados a flechas que habían lanzado desde las defensas no habían dado lugar más que a retrasos y excusas: que el guardia de la puerta había cambiado; que vigilaban de cerca a su amo; que debían esperar hasta la fiesta romana de la Larentalia, a finales de mes; que tuvieran paciencia. Eso había animado a Sóter a aferrarse al ofrecimiento de Ganímedes como a un clavo ardiendo.

No podía haber un momento peor para aventurarse a ciegas en la ciudad. Los defensores se habían organizado y seguro que habían aumentado las guardias. Últimamente no había salido de la ciudad ni un solo mensaje o desertor. Durante las últimas noches, desde la aparición de Ganímedes, se habían oído sonidos por el páramo: revelaban el movimiento de personas y de carros, así como el martilleo de obras de construcción. Una noche más oscura que aquella, Croco se había acercado a hurtadillas a las murallas para espiar lo que ocurría. Había avisado a Sóter, pero el rey de los esclavos había desestimado sus preocupaciones y había seguido confiando en el plan del gladiador. En esos momentos, Ganímedes se encontraba en un lugar seguro dentro del campamento de Euríalo mientras hombres mejores que él se exponían a grandes riesgos.

En la parte de atrás, unas voces que discutían en griego rompieron el silencio. Croco envió a uno de los alamanes para que los mandara callar. Los esclavos eran unos necios sin disciplina y unos cobardes, sin duda eran capaces de salir corriendo ante la primera señal de peligro. Si pensaban en algo más que la mera satisfacción de sus deseos más primarios (violar, saquear e infligir los actos de crueldad más absurdos), no dejaba de ser una recreación imprecisa del mundo antes de la revuelta. La única diferencia era que serían considerados amos en lugar de esclavos, y que sus antiguos propietarios quedarían reducidos a una vida de dolorosa servidumbre. Eran incapaces de comprender realmente lo que Sóter decía sobre aquella isla del Sol en la que todos los hombres serían libres e iguales.

La esclavitud romana corrompía a todo el mundo, amos y esclavos por igual. En Germania, las cosas eran distintas, aunque ellos también tenían esclavos, por supuesto. Aun así, no los

trataban como a bestias ni se les robaba la humanidad. Los amos y los esclavos jóvenes convivían y compartían los mismos suelos de barro. Cuando la madurez los separaba, cada esclavo recibía una parcela y un hogar propios. Se les exigía una cantidad concreta de grano, de ganado o de tejidos, y vivían con su propia familia, como si fueran arrendatarios. Incluso en los salones de los más grandes caciques había pocos sirvientes. Azotar a un esclavo o castigarlo encerrándolo u obligándolo a realizar un trabajo más duro era algo poco habitual, mientras que, si algún esclavo moría tras un ataque de furia de su amo, este tenía que pagar por la sangre derramada.

Por lo general, Croco intentaba no pensar en su hogar. Tenía una esposa e hijos, dos niños y una niña, aunque sabía que no volvería a verlos jamás. Los alamanes liberados de la servidumbre habían comentado la posibilidad de apoderarse de algunos barcos, pero no habían pasado de las palabras. Incluso si hubieran sido francos o anglos, pueblos marineros que vivían en la costa, la empresa habría resultado casi imposible, pero además los alamanes no eran hombres de mar. Vivían en los Diez Cantones que había entre las cabeceras del Rin y el Danubio, a cientos de kilómetros de la costa y de sus tribus hostiles. Ninguno de ellos volvería a pisar las frondosas colinas y valles del Agri Decumates. Tarde o temprano acabarían pereciendo todos en aquella isla, a menos que fueran lo bastante cobardes como para permitir que los capturaran con vida. En ese caso, lo más probable era que murieran sobre la arena de Roma.

Croco sabía que su destino estaba ligado al del hombre al que llamaban «el salvador», y no es que fuera nada bueno. Alguien le había contado que el truco de escupir fuego se ejecutaba con nafta y una cáscara de nuez vacía. Cualquier mago mediocre que actuaba en el mercado era capaz de liberarse de unas cadenas. Lo que Croco se preguntaba era cómo había podido confundir a ese charlatán sirio con el Padre de Todos. Quizá la dureza de los meses que había pasado bregando en el molino le había pasado factura, o tal vez los dioses lo habían cegado. Croco ya había oído suficientes cosas para darse cuenta de que Sóter no era ningún salvador.

Las ambiciones del sirio eran puramente de carácter personal.

Lo había demostrado crucificando a los hombres que habían llegado por el camino del sur para cuestionar su liderazgo. Cuatro de los ejecutados eran alamanes. La intención de Sóter era la de convertirse en un señor de la guerra. A Croco no le parecía que debiera avergonzarse de ello, pero un líder tiene que ser sincero con sus seguidores. Si acababa gobernando Sicilia, Sóter esperaba poder negociar su propia supervivencia con Galieno, el emperador en apuros.

Pero todas aquellas esperanzas eran ilusorias. Tras la devastación de la isla, a Galieno no le quedaría margen para negociar. El emperador debería vengarse, no había alternativa a eso. Croco lo comprendió en Catania, cuando el rey de los esclavos le había resumido sus planes a Ballista y, a juzgar por su reacción, el anglo también se dio cuenta. Ballista sí que era un líder al que se podía seguir. Era un hombre valiente, un hombre de palabra, aunque lo bastante astuto como para engatusar a sus enemigos. Si el destino hubiera tejido sus hilos de un modo distinto, Croco habría luchado con orgullo al lado de Dernhelm el Himling, hijo de Isangrim, al que los romanos llamaban Ballista.

Pero el destino había hilado su vida de un modo distinto y Croco le debía fidelidad a Sóter. El hecho de que el sirio no lo mereciera no importaba lo más mínimo. Croco había hecho su juramento libremente, nadie lo había obligado a ello y por consiguiente era una cuestión de honor. En los Diez Cantones, un hombre podía jugarse la libertad lanzando un dado. Si perdía, permitía que lo ataran y lo vendieran.

—¡Allí!

En la oscura muralla de la ciudad, apareció una luz: una vez, dos, tres.

—Haz correr la voz.

Croco levantó su escudo y salió a la luz de la luna hacia la puerta que custodiaba el Puerto Menor. Los alamanes lo siguieron. Todavía quedaban unos tres mil hombres, en tres grupos de unos mil hombres. Ellos serían los primeros, mientras que los esclavos irían en la retaguardia. Habían perdido a muchos hombres desde que los habían repelido en las murallas. Algunos grupos se habían

desviado hacia el Etna y otras montañas para convertirse en bandoleros, mientras que algún que otro individuo había buscado la seguridad en una huida anónima. No importaba, eran unos cobardes. Si Ganímedes había dicho la verdad, los alamanes conseguirían tomar Siracusa. De lo contrario, la revuelta terminaría allí y no quedaría más remedio que buscar una muerte honrosa.

El almenaje de la larga muralla estaba a oscuras. Los centinelas del bando defensivo jamás llevaban antorchas. Era de lo más improbable que no vieran la columna de hombres que cruzaban el páramo.

No sonó ninguna trompeta ni se oyeron gritos de alarma.

La puerta se abrió cuando Croco se acercó a ella. Bajo el arco, la entrada estaba a oscuras. Apretando los dientes, Croco se adentró en la penumbra.

Notó, más que verlas, las formas de unos hombres.

—¿Qué pasa con los demás guardias?

—Ya nos hemos encargado de ellos —respondió uno de los gladiadores.

Al parecer no eran más que media docena. Había esperado encontrar a más.

El primer grupo de alamanes entró con cuidado, mirando a su alrededor.

Croco les ordenó que pasaran por el interior de la muralla para abrir la puerta principal. Los otros dos mil entrarían con él.

—Guiadnos hasta el ágora —dijo Croco.

—Ya hemos cumplido con nuestra parte —respondió un gladiador—. Nos hemos ganado la paga y la libertad.

No tenía sentido discutir. Habían cumplido con todo lo que Ganímedes había prometido.

—Tomad el camino que sube recto desde aquí y doblad la esquina en la tercera calle a la derecha para llegar al ágora.

Croco se adentró en la ciudad. Todo estaba en silencio, tanto como aquella noche en Érice. El único ruido que se oía eran las pisadas de las botas de los alamanes y el leve traqueteo de sus armas y sus escudos. Los sonidos resonaron en las paredes vacías

de las casas de ambos lados de la calle. Era como si todos los habitantes de la ciudad ya estuvieran muertos o hubieran huido.

Encontró una calle a la derecha y luego otra. Croco las contó con los dedos. No sería difícil que se perdiera en esa ciudad interminable en la que todas las calles parecían iguales.

De repente oyó ruidos detrás de él. Hombres derribando puertas, gritando, rompiendo cosas. Ya en la ciudad y fieles a su naturaleza, los esclavos habían abandonado su deber y se estaban dedicando a saquear las casas. El tumulto despertaría a los muertos, por no hablar ya de alertar a los defensores de la ciudad.

Croco echó a trotar seguido por los alamanes. Algo no encajaba, los esclavos estaban saqueando el poblado distrito de Acradina, pero no oía los gritos de ninguna mujer.

Estaba tan preocupado que casi se equivocó de calle. Dobló la esquina en el lugar indicado y delante de él, rodeado por cien pasos de muros vacíos, vio el espacio abierto del ágora. Y todavía no habían encontrado la más mínima resistencia. Ahí fue donde empezó a correr.

La mitad del mercado estaba sumido en las sombras, mientras que la otra mitad quedaba bien iluminada. La plaza estaba bordeada por edificios municipales de mayor altura, pero no se veía a nadie en absoluto. El segundo grupo de asalto tenía que ocupar los edificios. Gracias a los gruesos muros de piedra, serían buenos puestos de defensa. Croco guio a sus hombres en diagonal por el ágora para tomar la calle que llevaba hasta Ortigia.

Las casas allí eran realmente altas y proyectaban una sombra oscura a lo largo de toda la calle.

Croco paró de correr y siguió avanzando a paso normal. Los alamanes que lo seguían chocaron entre ellos con el cambio súbito de ritmo. No podían avanzar más, una barricada bloqueaba la calle. Y había hombres tras el parapeto. Croco miró hacia arriba. También había hombres sobre los tejados de las casas.

Entonces fue cuando se dio cuenta de la magnitud de la traición.

—¡Disparad!

Los treinta arqueros que estaban tras la barricada soltaron las flechas al mismo tiempo.

Las trompetas se encargaron de transmitir la orden por toda la ciudad.

La calle era oscura y los arqueros estaban nerviosos. Un grito de alarma y los alamanes se agazaparon tras sus escudos, de manera que fueron pocos los que cayeron víctimas de las flechas.

El daño de verdad llegó pocos segundos más tarde y desde arriba. Innumerables ladrillos, piedras y fragmentos de mampostería cayeron sobre los atacantes derribando escudos y aplastando cuerpos y cráneos. Los proyectiles que fallaron el tiro se partieron al golpear los adoquines del suelo, levantando esquirlas afiladas por toda la calle. Los hombres empezaron a dar vueltas sobre sí mismos. Presas del dolor y la conmoción, los alamanes desatendieron el peligro y se expusieron todavía más a los proyectiles, por lo que muy pronto terminaron en el suelo.

Por si no era suficientemente difícil defenderse del acero de las flechas y esquivar al mismo tiempo las piedras que amenazaban con romperles el cráneo como si fueran cáscaras de huevo, les resultaba imposible ver las esquirlas que saltaban por los aires y se hundían en su carne y sus músculos. Los alamanes eran guerreros, no soldados. Desesperados, intentaron resguardarse agrupándose en pequeñas piñas en lugar de actuar de forma unitaria. De ese modo dejaron espacios vacíos, lo que ofrecía más oportunidades de hacer diana a quienes lanzaban los proyectiles.

El clamor se alzó hacia el cielo. Incluso a pesar de la oscuridad, los arroyos y los charcos de sangre brillaban con la luz de la luna.

—Increíble —dijo Máximo—. Una estratagema tuya y ha funcionado de verdad.

—Todavía no —respondió Ballista—. No podremos decirlo hasta que los alamanes sucumban.

Como haría cualquier buen general romano, Ballista había situado su puesto de mando en la retaguardia de la línea de batalla. Respaldando a los arqueros, en la barricada había también

dos filas de lanceros y, tras estos, cuatro de hombres armados con espadas. Estaba claro que no eran más que milicianos, pero gozaban de una posición privilegiada para proteger el lugar desde el que Ballista supervisaba la defensa junto a los demás: su hijo, Tarcón, Máximo y Grim, el headobardo, que en esos momentos sostenía en alto el estandarte del caballo blanco, así como un par de trompetas que acabaron por no oírse entre el tumulto. Todavía más atrás tenían sus monturas, preparadas junto con otros cincuenta jinetes selectos. Si la noche transcurría como esperaban, les tocaría intervenir más tarde. De lo contrario, dirigirían la retirada hacia Ortigia.

—Claro, porque en realidad ha sido idea mía —objetó Máximo.

—Y una mierda, hiberno jactancioso —añadió Tarcón, buscando las palabras con esmero.

—Como si pudieras encontrarte el trasero con las dos manos —respondió Máximo sin hostilidad.

—¿Qué os parece si cerráis el pico de una vez, vosotros dos? —intervino Ballista.

Quien estuviera liderando a los alamanes sin duda lo hacía con buen criterio. Ballista oyó cómo les gritaba a sus hombres que buscaran refugio en las casas. Los guerreros de inmediato echaron a correr hacia las puertas, agazapados como si los hubiera sorprendido una tormenta. Mientras algunos sostenían los escudos sobre sus cabezas, otros intentaban derribar las puertas con los hombros, las botas o las empuñaduras de las espadas.

Ballista se fijó en el tejado que había sobre el portal más cercano. Dos hombres estaban levantando un gran bloque de construcción por encima del parapeto. Cuando por fin lo soltaron, la tremenda carga se desplomó en el vacío destruyendo el débil tejado de escudos y derribando a dos guerreros. A Ballista le pareció oír el ruido de los huesos rotos por encima del estruendo reinante. Sus compañeros pasaron por encima de ellos y siguieron golpeando las tablas de madera. Podían intentarlo hasta el fin de los tiempos. Los alamanes no sabían que tras la hoja de madera todos los portales estaban tapiados.

Habían hecho lo mismo en casi todas las casas que había hasta la entrada del Puerto Menor. Habían tendido la trampa con sumo cuidado durante las últimas noches. Solo habían dejado dos calles abiertas: la que llegaba hasta el ágora y la mitad de la que partía de la puerta principal. Todas las calles laterales estaban bloqueadas con barricadas y todos los habitantes de esa ruta habían sido evacuados a Ortigia. Las primeras casas de la ciudad las habían dejado vacías para tentar a los saqueadores y no levantar sospechas, pero los accesos a las plantas bajas de las demás habían quedado sellados. Los tejados estaban repletos de defensores, no solo de la milicia, sino también miles de voluntarios: viejos, jóvenes, mujeres e incluso algunos niños. Un ladrillo lanzado desde lo alto por un niño podía matar con la misma efectividad que si lo dejara caer un soldado entrenado.

El grupo de alamanes más cercano dejó de golpear la puerta y regresó al centro de la calle. Un guerrero alto y con trenzas hasta los hombros congregó a todos los demás, que acudieron saltando por encima de los caídos. Todos intentaban esquivar la lluvia interminable de proyectiles que les llovía encima. El líder de las trenzas largas, milagrosamente intacto, trató de que sus hombres se apiñaran y solaparan los escudos como si fueran tejas. Una vez formado ese muro de escudos, se puso a cubierto tras él.

Por toda el ágora hasta donde le alcanzaba la vista, los demás alamanes siguieron su ejemplo.

La formación de escudos era sólida y bien ejecutada. Las flechas o bien rebotaban contra los ornamentos metálicos o no conseguían penetrar en las tablas de tilo. Para alcanzar la defensa improvisada tenían que lanzar las piedras desde los tejados, no servía de nada dejarlas caer. Las más pesadas no los alcanzarían, y las más ligeras no les infligirían daño alguno.

Aun así, de vez en cuando algún proyectil conseguía penetrar, y el ruido y la sensación de peligro inminente dentro del claustrofóbico refugio no tardaría en hacer mella en los nervios de los guerreros. Los alamanes no podían quedarse apiñados de ese modo durante mucho tiempo. Su recurso más obvio era mantener la formación y retirarse por el ágora hasta llegar de nuevo a la

entrada del Puerto Menor. Pero el camino hasta allí era muy largo y durante todo el itinerario quedarían expuestos a sus enemigos. No tenían modo alguno de contratacar. Nada podía minar más la moral de las tropas que esa sensación de indefensión. Ballista dudaba que pudieran conseguirlo, incluso los soldados de élite se vendrían abajo ante una presión tan prolongada.

Celebrar una victoria antes de dominar el campo de batalla era como tentar a los dioses, pero Ballista sentía ya cómo el júbilo crecía en su interior. Había sido una estrategia arriesgada, pero sin duda estaba surtiendo el efecto deseado. Tanto Ganímedes en el campamento enemigo como los seis gladiadores en la puerta de la ciudad lo habían hecho muy bien. Por supuesto, les habían prometido el cielo. Ganímedes sería tan rico como algunos senadores de Roma. Seguro que el consejo cívico de Siracusa pondría objeciones e intentaría no pagar la deuda cuando acabara el asedio, pero Vopisco había asegurado los pagos. Ballista solo esperaba que los gladiadores no perdieran la vida. Ganímedes, en algún lugar en el corazón de las fuerzas rebeldes, sería el que lo tendría más difícil. Ni siquiera la riqueza de Craso le serviría de algo a un muerto.

En el tiempo que se tardaba en coger aire y bostezar, toda la satisfacción de Ballista se esfumó. El muro de escudos más cercanos se separó y sus ocupantes se lanzaron contra la barricada. Una última tirada de dados. Su líder debía de haber sopesado las opciones y había decidido que la mejor manera de intentar escapar era atacando. Si conseguían superar aquel obstáculo, podían acabar llevándose una victoria de lo más improbable.

Los arqueros del bando defensor estorbaron a los lanceros y los espadachines que desde detrás pretendían evitar la embestida. Algunos de los lanceros se adelantaron y colocaron las armas por encima de la barricada, pero otros se quedaron atrás. Los alamanes no se enfrentaron a una hilera seguida de puntas de lanza, de manera que algunos lograron plantarse sobre el muro bajo de bloques de mortero y descargar sus largas espadas sobre las cabezas y los cuellos de los lanceros.

A la retaguardia de la formación defensiva, los espadachines

empezaron a lanzar miradas hacia atrás. Cuando uno de ellos hizo ademán de huir, Máximo reaccionó con mucha más rapidez que Ballista. El hiberno interceptó al espadachín y lo mató con una floritura extravagante concebida especialmente para impresionar a los demás.

—Al siguiente que lo intente le ocurrirá lo mismo.

La fila posterior siguió indecisa, dividida entre el temor que le provocaba el enemigo y aquella aparición sin nariz.

Ballista desenfundó su espada y avanzó para unirse a ellos.

—¡Resistid y luchad! —gritó Ballista—. ¡Un último esfuerzo! ¡Hacedlos retroceder y habremos vencido!

Sería necesario algo más que simples palabras. Junto a Máximo y Tarcón, y seguido por Grim y su hijo, el grupo se dirigió al frente.

El líder de los alamanes fue el primero en superar el muro. Un barrido con la espada y los lanceros se apartaron amedrentados. El alamán se plantó de un salto en el espacio despejado.

«Padre de Todos, otra vez él.»

La F marcada a fuego en la frente, las trenzas largas.

—Aquí estás, Dernhelm, hijo de Isangrim.

—En algún sitio hay que estar.

Los dos se agacharon un poco, apoyando el peso en la punta de los pies, absolutamente ajenos al vendaval de violencia que los rodeaba.

—Y vayas a donde vayas... —dijo Ballista.

—... tus enemigos te encontrarán —añadió el alamán para terminar el dicho.

Sus hojas se movían como si tuvieran voluntad propia, como serpientes preparándose para atacar.

—Mañana uno de nosotros beberá con el Padre de Todos —dijo el alamán sin apartar los ojos de la punta de la espada de Ballista.

—Date por vencido.

—¿Para que me lancéis a las bestias o me clavéis en una cruz?

—Te juro que te perdonaré la vida.

—¿Y a mis hombres?

Ballista se quedó callado. Podía proteger la vida de un solo hombre.

—Tú y yo —dijo el alamán—. Como la nieve que se posa sobre un árbol u otro.

—Sobre un árbol u otro —repitió Ballista.

El alamán atacó apuntando al rostro de su contrincante. Ballista desvió el golpe con el escudo y lanzó una estocada baja dirigida a los muslos. El alamán apartó la espada de Ballista con la suya. Los dos dieron un paso atrás para recuperar la posición, demostrando que respetaban la habilidad del oponente. Ballista detectó un movimiento de reojo. Su estandarte cayendo al suelo. Pobre Grim, el headobardo había caído. Su hijo se lanzó hacia delante y agarró el asta con la mano derecha. El chico había soltado su espada.

«¿Dónde diablos están Máximo y Tarcón?»

Marco retrocedió esquivando una ráfaga de estocadas con su escudo.

La distracción casi le costó la vida a Ballista. Cuando se giró de nuevo, el filo de la hoja del alamán le arañó la cota de malla que le protegía el pecho, y su asaltante, llevado por el impulso del ataque, se plantó frente a él. Quedaron cara a cara, la F blanca claramente visible en la frente bronceada. El alamán restregó su barba en la mejilla afeitada de Ballista.

Forcejearon dentro del alcance de sus espadas, pero sin el espacio suficiente para utilizarlas. El alamán abrió mucho los ojos y su boca soltó un grito mudo.

Máximo se apartó con un giro. Con la gracia de un bailarín, el hiberno bloqueó un golpe de un hombre contra el que había estado luchando.

El alamán se tambaleó hacia atrás con un amplio corte en la pierna que Ballista había estado a punto de amputarle y se hundió sobre la rodilla de la pierna buena. Soltó el arma y el escudo, y se agarró la herida abierta. La sangre empezó a borbotar en abundancia entre sus dedos. Sus ojos azul oscuro se clavaron en los de Ballista.

—Creía que eras más hombre —le espetó el alamán.

—Yo todavía tengo las dos piernas.

—Cierto —repuso el alamán con una débil sonrisa sobre la mueca de dolor—. En otra ocasión será.

—Si así lo quiere el Padre de Todos —respondió Ballista.

—Estoy derrotado —declaró el alamán, levantando la barbilla para exponer la garganta por debajo de la barba—. Acábalo.

Como decían los cristianos, la última pajita sobre la espalda del camello fue la que le rompió el lomo. Decían otra cosa sobre los camellos, algo inexplicable sobre pasar por el ojo de una aguja. Solo ese dios solitario y extraño que tenían era capaz de explicarlo.

La muerte del jefe de la tribu fue la última pajita para los alamanes, que al ver cómo se desvanecían todas sus esperanzas decidieron huir, la mayoría de ellos corriendo. Unos cuantos grupos se retiraron andando, con decisión y cierto aire desafiante, apiñados con los escudos en alto, como Sócrates tras la derrota de Delio, pero ese coraje no les serviría para escapar con vida, tan solo para prolongar su sufrimiento. Si los ciudadanos que estaban sobre los tejados se quedaban sin proyectiles, les lanzarían las tejas o arrancarían las piedras de las cornisas. Los siracusanos no quedarían saciados de sangre tan fácilmente.

Cristianos y un filósofo antiguo. Ballista empezó a pensar que tenía fiebre. Lo más probable era que estuviera aturdido por el ruido y por el asombro que le provocaba el hecho de haber sobrevivido.

—Sería de buena educación darme las gracias.

Ballista se quedó mirando al hiberno sin comprender nada.

—Por haber matado a ese alamán grandote —añadió Máximo en tono de burla.

—En realidad —dijo Marco—, ha sido mi padre quien lo ha matado.

¡Estaban vivos! ¡Su hijo y su amigo estaban vivos! Se le había obnubilado demasiado la mente para poder pensar. Y Tarcón también se encontraba allí. Los agrupó a todos y los abrazó mientras recordaba al pobre Grim. Ballista miró a su alrededor y se

dio cuenta de que el headobardo también estaba allí de pie, mirándolos algo avergonzado.

—La pierna mala —se disculpó Grim—. Me ha fallado y se me ha caído el estandarte.

Lo arrastraron también hasta el círculo y se estuvieron dando palmadas unos a otros, jurando y riendo hasta que las lágrimas empezaron a recorrerles las mejillas. Ladeado, el estandarte del caballo blanco ondeaba por encima de sus cabezas y de sus hombros.

¡Estaban vivos! Aunque todavía no había llegado el momento de celebrarlo, la noche no había terminado. Olio tenía a la mayoría de los gladiadores tras la barricada que había al otro lado del ágora. Era un oficial experimentado, y sabría cuándo debía darles rienda suelta junto con los hombres seleccionados de la milicia para que remataran la victoria. Daría caza a los alamanes por las calles oscuras que llevaban hasta la entrada del Puerto Menor, acuciándolos hasta echarlos de la ciudad y sin darles tiempo a reagruparse de nuevo. Aunque los alamanes tampoco parecían dispuestos a intentarlo, sabiendo que cualquier tentativa acabaría en masacre.

A Ballista solo le quedaba una cosa más por hacer. Algo que terminaría de forma definitiva con la insurrección.

—Vamos —dijo.

Retrocedieron hasta el lugar en el que tenían los caballos, y Ballista aceptó que le echaran una mano para montar. Estaba absolutamente agotado.

Encabezando la procesión, recorrió las calles silenciosas que no se habían visto afectadas por la batalla hasta llegar a la entrada del Gran Puerto. Siguieron por el distrito abandonado de Neápolis más allá del anfiteatro, el gran altar y el teatro. Pasada la periferia, continuaron cabalgando en dirección noroeste hasta cruzar la llanura. El cielo era cada vez más claro. Las bandas de esclavos huían de la ciudad, algunos de ellos dirigiéndose tierra adentro hacia las montañas, otros hacia el sur, hacia la vía Elorina. No suponían ninguna amenaza. No podían seguir luchando, si es que en algún momento habían sido capaces de ello. A pesar de las

atrocidades que habían cometido, Ballista sintió compasión por aquellas figuras furtivas que solo intentaban escabullirse. No era culpa suya que fueran esclavos. Habían vivido un pasado brutal y ahora tendrían que afrontar un futuro muy lúgubre. Unos cuantos tal vez lograrían escapar al extranjero; otros quizá se integrarían de nuevo en la población de la isla sin que los detectaran, o subsistirían como bandoleros en las montañas, pero a la mayoría los acabarían capturando. Los que fueran ejecutados de forma sumaria serían los más afortunados. Los demás estaban destinados a morir despacio en la cruz, la arena o las minas.

La fortaleza de Epípolas se alzaba a la derecha de la columna de jinetes que avanzaba a media luz. Los cincuenta hombres que seguían a la familia de Ballista llevaban armaduras dispares pero elaboradas: cascos con incrustaciones, pecheras grabadas, motivos de plata clavados en los escudos..., todo reliquias familiares antiguas o piezas hechas a medida. Los que las llevaban eran jóvenes siracusanos de buena familia, con dinero, que ignoraban que en realidad era mejor tener una armadura sin adornos y un escudo pintado. Todos esos ornamentos metálicos solo provocaban que las puntas de las lanzas pudieran quedarse atascadas con más facilidad.

Cabalgaron hasta más allá de la fortaleza de Euríalo y luego dieron la vuelta para acometer la ligera pendiente del camino. La puerta del oeste estaba abierta y no había centinelas en las murallas. El cielo era rosa, y las nubes, doradas. El alba alargaba sus dedos por delante del sol.

El ganado que había tras la puerta había desaparecido y las vallas que formaban el establo estaban aplastadas. La mayoría de los carros seguían allí, y había hombres saqueando los cargamentos. Los que no estaban ebrios salieron huyendo enseguida al ver que llegaban los jinetes.

Las tiendas pequeñas habían sido arrasadas, pero el gran pabellón seguía en pie y no paraban de salir hombres de él llevándose todo lo que tuviera algún valor.

Algunos iban tan decididos que ni siquiera se les ocurrió huir al ver que se acercaban los jinetes. Puesto que llegaron desde el

oeste, es posible que los saqueadores los confundieran con un cuerpo de insurgentes encima de buenas monturas.

—Máximo, tú y Tarcón coged a unos cuantos e intentad descubrir adónde ha ido Sóter.

El hiberno le pasó las riendas de su caballo a Ballista, desmontó y procedió a cumplir la orden junto a su compañero.

Ballista estaba cansado. Estiró la espalda apoyándola en el cuerno trasero de la silla de montar y le dedicó una sonrisa a su hijo. El sol se alzaba por el horizonte y el cielo estaba teñido de oro y púrpura. Le pareció agradable encontrarse allí, sentado sobre su caballo. A su derecha, las murallas de la vieja fortaleza relucían con la luz del nuevo día, desafiando el paso de los siglos. En lo más alto, un cuervo abrió las alas para calentarlas con los primeros rayos del sol.

Máximo y Tarcón regresaron al cabo de poco rato.

—Se marchó en cuanto se enteró de la derrota. Es lo único que saben. Pero he encontrado a Ganímedes.

Ballista arqueó las cejas en actitud interrogante, pero el hiberno negó con la cabeza.

¿Adónde debía de haber ido el rey de los esclavos? Ballista miró a su alrededor. Había desaparecido. Si no encontraban al gran obrador de maravillas, los rumores seguirían circulando durante años por las prisiones de esclavos y se mantendría un leve resplandor de esperanza en la oscuridad de la servidumbre. Podía llegar a ser el faro que guiara a nuevas insurrecciones.

El cuervo graznó desde las murallas.

El rey de los esclavos no había ido a ninguna parte.

—¡Rompiste el juramento!

El cuervo alzó el vuelo cuando la figura apareció en lo alto de la muralla. Describió un círculo con su vuelo antes de posarse de nuevo sobre el brazo izquierdo de Sóter.

Ballista tiró de las riendas. Tras él, oyó a Máximo ordenando a los hombres que rodearan la fortaleza para asegurarse de que no tuviera escapatoria y que luego subieran por la escalera.

—Un juramento bajo coacción no es vinculante.

Ballista alzó la mirada hacia la figura: un solo ojo, el pelo y la

barba blancos y largos y un manto con capucha sobre la túnica púrpura.

—Te creía mejor que eso —dijo Sóter.

—No eres el primero que me lo dice, ni siquiera el primero que me lo dice hoy.

—Juraste sobre la vida de tu hijo que me entregarías Siracusa.

—Puedo llevarte hasta allí cuando quieras —respondió Ballista, y de inmediato, sin volver la cabeza, se dirigió a su hijo en voz baja—. ¿Hay alguna entrada a los túneles de la fortaleza?

—Sí.

—Llévate a media docena de hombres y asegúrate de que no escapa.

Las murallas tenían una altura de casi veinte metros. Si solo había una manera de subir hasta allí, sería difícil capturarlo, pero tenían que exhibirlo vivo o muerto.

Desde lo alto de la muralla, el rey de los esclavos no apartó la mirada de Ballista ni un instante.

—«Llegará un día en que Ilión, la ciudad santa, perecerá.» Mientras contemplaba cómo ardía Cartago, Escipión recitó esos versos de Homero. Escipión tenía razón. Roma caerá.

—En cualquier caso no será por tus méritos. Baja y te concederé una muerte rápida.

—No tienes el poder de quitarme la vida o la libertad. Puedo dejar un ejemplo que nada ni nadie conseguirá borrar.

Barriendo el aire con el brazo, animó al cuervo a alzar el vuelo. Y luego saltó. Por un momento, pareció que quedaba suspendido en el aire, con la capa ondeando a su alrededor, como si él también hubiera alzado el vuelo, pero luego se desplomó de cabeza y chocó contra el suelo con un crujido horrible.

La violencia del golpe y el ruido repentino encabritaron al caballo de Ballista, que le contagió el nerviosismo al de Máximo. Los dos tuvieron que esforzarse para no caer de las sillas. Incluso cuando consiguieron controlarlos de nuevo, sus monturas pusieron los ojos en blanco y tiraron del bocado caminando de lado, alarmados por el olor a sangre.

En el cielo, el cuervo batía las alas.

En el suelo, rodeado de un charco de sangre cada vez mayor, el rostro del cadáver maltrecho había quedado irreconocible.

Epílogo

Habían dejado los caballos y caminaban por las laderas superiores del Etna. El día era claro, y en la montaña reinaba el silencio. Del cráter salía apenas un fino hilo de humo que la brisa procedente del oeste se encargaba de disipar.

Los buques de transporte de tropas que se habían aventurado a cruzar el mar a pesar del invierno habían atracado en Siracusa tan solo tres días después de que terminara el asedio. El emperador no había esperado a que llegaran las tropas de Milán, sino que había vaciado la guarnición de Roma para la expedición. Cuatro mil hombres de las cohortes urbanas, cinco mil pretorianos y el mismo número de guardias de la caballería imperial con sus monturas habían zarpado rumbo a Sicilia. Un día después, todavía algo vacilantes y mareados por el viaje, se habían desplegado por la isla desde Siracusa.

Marco iba con la columna de caballería que se dirigía hacia el oeste liderada por su padre. Al llegar al puente que cruzaba el Simeto, más allá de Hibla, unos centenares de esclavos habían tomado posiciones, aunque se dispersaron como cascarillas ante la primera carga de la caballería. El resto de la marcha había transcurrido como si se hubieran dedicado a reunir y sacrificar ganado. Fue sorprendente la docilidad con la que los cautivos afrontaron su destino. Hubo unas cuantas crucifixiones para dar ejemplo, pero la mayoría de ellos murieron decapitados. No se hicieron prisioneros, puesto que eso habría provocado que las tropas se retrasaran. Ya se ocuparía de ello la infantería que recorrería los caminos de las costas. Ellos podrían reunir al número de hombres necesario para aleccionar a los supervivientes con crucifixiones, lanzando a los rebeldes a la arena o confinándolos a las minas.

En Centuripe, que afortunadamente no había quedado afectada por la rebelión, se detuvieron durante un día para que tanto los hombres como sus monturas pudieran descansar. Ballista había buscado a Aulo, el alfarero y vendedor de hortalizas que les había ofrecido su hospitalidad durante su desesperada odisea. Aulo había custodiado a conciencia las posesiones que le había confiado Falx, el cazador de fugitivos. Ballista le contó a Aulo que Falx había actuado a traición y había muerto por ello, y como gesto de gratitud por la ayuda prestada le concedió la propiedad de esos bienes y tuvo la consideración de firmar un documento a tal efecto, para evitar la remota posibilidad de que alguien pudiera cuestionar la legalidad de la operación.

Ballista había enviado a la mayor parte de los hombres, comandados por sus propios oficiales, a Enna. Desde allí podrían avanzar hasta Hímera por el camino de la costa norte y luego virar hacia el oeste. Él se había quedado con una tropa de treinta hombres para peinar las laderas del volcán, por si algún rebelde se había refugiado allí. Sin duda se encargarían de dar caza a cualquier fugitivo que encontraran, pero Marco supuso también las verdaderas intenciones de su padre.

Una vez superados los peñascos, Ballista se detuvo en el mismo lugar que la otra vez para seguir a pie. Había dejado a Grim con los soldados de caballería y sus monturas. El viejo headobardo andaba demasiado cojo para moverse por la montaña. Marco sabía que a su padre le divertía la idea de dejar a los guardias de la caballería imperial, soldados orgullosos y engalanados que preferían los desfiles a las campañas, esperando bajo las órdenes de un viejo bárbaro del norte.

Fueron solo Marco y su padre, junto a Tarcón y Máximo, los que escalaron el gran saliente de lava negra y pasaron por debajo del peñasco desde el que había caído el ciervo.

Marco no paraba de pensar en la chica. Su cabeza regresaba una y otra vez a aquella noche entre los árboles, cuando la encontró con la túnica levantada hasta las axilas. Sabía que no estaba bien, pero no podía evitar imaginarse cometiendo el mismo acto que había impedido que llevara a cabo el cazador de fugitivos.

Para distraerse de esa imagen excitante y de las ambigüedades morales que conllevaba, decidió hablar con su padre.

—¿Crees que la revuelta ya ha terminado de verdad?

—Aparte de los castigos, sí.

—¿Y piensas que los esclavos creerán que su salvador de verdad ha muerto?

Se habían llevado de Euríalo el cuerpo destrozado del rey de los esclavos para crucificarlo en el ágora de Siracusa, pero su rostro había quedado por completo desfigurado e irreconocible.

—El tiempo lo dirá —respondió Ballista—. Es necesaria mucha determinación para lanzarse de cabeza desde la muralla.

—Casi parece como si sintieras admiración.

—No..., cualquier necio o demente puede demostrar determinación.

—¿Piensas que no creía en la libertad que predicaba? ¿Que nunca consideró realmente que pudiera volver la época dorada y que Sicilia pudiera quedar transformada en la isla del Sol?

—Los motivos de cualquier hombre son insondables incluso para él mismo. Fuera lo que fuera, estaba destinado a terminar en fracaso.

—O sea, que nunca creíste que Sóter fuera *tu* lejano ancestro.

Siguiendo el ejemplo de sus guardaespaldas, Marco se había acostumbrado a burlarse de su padre, algo absolutamente inaceptable para un severo *pater familias* romano.

—Si *nuestro* ancestro me honrara con su presencia, creo que lo reconocería —dijo Ballista muy serio—. Además, el Padre de Todos tiene dos cuervos amaestrados.

—¿Quién crees que era Sóter?

—Solo ese pobre diablo que Cecilio describió en su villa: un esclavo sirio llamado Comazón, con un don para las lenguas y dotes para la magia y la actuación. No es que haya mucha diferencia entre eso y cualquier líder. Son las palabras y los gestos los que manipulan las emociones del público.

—Pero Sóter citó a Aristóteles, y conocía la ley romana.

—Tal vez antes de ser esclavo había sido otra cosa.

Dejaron de hablar, ya que antes incluso de llegar al pequeño

asentamiento notaron que algo no iba bien.

La vaca, el ternero y las cabras no estaban paciendo en el prado. Los cerdos no se encontraban comiendo raíces bajo los árboles y no había gallinas picoteando el suelo del patio. Los muros de las dos cabañas y el granero seguían en pie, pero estaban ennegrecidos y chamuscados y la paja del tejado había desaparecido.

Marco intentó emular el aire instintivo, casi asilvestrado, con el que su padre y los otros dos merodearon por el lugar.

No había cuerpos. Aquello era en verdad extraño.

—Consiguieron escapar —dedujo Marco.

—Pero la vida que conocían ya no existe —constató su padre.

Ballista se sentó sobre el tocón que durante varias generaciones había servido para cortar leña. Parecía desolado. Junto a él, por una vez, el incontenible hiberno Máximo guardó silencio. Incluso Tarcón parecía apesadumbrado. Los dos se quedaron mirando a Ballista con ternura, como si ya lo hubieran visto rezando de ese modo en otras ocasiones.

—No les ha ocurrido esto porque tú pasaras por aquí —le dijo el hiberno—. No es culpa tuya.

—No, no es culpa mía —repitió Ballista—. Pero las guerras siempre terminan así, con el sufrimiento de los inocentes. Esto es lo que más me apena de la guerra.

Los demás asintieron.

—Aquí ya no podemos hacer nada —decidió Ballista, poniéndose en pie—. Será mejor que volvamos a buscar nuestros caballos.

Marco les echó un último vistazo a las chozas calcinadas, al jardín y al huerto pisoteados.

—Vámonos, Marco —lo instó su padre.

El joven se dio la vuelta y pensó un instante antes de hablar.

—Marco es un buen nombre. Pero a los chicos romanos se los llama por su *praenomen*. A partir de ahora, responderé al nombre de Isangrim.

Posfacio

El Imperio romano en el 265 d. C.

En el año 265 d. C. el Imperio romano estaba inmerso en lo que hoy en día llamamos «la crisis del siglo III». Asolada por la inestabilidad política, las guerras civiles y las invasiones bárbaras, la autoridad central era débil. El emperador Galieno solo controlaba Italia, Sicilia, el norte de África y los Balcanes. Odenato de Palmira gobernaba en Oriente, supuestamente en nombre de Galieno, aunque en realidad su lealtad no estaba clara y tenía la libertad de aplicar sus propias leyes. En Occidente, una campaña de Galieno en 265 d. C. para arrebatarle de nuevo el poder en la Galia, España y Gran Bretaña al aspirante Póstumo fracasó, y el emperador terminó herido de gravedad.

Las fuentes que documentan ese periodo son pobres. El mejor intento de tejer los datos existentes para formar una narrativa coherente lo hizo John Drinkwater en *The Cambridge Ancient History: The Crisis of the Empire, AD 193-337*, volumen XII, editado por A. K. Bowman, P. Garnsey y A. Cameron, (Cambridge, 2005), pp. 28-66. Otro punto de partida interesante es el que propone D. S. Potter, *The Roman Empire at Bay AD 180-395* (Londres y Nueva York, 2004), pp. 217-262.

Sicilia

Sicily: A Short History from the Ancient Greeks to Cosa Nostra, de John Julius Norwich (Londres, 2015) [traducción en castellano: *Sicilia: Una breve historia desde los griegos hasta la Cosa Nostra*, John Julius Norwich, Barcelona, Ático de los Libros, 2019], cuenta una historia bastante animada. La mejor introducción al periodo clásico sigue siendo *Ancient Sicily*, de M. I. Finley (Londres, 1968). Más recientemente, *Sicily under the Roman Empire: The archaeology of a Roman province, 36 BC-AD 535*, de R. J. A. Wilson (Warminster, 1990), es indispensable.

Por desgracia, para los visitantes de habla inglesa no hay nada más actualizado que M. Guido, *Sicily: An Archaeological Guide: the prehistoric and Roman remains and the Greek cities* (Londres, 1967). Para los que sepan italiano, existe *Sicilia: Guide Archaeologiche*, de F. Coarelli y M. Torelli (Roma, 1984).

La historia natural de Sicilia

Sicilia tenía un aspecto muy distinto durante la época romana. Los mejores libros de viajes modernos —*In Sicily*, de Norman Lewis (Londres, 2000), y *Midnight in Sicily*, de Peter Robb (Londres, 1998) [traducción en castellano: *Medianoche en Sicilia*, Peter Robb, Barcelona, Alba Editorial, 2000]— culpan a los romanos de la deforestación de la isla. Los arqueólogos discrepan (Finley, *op. cit.*, p. 5; Wilson, *op. cit.*, p. 6). Los bosques fueron talados entre los siglos XVI y XIX. Hasta un cuarenta por ciento de la superficie de Sicilia eran zonas boscosas en tiempos de los romanos, mientras que hoy en día solo ocupan un cuatro por ciento. Las grandes laderas peladas del interior que pueden observarse mientras se recorre la *strada della morte*, la E932, que conecta Agrigento con Palermo, debían de estar llenas de árboles. La isla no solo estaba mejor irrigada y el terreno menos erosionado, sino que además los bosques debían de servir de hogar a una gran cantidad de animales salvajes y pequeñas aves.

Muchas de las plantas que hoy en día consideramos características del paisaje siciliano —véase Gavin Maxwell, *God Protect me from my Friends* (Londres, 1957)— todavía no se habían introducido por aquel entonces. No había ni higos chumbos, ni cactus, ni bambú, ni hierba de elefante, ni eucaliptos. Por detrás de Palermo, la Conca d'Oro todavía no tenía el tono dorado de los huertos de naranjos.

En general, el campo podría habernos parecido más propio del norte de Europa, o al menos más similar a los claros silvanos de los *Idilios* de Teócrito.

Esclavitud romana

Hay muchos estudios modernos sobre la esclavitud romana. Los más amenos tal vez son *Slavery in the Roman World*, de S. R. Joshel (Cambridge, 2010), y *How to Manage your Slaves*, de Marco Sidonius Falx con Jerry Toner (Londres, 2014) [traducción en castellano: *Cómo manejar a tus esclavos*, Marco Sidonio Falco con Jerry Toner, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016].

Académicos como Keith Hopkins también han imaginado de un modo intelectualmente respetable el marco mental de los esclavos de la antigüedad: «Novel evidence for Roman slavery», *Past & Present*, 138 (1993), 3-27.

Rebeliones de esclavos bajo el dominio romano

La revuelta de esclavos que tuvo lugar en Sicilia en la década del 260 d. C. solo está atestiguada en una frase de una fuente tardía e increíblemente poco fiable. «En Sicilia hubo una especie de revuelta de esclavos (*etiam in Sicilia quasi quoddam servile bellum exstitit*), puesto que los bandidos campaban a sus anchas y costó mucho reducirlos»: *The Augustan History, The Two Gallieni*, 4.9. Por supuesto, es probable que jamás llegara a ocurrir de veras.

Slavery and Rebellion in the Roman World, 140 BC-70 BC, de K.

R. Bradley (Bloomington, Indianápolis, y Londres, 1989), fue la primera obra que identificó la excepcional interconexión de factores necesarios para que tuviera lugar una insurrección de esclavos a gran escala. *Slave Revolts in Antiquity*, de T. Urbainczyk (Berkeley y Los Ángeles, 2008), amplió el debate y exploró la posibilidad de que algunos rebeldes intentaran abolir la esclavitud.

Pueden descubrirse muchas cosas en tres libros más, todos muy diferentes y de lectura amena. *Spartacus and the Slave Wars: A Brief History with Documents*, de B. D. Shaw (Boston y Nueva York, 2001), recoge las pruebas y las pone en contexto. *The Spartacus War*, de Barry Strauss (Nueva York, 2009) [traducción en castellano: *La guerra de Espartaco*, Barry Strauss, Barcelona, Edhasa, 2012], es un modelo de historia popular fundamentado en una erudición profunda y escrito con la habilidad de un novelista. *On the Spartacus Road*, de Peter Stothard (Londres, 2010), es una mezcla cautivadora de historia, escritura de viajes, autobiografía y reflexión filosófica.

Siracusa

Siracusa sufrió varios asedios durante la antigüedad. Tenemos mucho material que documenta dos de ellos, el de los atenienses en el 415-413 a. C. y el de los romanos en el 213-212 a. C. Los dos se discuten con plenas referencias a las fuentes antiguas en *The Encyclopedia of Ancient Battles*, editada por Michael Whitby y Harry Sidebottom (Chichester, 2017): el asedio ateniense por Fernando Echeverría (vol. I, pp. 345-365), y el romano por Eddie Owens (vol. II, pp. 727-735). El asedio que aparece en *Los rebeldes de Roma* se basa mucho en estos dos. El monumento a Calístrato (capítulo 18) es inventado y surgió a partir de una anécdota de Pausanias, VII.16.

Ecos clásicos

El asno de oro, de Apuleyo, es la inspiración tanto para la descripción de los esclavos del molino en el prefacio como de los sacerdotes eunucos del capítulo 9. Estos últimos también están inspirados en *La diosa siria*, de Luciano.

Cuando Marco recita la *Ilíada* de Homero en el capítulo 6, Ballista en el capítulo 20 y Sóter en el 23, lo hacen de acuerdo con la traducción de Luis Segalá y Estalella (1908).

En el capítulo 7, Ballista y su interlocutor intercambian unas líneas de la *Odisea* de Homero según la traducción de Luis Segalá y Estalella (1927).

En realidad, el autor del poema adjudicado al primo de la esposa de Ballista en el capítulo 11 es desconocido. El poema aparece en *The Greek Anthology* (9.499), y la traducción al inglés es de Peter Jay (1973).

El prodigio del bebé deforme y sus interpretaciones del capítulo 11 están adaptadas de la *Vida de Apolonio*, de Filostrato, 5.11-13.

La utopía rústica de los pastores aislados y sus familias que aparece en el capítulo 13 está inspirada por Dion Crisóstomo, Or.7, *La oración euboea*.

La comparación de la esclavitud en las tribus del norte y entre los romanos de Croco que aparece en el capítulo 23 es de Tácito, *Germania*, 20: 24-5.

OTRAS NOVELAS

Todas mis novelas incluyen algún que otro homenaje a otros escritores que me han inspirado. En *Los rebeldes de Roma* son a *The Pesthouse* (Jim Crace, 2007) y *The Road* (Cormac McCarthy, 2006) [traducción en castellano: *La carretera*, Cormac McCarthy, Barcelona, Debolsillo, Penguin Libros, 2009].

Agradecimientos

Escribir una novela es una tarea muy solitaria, pero, aunque parezca una paradoja, no puede llevarse a cabo sin la ayuda de otras personas. Me gustaría mucho dar las gracias a los que me han ayudado a lidiar con ello. A mi familia: Lisa (a quien le dedico el libro), mi madre Frances, mi tía Terry y mis hijos Tom y Jack. A mis amigos: en Oxfordshire, a Peter y Rachel Cosgrove, Vaughan Jones, Francesco Minto, Maria Stamatopoulou (y todos los del Lincoln College), Jeremy Tinton; en Suffolk, a Fiona Dunne, Sara Fox y Peter Hill, Sandra Haines y Jack Ringer; en Londres, a James Gill, Kate Parkin, Ben Willis; en Sicilia, a Jole de Caro, Sergio Colletta y Tony Zannelli.

¡Hola!

Gracias por elegir Los rebeldes de Roma.

La inspiración para esta novela, igual que muchas otras, procede de un escritor clásico. Un biógrafo latino desconocido del emperador romano registró una revuelta de esclavos en Sicilia durante el reinado de Galieno (260-268). Sicilia es una isla mágica que tengo la suerte de haber visitado en muchas ocasiones. Hacía mucho tiempo que quería ambientar una novela allí. El texto antiguo me brindó la oportunidad de explorar tanto la geografía como la cultura de la isla en combinación con la terrible institución de la esclavitud romana. Una novela es el medio ideal para recrear no solo la esclavitud como realidad vivida, sino también sus maneras de pensar: las justificaciones y los temores de los que poseían esclavos y el marco mental de los esclavizados. Pero lo más importante de todo es que también me ha proporcionado un contexto evocador para una aventura trepidante. Ballista, el guerrero bárbaro convertido en general romano, tras un naufragio se topa con un alzamiento de esclavos. El peligro le espera en cada recodo del camino, no puede confiar en nadie. Por si eso fuera poco, Ballista debe proteger a su hijo mayor, un adolescente que todavía no ha conocido la verdadera

dureza de la vida. Juntos se verán obligados a cruzar la isla hasta llegar a un lugar seguro, enfrentándose a todos los peligros que les depara Los rebeldes de Roma.

Si quieres descubrir más cosas acerca de mis libros, puedes visitar <bit.ly/HarrySidebottom>, donde puedes pasar a formar parte del club de lectura Harry Sidebottom Readers' Club. Solo tardarás unos momentos en inscribirte sin cargo alguno.

Bonnier Zaffre respetará la privacidad y confidencialidad de tus datos y no los cederá a terceras partes. No te enviaremos correos masivos de publicidad, solo mantendremos el contacto de vez en cuando con noticias sobre mis libros, y podrás anular la suscripción en cualquier momento.

Y si te apetece entrar en una conversación más amplia acerca de mis libros, deja una reseña de Los rebeldes de Roma *en Amazon, en Goodreads y en cualquier otra librería online, en tu blog y en tus redes sociales, o habla de ellos con tus amigos, tu familia o en grupos de lectura. Compartir lo que piensas ayudará a otros lectores, y siempre me gusta saber lo que la gente experimenta leyéndome.*

Si tienes preguntas o simplemente te gustaría ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de mi página de Facebook: <www.facebook.com/Harry-Sidebottom-608697059226497>.

Nunca en la vida había disfrutado tanto del proceso de investigación y redacción de una novela como con este libro. Espero que quien lo lea llegue de algún modo a apreciar ese entusiasmo.

Gracias una vez más por leer Los rebeldes de Roma.

Afectuosamente,

Harry Sidebottom

Los rebeldes de Roma
Harry Sidebottom

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Burning Road*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño basado en la idea original de Mulcahey Design
© de la imagen de la portada, Mulcahey Design
© de los mapas del interior, Bonnier Books UK Art Department

© Harry Sidebottom, 2021

© de la traducción, Albert Vitó i Godina, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-670-7009-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!